ojalá reescribamos NUESTRA HISTORIA



GEMA MARTÍN MUÑOZ

ojalá reescribamos

NUESTRA HISTORIA

GEMA MARTÍN MUÑOZ

Título: Ojalá reescribamos nuestra historia
© Gema Martín Muñoz, 2025

Diseño de la cubierta: Adela Aragón (@adela_aragon_art)
Maquetación: Gema Martín Muñoz
Separadores de escena del interior: Pixabay (Clker-Free-Vector-Images y NightCityArts)

Esto es una obra de ficción. Los personajes, nombres, hechos, lugares y situaciones narradas son producto de la imaginación de la autora o se han utilizado de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con acontecimientos reales, es pura coincidencia.

El nombre «Lapislázuli» utilizado para la banda de rock es una invención de la autora y no guarda relación con ninguna banda o grupo musical existente. Cualquier semejanza con el nombre de otra banda o grupo musical en la vida real también es pura coincidencia.

Obra publicada originariamente en Wattpad (desde el 02/09/2023 hasta el 31/03/2024).

© Todos los derechos reservados.
No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de

los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

SINOPSIS

¿Qué harías si un día descubrieras que tu ex se ha convertido en tu hermanastro y que tendrás que aguantar su presencia todos los días?

Daniel y Axel han crecido juntos y siempre han sido inseparables. En la adolescencia, se dieron cuenta de que sentían algo más que amistad el uno por el otro, pero todo se derrumbó cuando Axel se marchó a Inglaterra con su familia y le destrozó el corazón a la persona que más quería.

Ahora, Daniel está en su mejor momento: ha formado un grupo de rock y tiene un novio al que adora. El problema surge cuando su madre le confiesa que se ha comprometido con el padre de Axel, el chico que le hizo tanto daño en el pasado y con el que deberá compartir el mismo aire en el presente.

Diez años después, Axel regresa a Barcelona para montar su propia consulta de fisioterapia. Sin embargo, un imprevisto lo obligará a mudarse a la nueva casa de su padre y no desaprovechará la ocasión para volver a ganarse la confianza de Daniel y recibir su perdón.

Un reencuentro, una oleada de recuerdos, dos chicos que no han podido olvidarse y la oportunidad de reescribir su historia.

ÍNDICE

1. Daniel

2. Axel

3. Daniel

4. Axel

5. Daniel

6. Axel

7. Daniel

8. Axel

9. Daniel

10. Axel

11. Daniel

12. Axel

13. Daniel

14. Axel

15. Daniel

16. Axel

17. Daniel

18. Axel

19. Daniel

20. Axel

21. Daniel

22. Axel

23. Daniel

24. Axel

25. Daniel

26. Axel

27. Daniel

28. Axel

29. Daniel

30. Axel

31. Daniel

32. Axel

33. Daniel

[34. Axel]

[35. Daniel]

[36. Axel]

[Epílogo]

[ACERCA DE LA AUTORA]

[OTRAS OBRAS]

La música no miente. Si hay algo que cambiar en este mundo, solo puede hacerse a través de la música.

— Jimi Hendrix

Escanea el siguiente código de Spotify para disfrutar de la banda sonora que ha inspirado esta historia. También puedes buscarla con el nombre «Ojalá reescribamos nuestra historia (Lapislázuli 1)» o encontrarla en mi perfil: @gema_martin_munoz



1. Daniel

—Daniel, te tengo que contar algo muy importante.

Despego los ojos de Instagram y los poso en mi madre, que acaba de hacer acto de presencia en la cocina con una expresión que no logro descifrar, mientras mastico con detenimiento los cereales del desayuno, si es que estas horas se consideran legales para engullir la comida más valiosa del día.

Es la una de la tarde y me he despertado hace escasos quince minutos. Anoche llegué tardísimo de tocar con el grupo; mi cerebro todavía está en el limbo y no podrá retener la información que esta mujer necesita soltarme.

—¿Buena o mala noticia?

Mi madre toma asiento en una silla, a mi lado.

—Buenísima —me responde como si no hubiera roto un plato en su vida.

La miro, sospechando de esa palabra y de su actitud inusual.

Mis apuestas: se ha quedado embarazada como por arte de magia a sus cincuenta y tres años (¿de quién?); los médicos le han detectado una enfermedad mortal (vale, esta opción está totalmente descartada porque no se considera «buenísima»); o le ha tocado el euromillón y nos hemos convertido en millonarios de la noche a la mañana (ojalá, pero los pobres moriremos pobres).

—Suéltalo rápido, como cuando saqué aquella bandeja de lasaña del horno, me quemé y se me cayó al suelo sin querer.

Todavía estoy de luto por la muerte de ese manjar.

Mi madre, de lo más contenta, me muestra su mano para que vea la resplandeciente alianza que descansa sobre su dedo anular.

Suspiro de alivio.

—Ah… Te has comprado un anillo. —Me llevo una cucharada de cereales a la boca—. Muy bonito.

Supongo que la mala noticia (porque está claro que hay una) será que esa joya le ha costado una pasta y nos tendremos que alimentar con pan duro lo que queda de mes, porque de verdad que brilla un montón; me hubiera venido bien tener las gafas de sol a mano para no deslumbrarme.

—¡Que no! —exclama riéndose—. Me he comprometido.

Arrugo el entrecejo como si tuviera complejo de tomate pocho.

—¿Cómo que te has comprometido? ¿Tienes pareja? ¿Desde cuándo? ¿Y por qué no me has contado nada?

Según yo, no ha salido con nadie desde hace tiempo.

—Claro, desde hace cinco meses —me responde, superfeliz—. Nos hemos pedido matrimonio a la vez. ¿No te parece maravilloso?

Escupo los cereales en el tazón.

¿Cinco meses? ¿En serio? ¿Cómo se puede casar con un desconocido con solo cinco jodidos meses de relación? Yo llevo casi un año con mi novio y ni se me pasaría por la cabeza hacer semejante locura tan pronto.

Bueno, la diferencia es que mi madre tiene ya cierta edad y puede hacer lo que quiera con su vida; yo no soy nadie para juzgar sus decisiones mientras no alteren mi bienestar.

Confío en que ese hombre que ha elegido sea alguien majo con quien se pueda convivir, que tenga trabajo y cero unidades de hijos. No pienso compartir mi cuarto enano con ningún hermanastro, que en este piso alquilado solo hay dos habitaciones: la mía y la de mi madre.

Tocará volar del nido a mis veintiséis años si se tuercen las cosas, que ya va siendo hora.

—Felicidades —suelto sin ninguna emoción—. ¿Cuándo piensa instalarse en casa? ¿Cuándo lo voy a conocer? ¿Y cuándo os vais a

casar?

Mi madre me indica con su palma que me calme, lo que resulta surrealista en esta conversación porque su precipitada noticia de meter a un desconocido en nuestro hogar a partir de algún día, espero que lejano, provoca que mi tranquilidad se vea afectada.

—Aún no tenemos fecha para la boda, que la pedida fue anoche, pero lo vas a conocer pronto. —Hace una pausa, como con miedo, para lanzar la siguiente bomba—: Y no se va a venir a vivir a casa… Vamos a mudarnos a una más grande que hemos comprado entre los dos, para que estemos más cómodos.

Abortamos misión de independizarnos. Quizá, cuando cumpla los cincuenta.

Sin embargo, me sigue picando la curiosidad por saber cuál será la mala noticia.

—¿Y esa nueva casa está en otra ciudad?

Se echa a reír.

—Daniel, no hay mala noticia, si es eso lo que estás buscando. No nos vamos a mover de Barcelona y Casimiro es un buen hombre.

Casi casi me atraganto con mi propia saliva al conocer el nombre de su prometido. Pero casi casi.

—¿Casimiro?

Un momento… Solo conozco a una persona con ese nombre tan ridículo.

—El padre de Axel —mi madre me confirma la peor de mis pesadillas—. Seguro que te acuerdas muy bien de ese chico.

La cucharada de cereales se me va para otro lado y comienzo a toser, echando la leche por la nariz.

Escuchar su nombre después de tantos años lo siento como una dolorosa patada en los huevos, y al susodicho lo recuerdo con demasiada nitidez, por desgracia.

—¿Me dices su nombre completo para refrescarme la memoria? —le pido cuando disminuyen las toses.

Deseo, con toda mi alma, que mi madre me esté gastando una broma de mal gusto o se haya creído que hoy es el día de los Santos

Inocentes.

—Axel de la Rosa Ferrer —lo pronuncia con serenidad y entusiasmo, y yo recibo una puñalada en el corazón por cada letra de ese dichoso nombre—. Aún no comprendo qué os pasó. Erais inseparables —continúa hablando, esta vez apenada—. Podéis aprovechar para retomar vuestra amistad ahora que su padre y yo somos pareja.

Qué buen chiste. Me reiría si no fuera porque he perdido la capacidad de reaccionar de lo paralizado que estoy.

Se va a ir a vivir con esa familia su colección de muñecas de porcelana. Señorita Rottenmeier y yo nos quedaremos aquí, tan a gusto y sin preocupaciones, porque nos estresamos con los cambios bruscos y nos sale caspa en el pelo.

Y porque no nos apetece cruzarnos, ni por casualidad, con ese ser. Para qué vamos a engañarnos.

—Mamá, ¿tú sabes contar? —inquiero, y ella arruga la frente al no comprender por qué le hago una pregunta tan tonta—. Pues conmigo no cuentes. —Despego el trasero de la silla y llevo el tazón vacío al fregadero—. Yo seguiré viviendo aquí, me alquilaré otro piso o me apalancaré en la casa de Rober.

—¿Cómo vas a vivir tú solo con lo caros que están los alquileres en Barcelona? —Mi madre también se levanta y me mira, de brazos cruzados, para darle paso a la progenitora mandona—. ¿De dónde vas a sacar el dinero para mantenerte? Estás estudiando un Máster y, con lo poco que ganas tocando con tu grupo, no te da para comer un mes ni para pagar las facturas.

—Comer está sobrevalorado —le contesto con convicción—. Ya me las apañaré como pueda y lograré sobrevivir. No sufras. —Y huyo de la cocina para encerrarme en mi habitación, como cuando tenía quince años.

Ha sido mencionar a ese tío y me siento como si hubiera vuelto a la adolescencia.

Axel de la Rosa.

Vamos, el giro dramático que estaba esperando en mi vida. Con la cantidad de hombres que hay en el planeta, la mujer que me trajo al mundo ha tenido que elegir al padre de ese imbécil.

Al padre de mi (ene)migo desde que nací.

No, me niego a verle la cara de gilipollas.

Mi madre irrumpe en mi cuarto y se sienta conmigo en la cama para intentar que entre en razón.

—Daniel, han pasado muchos años; los dos habéis crecido, habéis cambiado y sois dos adultos responsables.

Ah, muy bien. Con esas palabras deduzco que ha estado viéndolo a escondidas de mí.

¿Y ese botarate no estaba viviendo en Guirilandia? ¿Cuándo se supone que ha regresado a Barcelona?

—Te aseguro que la gente como él no cambia.

—No vas a encontrártelo por casa porque está independizado y vive con su novia. Como mucho, tendréis que aguantaros en la boda, en navidades o en algún día especial. —Me mira a los ojos, creo que con preocupación—. Sé sincero conmigo, que llevo años haciéndome esta pregunta… ¿Ocurrió algo romántico entre vosotros antes de que se fuera a Inglaterra?

¡Hala, hala, hala!

Se me escapa una risotada bastante nerviosa y me llevo un dedo a la sien, indicándole que se ha vuelto loca.

—Mamá, por favor, qué cosas tienes. ¿Cómo iba a tener algo con ese? Y encima romántico. —Me río otra vez y ella me contempla con la ceja enarcada, dudando por completo de mi palabra—. Menudo ascazo, por Dios. Tengo buen gusto eligiendo a los chicos —suelto de carrerilla, y decido cambiar de tema porque no me apetece recordar ese algo que tuvimos, que está más muerto que el protagonista de *Titanic*—. Oye… ¿Y Àngels está de acuerdo en que te hayas liado con su marido? Bueno… Su exmarido.

De hecho, ni siquiera sabía que los padres del mendrugo se habían divorciado. Me hubiera gustado estar a su lado cuando eso ocurrió, como estuvo él conmigo cuando los míos se separaron.

—Me ha dado la enhorabuena cuando se lo he contado por WhatsApp hace unas horas. —Aplaude, entusiasmada—. Va a ser mi madrina.

—¡Yupi! —exclamo, simulando una sonrisa artificial.

Mi madre y Àngels se conocieron cuando nos parieron a Axel y a mí, porque compartieron habitación en el hospital. A partir de ese día, las dos se hicieron amigas del alma y querían que ocurriera lo mismo con nosotros, pero éramos unos cabroncetes cuando nos juntábamos en clase, en nuestras casas y en cualquier lugar; les quitábamos años de vida con nuestras peleas, aunque siempre acabábamos haciendo las paces.

Antes de desaparecer de mi cuarto, mi madre me aconseja que me mentalice, porque nos mudamos dentro de un mes.

Joder, todavía me cuesta procesar esta noticia, que parece la trama de una telenovela de las malas.

Ni de coña estoy preparado para reencontrarme con Axel de la Rosa, el único chico que le rompió el corazón al Daniel adolescente.

Y el único que me lo ha destrozado hasta ahora.

2. Axel

—Jefe, ha llamado la última paciente para informar de que cancela la cita y la cambia para otro día —me dice Gerard en cuanto atiendo a la penúltima persona del día.

—Pues vámonos ya.

—Pero esta hora libre me la pagarás, ¿no?

—Anda, cállate. —Le doy un par de palmadas en el hombro—. Bastante tengo ya con aguantarte cuando les propones a mis pacientes hacerles tatuajes clandestinos.

—Tengo que ahorrar para montar mi propio estudio; no me juzgues.

Gerard, además de mi recepcionista, es mi mejor amigo desde Educación Infantil. Cuando me aventuré a abrir mi clínica de Fisioterapia en Barcelona hace un par de meses, no dudé en contratarlo, a pesar de no tener ni la ESO, para que dejara su trabajo de camarero donde lo explotaban y pudiera tener tiempo para estudiar y sacarse el título de una vez. Lo de su curro ilegal haciendo tatuajes en su casa es otro tema.

Salimos de la clínica tras cerrar y recogerlo todo, nos despedimos en la entrada y le mando un mensaje a Sarah mientras voy de camino a mi coche.

Axel: «Cariño, he salido antes del trabajo. ¿Necesitas algo del súper?»

Coloco el dispositivo en el salpicadero y conduzco en dirección al Mercadona más cercano, con Taylor Swift sonando desde los altavoces. Una vez que llego, echo un vistazo al móvil, pero mi novia todavía no me ha contestado, aunque el mensaje lo ha recibido.

Estará preparando las clases para mañana, que es profesora de Inglés en un instituto.

Pero mañana es sábado y ninguno de los dos trabajamos… Bah, estará ocupada con algo.

Me adentro en el supermercado, que se encuentra casi vacío a estas horas, y lanzo lo necesario al carrito para prepararle a Sarah su plato favorito para cenar: canelones de carne. Después, me pongo en la cola, detrás de la única persona que está siendo atendida, pago y me largo.

—Sarah, ya estoy aquí —anuncio cuando entro en casa y cierro la puerta. Como no me responde, suelto las bolsas en el pasillo y me dispongo a buscarla.

Qué raro que el apartamento esté a oscuras, a excepción de la lámpara que ilumina el salón.

Al asomarme a nuestra habitación y encender la luz, la encuentro tumbada en la cama, tapada con las mantas hasta la barbilla.

—¿Qué te pasa? —Me acerco a ella, alarmado.

—Me duele mucho la cabeza. —Me mira con los ojos medio abiertos—. Llevo toda la tarde acostada. Me he tomado un analgésico, pero parece que no me ha hecho efecto.

—Oh, vaya. —Le doy un beso en la frente—. ¿Tienes ganas de cenar canelones o los dejamos para otro día?

—Siempre me apetecen tus canelones. Da igual que me esté muriendo.

La beso en los labios, sonriendo, y abandono el dormitorio para dejarla descansar un rato más. Antes de ponerme a cocinar, voy al salón para saludar a Taylor, que está echándose una de sus siestas en el suelo, usando una prenda de vestir como cama. Me agacho para estar a su altura y le acaricio la cabeza.

—Hola, mi *coshita* guapa.

Taylor se pone en pie, ronroneando, y arquea su lomo pellejudo para que le siga dando mimos. Sin embargo, cuando deja la prenda al descubierto, frunzo el ceño y la cojo para inspeccionarla porque no la he visto nunca.

Es una camiseta negra con un dibujo de un grupo de música que no conozco, y no es ni del estilo de Sarah ni del mío.

¿A quién cojones pertenece este trapo?

Paseo la vista por cada rincón del salón y me quedo paralizado al darme cuenta de que me he convertido en un ciervo por los cuernos que me acaban de crecer en la cabeza. La ropa de mi novia está desperdigada por el sofá; los calzoncillos de algún extraño, colgados en una esquina de la tele; y unos vaqueros desconocidos, tirados al lado de la mesa de la lámpara.

Sujeto la camiseta del amante con el dedo índice y el pulgar con asco, con la intención de pedirle explicaciones a la chica con la que he compartido los últimos tres años de mi vida. La segunda sorpresa me la llevo cuando aparezco en el pasillo y los descubro huyendo de la habitación con sigilo; ella, cubriéndose con las sábanas de NUESTRA cama y él, desnudo y con mi cojín de Taylor Swift escondiéndole las vergüenzas delanteras de abajo.

Ambos me miran como si hubiesen visto resucitar a los tatarabuelos de sus tatarabuelos.

—Buenas tardes —me saluda él fingiendo una sonrisa, y yo me fijo en el *piercing* que luce entre los orificios de la nariz, en los tatuajes que decoran su cuerpo y en su larga melena lisa y oscura—. O buenas noches ya.

Sarah, sudando la gota gorda y con manos temblorosas, se hace con la maceta de plástico que tenemos en el mueble del recibidor, que lo usamos para depositar las llaves.

—¡Se nos ha colado un ladrón, Axel! —Golpea al nudista en la espalda—. ¡Llama a la policía, corre!

—¿Qué haces? —se queja el otro intentando defenderse de los impactos—. Si tu novio nos ha descubierto y estamos en bolas. Eso no hay quien se lo crea.

—Veo que ya se te ha pasado el dolor de cabeza —es lo único que le digo a Sarah.

Ella no suelta la famosa frase de las películas de «esto no es lo que parece», sino que se arrodilla ante mí, sujetándose la sábana para que no se le desprenda del cuerpo, y junta las manos, a modo de súplica.

—Perdóname, Axel. Lo que has visto ha sido un error y no volverá a ocurrir. Por favor, no mandes a la mierda estos tres años que hemos estado juntos. Sabes que decidí venirme a Barcelona contigo y dejé atrás Londres por ti, para que siguiéramos construyendo nuestro amor. Por favor, por favor, por favor. —Las lágrimas empiezan a recorrer sus mejillas—. Que te quiero muchísimo.

—Qué historia más bonita. Tengo ganas de llorar por la emoción —se mete el otro en la conversación con jocosidad, y yo ladeo la cabeza hacia él con los ojos tan abiertos como los de un búho; entonces, me roba su camiseta de la mano—. Con tu permiso, voy a terminar de vestirme, que no me apetece practicar nudismo por la ciudad. —Y se escapa hacia el salón para recuperar sus otras prendas.

Sarah continúa rogándome de rodillas que le perdone «su desliz» y me vuelve a decir que me quiere más que a nada.

Todo mentira. Si me quisiera, no habría estado retozándose con otro en nuestra cama.

La contemplo con desprecio y con un nudo en la garganta, sin ser capaz de articular ni una palabra, y regreso al salón para rescatar a Taylor de las caricias que está recibiendo de ese melenudo. Con la gata en brazos, le dedico a ese una mirada de odio, que significa «ojalá alguien te eche crema depilatoria en el bote de champú, gilipollas, y te quedes calvo», y me esfumo del apartamento sin coger nada más, tras escuchar a mi espalda al melenas preguntarle a Sarah si soy mudo.

Mañana volveré para recoger mis cosas. De momento, me acoplaré en la nueva casa de mi padre, porque es el único sitio

donde me puedo quedar y donde hay una habitación de sobra con un cómodo colchón; en el piso de Gerard me tocaría dormir en el sofá y no pienso maltratar mi espalda de esa manera.

Lo peor (o lo mejor; depende de cómo se mire) es que mi padre se ha echado como novia a Júlia, que era una segunda madre para mí hace años, y se va a casar con ella dentro de unos meses.

Y, claro, esa mujer tiene como hijo al monigote de Daniel Domènech: mi grano en el culo desde que nacimos aquel lejano y caluroso veintitrés de julio de 1996 (yo, a las 11:11 de la mañana y él, a las 22:22 de la noche), mi compi de travesuras, mi *crush* durante el instituto y mi primer amor, y ahora se convertirá en algo parecido a un hermanastro.

Estoy ilusionado, nervioso y aterrado por volver a tropezarme con sus ojos del color del trébol de cuatro hojas.

Cuando aparco frente a la casa de mi padre y de su prometida, llamo al timbre, sosteniendo a Taylor entre los brazos, y me abre Júlia.

—¡Axel, qué agradable visita! —exclama al verme, y me invita a pasar—. ¡Casimiro, mira quién ha venido!

Me adentro en mi nuevo hogar y le regalo un beso en la mejilla a mi «madrastra»; mi padre se presenta en el recibidor para saludarme y, antes de soltar la bomba, dejo a la gata en el suelo para que se familiarice con cada rincón.

—Me temo que no voy a ser solo una visita —les digo—. ¿Me puedo quedar aquí unos días? Al menos hasta que encuentre otro sitio en el que vivir.

—Por supuesto; esta también es tu casa —me responde Júlia, tan amable conmigo como siempre.

—¿Qué te ha pasado, hijo? —se interesa mi padre—. ¿Problemas con Sarah?

—La he pillado con otro tío en nuestro piso.

Júlia me mira con lástima.

—Vaya tela con la inglesa —interviene mi padre—. Con lo felices que estabais.

Ya, yo también pensaba eso. Hasta hace un rato.

—Puedes quedarte todo el tiempo que necesites. —Júlia me da un abrazo—. Esa chica no sabe lo que se pierde. Con lo guapo, bueno, trabajador y cariñoso que eres tú. —Se separa de mí y me tira del moflete—. Ya encontrarás a alguien que te valore de verdad.

—Gracias por los halagos. —Me río—. Por cierto, ¿está Dani aquí?

Creo que he sonado bastante… ¿emocionado?

—No —me responde su madre—. Se instala mañana de manera definitiva. Ha tenido un mes para asimilarlo y está deseando verte después de tantos años.

¿Deseando verme? ¿Dani? ¿A mí? Más bien querrá cortarme lo que tengo entre las piernas para tener algo con lo que aporrearme hasta que pierda el conocimiento.

—Verás la que van a liar estos dos en casa —comenta mi padre pasándose una mano por la cara—. La que nos espera.

—Se portarán bien. Ya son adultos hechos y derechos.

Yo no sería tan optimista.

Tras este recibimiento, me dirijo a la planta de arriba para ir a la que será mi habitación, pero primero me detengo en la de Dani, que se halla con la puerta abierta y sin nadie en su interior, para cotillear.

Aún no ha ordenado nada; tiene las estanterías vacías y unas cuantas cajas precintadas, tiradas en el suelo. Las paredes están pintadas de azul, con unos cuantos pósteres de temática roquera y discos de vinilo colgados en ellas. Sobre su colchón sin sábanas, descansan dos fundas de guitarra y me doy permiso a mí mismo para abrirlas. Una contiene una guitarra acústica y la otra, una eléctrica; las dos son negras, aunque la segunda tiene el golpeador blanco, y las reconozco al instante. Le acaricio las cuerdas a la primera y un sonido musical aleatorio inunda el dormitorio.

Pero un ruido proveniente de una de las cajas me corta el rollo y cierro las fundas, con los instrumentos en su interior, como si aquí no hubiera pasado nada. A continuación, me acerco despacio a ese trozo de cartón con vida, que es el único que está abierto, y una cabeza peluda con orejas sale de entre las solapas y abandona su

guarida de un salto. La pequeña tigresa de pelo largo se sienta en el suelo, me observa con desconfianza y mueve de un lado a otro su cola, que se asemeja a un plumero.

—¿Señorita Rottenmeier?

Biológicamente es un señorito, pero Dani y yo, cuando la adoptamos, creíamos que era una hembra porque solo tenía unos meses y aún no le habían crecido los testículos.

Me acuclillo y extiendo el brazo hacia ella para que me olisquee.

—Soy Axel. ¿Te acuerdas de mí?

Qué bonita está. Se nota que Dani la tiene como a una reina, aunque le ha salido un poco de caspa en el pelaje; imagino que será por el estrés del cambio de casa.

Señorita Rottenmeier restriega su cara contra mi mano y comienza a ronronear porque me ha reconocido. La cojo en brazos, le reparto besos por la cabeza y me la llevo a mi cuarto para presentarle a Taylor y que duerma con nosotros.

Es muy probable que no pueda pegar ojo después de lo que me ha ocurrido con Sarah… Y también porque estaré mirando la hora cada dos minutos, deseando que se haga de día para reencontrarme con el monigote, ver cuánto ha cambiado y, sobre todo, comprobar si me sigue odiando como la última vez que nos vimos, aquella mañana del veintiuno de diciembre de 2012.

3. Daniel

Hoy, definitivamente, me mudo a la casa adosada que mi madre se ha comprado con un tipo con el que lleva saliendo tan solo seis meses. Nada me hace más ilusión que este giro narrativo en mi vida.

Llevo ya unos cuantos viajes subiendo y bajando escaleras, trasladando mis pertenencias desde el coche de mi madre hasta mi nueva habitación, y se me está poniendo el culo durísimo y tan redondo como un melocotón, pero también tengo la espalda hecha pedazos. Hace un rato me ha dado un tirón por levantar tanto peso, porque uno no es muy aficionado a hacer ejercicio.

Con veinte mil cajas entre mis brazos, paso por delante del dormitorio vacío que está al lado del mío y que no es de nadie, y me sorprende que tenga la puerta de par en par cuando ha permanecido toda la mañana cerrada.

La habrá abierto mi madre o Casimiro para que ventile o para cualquier otra cosa. Se supone que será para cierta persona si viene de visita, pero confío en que no lo haga nunca porque está felizmente ennoviado con una pobre muchacha que lo tiene que aguantar las veinticuatro horas del día.

Qué lástima me da esa chica, aunque espero que duren mucho tiempo juntos, se casen y tengan diez hijos, dos perros y un chalet con piscina, para que yo no me vea en la obligación de convivir con ese memo cuando se peleen.

Suelto las últimas cajas en el suelo de mi cuarto y rasgo las que contienen mi ropa para ir colocándola. Sin embargo, al abrir la

puerta del armario empotrado, me encuentro a un alienígena pellejudo rosado, con orejas gigantescas, bigotes y ojos azules, durmiendo sobre una balda.

Se me escapa un chillido del susto.

¿Qué coño es eso tan feo? Tengo que avisar a mi madre para que contrate a alguna empresa de fumigación y eche a la calle a este bicho tan espeluznante.

—¡Lárgate! —le ordeno, y lo intento asustar sacudiendo mis zapatillas de deporte, pero el gato con complejo de alien juega con los cordones—. ¡Qué cosa más asquerosa!

Mi móvil interrumpe el desalojo del pollo crudo y lo saco del bolsillo de mis vaqueros para responderle la llamada a mi padre.

—Hola, papá.

Menudo traidor es este hombre. Ni siquiera se puso de mi lado cuando le conté, hace unas semanas, la idea tan alocada de su exmujer de irnos a vivir a otra casa con ese Casimiro.

—Daniel, ¿cómo está yendo la mudanza? —me pregunta con interés.

—Genial —le respondo en tono irónico, y me concentro en sacar mis libros de sus cajas para ponerlos en la estantería, porque no puedo meter nada en el armario con ese animal que parece un huevo depilado—. He madrugado un montón un sábado por la mañana para pasear las cajas por esta casa del demonio, ya que no tengo otro rato libre por culpa del Máster, el grupo, los ensayos y la vida misma; me ha dado un tirón en la espalda; Señorita Rottenmeier se ha estresado y le ha salido caspa en el pelaje y, encima, hay un bicho en el armario de mi cuarto, que parece un escroto. Por no hablar de que me queda un largo día por delante de ordenar y guardar todo lo que he ido acumulando durante mis veintiséis cortos años de existencia.

Eso último es lo peor, sin duda. Parece mentira la cantidad de libros, ropa que ni he estrenado, mi colección de discos y otras tonterías y objetos aleatorios que tenía almacenados en el anterior piso, ocupando cantidades ingentes de espacio.

—¿No te está ayudando Rober?

—Tiene turno en la tienda de ropa —le contesto al mismo tiempo que continúo colocando libros—. Y después tiene cita en la pelu para cortarse las puntas.

—¿Y qué tal con ese Casimiro?

—De momento, bien. Parece que le caigo mejor que hace mil años —parloteo, y suelto un suspiro antes de vomitarle lo siguiente —: Lo peor será cuando me cruce con el hijito, ese niñato empollón y gordinflón, con una paella estampada en la cara y los dientes de alambre.

—Daniel, esa boca —me regaña, aunque se echa a reír porque habrá recordado algo de nuestra infancia—. Me acuerdo de aquella vez, cuando erais pequeños, que te metió un pañal sucio en la mochila y tú te vengaste de él, poniéndole un escarabajo muerto en su bocadillo del recreo.

Qué recuerdos tan entrañables.

—No era un escarabajo, sino una cucaracha —le aclaro—. Seguro que no ha cambiado nada y sigue siendo el mismo idiota de siempre.

—Deja de insultar a ese chico y no vayas a irritar ni a tu madre ni a Casimiro, que ahora os tenéis que llevar bien.

—Papá, sabes que va a ser complicado.

—Ya, pero debes hacer un esfuerzo.

Tras despedirme de él, prometiéndole que iré a visitarlo la semana que viene, deposito en la balda el último libro de la primera caja y me doy la vuelta para abrir otra. Pero algo, o mejor dicho alguien, me llama la atención en la entrada de mi habitación, y mis ojos se desvían hacia esa figura.

—*Mamma mia!* —suelto de manera automática.

Lo miro de abajo arriba y de arriba abajo tres veces seguidas, con la boca abierta, para analizar cada parte de su anatomía: sus pies enormes y descalzos, con ese tatuaje de la carita feliz en su tobillo izquierdo; sus piernas fuertes y largas; su entrepierna, que no guarda ningún secreto para mí, tapada por una diminuta toalla azul;

la zona de la uve tan marcada; los abdominales y pectorales bien definidos para pasear la lengua por ellos; los bíceps para agarrarte cuando te desmayes por verlo; su cuello para darle un buen mordisco; sus labios carnosos formando una sonrisa chulesca; su sexy barba incipiente; su nariz tan perfecta; su mirada azulada y profunda, que me es tan familiar; su cabello corto y castaño con un pequeño mechón mojado cayéndole por la frente… Y Señorita Rottenmeier abrazada a él.

Me obligo a volver a la realidad y a cerrar la boca, porque no quiero que se me desencaje la mandíbula siendo el vocalista de mi banda, pero continúo mirando a ese imbécil, ojiplático.

Hostias.

No me lo puedo creer.

¿De verdad es quien creo que es o estoy alucinando?

—Eh, tú —él es el primero en romper el silencio.

Escuchar su voz después de tantos años provoca que un cosquilleo me recorra el cuerpo entero.

Estoy temblando.

—Axel de la Rosa Ferrer —pronuncio con cierta inseguridad su nombre completo.

—Dani —me responde, tomándose las confianzas que no le corresponden para llamarme por mi diminutivo.

—Daniel —lo corrijo levantando el dedo índice—. Para ti soy Daniel.

El mendrugo, sin dejar de mostrarme su dentadura blanquecina en una perfecta sonrisa sin rastro de ortodoncia, sostiene a Señorita Rottenmeier con sus *brazopollas* como si fuera una cría de dos años; las patitas delanteras de ella están apoyadas en los pectorales de él.

Menuda traidora es mi gata también. Se le ha esfumado el estrés de un plumazo.

—Sigues igual que hace diez años —me dice Axel—. Menos por tus gafas de culo de vaso. ¿Dónde te las has dejado?

—Y tú sigues siendo tan vomitivo como cuando eras adolescente —contraataco, sabiendo que es mentira lo que acabo de soltar—.

Bueno, más vomitivo.

La realidad es que este idiota ha cambiado MUCHO. Y, joder, ni un pokemon evoluciona tanto.

A Axel se le escapa una risotada.

—Como puedes apreciar, he dejado atrás a ese niñato gordinflón con una paella estampada en la cara y los dientes de alambre —repite las mismas palabras que le he dicho a mi padre por teléfono hace escasos minutos—. Lo que sí es cierto es que sigo siendo un empollón —añade haciendo énfasis en las dos últimas sílabas de «empollón».

Me cruzo de brazos en actitud defensiva.

—Te pido, por favor, que no vuelvas a escuchar mis conversaciones privadas; que sueltes a Señorita Rottenmeier, que la estás estresando con tu presencia; que te largues de mi habitación y, ya de paso, de esta casa y te vayas a la tuya con tu novia y no vuelvas jamás. Gracias.

—Primero: estabas hablando en un tono muy alto y criticándome a mis espaldas. —Conforme habla, levanta dedos con su mano libre, porque con la otra tiene bien agarrada a mi bola de pelo—. Segundo: Señorita Rottenmeier no se ha despegado de mí desde anoche porque me ha echado de menos. Tercero: me he asomado a tu habitación para saludarte y fingir que soy un hermanastro majo. Cuarto: ya no vivo con mi novia. Y quinto: siento decirte que vas a tener que aguantarme en esta casa hasta que alguno de los dos se independice.

—Miau —interviene Señorita Rottenmeier dándole la razón.

¡No jodas! ¿Cómo que este tío se va a quedar a vivir aquí? ¿Y mi madre no me lo podía haber contado con antelación? ¿Ha preferido que me tropezara por la casa con él, sin anestesia ni nada?

Necesito buscarme un trabajo en el que gane más de mil euros al mes para independizarme y volver a perder de vista a la bazofia humana que tengo delante.

Dios, tengo ganas de abrazarlo, de partirle esa cara de simio y de matarlo.

—¿Qué le has hecho a tu novia para que te eche de vuestro piso? Porque conociéndote… —El tono burlón me sale de manera natural.

Axel es el típico novio que siempre la caga en una relación; habrá cambiado su físico, pero su personalidad continúa siendo una porquería.

—No es de tu incumbencia —me responde, tajante—. Y procura que me encuentre lo menos posible con tu cara de monigote por esta casa.

Le dedico una peineta con todo el arte que me corre por las venas roqueras.

—Lo mismo digo, mamarracho.

Mi madre aparece detrás de Axel, y este mueve su cuerpazo de casi dos metros a un lado para dejarla pasar.

—Oh, chicos, qué bien que os hayáis reencontrado —nos dice, mirando primero a uno y luego al otro, supersonriente—. Espero que nos convirtamos en una gran familia y os llevéis bien, como si fuerais hermanos de verdad.

—Seguro que sí, Júlia —le contesta Axel sintiéndose el hijito favorito—. Siempre nos hemos adorado.

—¿Sabes que los hermanos de verdad se llevan a matar? —le pregunto a mi madre, que solo me tiene a mí como hijo—. Te pongo como ejemplo a los dos diablos que tiene papá con su mujer, y también a mi cuñada y a mi novio.

Al soltar la palabra «novio», me percato de que Axel me mira con curiosidad.

Mis dos hermanos son unos malcriados y, cuando me toca cuidarlos, acabo con ganas de tirarme por la ventana. Por el contrario, Rober y Candela también se pelean, pero no dudarían en donarse un riñón mutuamente si algún día lo necesitaran.

—No te pongas gruñón, Daniel —me regaña mi progenitora—. Y préstale a Axel algo de ropa, que tenéis casi la misma talla. Anoche, el pobre se vino a casa con lo puesto. —Después me apunta con el dedo, en señal de advertencia—. Y pórtate bien con él, que lo está

pasando mal porque ayer descubrió a su novia engañándolo con otro.

Ahogo una risita sin querer y Axel ladea la cabeza hacia mi madre, indignado.

—Pero, Júlia, no le cuentes mis intimidades.

—Es para que vea que estás sufriendo y tenga compasión. —Ella le regala un tierno beso en la mejilla—. Salgo un momento a comprar con Prometido. No os peleéis mucho. —Acto seguido, nos vuelve a dejar a solas.

¿Desde cuándo se tienen tanta confianza una madrastra y un hijastro? ¿No se deberían llevar fatal, como en las películas de Disney? ¡Esto es increíble!

—El karma, *bro* —le digo a mi supuesto hermanastro, refiriéndome a los cuernos que le ha puesto la novia.

Algo gordísimo le habrá hecho él. Me apuesto todos los ahorros que tengo.

—Cállate, que tú no sabes nada —me espeta fundiéndome con la mirada—. Y déjame tu ropa.

—A sus órdenes, guapo. —Le hago una reverencia.

No le voy a prestar ropa para hacerle un favor, sino para que no se pasee en paños menores por esta casa, enseñando la tableta de chocolate placer adulto, y me remueva *cosas*.

Mientras mi querido hermanastro aguarda con impaciencia, busco la caja que tiene escrita, con rotulador negro, la frase «ropa vieja que uso como pijama y para estar en casa». La abro y me hago con las primeras prendas más anchas que encuentro y que sirvan para tapar los pectorales de ese ser, porque eso que ha dicho mi madre de que tenemos casi la misma talla… Como que no.

—Aquí tienes. —Se las entrego, sonriéndole con falsedad, y él las coge con su mano que sigue libre.

—Gracias, Dani —me responde con seriedad.

—Daniel.

Se me queda mirando con cara de acelga y se marcha, por fin, con la traidora de Señorita Rottenmeier en brazos. A los dos

segundos, vuelve a aparecer en mi cuarto, sin mi gata y sin la ropa que le he prestado, pero aún con la toalla cubriéndole las partes íntimas. Se aproxima a mí más de lo necesario, dedicándome su encantadora sonrisa, y alza la palma de la mano para mostrármela, porque espera entrelazar sus dedos con los míos, como cuando éramos pequeños (y no tan pequeños) y queríamos hacer las paces.

—¿Me perdonas? —me pregunta, vacilante.

Doy un paso hacia atrás y escondo las manos detrás de la espalda, manteniendo la mirada en él.

—¿Quieres que te dé una bofetada como la que te ganaste el último día que nos vimos? Todavía me duele la mano.

Axel se esfuerza en conservar su sonrisa, pero en sus ojos puedo leer que le han afectado mis palabras.

—Y a mí, la cara. —Baja el brazo—. Pero me la merecía.

—Te tendría que haber estampado el puño, cabrón.

—Pues nada, seguiré intentando ganarme tu perdón. —Se encoge de hombros con diversión y, con la vista clavada en la rata extraña que se ha acomodado en mi cama, suelta—: Taylor, vamos.

Se me escapa una carcajada.

—¿El escroto es tuyo? ¿Y se llama Taylor? ¿Taylor, de Taylor Swift? —Otra risotada—. Cómo no.

Me lanza una mirada furibunda y, de nuevo, se larga de mi dormitorio, pero ahora con esa cosa pellejuda persiguiéndolo.

Niego con la cabeza, sonriendo, y cierro con un portazo para que ese atontado no se cuele más en esta zona prohibida para él.

Primero me roba el corazón y mi estabilidad mental para destrozarlos, después a mi madre, luego a mi gata… ¿Qué será lo próximo?

4. Axel

—Daniel, ¿por qué no ayudas a Axel a trasladar sus cosas de su piso a esta casa? —le pregunta Júlia al grano en el culo mientras comemos pollo al horno como una familia feliz.

Daniel casi se atraganta con un trozo de patata.

—No hace falta, Júlia —me adelanto, aunque un poco de ayuda no me vendría mal, porque tardaría un milenio en meter mis pertenencias en cajas—. Puedo traerlas yo solo con el coche.

—Deja que Daniel te eche una mano, Axel —interviene mi padre —. Así aprovecháis y limáis asperezas.

—Ni de coña —suelta el aludido mirando a su madre—. Tengo que prepararme para tocar esta noche con el grupo. Es sábado, ¿recuerdas? Además, ya he participado en mi propia mudanza y estoy reventado, así que gracias, mamá, pero no me interesa ofrecerle mis servicios de manera gratuita a *eso* de ahí. —Me señala con su tenedor, que creo que desea clavarme en un ojo.

Me esfuerzo en morderme la lengua para no preguntar nada acerca de sus andanzas musicales.

—Tienes tiempo, cariño —le responde su madre—. Aún quedan horas para que te marches al local.

La idea de compartir tiempo con él, aunque sea para mi mudanza, me puede servir para recuperar su confianza.

—Si ayudo a ese mononeuronal, ¿me prometéis que se va a largar cuanto antes de esta casa? —les pregunta Daniel a nuestros

padres sin mirarme siquiera, pero volviéndome a apuntar con un cubierto; esta vez, con un cuchillo puntiagudo.

—Me largaré cuando me apetezca —intervengo—. Aquí vive mi padre y tengo el derecho de quedarme el tiempo que quiera.

Júlia da un fuerte golpe en la mesa con su palma, lo que provoca que todo lo que se encuentra encima tiemble de miedo.

—Ya está bien, que parece mentira que tengáis veintiséis años. —Posa los ojos en su hijo—. Mientras viváis bajo nuestro techo, os vais a comportar como personas adultas y obedeceréis nuestras normas. —Después, me mira a mí—. ¿De acuerdo?

—Si no, os hacemos las maletas y os echamos a la calle para que viváis debajo de un puente —agrega mi padre.

—Prefiero vivir debajo de un puente antes que aguantar a ese memo —murmura Daniel cruzándose de brazos.

Me va a costar muchísimo que deje de odiarme. A pesar del paso de los años, su cabreo por lo que le hice sigue intacto, e incluso me atrevería a decir que ha aumentado.

Pero ¿y lo guapo que se ha puesto durante estos diez años? Bueno, más guapo, con su característica media melena oscura, ondulada y revuelta, que le llega hasta la mandíbula y le remarca aún más las facciones del rostro. Su cuerpo de adolescente se ha transformado en uno de adulto y rondará el metro ochenta y algo, aunque yo le gano con mi metro noventa.

Su intensa mirada verdosa, que es lo único que no ha cambiado, se tropieza con la mía.

—¿Qué miras? —me espeta con la boca llena.

—Tu cara de payaso.

Coge un trozo de pan y me lo lanza para golpearme con él, pero yo soy más rápido y le doy con la mano como si estuviera jugando a un partido de tenis. Júlia nos vuelve a regañar y mi padre, que nada más se sabe una frase, comenta «están limando asperezas».

Cuando terminamos de comer, me pongo en marcha porque necesito quitarme este muerto de encima cuanto antes. Daniel, por sorprendente que pueda parecer, decide acompañarme y se

acomoda en el asiento del copiloto. Durante la mitad del viaje, no dice ni pío; solo se dedica a mantener los ojos pegados a su móvil, a mandarle mensajes a alguien y a soltar carcajadas cada cinco segundos.

Hasta que decide enviarle un audio a su novio, en el que me critica como si yo no estuviera sentado a su lado.

—Ey, Robbie, voy a estar toda la tarde ocupado porque tengo que ayudar con la mudanza al hijo de la nueva pareja de mi madre, que es abominable. —Hace una pausa—. Con lo de abominable me refiero al hijo, no a mi supuesto padrastro, que es simpático. —Se vuelve a detener y suspira; yo lo miro por el rabillo del ojo—. ¿Qué te iba a decir? Ah, sí. ¿Tú te crees que a estas alturas de la vida voy a tener que compartir el sitio en el que vivo con un hermanastro y aguantar su presencia cada día? En fin… Te veo esta noche. Te quiero.

—Te estás ganando que te eche del coche —le digo cuando manda el audio.

—Me harías un gran favor.

A ver si se ha creído que a mí me hace gracia que tenga que estar presente en un momento tan duro para mí, que voy vestido como si fuera a pedir dinero en la puerta de la iglesia, con unos pantalones negros de chándal con agujeros y una sudadera blanca gigantesca con el dibujo de una caca con ojos, unas manchas de dudosa procedencia y las mangas mordisqueadas, aguantándome las ganas de llorar por haber perdido tres años de mi vida con Sarah.

Lo que queda del trayecto permanecemos en silencio; yo, con la vista fija en la carretera y apretando el volante con fuerza por lo tenso que estoy, y él, de morros, mirando por la ventanilla.

Una vez que llegamos, le pido que guarde mi ropa en las cajas de cartón vacías que hemos cogido de la mudanza de nuestros padres; yo me encargo de recoger los objetos personales y demás trastos que me pertenecen y que he pagado con el sudor de mi frente.

—Vaya ropa más fea tienes —comenta lanzando de cualquier forma mis camisas, sin ninguna arruga, a las cajas—. Te has vuelto

un pijito en Guirilandia.

Opto por ignorarlo y sigo vaciando los cajones de mi mesita de noche.

Me da igual que insulte mi manera de vestir y que me destroce las prendas; lo único que me apetece es salir de aquí lo más rápido posible.

Nuestros móviles reciben un mensaje a la vez y ambos dejamos lo que estamos haciendo para descubrir de qué se trata.

Un grupo de WhatsApp llamado «Familia Domènech de la Rosa».

—No me jodas —suelta Daniel al verlo.

Leo los mensajes que nos han mandado:

Júlia: «Hola, familia, he creado este grupo para que estemos en contacto siempre. Está prohibido abandonarlo»

Papá: «Y así todos limamos asperezas»

Número desconocido: «Vaya puta mierda»

Ese que acaba de hablar es Daniel, que lo vuelvo a guardar en mis contactos como «Dani». Borré su número hace diez años para que desapareciera la tentación de comunicarme con él, y supongo que él haría lo mismo con el mío.

La madre del grano en el culo y mi padre envían más mensajes:

Júlia: «Esta noche, Prometido y yo nos vamos de marcha y no sabemos a qué hora volveremos»

Papá: «Así es. Ser malos, colegas, y limar asperezas mucho»

Dani: «Se escribe "Sed malos" y "limad asperezas", Casimiro. De nada»

Al final, me meto en la conversación porque esa respuesta que le ha dado a mi padre no la voy a permitir.

Axel: «Tú a mi padre no le dices cómo tiene que escribir, pedazo de monigote»

Me hago con un sujetador de Sarah, que estaba sobre la cama, y se lo arrojo al imbécil que tengo enfrente, de espaldas a mí; la prenda se le queda estancada en la cabeza como si fuera un sombrero y él da un respingo.

—Ehhh. —Se quita el sujetador y se da la vuelta—. ¿Qué te pasa?

—Que termines de meter la ropa, que se nos va a hacer tarde y no quiero verle la cara a Sarah.

—Vale, vale. Calma. —Levanta las manos en señal de rendición—. Además, lo que he dicho lo aprendí de ti, gracias a tus clases de Lengua. —Luego especifica, reprimiendo las ganas de sonreír—: La asignatura de Lengua, quiero decir.

Esbozo una amplia sonrisa ante ese recuerdo.

—Y por cada ejercicio que hacías bien, te daba clases de *otra lengua.*

Daniel me esquiva la mirada.

—¿Podríamos terminar esta conversación, por favor? No me siento cómodo cuando sigo enfadadísimo contigo. Gracias. —Y se gira para continuar revoleando mis camisas a las cajas.

Casi me lo gano. Pero no perderé la esperanza.

Dos horas más tarde, mi coche está a reventar con todas mis cajas, mi lámpara del salón, mis cuadros de decoración de Taylor Swift y mi robot aspirador.

—¿Hay que coger algo más? —me pregunta.

—La tele.

Daniel se empieza a quejar, porque no vamos a poder bajar ese aparato enorme entre los dos, y me asegura que no va a caber en el coche, donde ya no entra ni una mosca; yo le respondo que cierre el pico y se centre en agarrar bien la tele, que me ha costado un dineral.

Si hace falta, dejo a este tío en tierra y le pago un viaje de metro con tal de llevármela.

Pero justo cuando nos desplazamos por el pasillo, cada uno sujetando la pantalla de un extremo con sumo cuidado, la puerta de la entrada se abre. A Sarah se le escapa un chillido por pillarnos

mangando la tele, y las llaves se le caen y producen un sonido estrepitoso a causa del impacto contra una baldosa.

Mierda.

—Hola —la saluda Daniel antes de que alguien abra la boca—. ¿Tú eres la chica que le ha puesto los cuernos? Te admiro un montón.

¿Cómo que la admira un montón? Cuando su novio lo engañe con otra persona, me reiré de él hasta que se muera.

—Eso no ha sido exactamente así —le responde mi exnovia, ofendida, pero después frunce el ceño—. Además, ¿tú quién eres y qué haces en mi casa robándome la tele?

—Sarah, este es Daniel, mi hermanastro —hago las debidas presentaciones—. Y Daniel, esta es Sarah, mi exnovia.

—Encantado de conocerte. Qué bien hablas español; parece que te has criado en Vallecas. —Él le dedica una falsa sonrisa y murmura, entre dientes y con asco, para que ella no lo oiga—: Una guiri. Cómo no.

—Igualmente —le contesta Sarah con educación—. ¿Me podéis decir de una vez qué hacéis robándome mi tele?

—La hemos pagado entre los dos; no es solo tuya —intervengo defendiendo lo que es mío—. Merezco quedármela yo por el dolor que me has hecho engañándome con otro.

A partir de aquí, los dos nos enzarzamos en una absurda discusión sobre quién se merece más quedarse con la tele, con Daniel como público riéndose a carcajadas, hasta que asimilo que esta disputa no va a tener fin y le ordeno a mi hermanastro que mueva el culo.

—Devuélveme la mitad de lo que he pagado si no quieres que te denuncie —me amenaza Sarah.

—Devuélveme tú la estabilidad emocional y los años que he desperdiciado contigo —contraataco mirándola con rencor.

Por suerte, la puerta la ha dejado de par en par cuando ha entrado, por lo que no tengo que hacer malabares para abrirla. Sarah despotrica contra nosotros en su idioma natal, y Daniel

comenta que no sabía que existían tantos insultos y palabrotas en inglés. Transportamos la pantalla por las escaleras, haciendo hasta lo imposible para no caernos rodando hasta la planta baja y que la tele acabe hecha papilla, porque los tres no cabemos en el ascensor del bloque.

Ya en mi coche, le hacemos hueco en el asiento de atrás, entre tantas cajas, y nos largamos antes de que a Sarah le dé por bajar con el cuchillo jamonero y pincharme una rueda para recuperar MI TELE. De camino a casa de nuestros padres, pongo a Taylor Swift en la radio para ahogar el incómodo silencio y obligar a Daniel a mantenerse callado con algo de música, porque no tengo ánimos para sumergirme en una batalla dialéctica con él.

Pero soy demasiado optimista, ya que su ley de vida es fastidiarme, incluso cuando estoy en la mismísima mierda, y lo demuestra metiéndose con mi estilo de música.

—Con tu permiso, voy a quitar esto y voy a conectar mi cuenta de Spotify.

Bah, que haga lo que le salga de los huevos. Si poniendo su música ruidosa se olvida de molestarme un rato, perfecto.

Sin embargo, tampoco logro tranquilizarme así, porque las canciones que suenan desde los altavoces, con los cantantes gritando como si estuvieran viendo la peli más terrorífica de la historia, lo que hacen es desquiciarme y convertirme la cabeza en una batidora. Daniel sube el volumen tanto que parece que su plan ideal es destrozarme los tímpanos, y yo estiro el brazo para bajarlo. Repetimos esta lucha unas cinco veces hasta que me detengo en un semáforo en rojo y apago la radio, harto de todo.

A tomar por saco. Prohibido escuchar música en mi coche.

—Joder, tío, parece que estamos en un entierro —protesta, y hace el amago de volver a encender la radio, pero le doy un manotazo.

Ambos nos lanzamos miradas con las que podríamos hacer desaparecer al otro en un santiamén.

—Por favor, que no estoy de humor.

Daniel suelta un suspiro, entrando en razón, y apoya la cabeza en la ventanilla para entretenerse contemplando el paisaje. Cuando aparco, se apea del coche y huye hacia el interior de la casa para escaquearse de seguir ayudándome con la mudanza.

—¡Gracias, eh! ¡Puedo solo con todo esto!

—¡De nada! —me responde—. ¡Así haces pesas y te crecen aún más esos músculos del brazo para partirme las sandías por la mitad, imbécil!

Su cabezón es lo que necesito partir por la mitad.

5. Daniel

Entre el madrugón de hoy, mi propia mudanza, la de Axel y aguantar la presencia de este último, he acabado destrozadísimo. Como si una manada de elefantes me hubiese pasado por encima. Estoy acojonado por si no tengo fuerzas para tocar dentro de un rato con el grupo. ¿Y si me da un soponcio en el escenario y el público se piensa que me he metido tres rayas de coca, me he pinchado con cuatro jeringuillas llenas de heroína, me he fumado cincuenta porros y me he zampado una tortilla de setas alucinógenas?

Ni siquiera la siesta de una hora que me he echado ha conseguido que me recupere. Tendré que chutarme café en vena y una bebida energética para espabilarme, porque soy un artista sano que no se mete drogas en el cuerpo; ni siquiera fumo tabaco. Les tengo pánico a las sustancias tóxicas.

Me doy una ducha de agua caliente (he utilizado el gel de mi querido hermanastro; su champú no, porque no es anticaspa) y bajo a la cocina para reponer energías y tomarme un analgésico. Me han salido unas agujetas horrorosas en cada músculo del cuerpo y me duele la espalda como si hubiera levantado en volandas al mismísimo Hulk.

—Nosotros nos vamos ya —me dice mi madre, que me da un beso en la mejilla—. Diviértete mucho con tu musiquita.

—Algún día nos tendrás que llevar contigo para que te veamos tocar, eh —interviene Casimiro.

No, por favor, que una vez invité a mi madre y a sus amigas y empezaron a chillar como adolescentes en cuanto me subí al escenario.

—Claro que sí, Casi, cuando queráis —le respondo para salir del apuro, ya que estaría bastante feo decirle que no—. Voy a seguir arreglándome.

Me adentro en el baño de arriba, que iba a ser para mí solo y ahora lo tendré que compartir. Me lavo los dientes, me pinto de negro la raya del ojo, me coloco los anillos en los dedos y me echo el desodorante del gilipollas para gastárselo. Después, cojo de mi habitación la funda que contiene mi guitarra eléctrica y me despido de Señorita Rottenmeier, que la he pillado haciendo pis en una caja de arena que no es la suya. En el recibidor, descubro a Axel a punto de salir de casa, vestido con la ropa que hemos rescatado del que era su apartamento. Como está de espaldas a mí, admiro el culazo que le hacen sus vaqueros tan ajustados y, cuando se da la vuelta porque soy un ruidoso bajando las escaleras, me fijo en lo bien que le quedan la chaqueta negra, también vaquera, y la camiseta azul lisa.

No me puede dar más asco este tío, de verdad.

—¿A dónde vas? —le pregunto, pese a que sus planes me importen un pimiento.

Antes de responder, pasea su mirada por todo mi ser a cámara lenta, igual que he hecho yo cuando me lo he encontrado en mi habitación de improviso esta mañana.

¿Solo han pasado unas horas desde que estamos conviviendo en contra de nuestra voluntad? Parece que llevamos una eternidad.

—He quedado con Gerard.

Ah, claro, su amiguito del alma, que resulta que también es amigo mío y no se ha dignado a contarme nada del regreso de este energúmeno.

—Pues enhorabuena; te ha tocado el Gordo de la Lotería. —Le sonrío con falsedad—. Me tienes que acercar al local donde toco. Me lo debes, por haberte ayudado con la mudanza.

Podría coger el metro directamente, pero es más divertido aprovecharme de él. Además, se lo merece, que por su culpa voy a tener agujetas hasta que me jubile.

Axel exhala mirando al techo, como si les estuviera pidiendo auxilio a las arañas inexistentes.

—Está bien. Vamos.

En cuanto planto mi trasero en el asiento del copiloto y él, en el del conductor, los litros de perfume que se ha arrojado producen que mis hormonas se pongan a dar volteretas a toda hostia.

—Joder, qué pestazo, tío —Abro la ventanilla para que se airee este trasto—. A ver si te duchas, que hueles a puerco.

Axel acerca la nariz a su axila derecha.

—Serás tú el que apesta, porque lo único que huelo es mi perfume.

—¿Sabes que nuestro propio aroma corporal no lo percibimos? —Me tapo la nariz y él arranca el coche—. Hazme caso: apestas. Ese perfume tuyo estará caducado.

—Tú sí que estás caducado —replica—. ¿A dónde te tengo que llevar?

No le pienso decir la dirección exacta del sitio en el que toco, porque es capaz de entrar a cotillear. En su lugar, le pido que me deje por el barrio Gótico, a escasos minutos del local donde me estará esperando mi banda.

Mientras conduce, echo un vistazo a la parte de atrás del coche y advierto que han desaparecido sus pertenencias y su querida televisión. Me pregunto quién lo habrá ayudado a trasladarlas a su cuarto tras mi huida.

Me giro hacia el frente y veo que mis amigas no dejan de acapararme a mensajes por nuestro grupo de WhatsApp, ya que les he contado que voy de camino en el coche de «mi querido hermanastro». Por supuesto, están al tanto de la situación y saben de quién estoy hablando.

Candela: «Dile que entre y lo invitamos a una copa, que se le ha echado de menos y quiero ver cómo ha cambiado ese osito

amoroso»

Dani: «Eh… NO»

Iris: «Qué fuerte que lo vayas a tener de hermanastro. Verás la que se va a liar»

Candela: «Hazle una foto sin que se dé cuenta»

Robbie: «¿Quién es? Ahora mismo no le pongo cara»

Candela: «Normal, eras muy chiquito cuando estaba en nuestra clase y no te acuerdas»

Robbie: «Tampoco tanto. Me lleváis menos de dos años»

Dani: «Os dejo, que ya estoy llegando. Y APARECERÉ SOLO»

Con lo a gusto que he estado estos diez años sin oír hablar del innombrable…

Cuando se ganó mi odio, les prohibí a mis amigas y a mis padres pronunciar su nombre. No quería saber nada de él. Si en alguna serie o peli algún personaje se llamaba igual, la quitaba al instante. Si en algún libro ocurría lo mismo, lo cerraba sin miramientos y lo abandonaba en mi estantería.

—Déjame aquí —le digo a Axel.

—¿Aquí? —inquiere deteniéndose en doble fila, frente a un bloque de pisos, y pasea su vista por su alrededor para dar con alguna pista.

—Sí. —Me apeo del vehículo y cierro con un sonoro portazo, deseando que se descomponga.

—Eh, tú, espera.

Lo miro a través de la ventanilla abierta.

—¿Qué quieres? No esperes que te dé las gracias.

—Dime por lo menos la dirección del sitio donde tocas, así puedo ir a verte y tirarte huevos. —Su semblante es de pura diversión.

—Apúntatelo en ese cerebrito de superdotado. —Finjo una sonrisa y me llevo el índice a la sien—. Calle Miscojonesmorenos,

número sesenta y nueve.

Me muestra el dedo corazón como respuesta, pero yo ignoro automáticamente ese gesto porque mi atención me la ha robado el anillo negro que lo rodea.

No, no y mil veces no.

Entierro esos recuerdos en la caja de mi cerebro que pone «Amnesia» y simulo que no he visto nada.

—Métete ese dedo por el culo, hermanito.

—Lo hago cada noche mientras pienso en ti —me dice en tono burlón. Antes de desaparecer con el coche, suelta—: Palurdo.

—¡Comemierda! —le devuelvo el insulto, como tiene que ser.



Ha sido una noche redonda. Al final, no me he desmayado en el escenario y ni siquiera me he enterado de las agujetas. Cuando me hallo tan inmerso en la música, mi mente es capaz de olvidarse de mis problemas.

Y mi mayor problema ahora mismo es soportar a Axel de la Rosa. No voy a llegar vivo a los veintisiete por la energía que gasto cuando interactúo con él, y esto es solo el principio.

Buah, no quiero amargarme lo que me queda de noche pensando en ese idiota, que para un rato en el que no lo tengo que aguantar, no lo estoy aprovechando.

Candela, sujetando cuatro copas, se acerca a nuestro reservado del local y las coloca sobre la mesa, donde la esperamos los demás integrantes del grupo.

—A reponer fuerzas —nos dice Iris.

Cada uno cogemos un vaso y brindamos por nosotros y por lo bien que nos va.

Somos cuatro miembros en total: Iris, la guitarrista principal, que la conozco desde parvulitos; Candela, la baterista y nuestra amiga desde primero de secundaria; y Rober, el bajista y hermano de Candela. Como a todos nos apasionaba la música y sabíamos tocar algún instrumento o cantar, decidimos formar un grupo de rock en nuestra adolescencia. Desde entonces, ensayamos unas cuantas tardes a la semana en el garaje de Iris y actuamos cada fin de semana en algún local de Barcelona.

—Algún año ganaremos el EuroStars Music Fest. Hacedme caso —comenta Candela muy convencida—. Guardad esta conversación.

Ojalá. Representar a España en ese festival europeo es mi sueño desde que era pequeño. No me he perdido ese programa desde que tengo uso de razón; soy un fan incondicional.

—Vamos a ganar gracias a los movimientos que hago con la melena —interviene Rober, que me está rodeando los hombros con su brazo—. Eso los vuelve locos a todos.

A mí, por ejemplo; me considero un privilegiado por hundir los dedos en ese pelazo cada vez que lo tengo cerca.

Nos tiramos un rato más celebrando la noche, bebiendo, bailando, haciéndonos fotos y hablando con la gente que se acerca para saludarnos. Iris se esfuma por ahí con una chica aleatoria que no ha parado de lanzarle miraditas cuando estaba dándolo todo en el escenario, y Rober y yo estamos tan cachondos que nos es imposible aguantarnos las ganas de follar, así que le propongo que vayamos a la nueva casa de mi madre para estrenar la cama doble de mi habitación, que en la anterior tenía una individual y siempre dormíamos apretujados.

Pero primero acompañamos a Candela a su piso, que no está muy lejos. Por el camino, se queja de su soltería y de que ya no existe el romanticismo, y también me intenta volver a convencer para que un día invite a Axel, porque, según ella, seguro que estará pasándolo mal con la ruptura con esa guiri y necesitará un hombro femenino donde llorar.

¿Está pensando en ligárselo? ¿Después de lo que me hizo a mí? ¿No existe alguna norma no escrita entre amigos que prohíba eso?

—Ni de coña, que seguro que se ha convertido en un heterazo misógino, homófobo y todas las palabras terminadas en «fobo».

—No paras de describirlo como si fuera un ogro —interviene Rober—. Y yo sigo sin ponerle cara.

—Como si fuera un ogro, no; es que lo es.

—No le hagas caso. —Mi amiga le hace un ademán con la mano —. Era un chico muy dulce.

Dulce, dice. Ese tío nos tenía engañados; su ternura era más fingida que mi atención cuando los profes explicaban cosas incomprensibles en el insti.

Al despedirnos de Candela, Rober y yo cogemos el metro y nos sentamos en un vagón para compartir besos. A estas horas, se encuentra desierto, a excepción del conductor, un par de borrachos y un grupo de adolescentes.

—¿Te he dicho ya que me encanta tu pelazo? —Me enredo en el dedo un mechón de su melena, que le llega hasta el principio de la raja del culo, y él me da un intenso beso que dura hasta que escuchamos un carraspeo.

Nos separamos y alzamos nuestras miradas hacia el par de adolescentes que tenemos delante, con sus caras más rojas que un pimiento morrón.

—Eh… Esto… Disculpad que os molestemos —nos dice una, que nos sonríe con timidez, mientras la otra se tapa media cara con la manga de su sudadera—, pero nos gustaría hacernos una foto con él. —Señala a Rober.

Mi novio se levanta del asiento para atender a sus fans.

—Por supuesto.

—¿Y conmigo no? —inquiero, disgustado—. Que soy el cantante.

Se supone que el vocalista de una banda es el favorito por excelencia: Billy Joe Armstrong, de Green Day; Amy Lee, de Evanescence; Kurt Cobain, de Nirvana… ¿Por qué yo no? Menudo timo.

La adolescente que ha hablado vuelve a tomar la palabra:

—No te ofendas, pero Rober es nuestro favorito del grupo. —Me tiende su teléfono—. ¿Nos haces la foto, por favor?

No pasa nada; las entiendo. Es un dios roquero caído del infierno. Aunque siempre lo he conocido con la etiqueta de «el hermano de Candela», me cautivó poco después de unirse a la banda. Y, claro, entre ensayo y ensayo, canciones con letras profundas, las actuaciones, el subidón de adrenalina, el alcohol y que a veces alguno amanecía en la cama del otro tras una noche intensa, surgió la chispa del amor hace casi un año. A Iris y a Candela no les hizo mucha gracia cuando se enteraron; piensan que no hay que mezclar la vida personal con la profesional porque, el día que Rober y yo nos peleemos, el grupo podría explotar como si fuera la bomba de Hiroshima y dejaríamos de existir.

Pero mi opinión es totalmente contraria. Rober y yo somos una pareja con una envidiable comunicación. Si surge cualquier problema, lo hablamos para buscar una solución, porque nuestras prioridades siempre serán la banda y nuestra amistad.

6. Axel

He llegado a casa a las doce de la noche. Gerard me ha convencido esta tarde para que fuera a cenar pizza a su piso, para animarme y olvidarme de los cuernos que me ha puesto Sarah con ese melenudo.

Ahora son las tres y media de la madrugada y sigo despierto, encerrado en mi cuarto, con Taylor y Señorita Rottenmeier acostadas junto a mí, mientras leo un *thriller* que le he cogido a Daniel de su estantería.

Pero mi lectura la interrumpen voces y risas provenientes del pasillo; reconozco las de Daniel e imagino que las otras serán las de su novio. Oigo que se meten en su habitación, al lado de la mía, mediante un portazo.

Como esta casa parece estar fabricada con papel y solo nos separan unos centímetros, porque su cama está pegada a la pared donde tengo apoyada la espalda, continúo escuchando carcajadas y frases obscenas que se dedican el uno al otro, y distingo «joder, qué ganas tengo de comerme tu flauta salada», soltada por Daniel.

Ahogo una risita ante esas palabras con cero erotismo y me pongo los tapones en los oídos para amortiguar el sonido, porque no me apetece enterarme de cómo esos dos follan.

Intento volver a leer el libro que tengo entre las manos, que se ha quedado en lo más interesante, pero no consigo retener ninguna información. La pareja de macacos en celo comienza a gemir y Taylor se despierta y estira las orejas hacia atrás, ya que son ruidos

nuevos para ella; en cambio, Señorita Rottenmeier ni siquiera se inmuta y sigue roncando porque estará acostumbrada a estas escenas.

Menos mal que Júlia y mi padre no están en casa esta noche.

—Dios, te quiero muchísimo —le dice el romántico del novio a Daniel.

Suelto un bufido y me quito los tapones porque no sirven para nada. A continuación, les corto el momento de pasión y golpeo el tabique con la palma de la mano con tanta fuerza que me hago daño.

—¡Id terminando ya, que quiero dormir!

Daniel se caga en mis muertos porque dice que estaba a punto de correrse, y a mí se me escapa una risotada y le respondo «qué mala suerte».

—¿Quién es ese? —pregunta el otro.

—Mi maldito hermanastro, pero no le hagamos caso y sigamos con lo nuestro.

A pesar de mis incesantes golpes, ellos continúan dándole que te pego, de modo que no me queda más remedio que irme al salón para terminar con la lectura.

Media hora más tarde, cuando por fin reina el silencio, alguien baja las escaleras y se pone a trastear en la cocina. Doblo la esquina de la página donde me he quedado, cierro el libro, lo coloco sobre la mesita de centro y me encamino hacia allí para cantarle las cuarenta a Daniel. Sin embargo, me llevo la sorpresa de que no es él la persona con la que me encuentro, sino un tío en calzoncillos, de espaldas a mí, con una melena morena, lisa, tan larga que le llega hasta el culo y que me resulta muy, pero que muy familiar.

Me cruzo de brazos y carraspeo; él se da la vuelta hacia mí al instante, con una lata de refresco de naranja en la mano.

El *septum* en la nariz y los tatuajes me confirman que es el melenudo que pillé con Sarah.

Un momento… ¿Este es Rober, el hermano de Candela? Sí que está cambiado; no lo había reconocido. La última vez que lo vi era

un mocoso flacucho de catorce años al que le sacaba veinte cabezas.

—Buenas noches, *cuñadastro* —me saluda con educación, y me tiende el refresco—. ¿Te apetece un trago?

—No me puedo creer que tú seas el adorado novio de Dani. —Lo contemplo con una mezcla de seriedad y asombro.

El falso Taylor Lautner, de la primera película de *Crepúsculo* (porque a partir de la segunda se cortó el pelo), sonríe con cinismo.

—Y yo no me puedo creer que tú seas el hermanastro.

—Le pienso contar que le has puesto los cuernos con Sarah.

Daniel no se merece algo tan doloroso como que la persona a la que quiere lo engañe con otra.

—¿Con quién? —El melenudo arruga el entrecejo, como si no supiera de quién le hablo.

—Con mi exnovia —le refresco la memoria—. La chica inglesa con la que estabas el viernes por la tarde.

Parece que lo que le acabo de contar le hace gracia, porque se descojona en mi jeta.

—Ah, vale, ya me acuerdo.

—Me alegro de que te acuerdes, porque esto no se va a quedar así. —Cambio el peso de una pierna a otra, todavía de brazos cruzados—. Daniel se va a enterar de la clase de persona que eres.

Don Melenas se encoge de hombros de manera desinteresada.

—Pues muy bien —es lo único que responde, y creo advertir la sorna en su tono de voz—. Cuéntale lo que quieras, campeón. Un placer volver a verte. —Avanza unos pasos hacia mí y me palmea el hombro, para después escaparse escaleras arriba con el refresco de naranja.

Su comportamiento tan pasota me deja conmocionado.

Menudo asco de novio. Daniel debe saberlo cuanto antes. Mañana, cuando se despierte y el melenudo se haya marchado, se lo contaré todo, y espero que abra los ojos y me pida perdón por haberse burlado de mis cuernos, ahora que los dos pertenecemos al mismo club.



Octubre de 2003

En el recreo, el tonto de Dani se acercó a mí para cotillear lo que hacía y yo le di la vuelta a la hoja donde estaba escribiendo.

Era un momento importantísimo y aquel idiota me lo iba a chafar. Me había escondido detrás de unos matorrales donde habitaban los piojos (según decían los adultos), precisamente para que Dani no me viese.

—¿Qué haces aquí tan solito? —quiso saber, y yo alcé la vista hacia él porque me había sentado en el suelo.

—Nada. —Guardé el folio en el libro para colorear, que lo tenía sobre las piernas y me estaba sirviendo de apoyo—. Lárgate, Danielito Gafotas.

—Va, venga, dímelo.

Se estaba comiendo un bocata de chorizo apestoso y sostenía con una mano su peluche de Pikachu. Entonces suspiré, le permití que se sentara a mi lado y saqué el folio del libro para enseñárselo.

—Le estoy escribiendo una carta de amor a Iris porque quiero que sea mi novia —le conté, y él me escuchaba con atención mientras se zampaba con la boca abierta su merienda, como si fuera una cabra.

—¿Me dejas leerla para que te dé consejos?

Lo miré con los ojos entrecerrados, desconfiando de él.

Seguro que se reiría de mí y me decía que mi carta era una mierda, pero quería saber su opinión, aunque fuese mala, así que la entregué para que la leyera y me pidió que sostuviera su peluche y su bocadillo, al que le di varios mordiscos.

—*Hola, Iris* —comenzó a leer—, *me pareces una niña muy guapa y me gustas mucho. ¿Quieres ser mi novia?* —Dani frunció los labios,

pero no se rio—. No me convence. Voy a escribírtela yo para que se la leas.

—¡No! —exclamé, e intenté quitarle la hoja, pero él la alejó de mí —. ¡Tú no sabes!

—Que sí, ya verás. Iris es mi mejor amiga y la conozco; sé cómo es y lo que le gusta.

—Como te burles de mí, despídete de tu Pikachu.

Dani cogió mi lápiz y mi cuaderno para colorear, que se lo colocó sobre las piernas; después, tachó lo que yo había escrito y le dio la vuelta al folio para escribir lo suyo. Cuando acabó, lo dobló por la mitad y me lo devolvió; yo le entregué su peluche y el bocadillo de chorizo mordisqueado, con la intención de echarle un vistazo a lo que había puesto.

—No leas nada ahora, que si no, no tiene gracia —me dijo, y yo me fie aún menos de él—. Es mejor que te acerques a Iris y se lo leas en voz alta. —Se llevó una mano al corazón—. Te juro por el yogur de galleta que no he escrito nada malo. Confía en mí, Axel.

Si me lo había jurado por ese yogur y me había llamado por mi nombre y no mediante un insulto, no había ninguna duda de que estaba siendo sincero.

—Bueno, vale.

Ambos nos levantamos del suelo; yo me encaminé hacia el banco donde se encontraba sentada Iris con Gerard, y Dani se quedó a unos metros de distancia para contemplar la escena.

—Iris, ¿puedo decirte una cosa? —le pregunté cuando me detuve ante ella.

Desvió su mirada hacia mí y Gerard la imitó.

—Claro —me respondió levantándose del banco; parecía extrañada.

Me armé de valor, desdoblé la hoja, carraspeé y comencé a leer, más rojo que un tomate:

—Tu madre es una rosa, tu padre es un clavel y tú eres un moco pegado a la pared.

Iba a matar a Dani. Me había engañado y yo había caído en su trampa como un atontado. Encima, había escrito «clavel» con «b» y «rosa» con dos erres.

Despegué la vista del papel y la posé en Iris, que me miraba con asco, como si fuera el niño más feo de la clase.

Pero yo no era el más feo, porque Dani ocupaba el primer puesto con su abominable cara.

—Perdón —me disculpé con ella—. Yo no he escrito eso; te lo juro. —Me puse muy nervioso—. Yo… yo había escrito que eres la niña más guapa y que me gustas mucho.

Sin embargo, mi declaración de amor fue peor que el poema de Dani, porque Iris se echó a reír y Gerard se tapó la boca con la mano, dedicándome una mirada de «la has cagado». De reojo, vi que el monigote estaba haciendo lo mismo que su amiga, a lo lejos.

Yo seguía muerto de vergüenza y con ganas de asesinar al culpable.

—Pues tú a mí no me gustas nada, Axel —confesó Iris con la nariz arrugada cuando sus risas cesaron—. Qué ascazo.

—Tampoco hacía falta ser tan cruel. Con decirme que no sientes lo mismo por mí era suficiente —le respondí con un nudo en la garganta—. Y que sepas que ya no me pareces tan guapa. —Y salí corriendo mientras oía sus carcajadas de fondo.

Qué mala persona era Iris; no pensaba ajuntarla nunca más. Ni a Dani tampoco.

Me escondí, llorando, en el lugar donde estaba antes y me senté en el suelo con los brazos cruzados, soltando hipidos. Me sentía supertriste y enfadado.

—¿Me perdonas?

Mis ojos viajaron hacia Dani, que me había perseguido hasta aquí; estaba abrazando a su Pikachu y haciéndome pucheritos.

—No. Te has pasado veinte pueblos y he hecho el ridículo por tu culpa.

—¿Y si te regalo mi Pikachu? —Me lo tendió.

¿Su Pikachu? ¿Estaba tomándome el pelo otra vez? No se separaba de él ni para hacer caca.

Pero hablaba completamente en serio; lo conocía muy bien y, nada más mirarlo, supe que estaba arrepentido de verdad.

—Vale. —Me enjugué una lágrima y cogí el peluche—. Te perdono.

Dani me mostró su horrible sonrisa mellada, en la que le faltaban las dos paletas de arriba. A mí aún no se me habían caído esos dientes, pero se me estaba moviendo uno y tenía miedo de perderlo, porque seguro que se reiría de mí como yo me burlé de él cuando lo vi así de feo.

—¿Quieres que atasquemos los baños con papel higiénico para que se te quite el disgusto? —me propuso con expresión malvada, estirando su brazo hacia mí para ayudarme a ponerme en pie, y yo me agarré a él.

—Vale, pero, si nos pillan, diré que tú me has obligado para que te castiguen solo a ti.

—Acepto. Me merezco el castigo por haberte hecho sufrir antes.

Aunque al final acabó castigado hasta el pobre Pikachu, porque la seño no se creyó que Dani me había obligado a atascar los baños.

7. Daniel

—Nos vemos mañana —le digo a Rober mientras jugueteo con la coleta que se ha hecho.

—Y tú descansa, eh. —Me da un tierno beso en los labios y me abraza—. Como me entere yo de que no estás tirado en la cama, vengo y te ato a ella.

Le pongo morritos.

—Mmm… Eso me gusta.

—No lo he dicho de forma sexual, sino como castigo para que no te muevas.

Mi mente se imagina una escena de lo más pornográfica y un calor se apodera de mí. No puedo evitar sonreír con picardía.

Me despido de él con otro beso, pero más intenso, y contemplo cómo se marcha por la puerta con una pena instalada en mi cuerpo. Ojalá me adopte en el piso que comparte con su hermana, aunque sería un poco precipitado que nos fuéramos a vivir juntos sin apenas haber cumplido el año de relación, que yo no soy como la mujer que me trajo al mundo y su prometido.

Cuando me giro para subir a mi habitación, me percato de que Axel está sentado en el primer escalón, frunciendo la nariz sin dejar de mirarme, como si estuviera oliendo su apestoso perfume.

¿Este tío se ha convertido en un *voyeur* o qué? Menudo repelús me está dando. Ayer, poniendo la oreja mientras follaba con Rober; hoy, espiándome cuando me estoy despidiendo de él…

—¿Qué pasa? ¿Ahora te da asco ver a dos tíos dándose el lote?

—La verdad es que sois vomitivos.

¡Bingo! Sabía que se había transformado en el típico machote que me enviaría a un campo de concentración para exterminarme.

—Yo, por lo menos, no tengo unos cuernos más grandes que los de un ciervo.

Axel aprieta la mandíbula.

—Tampoco te pases, que a lo mejor te llevas una sorpresita con tu novio.

Me echo a reír.

—Claro que sí, *hermano*. —Le doy un par de palmadas en el hombro, subo las escaleras a toda hostia y me encierro en mi cuarto para volver a dormirme tras haberme despertado para desayunar con Rober.

Mi madre y Casimiro seguirán acostados; no tengo ni idea de la hora a la que vinieron anoche esos jovenzuelos.

Me dejo caer en la cama y espero a que surja un milagro y se me quiten el dolor de espalda y las agujetas del día tan intenso que viví ayer.

Como escuche a mi madre quejarse de que no hago ejercicio, le pienso poner como ejemplo las dos mudanzas, con sus correspondientes subidas y bajadas de escaleras, y las pesas que hice con las cajas y la televisión del idiota. Como es obvio, me ahorraré el asalto final con Rober en cuanto regresamos del local.

—Eh, tú, te tengo que contar algo muy importante. —Axel irrumpe en mi habitación sin haber llamado a la puerta y sin pedir permiso, sujetando un muñeco.

¿Ese no es el amigo de Shinchan, al que siempre se le está cayendo un moco? ¿Y qué es lo que se le está saliendo por la nariz? ¿Un pañuelo de papel?

Tengo que crear un plan para robarle a este tío esa caja de pañuelos sin que se dé cuenta.

—Qué pesado eres —le espeto—. Déjame vivir en paz.

—Es que no voy a poder quedarme tranquilo si no te lo cuento. —Se toma las confianzas que no le corresponden para posar su culo

para partir nueces en el filo de la cama, a mi lado.

Me incorporo y me siento con las piernas cruzadas, mirándolo con atención.

—¿Quieres que follemos juntos y por eso me espías tanto? —continúo cachondeándome de él—. Porque siento decirte que ya no eres mi tipo. Ahora me van más los melenudos roqueros.

Axel hace una mueca de repulsión.

—No he venido a satisfacer tu fantasía sexual de enrollarte con tu exnovio del instituto.

—Me acabas de romper el corazón con tus palabras —le respondo con ironía, fingiendo que no me ha afectado la etiqueta de «exnovio del instituto»—. A ver, desembucha.

Si no lo conociera, si no fuera mi hermanastro y si no hubiera pasado nada entre nosotros en nuestra adolescencia, me lo tiraba, porque el imbécil sigue teniendo su punto de atractivo.

—Tu novio te ha puesto los cuernos con mi exnovia. Los pillé a los dos desnudos el viernes por la tarde —suelta con una inquietud que no le he visto jamás, y me tiende la caja de pañuelos—. Lo siento mucho, Daniel. Estoy aquí para todo lo que necesites.

El silencio se instala en el ambiente; yo permanezco callado durante unos segundos y observo primero al muñeco mocoso y después a Axel, que está en un sinvivir, aguardando mi reacción.

Entonces, estallo en carcajadas.

—¿Qué pasa? ¿No te lo crees? —inquiere, mosqueado—. Si quieres, llamo a Sarah para que te lo cuente.

Saco un pañuelo (o un moco) de la caja de un tirón y me limpio las lágrimas que se me han escapado por las risas.

—Me lo creo, me lo creo.

—¿Y por qué actúas como si no te importara?

—Porque no me importa —le contesto, despreocupado.

Cojo el móvil, que lo tengo sobre la cama, y le mando un mensaje a Rober para que él mismo me confirme esa información.

Dani: «Oye, ¿la inglesa con la que te acostaste el viernes era la exnovia de Axel?»

No tarda en responderme:

Robbie: «Qué rápido se ha ido de la lengua jajaja pero sí, es cierto. El sábado pasado, esa chica se me acercó cuando terminamos de tocar. Estuvimos hablando un rato y me dio un papel con su Instagram por si algún día me apetecía quedar con ella. Menudo careto se le puso al amigo cuando me vio en el pasillo de su apartamento, tapándome la polla con un cojín de esa Taylor Swift que se ha puesto tan de moda»

Dani: «jodeeeeer jssjdhjsdhh esto sí que es cine»

Me descojono al leer esta versión tan graciosa de la historia y el mamarracho que tengo sentado al lado me pregunta por qué me río tanto.

—De nada que tenga ver contigo —miento, porque tampoco soy tan cabrón como para hurgar en su herida, que en el fondo me da hasta lástima.

Nadie se merece ser un cornudo, ni siquiera él.

A continuación, recibo otro mensaje:

Robbie: «Espero que estés descansando, si no, ya sabes lo que te espera»

Dani: «Por supuesto que sí, cariño»

Para que me crea, aporto una prueba: un selfi que me hago tirado en la cama. A Axel parece que se le ha quedado el trasero pegado a mi colchón, porque no se digna a esfumarse de mi cuarto.

—¿En serio que no te importa que tu novio te haya puesto los cuernos? —No para de mirarme, atónito.

—No se consideran cuernos si nuestra relación es… —Al volver a incorporarme, noto un dolor punzante en la espalda y se me escapa un quejido—. Joder.

—¿Qué te pasa? —Luce más preocupado que cuando me ha soltado la noticia de mis supuestos cuernos—. ¿Te sigue doliendo la espalda?

—Ajá.

Para mi sorpresa, se levanta de un salto y me ordena, con los brazos en jarras:

—Quítate la camiseta y túmbate bocabajo.

Enmudezco unos segundos porque me cuesta asimilar lo que me ha pedido. Cuando regreso a la realidad, sacudo la cabeza.

—¿Qué dices, gilipollas? No vas a manosear mi cuerpo con tus sucias manos.

—Soy fisio. De hecho, me dedico a manosear el cuerpo de la gente, pero con las manos limpísimas.

Madre de Dios. ¿Y sus clientes confían en él? Los acompaño en el sentimiento, porque este tío se los habrá cargado más de una vez. Me extraña que todavía conserve el título universitario y la licencia para ejercer.

—No me vas a toquetear, que seguro que me dejas paralítico.

—Estás en buenas manos —me asegura—. Después te sentirás mejor. Te lo prometo.

No sé por qué, pero mi cerebro me empuja a que me fíe de Axel de la Rosa y decido obedecerlo como si fuera una marioneta. Me desprendo de la camiseta, bajo la curiosa mirada de mi único espectador, y la lanzo al suelo.

—Mira lo que te pierdes por ser un homófobo y haberte ganado mi odio —le digo señalando mi torso desnudo, y él pone los ojos en blanco.

—Túmbate.

Me acomodo en la cama, bocabajo, tal y como me ha mandado, y recuesto la cabeza sobre la almohada, de lado, en dirección a la pared donde tengo colgado un espejo de cuerpo entero. Axel se escapa de mi cuarto y vuelve al instante con un bote de crema. Se echa un poco en el dorso de la mano y comienza a pasear sus palmas por mi espalda con suavidad, esparciendo el potingue.

Oh, oh. Adivino que se me va a poner más dura que un ladrillo por culpa de sus manoseos.

—¿Y esa confianza tan pronto? —le pregunto, jocoso—. Ni siquiera te he perdonado lo que me hiciste para que te atrevas a acariciarme.

Él sonríe (lo sé, porque lo veo a través del espejo) y quiere saber si siento dolor en la zona baja de la espalda mientras me la sigue sobando con sus cálidas manos; yo le contesto que me duele enterita.

—¿Te has empalmado alguna vez con algún paciente?

—Imposible; soy un profesional —me responde sin dejar de sonreír—. Pero sí que me ha pasado con algunos compis de clase cuando iba a la universidad y practicábamos entre nosotros.

Mmm… Interesante.

—Menudas bacanales os habréis montado con la excusa de daros masajes. No habrás perdido el tiempo.

Se le escapa una carcajada y noto que sus manos ya no se mueven con delicadeza, sino que se desplazan por mi piel haciendo presión.

—He tenido rollos de una noche y un par de parejas. —Su mirada se desvía hacia mi cara—. Supongo que tú tampoco habrás estado aburrido.

Rollos de una noche y un par de parejas. ¿Cuántas personas son con exactitud? ¿Y de qué género? Porque el término «pareja» es bastante ambiguo y misterioso. Hasta donde yo sé, Axel es hetero, pero no mucho, teniendo en cuenta el historial de su adolescencia en el que aparezco yo.

—Supones bien. Solo he tenido sexo sin compromiso con los tíos. Nada serio hasta Rober.

En cuanto pronuncio el nombre de mi novio, hace una mueca como de desaprobación y zanjamos la conversación. Cierro los ojos con la intención de disfrutar del masaje, pero, en lugar de relajarme, lo que sucede es que veo las estrellas cada vez que sus dedos presionan una zona que tengo fastidiada. Para colmo, el idiota me dice «te duele si te toco aquí, ¿verdad?» y «si te hago esto, también te duele, ¿a que sí?».

Me hallo al borde de las lágrimas, ¿no es evidente que me está destrozando?

Ya está. De aquí salgo sin poder andar, porque voy a necesitar una silla de ruedas para desplazarme.

Y yo que pensaba que me iba a poner cachondo…

—Te pienso denunciar, cabrón.

—Me parece perfecto, pero te acabo de aliviar unas cuantas contracturas musculares —me contesta como si nada, sacando a relucir su Axel profesional—. Te recomiendo que te pases por mi consulta cada vez que sientas alguna molestia.

¿Cómo? ¿Esta era la prueba gratuita de sus servicios? ¡Pues no me ha gustado!

—¿Me cobrarás? Que somos familia.

Él continúa manoseándome la espalda… O mejor dicho, rompiéndomela.

—No trabajo gratis; lo de ahora era para hacerte un favor. —Me da una palmada en el culo—. Listo. Date la vuelta, que quiero ver esas agujetas que dices que te han salido.

¿A sus clientes también les pega un sopapo en las nalgas? ¿Y les hará masajes con final feliz? Si es así, allí me va a tener cada día; me da igual quedarme pobre.

Me vuelvo a sentar, pero con las piernas estiradas sobre el colchón, y le cuento que me duelen los gemelos y los muslos a rabiar. Sin embargo, la atención de Axel se desvía hacia otra zona de mi cuerpo; sus manos no viajan hacia mis piernas, sino hacia el colgante que llevo puesto, y sus dedos, que me hacen cosquillas en el pecho, sostienen el trébol de cuatro hojas de plata.

Mierda. Me estoy poniendo nervioso y el corazón me late a mil por hora. ¿Qué narices hago?

—No me puedo creer que lo sigas teniendo. —Esboza una sonrisa nostálgica y nuestras miradas se encuentran.

—¡Ay! —exclamo para que deje en paz nuestro desastre de pasado—. ¡Me duelen mucho las agujetas!

Axel sonríe más, suelta el colgante y posa las manos en el gemelo de mi pierna derecha para comenzar a masajearlo.

—No te vas a morir por unas simples agujetas. Eres un quejica.

Después de manipular mi gemelo derecho, le toca el turno al izquierdo y yo observo en silencio cómo trabaja. Se le arruga el entrecejo de una manera muy sexi a causa de la concentración, y también aprecio cómo se le marcan las venas de los brazos.

—Daniel. —Su voz interrumpe mis pensamientos calenturientos.

—Dime. —Despego la vista de sus brazopollas para mirarlo a la cara.

—Te he preguntado si te duele aquí. —Aprieta la zona interior de mi muslo y yo le aparto la mano con brusquedad.

—¡Eh! ¿Qué coño haces tocándome tan arriba?

¿Cuándo ha ascendido tanto, que ni me he enterado? Ufff… ¿Y por qué hace tanto calor de repente si estamos a mediados de febrero?

—¿No tenías agujetas en el muslo?

No he quitado su mano porque me hiciera daño, sino porque mis muslos son una de las partes más sensibles de mi cuerpo y no me apetece empalmarme al completo delante de él, que ya se me está poniendo dura y se me va a complicar disimularla con los pantalones cortos de chándal.

—Sí, pero no me lo vas a tocar —le contesto con las mejillas encendidas—. Es zona prohibida.

Axel me muestra su dentadura en una sonrisa burlona.

—No me voy a asustar. Te he visto empalmado miles de veces y me sé cada centímetro de tu polla de memoria.

Hostias, ¿cómo puede soltar eso sin inmutarse? Me va a dar un puto infarto.

—Ah, ¿sí? —logro decir—. Con lo homófobo que eres, deberías haber borrado esos recuerdos.

—No soy homófobo —replica, y sus manos trabajan con los músculos de mi muslo—. Tengo amigos que pertenecen a la comunidad LGBT.

—Esa es la típica frase que diría un homófobo.

Ahora es el turno del otro muslo y los dos nos mantenemos callados; yo, examinando cada milímetro de su rostro y él, haciéndome el masaje con la mirada clavada en mi pierna, aunque en un par de ocasiones sus ojos le traicionan y viajan hacia el bulto nada disimulado de mi entrepierna, que no le pone cachondo porque no percibo ningún signo de excitación, ni en su cara ni en su pantalón.

—Ya he terminado. —Me da otra palmadita, pero esta vez en la pierna, y se pone en pie.

¿Ya? Caray, qué corto se me ha hecho.

—¿Cuánto dices que cobras por dar masajitos? —le pregunto, porque de verdad siento curiosidad por saber cuánto gana.

—Cincuenta y cinco euros por sesión, pero, por ser tú, te cobraré mucho más.

Ni de coña pienso pagarle ese dineral teniéndolo en casa gratis.

—¿Por qué estafas a la gente de esa manera?

—Mis servicios lo merecen; fui el mejor estudiante de mi promoción —contesta, nada modesto, y yo hago muecas de burla—. Te aconsejo que te pongas hielo donde sientas las agujetas y, de paso, que te duches con agua bien fría para bajar esa inflamación de tu entrepierna.

Me hago con un cojín y se lo lanzo a la cabeza; él lo coge al vuelo sin dejar de sonreír.

—Chúpamela, caraculo —le espeto.

—Lávatela primero, monigote, que la tienes repleta de esmegma. —Me revolea el cojín que le he tirado, que a mí sí que me golpea en la cara porque me sorprende con la guardia baja, y hace un gesto obsceno con la mano y la boca, sacando al descubierto a su adolescente inmaduro de hace diez años. Después, huye de mi habitación antes de que se evapore el atontamiento que llevo encima y pueda estrangularlo.



24 de diciembre de 2005

—¿Qué le has pedido a Papá Noel? —le pregunté a Axel—. Yo, una guitarra eléctrica, un patinete, tres juegos para la DS y uno para el ordenador.

Para los Reyes me había pedido lo mismo porque no confiaba en Papá Noel; siempre me traía regalos baratos, como unos calcetines o libros. Los Reyes Magos eran mejores; el año pasado me trajeron un ordenador de sobremesa, ya que les prometí que era para hacer los deberes del cole y para que mis padres no tuvieran que darme dinero para gastarlo en el cíber. El panzón de traje rojo y barba blanca me regaló una mochila y unas zapatillas de deporte.

—La Nintendo DS, a ver si me la trae ya —me respondió Axel.

—Yo también le he pedido que te traiga la DS. Estoy harto de prestarte la mía.

Era Nochebuena y estábamos cenando en mi casa, sentados a la mesa, el uno junto al otro, con nuestros padres, que hablaban sobre cosas aburridas de adultos.

Cuando Axel y yo terminamos con nuestros respectivos platos, nos fuimos a mi habitación para entretenernos un rato con el ordenador. Decidimos jugar al Habbo Hotel y nos descojonábamos de la risa ligando con la gente que estaba conectada. Con nuestro personaje inventado (TuMoreniitoh18, un chico de dieciocho años que vivía en Estados Unidos y era supervacilón), les hablábamos tanto a las chicas como a los chicos, aunque estos últimos huían de nosotros, aterrorizados. De vez en cuando entraba alguno de nuestros padres para asegurarse de que no estábamos haciendo

nada raro, y nosotros cambiábamos de ventana a toda prisa y poníamos la del juego del solitario.

Hasta que nos cansamos de tontear con desconocidos y nos pusimos a jugar a *Los Sims,* porque nos apetecía torturarlos. A mí me volvió a entrar hambre y salí un momento del dormitorio para coger algunas cosas que habían sobrado de la cena y colocarlas en el plato de los langostinos, que era el más grande y el que estaba más vacío.

—¿Quieres? —le pregunté a Axel tras dejar el plato sobre el escritorio, pero aparté a un lado los langostinos, que eran para mí, ya que él era alérgico al marisco.

Mi (ene)migo despegó los ojos de la pantalla y le echó un vistazo a los alimentos.

—Vale. —Capturó un trozo de turrón de chocolate y le dio un mordisco—. Por cierto, he ahogado en la piscina a Petronio.

Petronio era el nombre de nuestro pobre Sim, que se lo acababa de cargar y ya estaba descansando en paz.

Yo me eché a reír.

—Joder, tío, eres un asesino.

Continuamos jugando y riéndonos conforme zampábamos; sin embargo, la diversión se esfumó en cuestión de minutos y la catástrofe inesperada sucedió a cámara superrápida. La cara de Axel comenzó a hincharse como si fuera un globo y no paraba de decir que le picaba todo y le costaba respirar. Al principio pensé que me estaba gastando una broma, pero me cagué de miedo al descubrir que cada vez se encontraba peor, por lo que salí a avisar a los adultos, llorando. Àngels y Casimiro, alarmados, se lo llevaron a Urgencias y yo me fui al hospital con mis padres en nuestro coche.

Durante el trayecto, no hizo falta que nadie me obligara a contar lo que había sucedido, porque confesé, entre lágrimas y mocos, que a lo mejor Axel había comido marisco sin haberse dado cuenta.

—¿Se va a morir por mi culpa? —balbuceé, sentado en los asientos traseros.

No quería que Axel se muriera. Era como un hermano para mí, a pesar de que nos peleáramos cada dos por tres.

—No, cariño. Habrá sido una contaminación cruzada, tal vez. Ahora lo van a curar —me tranquilizó mi madre—. Se pondrá bien.

Transcurrieron unas horas, que se me hicieron eternas, desde que llegamos a Urgencias hasta que Axel estuvo casi recuperado. Como se tenía que quedar en observación, le pregunté a su madre si podía verlo, pero Casimiro se negó; no se fiaba de mí porque estaba seguro de que había envenenado a su hijo con marisco a posta, para acabar con él. Pero la buena de Àngels me permitió entrar con ella y me explicó que Axel había sufrido una reacción alérgica por haber comido alimentos que estaban en el mismo plato que los restos de langostinos; yo le juré que lo había hecho sin querer y le prometí que la próxima vez tendría más cuidado.

En cuanto entré en aquella sala horrible, lo vi tumbado en una camilla, con máquinas y cables extraños a su alrededor. Me puse feliz porque ya no parecía un globo a punto de explotar y estaba despierto, así que me abalancé sobre él y lo abracé.

—Eres un cabronazo, Dani. ¿Me querías matar como si fuera un Sim?

—De verdad que no. Lo siento mucho —me disculpé, otra vez llorando y con la cara enterrada en su cuello—. Perdóname por haber mezclado las cosas en ese plato envenenado, porfa.

—No.

Lloré más y le supliqué mil veces que me perdonara, juntando las dos manos.

—Por favor…

—No —Él negó con la cabeza con ímpetu—. Y que sepas que los Reyes Magos y Papá Noel no existen. Son nuestros padres los que ponen los regalos debajo del árbol.

—Axel… —intervino Àngels, que estaba a nuestro lado, mirándonos.

—¡¿Qué dices?! —Le aticé a Axel un guantazo en el brazo, moqueando—. ¡Eso es mentira!

—Lo siento, pero alguien tenía que decírtelo. —El gilipollas me dedicó una sonrisa de demonio.

No era posible lo que me estaba diciendo. ¿Cómo iban a ser mis padres los Reyes y Papá Noel?

Pero no pude enfadarme con él por haberme desvelado ese secreto, aunque fuera mi (ene)migo, de modo que lo volví a abrazar sin parar de llorar, hasta que por fin me perdonó, entrelazando sus dedos con los míos.

8. Axel

—Propongo que vayamos a un sitio —me dice Gerard cuando salimos del McDonald's—. No hay que andar mucho; está aquí al lado.

Me parece bien su idea. Hoy es la primera vez en mucho tiempo que puede salir por la noche, ya que sus hermanas van a hacer una fiesta de pijamas en casa de una amiga.

Gerard me guía hacia el local al que se refiere y, en cuanto atravesamos la entrada, el contraste entre el ambiente que hay dentro, con un montón de melenudos salidos del infierno, y los sitios que solemos frecuentar nosotros es desproporcionado.

—¿Este es el sitio al que querías que viniéramos? —le pregunto —. ¿No te habrás equivocado?

—Este es. Estoy seguro.

—No encajamos mucho. —Le echo un vistazo a nuestro alrededor con una mueca de repulsión—. ¿Por qué no nos vamos a un local más normal, donde podamos escuchar música normal? Aquí voy acabar con dolor de cabeza.

—No —me responde, tajante, y poso mi mirada en él, desconcertado—. Ya que hemos venido hasta aquí, nos quedamos. En el fondo no es tan horrible como parece y puede que descubramos un nuevo género musical.

Lo contemplo como si alguno de los zombis que nos rodean le hubiese comido el cerebro.

—Estás muy raro hoy.

—Tu sí que estás raro desde que has regresado a Barcelona —replica—. ¿Qué te han hecho los ingleses? Ya te vale haber estado diez años sin pisar esta ciudad. Eso no hay quien lo perdone.

—Pero he vuelto, que es lo importante.

Sí, diez años es mucho tiempo para no haber puesto un pie en la ciudad donde he crecido. He sido un maldito cobarde y no me atrevía. Primero, porque ya me había medio acostumbrado a Inglaterra, había conocido a gente nueva con la que me sentía a gusto y había hecho mi vida; segundo, porque en Barcelona no tenía nada que valiera la pena, aparte de Gerard, que a veces cogía un avión para visitarme (Iris y Candela se distanciaron de mí porque se pusieron del lado de Dani); y tercero, porque, si venía, cada rincón me recordaría a él.

Nos acercamos a la barra a pedir y, mientras la camarera nos prepara las bebidas (la mía, una cerveza sin alcohol porque me he traído el coche), la banda de chicas del escenario termina su actuación. A continuación, aparece un tío, también con la melena larga, de unos treinta y tantos años, para dar paso al siguiente grupo, que se llama Lapislázuli. Según sus palabras, parece que es el favorito del público porque los ha apodado como «los reyes de la noche» y la gente se ha puesto a gritar con histeria.

—Ni que ese grupo fuera Taylor Swift para chillar tanto.

—Son mejores que esa rubia; ya lo verás —me contesta mi amigo, pero a mí no me convence, porque NADIE es mejor que Taylor.

Espera… ¿Lapislázuli?

Cuando los supuestos reyes de la noche hacen acto de presencia en el escenario, casi me atraganto con la cerveza.

Una chica con el pelo largo y moreno, el flequillo recto y las piernas kilométricas, se coloca detrás de la batería; otra chica, pero rubia y muchísimo más bajita, que es la que aporta color a la escena con su vestido fucsia y su melena, ocupa el extremo izquierdo del escenario con una guitarra eléctrica; el falso Taylor Lautner se pone en el extremo derecho para tocar el bajo y, en medio, con un

micrófono y otra guitarra eléctrica (la negra y blanca que conozco a la perfección), vestido con unos vaqueros negros con cadenas y una camiseta de manga corta de estilo roquero, se encuentra Dani.

—Te pienso matar en cuanto salgamos de aquí —amenazo al causante de esto, dándole una palmada en el hombro.

—Estoy cotilleando la ubicación de mis hermanas por si me han engañado. —Mi amigo se hace el tonto con la vista clavada en su móvil—. No sé de qué me hablas.

—Ya, ya.

Gerard, al levantar la mirada y dirigirla hacia el escenario, finge no conocer a las personas de ese grupo.

—Hostia puta, me he enamorado.

—Ah, ¿sí? ¿Y de quién?

Este se cree que nací ayer.

—De todos, pero hay un empate entre la morenaza de la batería y el cantante. Tengo un dilema interno sobre a quién debería lanzarle mis calzoncillos.

—Ya… El cantante.

Gerard me agarra del brazo y me arrastra entre la gente hasta una de las primeras filas. Por el camino, intento no chocarme con ningún melenudo que acabe por tirarme la cerveza sin querer.

—¿Esos no iban con nosotros al insti? —Mi acompañante simula estar flipándolo mucho—. ¿El cantante no es tu Dani?

—¡No me digas!

—¿Y la baterista no es mi Candy? —Se tapa la boca con una mano, maravillado—. Joder, joder, joder. Era mi *crush.*

Se le da de diez actuar, pero a mí no me la cuela.

En el momento en el que el vocalista del grupo comienza a cantar su canción ruidosa a la par que toca la guitarra, no sé lo que me ocurre porque acapara cada uno de mis sentidos. Me quedo eclipsado mirándolo y escuchándolo, y no atiendo a nada más que no sea él; ni siquiera me entero cuando alguien me empuja y se me derrama parte de la cerveza sobre mis zapatillas de deporte blancas y mi camisa azul.

Cuando llega el estribillo, su sorprendida mirada verdosa me descubre entre el público y yo me mantengo más quieto de lo que ya estoy. Daniel me sonríe con su típica chulería y continúa con su actuación, paseando sus tréboles por sus demás fans.

—¿Has visto cómo te ha sonreído tu Dani? —Gerard me da un codazo y me saca del trance.

No me molesto en contestarle.

Tras varias canciones en las que he permanecido como una estatua, Lapislázuli les da las gracias a sus admiradores y les dedican una reverencia, y ellos vuelven a gritar como si los estuvieran torturando. La banda se esfuma del escenario, que lo vuelve a ocupar el melenas que los ha presentado, y yo chasqueo la lengua porque quería seguir viendo a Dani brillar con su voz, su guitarra y sus letras.

Ya sabía de primera mano que desprendía un talento abismal y me siento muy orgulloso de lo que ha conseguido durante estos años.

—¡Tío! —exclama Gerard, que mueve su mano por delante de mi cara; yo vuelvo al mundo real—. Te has quedado hipnotizado con ese grupo. De ahora en adelante, me declaro fan incondicional de ellos y de mi Candy.

Ya, como si no hubiera tenido contacto con «su Candy» desde hace cien años.

—Deja de fingir, anda, que sé que me has traído aquí a propósito.

—Voy a mirar por segunda vez la ubicación de mis hermanas, por si acaso, y a darles las buenas noches —me responde mostrándome su móvil y sonriendo con inocencia, y desaparece, mezclándose con el público.

En lugar de ir tras él, espero a que me sirvan otra cerveza sin alcohol en la barra, que la anterior ha acabado en mi ropa, y no paro de mirar por el local por si Daniel está merodeando por aquí, aunque no logro localizarlo por ningún rincón.

—Eres Axel, ¿verdad? —oigo una voz femenina detrás de mí, y yo me doy la vuelta hacia ella, que me está sonriendo con simpatía—.

Soy Candela, la del insti. Espero que te acuerdes de mí.

—Claro que sí. Encantado de volver a verte. —Le devuelvo la sonrisa y me fijo en las estrellas que tiene dibujadas al lado de cada ojo; luego, le doy un beso en las mejillas—. Estás guapísima… Bueno, tú siempre has sido guapa.

—Gracias. —Se ríe—. Tú sigues teniendo esa bonita mirada azulada.

¿Me está tirando la caña? No, ¿no? Gerard me va a matar después de que yo lo asesine a él.

—Ehh… ¿Gracias? —consigo responder, porque se me ha olvidado cómo tontear con alguien—. Tú también tienes una mirada bonita.

Ella vuelve a reírse y se enreda un mechón de su pelo en el dedo.

Que alguien me traiga un manual de instrucciones sobre cómo ligar, por favor y gracias.

—¿Me ayudas a llevar las copas? —me pide—. Y así saludas a los demás.

—No puedo. Gerard me estará esperando fuera. Nos íbamos ya.

Lo de que nos largamos lo acabo de decidir yo mismo; no quiero perder más tiempo aquí.

—Será solo un momento. Si te echa de menos, que se una a nosotros. —Me tiende una copa sin abandonar su sonrisa—. Toma, esta es la de Dani. Seguro que le hace ilusión que se la lleves tú. —Me hace un gesto con la cabeza—. Sígueme, corazón.

La persigo en contra de mi voluntad, porque parece que en ese grupo son hipnotizadores en vez de músicos, y me lleva hasta un reservado, donde se encuentran los demás integrantes, que me miran con curiosidad, excepto mi querido hermanastro.

—Mirad a quién he secuestrado —anuncia Candela.

—Vaya, éramos pocos y parió la abuela —se queja Daniel en cuanto me ve.

Candela les da su copa correspondiente a los otros dos y yo le entrego la suya al grano en el culo.

—Yo también me alegro de verte, monigote.

Él contempla su bebida con asco y yo me acomodo en el único sitio libre que queda: a su lado.

—No habrás echado un escupitajo, ¿no?

—No, mejor: me he corrido dentro. —Le muestro mi perfecta sonrisa.

Candela se mete en nuestra conversación y comenta que no le he echado nada venenoso ni ningún fluido corporal, que ella se ha encargado de vigilarme. Daniel sigue mirando su copa con desconfianza, pero al final le da un trago como si estuviera bebiéndose la pócima de la muerte.

—Cuánto tiempo, grandote. —Iris se aproxima a mí y me da un golpecito amistoso en el brazo, sonriéndome—. Espero que también te acuerdes de mí.

—Por supuesto. —Choco mi puño con el suyo, a modo de saludo —. Estaba enamoradísimo de ti en el cole y te tiraba del pelo para llamar tu atención.

Ella se echa a reír.

—Hostias, había olvidado esa información.

—Ahora entiendo por qué se adentró en el mundo *bolleril* — interviene Daniel creyéndose que es un cómico profesional, y se lleva una patada en la espinilla de mi parte.

—Qué va. Axel es el único tío decente que conozco por el que me replantearía mi lesbianismo —le contesta Iris para meter cizaña—. Pero solo durante medio segundo, eso sí. —Y regresa a su asiento tras darme un beso en la mejilla, mientras el tonto del otro hace muecas de burla.

Candela me presenta a su hermano, Rober, que también iba a nuestro instituto, pero dos cursos por debajo del nuestro (aunque yo no lo recuerdo demasiado), y le digo que ya he tenido el placer de conocerlo.

Y ahora es cuando Gerard se acerca a la mesa, continuando con sus dotes de actor:

—Pero bueno, chicos, hace doscientos mil años que no os veo. ¿Cómo os va la vida? ¿Alguno ya tiene un hijo o está casado?

—¿Qué dices, Gerardo? Si nos vimos ayer —le contesta Candela.

Me arrepiento de ser yo el responsable que conduzca esta noche, porque me están entrando muchas ganas de emborracharme.

Y menos mal que me ha tocado ser el cuidador del grupo, porque tres cervezas sin alcohol más tarde y no sé cuántas copas que se han tomado los demás, los integrantes de Lapislázuli y Gerard están más borrachos que unos vikingos. Al imbécil de mi amigo (estoy reconsiderando quitarle esa etiqueta) se le ha soltado la lengua y se ha puesto a ligar con Dani, que está sufriendo las consecuencias de las fichas bochornosas que le está lanzando; Iris y Rober han empezado una competición de chupitos; y yo, mientras los vigilo, charlo con Candela.

—Tu hermanastro me ha contado que eres masajista. ¿Me harás un masaje algún día? Es que tengo la espalda fatal.

—Soy fisioterapeuta —la corrijo—. Cuando quieras, estaré encantado de atenderte.

Ella le da un sorbito a la pajita de su cuarta o quinta bebida; he perdido la cuenta.

—¿Te apetecería que fuera alguna noche, en mi casa, mientras vemos Netflix? —me propone arrastrando las palabras y poniéndome ojitos—. No sé, piénsalo.

Se me escapa una carcajada.

—¿No estás yendo muy rápido? Primero una cenita, luego un cine…

Daniel, ese al que nadie ha invitado a nuestra cháchara, se aproxima a mí para decirme:

—Cuando ella te propone ver Netflix, es que literalmente vais a ver Netflix. No se acuesta con nadie hasta la cita número veinte.

Miro a Candela, pasmado.

—Guau. Esas son muchas citas.

—Una, que se ha vuelto exigente con los hombres. —Se encoge de hombros, juguetona.

De pronto, Iris y Rober se escurren del asiento y se caen al suelo a la vez; él le vomita encima y ella se pone a llorar porque había

estrenado ese vestido hoy. Candela y Dani se desternillan de la risa, presenciándolo todo, y Gerard (que aún le quedan dos dedos de frente y es un milagro) intercambia una mirada conmigo con la que nos decimos que ya va siendo hora de llevar a esta gente a su casa para que duerman la mona.

De camino a la salida, Dani se agarra a mi brazo con fuerza.

—Ay, Axel, ayúdame, que el suelo se mueve mucho.

Me cuelgo su guitarra al hombro y lo ayudo a andar, porque tampoco es necesario que se coma el asfalto.

—Agárrate a mí.

—Oye, ¿cómo sabías que tocaba aquí con mi grupo? Te lo ha chivado mi madre, ¿verdad? ¿O te ha traído Gerard?

—Me lo ha dicho Señorita Rottenmeier. No ha podido resistirse a mí porque soy su padre favorito.

—Agh, esa gata casposa del demonio… —masculla—. Pero no importa. Me ha gustado verte entre el público; estabas muy sexi mirándome de esa forma tan seria con tu cervecita sin alcohol en la mano.

Esbozo una sonrisa al oírlo.

—Anda, cierra el pico, que no sabes ni lo que estás diciendo.

—¿Quién ha sufrido más? —pregunta a nadie en concreto—. ¿Jesucristo, que fue crucificado, o yo, que veo dos Áxeles buenorros por lo borracho que voy?

Yo, porque me está trastocando los sentimientos desde que lo he visto iluminar el escenario.

9. Daniel

Mi querido hermanastro me ayuda a meterme en el asiento del copiloto de su coche y se atreve a ponerme el cinturón de seguridad, porque yo, con lo cocido que voy, no soy capaz de conectar ni dos neuronas.

Rober, Iris, Candela y Gerard ocupan el asiento trasero, apretujados. Axel se ha ofrecido para ser nuestro taxista porque es el único que no va borracho, pero nos ha amenazado diciendo que, como la policía lo obligue a detener el vehículo y descubra que hay cuatro personas detrás en lugar de tres, pagaremos la pedazo de multa que le pondrán.

—*Vamos a la cama, que hay que descansar, para que mañana podamos vaguear* —canturreo con la cabeza dándome vueltas sin parar.

Iris es la primera persona a la que dejamos en su casa; se acerca a la puerta tambaleándose, con las llaves en la mano, y estas se le caen al suelo. Después es el turno de Gerard, que se encamina hacia su bloque de pisos bailando peor que un pato mareado. Por último, les toca a Rober y a Candela. Mi novio se despide de mí con un beso en la frente en vez de un morreo, porque ha echado la pota y besarme sería asqueroso.

—¡Tío bueno, macizo, con tu culo me hipnotizo! —exclamo desde la ventanilla, observando cómo se dirige hacia su portal.

Creo que Rober se da la vuelta en mi dirección, pero no logro verlo porque lo tapa una pareja de ancianos, que justo pasa por

delante de él.

—¡Gracias, chaval! —me grita el abuelo, saludándome con la mano y creyéndose que le he soltado el piropo a él.

La mujer, que camina agarrada a su brazo, comenta «qué desvergonzados son estos jóvenes de hoy en día» y se lo lleva a rastras por miedo a que se lo robe.

Mi novio y yo nos reímos al unísono.

¿A dónde irán dos jubilados a las cinco de la mañana? ¿Vendrán de fiesta o habrán madrugado para dar un paseo y abrir las calles? Tantas preguntas sin respuesta tan tarde… O tan temprano.

—Vaya espectáculo estáis montando —interviene Axel.

—El de mis cojones colgando —le respondo con una bonita rima, y estallo en carcajadas yo solo.

—¡Cande, vamos! —Rober llama a su hermana.

Candela se despierta de sopetón, porque se había quedado frita, y se apea del coche. Se asoma a la ventanilla de Axel para soltarle, con su sonrisa de borracha ligona:

—Nene, soy una romántica empedernida y me gusta ver el amanecer en la playa. —Lo mira con intensidad y yo me muero de risa—. De verdad que sigues teniendo unos ojos precios… —Pierde el equilibro y se pega un hostión contra el suelo—. ¡Estoy bien, no os preocupéis por mí!

Menuda vergüenza ajena estoy sintiendo por mi amiga en este momento.

Axel se baja del coche, intranquilo, y ayuda a la dama en apuros a levantarse, fingiendo ser un caballero de los de antaño.

—Venga, arriba.

—Gracias, corazón —le contesta ella, enamorada—. Ya no existen hombres como tú.

Me están entrando ganas de vomitar, y no es por haberme bebido hasta el agua sucia del váter.

Mi hermanastro, tras asegurarse de que Candela llega sana y salva a su portal, donde la espera Rober, vuelve a meterse en el coche y se pasa una mano por la frente, agotado, mientras murmura

«vaya noche llevo». Yo me acurruco junto a él para rodearlo con los brazos y apoyar mi cabeza en su hombro.

—¿Quieres ser mi almohada? —Cierro los ojos para relajarme y disfrutar de su calidez y de su olor—. Me gusta tu perfume.

—Quítate, Daniel, que no puedo conducir contigo pegado a mí. —Me aparta con suavidad de su cuerpazo.

Suelto un bufido, me vuelvo a acomodar en mi sitio sin abrir los ojos y consigo dormirme durante lo que queda de trayecto. Cuando el capullo estaciona enfrente de nuestro nuevo hogar, me obliga a despertarme, tapándome la nariz con sus dedos para impedirme respirar.

—¿Qué haces, idiota? —le espeto—. ¿Querías deshacerte de mí?

Estoy seguro de que su sueño es acabar con mi vida, y esta noche se lo he puesto a huevo. Quería aprovechar la oportunidad para matarme, esconder mi cuerpo inerte en el maletero, llevarme a un descampado, rociarme con gasolina y prenderme fuego para que no quede rastro de mí y no lo acusen por cometer un asesinato.

A partir de mañana, tendré que dormir acompañado de un cuchillo bien afilado, por si las moscas, que no me fío de este ser diabólico.

—Lo que quiero hacer es llevarte a la cama —me dice desabrochándome el cinturón (el de seguridad), y mi mente interpreta esas palabras de una forma sexual.

Así que me entra la risa boba.

Axel sale del vehículo para abrirme la puerta y ayudarme a bajar con torpeza.

—Somos hermanastros —le recuerdo sin parar de reír—. No podemos follar; cometeríamos un acto incestuoso Aunque no compartamos sangre, sería una relación prohibida. Buah, menudo morbo me está dando.

Conforme nos dirigimos a la entrada de casa, me agarro con firmeza a su bíceps como si quisiera desinflárselo.

—Tienes la mente enferma —me contesta con el semblante impasible, y abre la puerta de nuestro dulce hogar—. Además, estás

tan borracho que no puedes ni sostenerte en pie.

Al oír eso, me quedo quieto, ladeo la cabeza hacia él y nuestras miradas se tropiezan.

—¿Estás queriendo decir que, si no estuviera borracho, follarías conmigo?

Traga saliva y sus lapislázulis se desvían hacia mi boca entreabierta.

—No tergiverses mis palabras.

—*¿Tergiqué?* —Arrugo el ceño—. Sea lo que sea lo que signifique ese palabro, no responde a mi pregunta.

Su mirada huye de mí y sus brazopollas me arrastran hacia el interior de la casa.

—Soy homófobo —escupe, y yo no puedo evitar reírme más.

—Un gran porcentaje de homófobos son gais reprimidos. No lo digo yo, lo dice la ciencia.

Axel me ordena que me calle y que deje de reírme porque voy a despertar a nuestros padres. Le hago caso y me encamino hacia la planta de arriba, a paso de tortuga y sin soltarme de él, ya que las escaleras se han convertido en arenas movedizas. Me guía primero hasta el baño y me recuerda que me tengo que desprender de las lentillas, de modo que lo hago bajo su atenta mirada y siendo un auténtico inútil, porque las puñeteras se me caen al lavabo y él se encarga de cogerlas y de meterlas en el estuche al percatarse de que yo no puedo por mi doble ceguera (la de un millón de dioptrías y la causada por el alcohol).

En mi habitación, me ayuda a tumbarme en la cama, me quita mis Converse negras y me tapa con las sábanas, fingiendo que es un buen hermanastro mayor (por solo unas horas). Su gata pellejuda se acuesta a mi lado y yo le acaricio la piel calva, que me da muchísimo repelús.

—Hola, pollo crudo —la saludo.

Se supone que se llama Taylor, pero no le pega nada ese nombre. Yo le hubiera puesto Mew, como el pokemon, o Escroto.

—Buenas noches, imbécil —me dice Axel.

—Imbécil lo serás tú —le contesto, abrazado a Mew con los ojos cerrados cuando se esfuma de mi cuarto.



—Lo siento, el doctor de la Rosa no atiende sin cita previa —me dice el mamón de Gerard el lunes por la mañana, que no sé qué demonios hace trabajando de perrito faldero del otro—. Si me dices tu nombre y tu teléfono, puedo buscarte un hueco para dentro de dos semanas o llamarte por si alguien cancela su cita.

El doctor de la Rosa.

Me habría reído si no me doliera tanto el maldito cuello, que me he levantado con una tortícolis insoportable y no puedo ni moverme. Me he tenido que escapar de la facultad, porque no aguantaba más, y he cogido el metro hasta la Clínica de Fisioterapia de la Rosa. No pensaba esperar a que «el doctor» terminara su jornada laboral y apareciera por casa. Como no sabía dónde trabaja, he buscado al botarate en Google, me ha salido este sitio, me he descojonado vivo y aquí estoy.

—¡Es urgente! —le grito a Gerard al borde de las lágrimas, con la cabeza ligeramente inclinada por el dolor—. Mira cómo estoy.

—Yo no te veo tan mal.

Menudo recepcionista tan graciosete.

—A tu jefe se lo voy a decir para que te despida.

—¿Daniel? —La voz sorprendida de Axel interrumpe mi disputa con Gerard y yo hago todo lo posible para mirarlo—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Mamma mia. Lleva un uniforme sanitario azul, a juego con sus ojos, que le queda tan bien que solo me apetece arrancárselo a bocados.

—Me he despertado con tortícolis. ¿Es que no lo ves? ¡Necesito que me hagas algo con esas manos tan profesionales!

Él se ríe de mi desgracia y se acerca a mí para examinarme el cuello e intentar moverlo, pero yo grito como si me estuviera estrangulando.

—¿Te duele mucho?

—¡¿Tú qué crees, mamarracho?!

Se vuelve a reír y a mí me apetece estamparle el ficus que hay en la entrada contra la cabeza.

—Pues siéntate ahí y espera hasta que tenga unos minutos libres para atenderte. —Señala los asientos, donde hay una anciana ocupando uno.

—Más te vale no tardar mucho, que no me quiero quedar así de por vida. —Lo miro con los ojos entrecerrados y tomo asiento en una silla.

Axel se dirige hacia la abuela, que está concentrada leyendo una revista.

—Agustina, vamos a ver cómo tiene ese tobillo —le habla con ternura y esbozando una sonrisa educada.

—Ay, voy, guapetón. —La señora suelta la revista en la mesita y se levanta, soltando quejidos, para meterse en la consulta de Axel, agarrada de su brazopolla.

Será atrevida. Seguro que no tiene ninguna lesión y se la ha inventado para que ese tío la toquetee.

Para entretenerme, cojo la revista del corazón que tenía esa señora y me pongo a ojearla con desinterés, porque no me interesa la vida privada de la gente. Me detengo en una página donde sale la noticia de que el famoso de turno le ha puesto los cuernos a la famosa de turno y la leo entera, desaprobando el contenido.

Últimamente veo muchos cuernos a mi alrededor. Qué ganas de complicarse la vida tienen las parejas. Con lo bien que estarían en una relación abierta como la que tenemos mi Robbie y yo, que es estupenda. Si a alguno de los dos le surge follar con otros en un momento dado, no nos importa, porque así lo hemos acordado. La

única posibilidad de infidelidad que tendríamos sería si él o yo nos enamoramos de otra persona, algo que por supuesto no va a ocurrir. Mi novio es maravilloso y tiene todo lo que necesito de un chico; es imposible que otro acapare mi corazón, y él piensa lo mismo de mí.

Una infidelidad emocional sería una tremenda putada y me cabrearía un montón si me es infiel; las cosas como son. Pero ¿qué iba a hacer yo frente a eso? Nada. Aguantarme, como mucho, y desearle lo mejor. Porque, como me dijo la sabia de mi madre una vez, «el amor es el sentimiento más poderoso que existe y no se puede luchar contra él».

Lo bueno es que eso no va a ocurrir jamás.

10. Axel

Me despido de Agustina en la recepción y veo a Daniel esperándome, sentado en una silla, con la cabeza inclinada y leyendo con suma concentración una revista del corazón.

—Eh, tú, entra.

Él levanta la mirada hacia mí y cierra la revista de golpe.

—No soy una cabra para que te dirijas a mí de esa forma, gilipollas.

Me doy la vuelta y me persigue, refunfuñando, mientras escuchamos de fondo los silbidos de Gerard. Cuando entramos en la consulta, Daniel echa un vistazo a lo que hay a su alrededor y se detiene frente a mi foto de la orla de la carrera, que la tengo colgada en la pared, al lado de mi título universitario. Su reacción es reírse, pero yo no entiendo qué le hace tanta gracia.

—Menudo ego tienes poniendo esa foto aquí. —Hace una mueca con los labios al descubrir dónde he estudiado—. ¿Universidad de Nottingham? Cómo no. Qué nivelazo.

Pongo los ojos en blanco.

—Siéntate en la camilla —le ordeno.

—Vale, doctor de la Rosa.

Lo de «doctor de la Rosa» lo dice simulando acento inglés y con jocosidad.

Necesito destrozarle el cuello.

Daniel planta su culo en la camilla y se desprende de la camiseta sin que se lo haya pedido; yo le digo que no era necesario que se la

quitara para examinarle el cuello, pero él se encoge de hombros y me responde que no le importa.

Le formulo unas cuantas preguntas sobre su dolencia y me coloco detrás de él para hacerle una serie de ejercicios que servirán para calmarle el dolor y arreglar su tortícolis.

—Ten cuidado, a ver si voy a parecer la niña de *El exorcista* cuando salga de aquí.

Poso las manos a ambos lados de su cuello y, con cuidado, le muevo la cabeza hacia la izquierda, aunque él se caga en mis antepasados, ya que le estoy haciendo mucho daño. Después le hago lo mismo, pero hacia la derecha, y ve las estrellas y el firmamento entero.

Tras varios ejercicios más en los que no ha parado de maldecir e insultarme, me pongo delante de él y le pido que mueva la cabeza de un lado a otro para comprobar si ha descendido el dolor.

—Me duele menos —me indica, y le aconsejo que repita él solo, en casa, los mismos ejercicios que le he hecho cuando note algún malestar—. ¿Puedo molestarte para que me los hagas tú, que eres el que sabe? —Clava su magnética mirada verdosa en mí, mordiéndose el labio inferior—. Yo soy capaz de partirme el cuello.

—¿Cómo sigues teniendo esa espalda? —cambio de tema, y me vuelvo a poner tras él.

—Pues no sé. Doliéndome lo normal, creo.

—Lo normal es que no te duela —le respondo al comprobar la tensión que tiene acumulada en los hombros, y comienzo a darle un masaje en esa zona.

Su garganta emite un sonido de placer y noto que se relaja poco a poco.

—*Mamma mia*, qué bien usas las manos para todo. Eres el hombre perfecto.

Me arranca una sonrisa.

—¿En qué postura sueles ponerte?

—Mmm… Depende. A veces prefiero la del perrito; otras, la del misionero, la carreti…

—Al sentarte, atontado —lo interrumpo.

—Ah. —Se ríe—. De cualquier manera.

—Tienes que intentar sentarte siempre con la espalda recta.

—De acuerdo, doctor.

Sigo masajeándole los hombros y se le ocurre la brillante idea de preguntarme por la postura, como profesional que soy, que recomiendo hacer a la hora de practicar sexo con un chico para que no le dé un tirón y acabe en el hospital; yo no hago otra cosa más que descojonarme.

—¿Qué es lo que te parece tan gracioso sobre mi duda? —inquiere, molesto—. Como eres homófobo y eso, supongo que te divierte que te haga esa pregunta, ¿no? Además de asquearte, claro.

Qué obsesión ha pillado con lo de que soy homófobo.

—Tienes razón. —Apoyo las manos en su cintura y aproximo mis labios a su oído para decirle con sensualidad—: Es lo más asqueroso del mundo tener a un tío respirándote en la nuca, chocando su aliento contra tu cuello y gimiendo en tu oreja mientras se corre susurrando tu nombre, Daniel Domènech.

Se le escapa otra vez ese *mamma mia* y se estremece. Le muerdo el lóbulo de la oreja y él ladea la cabeza en dirección a mi cara; a nuestros labios le faltan escasos centímetros para juntarse.

—Jefe. —Gerard irrumpe en la consulta; yo me separo de Daniel y finjo que le masajeo los hombros—. Hostia, perdón.

—¿Qué quieres?

Mi amigo, aguantándose las ganas de reírse, me informa de que afuera está esperando un paciente, enfadadísimo, porque llevo quince minutos de retraso. Le respondo que ya he terminado y que ahora atenderé al otro; el monigote salta de la camilla y se pone la camiseta. Al salir de la consulta, mira sin ningún disimulo al señor que está sentado en la sala de espera, suspirando y golpeando el suelo con la planta del pie.

—¿Cuánto tengo que pagarte? —me pregunta cuando nos detenemos en la recepción con Gerard.

—Nada, no te preocupes. —Le dedico una sonrisa burlona y añado—: Si eres de la familia. Algo así como una mascota cojonera. Con perdón a todas las mascotas, que no quiero que se ofendan por compararlas contigo.

Gerard reprime una risita.

—Súbete aquí. —Daniel me enseña el dedo corazón a la vez que camina de espaldas hacia la salida—. Capullo. —Ahora apunta con el índice a mi recepcionista—. Y tú también. —Antes de desaparecer, se choca con el ficus que tengo decorando a un lado de la entrada—. Auch.

Dirijo la vista hacia Gerard, que sé lo que está pensando, y doy una fuerte palmada en el mostrador.

—Ponte a trabajar.

Mi amigo se yergue y se lleva una mano a la sien, a modo de saludo militar.

—A sus órdenes, jefe.



El viernes por la noche cuando llego a casa, me encierro en mi habitación y me pongo a escuchar el repertorio de canciones de Taylor Swift, porque acabo de hacer algo que no debería haber hecho.

Al salir de trabajar, me he presentado en el piso que compartía con Sarah para recoger unas cosas que me olvidé el otro día. Ella se encontraba allí y hemos estado hablando durante un largo rato; me ha pedido perdón una vez más por lo que hizo, que supuestamente fue un error, y me ha vuelto a confesar que me quiere, pero no la he creído.

Unos ruidos interrumpen mi estado de tristeza y me quito los auriculares para investigar de dónde vienen a estas horas.

Daniel está golpeando el tabique que compartimos.

—¡¿Qué quieres?! —le espeto entre lágrimas.

Nuestros padres están en la planta de abajo viendo una novela turca en la tele con el volumen al máximo, así que no nos oirán.

—¡Que dejes de lloriquear, que me estás molestando con tus putos llantos y no me concentro tocando!

—¡Pues te jodes, que yo tengo que aguantar todos los días los ruidos que haces con esa guitarra de mierda!

—¡Un respeto a mi guitarra, cabronazo! —Y le da un puñetazo a la pared, imaginándose que es mi cara—. ¡Ay, joder!

Espero que se haya roto la mano y que el lunes no se le ocurra venir a mi consulta para que se la cure, porque se la pienso arrancar.

Me dispongo a volver a colocarme los auriculares para ignorarlo, pero una melodía, que proviene de su guitarra acústica y no de la eléctrica, me detiene.

Se trata de *Look What You Made Me Do*, una canción con un odio intenso en sus letras. Taylor Swift la escribió para los que la criticaban, pero Daniel me la está dedicando ahora porque me sigue detestando por lo que le hice.

Aunque lo que más me impresiona no es que se la sepa de memoria, que también, porque no es su estilo de música, sino que haya aprendido a tocarla. La fecha de lanzamiento fue en 2017, bastante tiempo después de que me fuera a Inglaterra.

Lo escucho con atención, sonriendo. La está cantando cabreadísimo; hasta intercambia el nombre de Taylor por el suyo en los versos «Lo siento, el antiguo Daniel no puede contestar ahora. ¿Por qué? Oh, porque está muerto».

Cuánto rencor. Y yo que pensaba que me lo estaba ganando con mis masajes.

En cuanto termina su actuación, entra de sopetón en mi cuarto y yo doy un respingo y me preparo mentalmente para discutir con él.

—A ver, ¿qué coño te pasa? —me pregunta, y me atrevería a decir que parece preocupado.

—Nada.

—Vale, pues me voy. —Se encoge de hombros y se da media vuelta para marcharse.

Sin embargo, lo retengo con mis siguientes palabras:

—Espera, no te vayas. Se agradece la compañía en este momento.

Se vuelve a girar hacia mí.

—Tío, decídete. —Cierra la puerta y se aproxima a mi cama.

Me echo hacia un lado para hacerle sitio y se acomoda en el colchón, con su brazo pegado al mío y la espalda apoyada en el cabecero; los dos estamos mirando hacia la pantalla negra de la tele, que la tenemos enfrente.

—Venga, cuéntame qué es lo que te tiene así y si le tengo que hacer vudú a alguien.

Me hace reír.

—¿Y ese amor fraternal que te ha salido de repente?

Ladea la cabeza hacia mí, manteniéndose serio.

—Tampoco te ilusiones. Por mucho que continúe odiándote, tengo que tratarte como si fueras de la familia para que mi madre no me eche de esta casa. —Cambia de postura y se sienta de lado, con las piernas cruzadas, para no perderse ninguna de mis reacciones—. Desembucha, que no tengo toda la noche.

Dejo escapar un amargo suspiro, pasándome una mano por el pelo, y le suelto mi tragedia:

—He ido a por unas cosas a mi antiguo apartamento y he acabado acostándome con mi ex como polvo de despedida.

Me sorprende que Daniel no se descojone con mi historia; en su lugar, niega con la cabeza, desaprobando mi cagada de comportamiento.

—Eso no se hace, Axel. Una de las normas al terminar una relación es la de no volver a follar con los ex. Los polvos de despedida no sirven para nada y solo producen sufrimiento.

—Ya. —Se me forma otra vez un nudo en la garganta y me enjugo una lágrima—. Pero no he podido evitarlo.

—Si es que me tendrías que haber avisado para que te volviera a acompañar; no deberías haberte enfrentado tú solo a esa amenaza tan peligrosa.

—La cagada ya está hecha —le respondo con la voz quebrada y la vista posada en mis manos, que juegan entre ellas.

Daniel me coge del mentón para obligarme a mirarlo.

—Más te vale no cometer más cagadas porque, como yo me entere, te lleno el bote de pasta dentífrica de pegamento —me amenaza, y atrapa las lágrimas de mis mejillas con sus pulgares—. Sería bastante divertido verte con el cepillo pegado a los dientes.

—Atrévete a hacerlo, que puede que un día te despiertes calvo porque un pajarito te ha afeitado esa horrorosa mata de pelo que tienes —contraataco.

Con las palmas aún posadas sobre mis mejillas, me regala un tortazo amistoso, que no se asemeja en nada al que me dio en el pasado, y yo le atizo un guantazo en la tripa como venganza. Después me suelta y, de nuevo, se sienta mirando hacia el frente.

—Oye, ¿por qué tienes tele en tu habitación y yo no? ¡No es justo! Yo también me merezco tener una.

—¿Porque la he pagado yo, quizá?

El idiota mete el dedito en la llaga y me recuerda que la he comprado a medias con mi ex y que se la he robado; yo le digo que se vaya a la mierda, me tumbo dándole la espalda y me evado con las canciones de Taylor Swift mientras él, que tiene un morro que se lo pisa, se pone un capítulo de alguna serie sin haberme pedido permiso para usar mi tele.

Tras cinco canciones, noto que Daniel se pega a mi espalda. Me quita un auricular, acerca sus labios a mi oreja… Y me obsequia con un asqueroso y estrepitoso eructo.

—¡Eres un cerdo! —Me incorporo, cabreado, y lo echo de mi cama a patadas y a manotazos.

Él se desternilla de la risa, tirado en el suelo, y yo, desde el colchón, le ordeno que se largue de mi cuarto de inmediato si no quiere que lo saque yo con más patadas.

—No puedo levantarme. —Cambia sus carcajadas por una mueca de dolor—. Me he lesionado el cuerpo entero con la caída por tu culpa. Me tienes que dar uno de tus masajes curativos con esas manos tan mágicas que Dios te ha dado.

—Búscate otro fisio. —Me pongo en pie y le ofrezco mi mano como ayuda para que se levante y pueda arrojarlo al pasillo de una vez, porque me tiene hasta los mismísimos.

Pero maldita la hora en la que abandona el suelo, porque, para vengarse, me da un empujón. Como mi mano continúa unida a la suya, los dos nos caemos sobre la cama; yo, bocarriba y él, encima de mí, con su rostro casi pegado al mío y sus brazos aprisionándome.

—Eres más repugnante de cerca —me dice, y su aliento se choca contra mis labios.

Trago saliva y lo agarro de la cintura.

—Tú también. Te tengo un asco que no te puedo ni ver. Apártate.

Ambos sonreímos, mirándonos.

—Ahora mismo me aparto. —Pasea su pulgar por mi labio inferior —. Axel de la Rosa.

Siento mi corazón latir desbocado dentro de mi pecho y permanecemos en esta posición, a punto de rozar nuestros labios, hasta que oímos unos ruidos provenientes de alguna de las gatas.

Esos malditos ruidos que hacen justo antes de vomitar.

Giramos las cabezas hacia ellas, que las tenemos a nuestro lado, y observamos cómo Señorita Rottenmeier pota sobre mi cama.

—¡No! —exclamo, y Daniel se separa raudo de mí.

Me levanto con rapidez y estudio la catástrofe que ha provocado esa gata en mis sábanas.

—Qué sueño más tonto me ha entrado de pronto —interviene mi hermanastro fingiendo un bostezo—. Me voy a mi cama con sábanas libres de vómitos. Hasta mañana. —Y huye de mi cuarto.

—¡Ven aquí, idiota! ¡Que ha sido tu gata! ¡Te toca limpiarlo a ti!

—¿Qué gata ni gato? —pregunta desde el pasillo—. Me desentiendo completamente de esa criatura, que también es tuya.

¡Dulces sueños, *hermano!*

—¡No me llames así, que pareces un cura!

—¡El que te la pone dura!

Me río, negando de lado a lado, y centro mi mirada en Señorita Rottenmeier.

—Gracias por interrumpirnos.

No se lo he dicho de manera irónica.



Mayo de 2010

—¡Toma agüita para que se te vaya el olor a mierda! —gritó Dani en mitad del pasillo del insti, vaciándome una botella de agua mientras los demás alumnos nos miraban.

Yo, que estaba hablando con Gerard y aguardando a que viniera la profe de Lengua, me giré hacia él con la cara completamente roja de rabia.

—¡¿Eres tonto o qué te pasa, gafotas!?

Para devolvérsela, cogí el extintor de incendios con la intención de asustarlo, pero Dani fue más astuto y echó a correr, pidiendo auxilio y descojonándose.

Los alumnos de las otras clases se apartaron para dejarnos espacio, atemorizados por si les caía lo que había en el interior del extintor.

Se estaba creando en el pasillo un camino con esa espuma extraña, pero tenía cuidado para no echárselo a nadie encima, ya que no sabía si era tóxico.

A Dani se le cayeron las gafas al suelo a causa de la carrerilla.

—¡Pausa, pausa! —me pidió—. ¡Que no veo nada!

Me reí y me detuve para darle tiempo a que se pusiera sus segundos ojos.

—Eso te pasa por estar ciego y no comer zanahorias, que son buenas para la vista.

Se agachó para coger sus gafas y se las colocó con rapidez.

—¡La tuya me voy a comer, gilipollas! —Y reanudó su huida.

—¡Cuando quieras, tarado, que sé que te mueres de ganas!

—¡Qué puto asco! En cuanto llegue a casa, pienso coger una foto tuya para dibujarte unos cuernos y un bigote en el Paint, y la subiré a Tuenti para que la vea el insti entero.

Me carcajeé aún más ante esa idiotez de venganza.

Cuando llegamos al final del pasillo, lo acorralé en la pared y dirigí la boquilla del aparato hacia su cara horrorizada.

—¿Quieres que te bañe con mi espuma? —le propuse moviendo las cejas de arriba abajo.

—¡No, porque te voy a bañar yo a ti primero! —Me pilló desprevenido admirando su sonrisa y me robó el extintor.

—¡Eh!

Apuntó hacia mí e intentó rebozarme con su espuma. Por suerte, no salió nada y yo suspiré de alivio.

—Ups… Creo que lo has gastado —me dijo.

Y, cómo no, dos profesores nos descubrieron: la de Educación Física y el de Tecnología. Nos faltó poco para matarlos de un ataque al corazón en cuanto se dieron cuenta de la escena que habíamos montado y de Dani apuntándome a la cara con el extintor. Entonces, nos mandaron de inmediato al despacho de la directora, con tal cabreo que pensaba que echarían fuego por la cabeza y moriríamos todos, porque el aparato antiincendios se había gastado.

La directora, una mujer de unos noventa y nueve años aproximadamente, con los labios pintados de rojo pasión y una buena melena blanca recogida en un moño tan apretado que parecía que le cortaba la circulación en la cabeza, estaba disfrutando de una bolsa gigante de Risketos, sentada a la mesa de su despacho. Al vernos entrar, maldijo el día en que eligió su trabajo y se chupó los dedos para limpiarse los restos de las patatas; Daniel y yo intercambiamos una mirada e hicimos una mueca de animadversión.

—Antonia, te traemos a los dos de siempre —la informó la profe de Educación Física.

—Domènech y de la Rosa. Qué agradable sorpresa —nos dijo ella con ironía, paseando la mirada por ambos—. ¿Qué trastada no habéis hecho ya?

Sí, teníamos pase VIP de tantas veces como la habíamos visitado.

Los dos tomamos asiento frente a ella y los profes comenzaron a narrarle, con pelos y señales, lo que habían presenciado en el pasillo. La directora suspiró y se colocó bien las gafas de media luna, que se le habían resbalado por el puente de la nariz.

—¿No vais a madurar nunca? —nos formuló una pregunta que tenía toda la pinta de ser retórica, porque lo había estudiado en clase de Lengua—. Como sigáis comportándoos así, juro por San Pancracio que prendo fuego al centro con vosotros dentro, aunque me lleven presa. Prefiero estar en la cárcel que aguantar a cientos de adolescentes problemáticos.

Jamás nos había dedicado tantas palabras bonitas.

De reojo, vi a Dani soltar un bostezo, aburrido, y se atrevió a decirle a la directora:

—Se ha pasado, Antonia. Cuánta crueldad hay dentro de su ser.

La aludida no se lo pensó dos veces y llamó a nuestros padres, que tuvieron que salir de sus trabajos y personarse en el insti a la hora del recreo, porque aquella vez nos habíamos pasado de la raya.

—La has cagado —le susurré a Dani.

—La has cagado tú.

Los cuatro progenitores estaban enfadadísimos (mi padre y su madre se llevaban el premio) y la directora metió a las dos familias en un aula vacía, porque en su despacho no cabía tanta gente. Dani y yo nos sentamos en dos pupitres juntos, nuestros padres decidieron quedarse de pie y Antonia se apoyó en la mesa del profesor, acompañada de su preciada bolsa de Risketos, que se los zampaba mientras los demás discutían sobre lo salvajes que éramos.

Arnau, el padre de Dani, se acercó a nosotros y nos regaló un chupachups de cola a cada uno; luego, tomó asiento en un pupitre

para contemplar la discusión entre su mujer y mi padre. Mi madre daba vueltas por el aula, masajeándose las sienes e intentando calmarse.

—Con lo bueno y estudioso que es mi hijo, siempre tiene que venir el tuyo a convertirlo en un troglodita —le espetó mi padre a Júlia—. Una buena hostia a tiempo es lo que le hace falta a ese niño.

—¿Perdona? —Júlia se ofendió ante sus palabras hirientes y la ira adornaba su rostro—. Que tú pienses que a un hijo se le educa cruzándole la cara cada vez que hace algo malo no quiere decir que sea lo correcto.

—A mí no me hace falta pegarle a Axel para que se porte bien; es muy obediente cuando está en casa. —La vena de la frente le palpitaba con énfasis—. El que lo corrompe es tu hijo. ¿Necesitas que te recuerde aquella Nochebuena, cuando Daniel lo envenenó con marisco? No lo mató de milagro.

Yo sí me acordaba; Dani también, porque se rio.

—Fue un accidente —le respondió Júlia—. Solo eran unos niños.

—A ver, no lo hice a propósito —intervino Dani desde el pupitre, con el chupachups metido en la boca—. Pero debo confesar que siempre he tenido curiosidad por saber lo que le pasaba a alguien alérgico al marisco cuando comía marisco.

—Ya te vale, tío —le contesté lanzándole una mirada asesina—. Casi la palmo por tu culpa.

—Tú cállate, que me destruiste la infancia diciéndome que los Reyes Magos eran los padres. —Me dio un pellizco en el brazo.

—Es un psicópata —soltó mi padre señalando a Dani; la directora masticaba las patatas y presenciaba el espectáculo, supertranquila —. Ese niño debería estar en un reformatorio. De mayor será un delincuente.

—Oye, papá, tampoco te pases —intervine defendiendo a mi (ene)migo—. Además, he sido yo el que ha cogido el extintor primero. Él no se merece ser castigado.

—¿Qué dices? —Dani ladeó la cabeza hacia mí—. Aquí la culpa es de los dos, no solo tuya, tío.

Hombre, no exactamente. Entre vaciarle la botella de agua a alguien y hacer el idiota con el extintor hay un trecho bastante grande. El agua se seca; lo otro es peligroso, según lo que le había escuchado comentar a Antonia.

Mi padre y su madre nos ignoraron y continuaron discutiendo.

—¡No te consiento que hables así de mi hijo! —Júlia amenazó a mi padre con el dedo índice; su semblante irradiaba furia.

Como los adultos seguían a lo suyo y nadie nos estaba prestando atención, extendí el brazo en mi mesa, dejando a la vista el antebrazo; después le señalé a Dani con la mirada la palma abierta para que pusiera la suya encima.

—¿Me perdonas? —le susurré.

Sus ojos se desviaron hacia mi mano y luego se posaron en mi cara.

—No —me respondió, tajante, pero sus dedos entrelazados con los míos sobre la mesa decían lo contrario.

Cuando mi madre quiso poner fin a la discusión, la mano de Dani se separó de la mía porque la atención volvía a enfocarse en nosotros.

—¿Podéis dejar de pelear delante de los niños?

Mi padre replicó que ya no éramos tan niños para comportarnos así, que teníamos casi catorce años y que él, a nuestra edad, ya estaba trabajando. La directora se chupó los dedos naranjas y tomó la palabra:

—Voy a anunciaros mi veredicto: los dos estarán una semana expulsados, y espero que el lunes vengan educados y con modales. Ah, y debéis pagarle el extintor al instituto.

Dani exclamó «¡toma, vacaciones!», alzando los brazos, y yo me quejé porque no me gustaba perderme las clases.

—Joder, vaya frikazo repelente —se burló mi (ene)migo, y yo le di una patada en la espinilla por debajo de las mesas.

Mi padre volvió a protestar y dijo que no era justo que un estudiante con calificaciones impecables fuera expulsado. Antonia le ordenó que se callase ya y que se centrara en educarme. Por último,

las dos familias nos encaminamos juntas y molestas hacia la salida del insti, pero nuestras madres quedaron aquella tarde para tomar café porque eran amiguísimas del alma, a pesar de tener dos bestias como hijos, que provocaban que les salieran canas verdes.

Y Dani se vino a mi casa esos tres días para no quedarse solo en la suya y continuar con nuestros desmadres.

11. Daniel

Lo primero que hago al subirme al escenario, junto a mis amigos y mi guitarra, es pasear la vista por cada rostro del público hasta detenerla en Axel, que se encuentra en la barra con Gerard y me está mirando.

Contando hoy, ya son tres findes seguidos los que viene a verme. Una de dos: o Gerard lo obliga o ha mejorado su gusto musical de la noche a la mañana. Es la persona que más desentona en este ambiente con ese careto de Ken y su vestimenta de tío pedante y marisabidillo que mira por encima del hombro a la mayoría de gente del local, y no es porque mida casi dos metros.

Conforme canto y aporreo la guitarra durante la actuación, mis ojos se desvían unas cuantas (muchas) veces hacia él, que solo deja de mirarme cuando descubro que tiene sus lapislázulis clavados en mí y los posa a toda prisa sobre su copa para fingir que la cerveza que hay en su interior le parece más interesante que yo.

En fin, más tonto y no nace.

Una vez que mi banda y yo finalizamos nuestra función, nos despedimos del público y desaparecemos del escenario para reponer fuerzas bebiendo.

—¿Era mi impresión o has estado un poco despistado? —me pregunta Candela mientras nos dirigimos a la barra, y yo la miro con extrañeza.

—Qué va, tía. He estado como siempre.

Rober se ha quedado atrás, concentrado en su móvil.

—Has estado con la cabeza en las nubes, sí —interviene Iris—. ¿Te pasa algo o qué?

—Anda, no digáis tonterías. —Me río con nerviosismo—. ¿Qué me va a pasar?

¿Que con solo ver a Axel me pongo cachondísimo, a pesar de que le tenga un asco tremendo? Sí. ¿Que me lo tiraría ahora mismo, aunque me haya hecho mucho daño? También.

Uno no es de piedra y la convivencia es una cabrona. No es fácil verlo salir de la ducha con solo una toalla tapándole la entrepierna, el cabello mojado y las gotas de agua perlando su cuerpo; ni observar desde la ventana de mi habitación cómo hace ejercicio en el jardín trasero, con los pectorales, los abdominales y los brazopollas al aire; ni soportar que me haga masajes con esas manos curativas cuando me ve tirado en el sofá de cualquier manera y oye mis quejidos al cambiar de postura, como si mi cuerpo tuviera ciento cincuenta años; ni que me hable en la nuca con esa voz relajante de doctor preocupado por su paciente, que me deja con una erección de la hostia; ni que algunos días aparezca por casa después de trabajar, sin haberse quitado ese maldito uniforme de fisio empotrador.

A veces, cuando mis neuronas me pillan con la guardia baja, pienso en tirármelo. Con lo cabreado que estoy con él, ese polvo se convertiría en el mejor de la historia y acabaríamos provocando un cataclismo; pero luego rectifico y me intento convencer de que sería la peor idea del mundo.

Espero que no tarde en mudarse. Siempre está buscando pisos en su portátil, sentado a la mesa de la cocina u ocupando un sofá, y nunca se digna a marcharse, que ya ha pasado un mes desde que mi madre me forzó a instalarme en esa casa y estoy sufriendo lo más grande.

—Oye, Cande. —Rober se acerca a su hermana—. Vamos a llamar a la abuela a ver cómo está.

—¿Qué le ha pasado a Divina?

Candela es la que me responde:

—Que la jovencita estaba hasta las cejas de anís y esta tarde se ha caído mientras bailaba reguetón con su novia. La hemos tenido que acompañar a Urgencias, pero ya está genial y en casa, recuperándose. Parece una adolescente.

Se me escapa una carcajada al imaginarme a esas dos señoras bailando.

Adoro a su abuela, que en realidad no es su abuela biológica, sino su vecina desde hace muchos años, que prepara las mejores croquetas de jamón del mundo.

Iris y yo les decimos que le den recuerdos de nuestra parte, y los dos hermanos salen del local para hablar con su abuela sin tanto barullo de fondo; después, mi amiga y yo nos unimos a Gerard y a Axel en un reservado y les contamos lo que le ha sucedido a Divina.

Cuando me termino mi copa, que me la he bebido como si fuera agua, me alejo del grupo y me aproximo a la barra para pedirme otra, porque compartir el mismo aire que cierto imbécil es un suplicio.

—Eh, tú, ¿qué te pasa? —escucho la voz de Axel con mi nueva bebida entre las manos, y me giro hacia él—. Tienes más mala cara que de costumbre.

Me río con ironía.

—Qué gracioso eres. Te van a dar el premio al mejor cómico del mundo.

—No me hace falta ningún premio para demostrar lo gracioso que puedo llegar a ser. —Me dedica una sonrisa socarrona.

Algún neandertal me da un empujón por la espalda sin querer. Como estoy sujetando mi bebida aún llena, me choco contra el torso de Axel y nos empapo a los dos; a él le cae más líquido que a mí.

—Hostia, perdón. —Al descubrir el desastre en su camisa verde, me aparto de él y no entiendo por qué me parece buena idea limpiársela con la mano y notar sus pectorales más duros que una roca.

—Daniel —pronuncia mi nombre de lo más calmado, sin un atisbo de enfado por haberlo manchado; yo dejo de limpiar, porque no está

sirviendo para nada, y le respondo que de verdad no quería arrojarle mi copa de ocho eurazos, a pesar de que me muera de ganas—. Lo has hecho adrede, ¿verdad?

—Claro que sí, idiota. Me gusta desperdiciar el dinero en bebidas para tirártelas.

Axel se toma la justicia por su cuenta y me vacía su copa en la cabeza, con el líquido derramándose por mis ondulaciones naturales.

Abro la boca, atónito, porque no me puedo creer lo que está sucediendo, y lloro por dentro por lo pegajoso que se me va a quedar el cabello, que me lo cuido desde que tengo uso de razón con productos profesionales.

—¿Cómo te atreves? —le espeto en lo que me recupero del asombro—. ¡Con mi pelo no se mete nadie!

—Si lo tienes horrible. Te acabo de hacer un favor.

Esas palabras, destinadas a una de las mejores partes de mi cuerpo, me enfurecen más. Entonces, le robo la nueva copa a Iris, que se acaba de acercar a nosotros tras pedirla (luego la invitaré a dos), y nos pregunta por lo que estamos haciendo. Sin embargo, la ignoro y baño a Axel con el cubata, devolviéndole lo que me ha hecho; el líquido le cae por ese pelo de Ken, le llega a las pestañas larguísimas y desciende por su rostro hasta que las gotas permanecen suspendidas en su barbilla.

Ah, y la cara que se le pone de tonto es digna de inmortalizar con una foto.

—Eh… Vale, ya lo pillo. Estáis en plena discusión fraternal. Hasta luego —suelta mi amiga, y desaparece al instante.

Axel se limpia el careto con la manga de su camisa y yo saboreo las gotas de su cerveza, que aún tengo en los labios. Nos mantenemos las miradas el uno al otro y, tras unos segundos, nos echamos a reír a la vez.

—Dios, qué ganas tengo de matarte —confieso entre carcajadas.

Él posa las manos en mis hombros sin dejar de mirarme.

—Te voy a destrozar todos los músculos la próxima vez que te haga un masaje. Desde los que tienes en los pies hasta el

esternocleidomastoideo. —Me acaricia la zona del cuello donde se encuentra ese músculo con un nombre impronunciable, haciéndome cosquillas y provocando que me estremezca.

—*Esternostoideo*.

—Esternocleidomastoideo —repite la palabreja, vocalizando con lentitud; yo contemplo embobado cómo se mueven sus labios.

—Esterno… —vuelvo a intentarlo, y cada uno aproxima su rostro al del otro, a cámara superlenta— cleido…

Nuestros labios se reencuentran antes de que logre completarla. A pesar de que mi mente me recuerda que el tío con el que me estoy morreando es Axel de la Rosa, el que se divirtió con mis sentimientos hace diez años, no me apetece despegarme de su boca.

Él parece que consigue conectar un par de neuronas, porque lo invade la sensatez y se separa de mí, aunque le cuesta hacerlo.

—Esto está fatal, eh —susurra contra mis labios—. Tienes novio.

Me echo a reír.

¿En serio ese es el único contra que se le ocurre? Porque yo tengo una lista entera.

—¿Sabes lo que es una relación abierta?

—Ah, sí. —Sonríe—. Yo he estado en una y ni siquiera me había enterado.

Vuelvo a reírme y Axel, en lugar de ofenderse porque me haya hecho gracia un chiste acerca de sus cuernos, estampa su boca contra la mía de nuevo y aprisiona mi rostro entre sus manos. Su descarada lengua busca la mía y, juntas, se enzarzan en una pelea pasional con la que siento melodías de guitarras eléctricas en la entrepierna.

¡Mamma mia, el pedazo de masaje que le está haciendo a mi boca! Desde antes de que se sacara la carrera de fisioterapia, ya sabía que era un experto de la musculatura, sobre todo del músculo de la lengua y de otra parte de su ser.

Seguimos besándonos con vehemencia, pegados el uno al otro, sin espacio entre nosotros y con la música roquera sonando de

fondo. Pierdo la noción del tiempo y me concentro en besarle y mordisquearle el cuello hasta tatuarle un chupetón, y luego nos volvemos a comer la boca.

La temperatura de nuestros cuerpos sube lo inimaginable y debemos hacer un esfuerzo por separarnos para coger aire, porque juro por Señorita Rottenmeier que me va a dar un telele como siga besando a este ser humano tan venenoso.

Ambos nos quedamos mirándonos con nuestras respiraciones entrecortadas, como si hubiéramos cometido un delito.

—Esto no ha pasado —logro decir casi desmayado, apuntándolo con el dedo índice.

Axel se limpia la boca con la manga de su camisa, haciendo una mueca de repulsión.

—Tranquilo, que yo también quiero olvidar *esto que no ha pasado*. —Arruga la nariz y sacude los hombros como si hubiera tenido un escalofrío—. Iugh.

Lo abandono en la barra y, dirigiéndome hacia el baño, me encuentro con Iris, cuya expresión es de haberlo presenciado TODO; su nueva copa intacta me lo confirma.

—No quiero ni un comentario —le digo, y se cierra los labios con una cremallera invisible.

En el servicio, me refresco la cara, el cuello y la nuca con agua para mitigar el calor sofocante que desprendo y para bajarme el calentón que llevo encima. Pero lo veo complicado, porque solo se solucionaría follando con el que me lo ha generado, algo que ni borracho voy a hacer.

Respiro hondo diez veces seguidas y me marcho del baño para volver a reunirme con los demás; Candela y Rober ya han regresado y han tomado asiento en nuestro reservado. Intercambio una breve mirada incómoda con Axel, que lo tengo enfrente, y los dos decidimos fingir demencia sobre lo que no ha ocurrido hace escasos minutos.

E Iris, nuestra espectadora, también.



24 de septiembre de 2011

—¿Quién quiere que le lea su horóscopo? —nos preguntó Candela sosteniendo el nuevo número de la revista Bravo, en la habitación de Iris.

Los demás compañeros de clase estaban emborrachándose en el salón y bailando la canción *Danza Kuduro.*

Los padres de Iris y su hermano se habían marchado por ahí y no regresarían hasta las doce y media de la noche, así que la dejaron montar una fiesta en casa para celebrar el decimoquinto cumpleaños de Candela, siempre y cuando no rompiéramos nada, lo limpiáramos todo y no molestáramos a los vecinos poniendo la música más alta de lo normal.

—Léemelo a mí, venga —intervine—, pero solo me interesa la parte del amor.

—Yo solo escucho, que no me van esas tonterías —nos dijo Iris, que compartía el mismo signo del zodiaco conmigo, pero ella era de agosto y yo, de julio.

Candela comenzó a leer:

—Leo, estás de suerte: sucederá algo muy especial con el bombón que te gusta. Para que se cumpla, solo tienes que dejar de fingir que lo odias y hacerle caso a tu corazón, que es muy sabio. Te esperan cosas muy guais con él. ¡Y controlaos un poco! Está bien que seáis muy pasionales, pero tampoco tanto; no queremos que nadie salga herido. Y quién sabe… A lo mejor se convierte en el amor de tu vida.

¿Esto del horóscopo era fiable y estaba comprobado por la ciencia? Porque estaba claro que hablaba del chico que me gustaba

y de mí, y me había ilusionado como un niño metido en un contenedor lleno de chucherías.

Mis amigas insistieron en saber el nombre de ese chico y me prometieron que me guardarían el secreto.

—Es Axel —les confesé poniéndome como un tomate, y le di un sorbo a mi cubata para refrescarme.

La verdad era que ese imbécil me gustaba, pero no tenía ni idea de cuándo nacieron esos sentimientos tan extraños hacia él; quizá cuando me regaló su sagrado yogur de galleta (sin estar caducado) en un recreo, porque había suspendido un examen y estaba decaído; o cuando me tropecé en Educación Física, que me curó la herida de la rodilla y me puso una tirita con el dibujo de Pikachu; o cuando le dio un balonazo en la cabeza al tonto de la clase porque me llamó «mariquita»; o cuando simplemente me sonreía. Sentía un millón de guitarras eléctricas sonando al unísono en mi estómago cada vez que lo veía.

Ninguna de las dos se quedó boquiabierta con la noticia tan sorprendente.

—Lo sabíamos —soltó Iris.

—Últimamente no has parado de mirarlo como si estuvieras atontado y te lo quisieras comer —añadió Candela, y la otra se echó a reír.

Abrí la boca, pasmado, y les di un pequeño empujón.

—¡No es verdad! —intenté defenderme, pero fue inútil porque me conocían a la perfección—. Bueno, puede que me quede un poco embobado con sus preciosos ojos superazules, que se parecen a dos lapislázulis.

—El otro día me dio un abrazo cuando me vio llorando en el recreo porque se me había perdido un caracol que adopté como mascota, que seguro que se lo comió mi hermano —intervino la romántica de Candela, sumergida en una ensoñación—. Axel es un osito mimoso y un buen partido.

—Pero es hetero, ¿no? —preguntó Iris—. No sé, siempre lo he visto tonteando con chicas.

Unos celos tóxicos invadieron mi ser.

Aunque mi amiga tenía razón; seguro que Axel era más hetero que un grupo de albañiles peludos y sudorosos a la hora del bocadillo, con una cerveza en la mano y soltándoles guarradas a las mujeres que pasaban por delante de ellos.

—Declárate. —Candela me dio un codazo—. Mi radar me dice que no es hetero. —Soltó un suspiro de desamor—. Así que no tengo ninguna oportunidad con él.

—No pienso declararme. Qué vergüenza. Se va a descojonar en toda mi jeta con lo capullo que es.

Gerard irrumpió en la habitación para preguntarnos si queríamos jugar a la botella, así que abandonamos la revista en la cama y nos unimos a los demás en el salón, sentándonos en círculo en el suelo; yo, entre Candela e Iris y enfrente de Axel.

Contemplé cómo tres compañeros giraron la botella de vodka de caramelo vacía y se besaron con una persona cada uno, hasta que le tocó el turno a Axel.

«Por favor, por favor, por favor», recé en mi mente, cruzando los dedos.

Pero no. La botella se paró en Candela, y los dos se dieron un pico de lo más tonto; yo sentí envidia de mi amiga, a pesar de que no fuese un morreo como Dios manda.

—¿Tendré suerte y me podré besar por una vez con mi Candy? —se quejó Gerard, que estaba enamorado de ella, pero su amor no era correspondido, igual que el mío.

—¡Que no me llames Candy, Gerardo! —Candela se quitó un zapato y se lo lanzó a la cabeza.

Cuando fue mi turno, giré la botella con desgana y no despegué la vista de ella hasta que se paró en alguien.

Gerard.

No me jodas. Qué asco.

Aunque era guapete con su cabello rojizo y sus pecas, era mi amigo y se me hacía raro tener que besarlo. Como cuando me

morreé hacía unos meses con Iris y Candela, por probar, y me entraron ganas de vomitar.

El pelirrojo le susurró algo al oído a Axel, sonriendo, y este le atizó una colleja. Después, Gerard y yo nos acercamos el uno al otro y nos besamos, con lengua incluida y silbidos de fondo.

—Suficiente —nos interrumpió Axel al ver que tardábamos más de lo normal en despegarnos, y alejó a Gerard de mí, tirándolo del brazo.

¿Eso eran celos?

Gerard le dijo que no se pusiera celoso y lo agarró de la cara sin que se lo esperara para darle un morreo. Axel se apartó de él al instante y masculló «joder, tío, qué ascazo», con una mueca de animadversión; todos nos reímos.

Seguimos jugando y yo empecé a aburrirme de ver a los demás besándose y de que me tocara con gente que no me interesaba. Axel se estaba poniendo las botas; se morreó con varias chicas (con Iris también) y un par de chicos, y yo estaba echando humo por la cabeza.

En cuanto volvió a ser mi turno, giré la botella y le pedí a la guionista de mi vida que me ayudara a que se cumpliera mi deseo. Seguí el recorrido de mi destino sin parpadear y, una vez que se detuvo y la boquilla apuntó hacia alguien, alcé la mirada.

Reprimí las ganas de saltar de alegría porque no quería hacer el ridículo delante de los de clase.

—Venga, Dani, que sé que lo estás deseando —me dijo Axel en tono burlón.

Me había quedado paralizado; no podía moverme ni mirarlo a la cara.

Como yo no me lanzaba y los demás esperaban ansiosos nuestro beso, Axel gateó hasta mí, sonriendo y con las mejillas sonrosadas por el alcohol.

—Siento que nuestro primer beso tenga que ser en público.

Yo me armé de valor y le respondí:

—Y el único, así que no te emociones.

Todos se descojonaron vivos y escuché a Gerard decir que no valía darse un pico y ya está, que nuestro morreo tenía que durar más de veinte segundos porque nos queríamos mucho.

Qué tensión, por Dios. Iba a colapsar.

Axel me miró con intensidad y gateó un par de pasos más hasta que su rostro se quedó a escasos centímetros del mío. Me agarró de la nuca y, sin haberme dado tiempo a mentalizarme, estampó su boca contra la mía y movió sus labios sobre los míos durante una eternidad. Yo le seguí el rollo, aprovechándome de esa oportunidad que no se iba a repetir, y el muy cabrón me metió la lengua, lo que provocó un cortocircuito en todo mi cuerpo.

Su beso era atrevido pero muy dulce; sabía a vodka de caramelo, a problemas, a él y a hogar.

Cuando se separó de mí, los demás nos aplaudieron y nos dedicaron silbidos; Axel se colocó en su sitio, se limpió la boca con la manga de su sudadera y dijo:

—¿Alguien tiene enjuague bucal?

Los allí presentes no paraban de reírse. Yo aún estaba procesando lo que había pasado.

—Cuidado, que a este le va a dar un patatús —le susurró Candela a Iris mofándose de mí.

Nuestros compañeros se olvidaron con rapidez de aquel beso épico y continuaron girando la botella.

Y yo, de vez en cuando, intercambiaba sonrisas y miradas con Axel, pero los dos la apartábamos enseguida, sonrojados.

El cosquilleo de ese beso en los labios me duró un milenio.

No me podía creer que me hubiera besado con Axel de la Rosa.

Con mi (ene)migo.

12. Axel

Daniel y yo salimos de nuestras respectivas habitaciones a la vez, cada uno con su toalla, para meterse en la ducha; nos retamos con las miradas, hacemos una carrera en dirección al baño que compartimos, bloqueamos la entrada con nuestros cuerpos y nos damos empujones el uno al otro.

—Yo primero, que tú tardas mil años porque te echas veinte productos en el pelo y te lo tienes que secar —le digo intentando apartarlo de la entrada.

—¡Tú también tardas porque te pones a cantar las canciones de esa Taylor Swift y se te olvida salir! —Se esfuerza en empujarme con el hombro—. Por cierto, cantas fatal y los cristales de esta casa van a reventar como sigan escuchándote.

—¡Tú tampoco sabes cantar! ¡No entiendo la cantidad de fans que tienes!

—Tus palabras están llenas de envidia, hermano.

No, envidia no es el término correcto para describir lo que siento cuando oigo su voz. En realidad, es una repugnante admiración.

Nuestros padres vienen a poner orden, como si fuéramos dos chavales problemáticos en plena fase hormonal.

—¿Se puede saber qué es este jaleo? —interviene Júlia—. Pensaba que ya habíais superado la adolescencia.

Daniel y yo dejamos de combatir, nos giramos hacia ellos y nos ponemos más firmes que los soldados ante su sargento.

—¿Qué os pasa? —nos pregunta mi padre, harto de nosotros—. Siempre estáis igual. Cuando no es porque alguno se ha comido el último yogur que quedaba, es porque uno molesta con su música al otro y viceversa, o porque discutís por cualquier tontería que se os ocurre.

—Esta vez ha sido por su culpa —soltamos Daniel y yo al unísono, señalándonos el uno al otro.

Júlia se pasa una mano por la cara, suspirando.

—No puedo más con vosotros. A ver si hacéis un esfuerzo en llevaros bien antes de la boda —nos pide, y nos apunta con el dedo índice, con la uña pintada de rojo—, porque no pienso consentir que el día más importante de mi vida se convierta en un desastre a causa de dos hombretones bien criados que no saben comportarse como adultos hechos y derechos.

—Lo siento mucho, Júlia —le respondo con verdadero arrepentimiento—. Te prometo que esto no se repetirá.

—Un momento —Daniel le habla a su madre—. ¿Tu día más importante no fue cuando yo nací?

Ahogo una risita.

—Ese fue el peor día de su vida, y con razón.

La mirada que me echa Júlia consigue que casi me transforme en cenizas. Le vuelvo a pedir perdón con mi expresión tierna de hijastro y desaparece escaleras abajo tras ordenarnos que nos arreglemos, porque vamos a ir a comer a uno de los posibles restaurantes para el convite.

—¿Por qué no os ducháis juntos? Así no batalláis por ser el primero —nos propone mi padre, y Daniel y yo lo miramos de hito en hito—. ¿Eso significa que no? Vale, vale, me callo. —Levanta las manos en son de paz—. Lo dicho: poneos guapos, que a la una y media nos marchamos, y abandonad vuestras peleas en el cubo de la basura de productos orgánicos. —Y se marcha por donde se ha ido su prometida.

No pienso asistir a esa reunión familiar. Tengo que pasarme la tarde entera pegado al ordenador para seguir buscando piso, que es

una agonía vivir aquí.

Tras este incidente, soy más rápido que Daniel y me adentro en el servicio; sin embargo, cuando voy a cerrar la puerta, él la bloquea con su pie y grita de dolor porque se lo he pillado.

—¡Cabrón!

—¿A quién se le ocurre poner el pie descalzo? —Me agacho para examinárselo y reparo en que se le ha quedado la marca de la puerta—. ¿Te duele mucho?

Él exclama «¡muchísimo!» y entra en el baño, caminando a la pata coja, para sentarse en la taza del váter; luego me suplica, con lágrimas en los ojos, que le traiga una bolsa de hielo del congelador. Yo no puedo negarme, porque ha sido mi culpa destrozarle el pie y me siento fatal.

Cuando regreso a la planta de arriba tras secuestrar de la cocina lo que me ha pedido, descubro la puerta del baño cerrada y la golpeo con la palma, pero no obtengo respuesta; solo escucho el agua de la ducha caer.

¡Será mamón! Qué bien me ha tomado el pelo.

—¡Daniel Domènech, eres un tramposo! —le grito aporreando la madera, e intento abrir, pero no hay manera porque ha echado el pestillo.

—¡Dice el que no sabe perder! —me responde riéndose a carcajadas.

Como se resbale, yo sí que me voy a descojonar.



—Ni se os ocurra montar un espectáculo —nos advierte Júlia una vez que llegamos al restaurante.

Al final no me he podido escaquear, porque mi padre me ha cogido de una oreja y me ha quitado el portátil para que viniera, como si se creyera que no he superado los diez años. A Daniel le

hace la misma ilusión que a mí estar aquí, y lo ha manifestado diciendo que él ya tenía planes y que iba a ir a visitar a la abuela de Rober porque ayer por la tarde la llevaron al hospital de urgencia.

—Preferiría estar metido en una jaula llena de leones antes que aquí. —Mi hermanastro nos muestra su característica alegría con esas palabras repletas de cariño.

—Y yo en una charca con cocodrilos.

Nuestros padres nos miran de una forma que me hace pensar que nos van a mandar a casa con tal de no escucharnos.

Pero no. Su ilusión de mantener este experimento de familia es más fuerte que el odio que Daniel me tiene.

—Sonreíd y portaos bien —nos indica mi padre.

Tomamos asiento en el interior del restaurante; yo me pongo junto a mi padre y Daniel se sienta al lado de su madre, frente a mí.

—Te podrías haber arreglado y peinado un poco, hijo, que pareces un quinqui —le dice Júlia mientras probamos los posibles entrantes de la boda.

Se ha vestido con unos vaqueros azul marino, una camiseta negra con el dibujo de un mono fumándose un porro y una chupa de cuero negra; ni siquiera se ha peinado, porque tiene las ondulaciones más revueltas que de costumbre.

—Me he puesto mis mejores galas para este acontecimiento tan esperado —le responde en tono jocoso, moviendo la copa de vino para terminar dándole un trago; después, me señala con la cabeza —. Ese de ahí sí que parece un quinqui.

Imposible, porque tengo el estilo de una persona normal.

—No empecéis —interviene mi padre.

Le pego a Daniel una patada en la pierna, por debajo de la mesa, y él me saca el dedo corazón.

—Pero si se ha puesto muy guapo —les digo a nuestros padres, mostrando mi adorable sonrisa para que vean que puedo portarme bien con él, aunque mis palabras suenan demasiado forzadas.

Daniel se atraganta con un trozo de jamón, ya que le ha dado la risa justo cuando estaba masticando. Tras recuperarse y beberse lo

que le queda de vino, me contesta:

—Tú sí que te has puesto guapo, hermano. —Y acompaña su respuesta con una patada en mi pie.

Mi padre y Júlia nos contemplan como si no hubiera colado nuestra falsa interacción.

—Habéis sonado un poco artificial, pero lo importante es la intención —nos dice mi padre, asintiendo con la cabeza—. Seguid practicando.

Mientras comentamos si tal alimento nos parece adecuado para añadirlo a los entremeses, charlamos de temas rutinarios. Nuestros padres nos cuentan curiosidades sobre sus trabajos (mi padre se dedica al márquetin en una empresa y Júlia es farmacéutica). También se interesan por mi búsqueda de piso (que en ello estoy) y le preguntan a Daniel cómo lleva el Máster de Musicología que está estudiando; él se encoge de hombros y les responde que le va bien, sin entrar en detalles.

—¿No te vas a comer el cóctel de gambas? —inquiere mi hermanastro.

—La alergia al marisco no se me ha quitado con el paso de los años —le espeto, recordando cuando intentó matarme sin querer.

Daniel también se acuerda de esa escena a la perfección, porque en su semblante se asoma la maldad.

—Ya sé qué tengo que hacer para deshacerme de ti.

—¡Daniel! —exclama su madre.

—Perdón, mamá. En realidad, quería decir «ya sé qué no tengo que hacer». Me había comido la negación porque sigo con hambre. —Y me roba el cóctel de gambas para zampárselo.

Como continuemos así, vamos a matar de una úlcera mezclada con un infarto a nuestros padres antes de que cumplan su sueño de casarse. Ya tienen fecha para la boda; está prevista para principios de julio y todavía quedan cuatro interminables meses. Como no me dé prisa buscando piso, primero asistiremos a algún funeral.

Los camareros nos traen el primer plato, que es un solomillo con verduras, y Daniel se queja porque prefiere que le sirvan el menú

tan infantil como él: un filete empanado con patatas fritas.

Nos centramos cada uno en nuestro plato mientras escuchamos de fondo a nuestros padres charlar entre ellos sobre a quién tienen pensado invitar a la boda. De vez en cuando y procurando que no se den cuenta, mi tenedor viaja hacia el plato de Daniel para robarle los trozos de zanahoria, que no le gustan y los ha apartado a un lado.

De pronto, me sorprende algo acariciándome la pierna. Doy un respingo y desvío la mirada hacia el demonio que tengo enfrente, que mantiene sus ojos peligrosos posados en mí a medida que mastica con detenimiento y con un amago de sonrisa dibujado en los labios.

Miro a nuestros padres de reojo, que continúan a lo suyo, y le lanzo a Daniel un hueso de aceituna que por poco le salta un ojo. Él, para vengarse de mí, me recorre la pierna con su pie descalzo, con lentitud, y yo le regalo una buena patada y otro hueso de aceituna.

—Capullo —me susurra.

Le enseño el dedo del medio como respuesta.

—Axel —Júlia pronuncia mi nombre y me pongo recto por miedo a que me vuelva a echar la bronca—. ¿Vas a venir a la boda con acompañante? Lo digo para cuadrar las mesas.

—Al final iré solo, así que podéis poner un cubierto menos.

—Bah, no le hagas caso, Prometida —interviene mi padre dándome palmaditas en el hombro—, que seguro que de aquí a la boda me lo han vuelto a cazar. Si ha salido tan guapo como yo.

Oigo a Daniel ahogar una risita.

—No voy a ir con nadie —insisto—. No me apetece meterme en otra relación después de esta ruptura.

Júlia comenta que es comprensible y que me tome todo el tiempo que haga falta para que «mi corazón sane».

—Os tengo que decir una cosa antes de que organicéis las mesas con los invitados —se mete Daniel, y los tres desviamos nuestras vistas hacia él. Mira primero a mi padre y luego a su madre—. A Axel lo sentáis en otro sitio; no lo quiero cerca de Rober ni de mí. Con lo homófobo que es, es capaz de soltarnos algún comentario hiriente y

yo voy a tener que hacer un esfuerzo sobrehumano para no empujarlo hacia la tarta de tres pisos, clavarle un tenedor en el ojo y romperle una botella de vino en la cabeza.

Enarco una ceja y nuestros padres contemplan al tarado con extrañeza.

—¿Cómo que homófobo? —cuestiona Júlia, que me dedica una mirada de decepción, como si se le hubiera caído un mito con esa información—. ¿Odias a mi hijo porque le gustan los chicos? No me esperaba eso de ti, Axel. —Niega con la cabeza.

Abro la boca para defenderme ante esa acusación que se ha inventado Daniel, pero mi padre se me adelanta:

—¿Cómo va a ser homófobo mi hijo si me ha presentado a millones de novios?

—Bueno, millones, tampoco. Solo has conocido a dos —lo corrijo —. Y luego a Sarah.

—Muchos me parecen —me dice, y luego mira a Daniel, ofendidísimo de que haya soltado esa acusación tan grave sobre mí —. ¿De dónde has sacado eso?

—Es que se le nota a simple vista que es un heterazo homófobo.

Ahora el que reprime una risita soy yo.

—¿Heterazo homófobo después de lo que hicimos anoche? — inquiero en tono divertido.

El rostro de Daniel se vuelve serio al instante y hace un ligero movimiento de cabeza hacia nuestros padres, que nos miran con curiosidad.

—¿Qué hicisteis anoche? —quiere saber Júlia.

Necesito desaparecer ahora mismo de esta escena.

—Nos pusimos a ver una peli muy gay en la tele de su habitación cuando regresamos de fiesta —suelta Daniel de carrerilla, sin respirar siquiera, y le da varios sorbos a su copa de vino; yo admiro cómo su nuez se mueve cuando traga.

A Júlia se le escapa un tierno «oh» y mi padre luce orgulloso, porque tienen una especie de fetiche con que compartamos tiempo.

Los camareros nos traen varios platos más para que los probemos (o explotemos, porque yo no puedo meterle más comida a mi estómago) y, mientras opinamos acerca del menú, el móvil me vibra sobre la mesa.

Se trata de un mensaje de Daniel.

Dani: «¿Qué es eso de que has tenido millones de novios HOMBRES?»

Axel: «Holi, la bisexualidad existe»

Hace un ruidito de sorpresa desde el lado de su mesa y yo no logro comprender su reacción. ¿Cómo ha podido pensar que era hetero con nuestro pasado de por medio? Por Dios.

Dani: «Ya, ya… Pero… Joder. ¿Por qué no me has corregido cuando te he llamado homófobo?»

Axel: «Porque me parecía gracioso que pensaras eso de mí»

Dani: «Voy a matarte cuando salgamos de aquí. Aunque, ahora que lo dices, sí que tienes pinta de "no hetero". Me acabo de fijar bien»

Arrugo el entrecejo.

Axel: «¿Y cuáles, según tú, son esas pintas?»

Como tarda en escribir, suelto el móvil y les doy mi opinión a nuestros padres sobre el pescado con patatas al horno que he probado, para que no sospechen de nosotros ni nos regañen por estar con el teléfono en la mesa. Me doy cuenta de que Daniel esboza una sonrisa traviesa, con los ojos pegados a la pantalla mientras teclea con tranquilidad, eligiendo las palabras que describen mi «no heterosexualidad».

Noto de nuevo su pie ascendiendo por mi pierna con suavidad; me acaricia el interior del muslo derecho, acomoda la planta en mi entrepierna, haciendo presión, y comienza a menear los dedos. Yo

me remuevo en mi asiento, incómodo, y me sirvo más vino para poder aguantar esta tortura podológica.

—Axel, ¿te encuentras bien? —me pregunta mi padre, preocupado—. Te has puesto muy raro.

—Será por el vino, que sube bastante rápido —comenta Júlia riéndose—. Míralo, se ha llenado la copa hasta los bordes.

Lo que me está subiendo es otra cosa por culpa de lo que tengo pegado más abajo.

—Hay que apuntarlo para la boda —es lo único que puedo decir.

El mensaje de Daniel me llega y cojo el móvil, desesperado, para leerlo; él no retira su pie de mi erección.

Dani: «Primero: eres un auténtico fan de Taylor Swift, y eso no es para nada de machotes. Segundo: tienes una gata rosa que se llama Taylor. Tercero: has cogido de mi estantería varias novelas románticas donde los protagonistas son dos hombres que se dan duro contra el muro. Cuarto: desayunas en una taza cuyo lema es "I'm bisensual, baby". Quinto: no paras de flirtear conmigo desde que nos hemos reencontrado. Sexto: anoche nos besamos, y no parecías estar sufriendo ni sintiendo asco, precisamente. Séptimo: me quieres hacer masajes con esas manos profesionales para aprovecharte y tocar mi cuerpazo. Octavo: te paseas en paños menores por casa y haces ejercicio en el jardín para que vea tus pectorales. Noveno: los recuerdos que tengo guardados en la caja de mi cerebro que pone "Amnesia". Y décimo: se te está poniendo durísima ahora mismo con el masaje que te estoy haciendo con mi pie. Fin»

Al terminar de leer este tocho, alzo la mirada hacia él, con un calor sofocante instalado en mi cuerpo, y descubro que me está sonriendo como un verdadero diablo con esos dos tréboles que tiene por ojos.

Entonces, le respondo el mensaje:

Axel: «Primero: yo no he flirteado contigo en el presente; has sido tú el que no paras de hacerlo. Segundo: los masajes te los hago para ayudarte. Tercero: practico ejercicio para estar en forma, no para que me mires desde la ventana de tu dormitorio como un salido. Cuarto: tenemos que hablar de esos recuerdos que mencionas. Y quinto: hazme el favor de quitar tu asqueroso pie de mi polla, que me va a oler a queso roquefort y nuestros padres nos van a pillar»

Dani: «Ufff… Eso último me da un morbo que flipas»

Axel: «Estás enfermo»

Dani: «Así que bisexual, ¿eh? Interesante»

Se ríe a carcajadas y, otra vez, levanto la mirada hacia él. Su madre suelta la típica frase de «ay, cómo lo tiene el novio» y se intenta asomar para ver la pantalla del móvil de su hijo, pero él lo aparta de su vista y despega el pie de mi entrepierna.

—¡Mamá, respeta mi privacidad!

—Vale, vale.

Cuando llega el momento de abandonar el restaurante, nuestros padres se quedan un rato para hablar con los encargados sobre el menú.

—¿Qué pasa? ¿No puedes levantarte? —se mofa Daniel al ver que sigo sentado.

No pienso pasearme por el restaurante con la pedazo de erección que me ha dejado para que la aprecien los demás comensales y, sobre todo, nuestros padres.

—¿Tú que crees, imbécil?

Se coloca detrás de mí, apoya las manos en mis hombros y acerca su boca a mi oído para susurrarme:

—Imagínate mi boca alrededor de tu polla, mi mirada intensa clavada en la tuya, tus manos enredadas en mi pelo… Oh, sí, Axel de la Rosa.

Me cago en su voz, en sus pies, en su boca y en él entero, porque mi mente acaba de recrear esa escena con una nitidez que ni siquiera existe en las pantallas Full HD.

Los ojos de nuestros padres viajan hacia nosotros y Daniel se abraza a mi cuello, deseando estrangularme.

—Sonríe a nuestros papis —me indica saludándolos con una mano, y yo les dedico una falsa sonrisa. Después, agrega a gritos—: ¡Ay, mi hermanito, cómo te quiero!

Mi padre y Júlia se emocionan al vernos en esta escena tan fraternal.

—Te voy a matar —le digo a Daniel entre dientes, sin dejar de sonreír, y le doy un codazo en las costillas.

—Pues ven a pillarme. —Se aleja de mí y sale corriendo, en dirección a la salida—. ¡Tonto el último!

No debería entrar en sus jueguecitos, pero a mí nadie me llama tonto.

13. Daniel

Axel me persigue hasta un parque con columpios que hay enfrente del restaurante. A estas horas, tras la comida, el lugar se halla casi vacío, a excepción de un par de madres y padres con sus hijos o gente sacando a pasear al perro.

Freno en seco para echar un vistazo detrás de mí y descubro a mi adorable hermanastro a un par de metros de distancia.

—¡Te vas a enterar, Daniel!

Intento continuar con mi carrera para escapar de él y esconderme en la casita que hay en lo alto del tobogán, pero, como soy un desgraciado que hace deporte lo mínimo, Axel me captura por la espalda y rodea mi cuello con sus brazos.

—¡Socorro, que me está estrangulando! —grito, y algunas personas ladean sus cabezas hacia nosotros, alarmadas, e incluso un perro del tamaño de un pony detiene su pis en un árbol para mirarnos—. ¡Que alguien me ayude!

—Cierra el pico, gilipollas, que estás montando un espectáculo.

—Llevo el gen del espectáculo surcando por mis venas roqueras —le respondo queriendo zafarme de su agarre—. Oye, ¿te va el sado o qué? Porque a mí no. —Hago una pausa para pensármelo mejor—. Bueno, nunca lo he probado, la verdad. ¿Quieres experimentar conmigo?

Axel me suelta como si se hubiera pinchado con mi piel y yo me doy la vuelta hacia él, sonriendo con inocencia.

—Menudo ascazo. —Frunce la nariz—. Nuestros padres se van a casar y tú tienes novio. ¿Cómo puedes tener esos pensamientos tan aberrantes? Lo tuyo no es normal. —Se lleva un dedo a la sien—. Estás cucú.

—Tengo una relación abierta —le recuerdo—. Ya te lo comenté anoche, cuando recibiste uno de los mejores morreos que te han dado en la vida.

Todos los mejores morreos de su vida son gracias a mí, por supuesto.

Hace una mueca con los labios.

—En realidad, se podría mejorar. Te pongo un cinco por lástima. Estás muy desentrenado.

Me ofendería si no fuera porque su mirada delata lo contrario: me pondría matrícula de honor.

—¿Me ayudas a practicar para mejorar mi nota? —le propongo poniéndole ojitos—. Me puedes dar unas clases particulares cuando quieras.

Axel se echa a reír y me da un empujón.

—En serio, ve al médico para revisarte esa turbiedad en tu mente, porque ya te digo que no es normal.

—¿Cómo era ese dicho popular? —Finjo que hago memoria—. Ah, sí: «En el camastro me arrimo a mi hermanastro».

Él deja escapar un profundo suspiro y se pasa una mano por la cara, pidiéndole ayuda a doña Cordura.

—Mira, voy a montarme allí mientras espero a nuestros padres, porque hoy estás insoportablemente insoportable. —Señala un columpio con uno de los dos asientos libres; el otro lo está ocupando una niña de unos siete años.

—¡Ni de coña! ¡Me voy a montar yo, que tú siempre me lo robabas cuando éramos pequeños!

Para ser exactos, ambos nos los robábamos mutuamente. Cada vez que uno aparecía por el parque, echaba al otro del columpio mediante un empujón mientras le decía «quítate de ahí, tarado», y el otro le lanzaba un puñado de arena a la cara como venganza o le

arrojaba una piedra de las enanas, porque éramos críos sensatos, aunque no lo pareciera, y tampoco era un buen plan lo de abrirnos la cabeza.

Echamos a correr hacia el columpio solitario, cada uno apartando del camino al otro, hasta que logramos llegar a la vez, produciendo un empate.

—Te reto al *piedra, papel o tijeras* —propone Axel.

—Venga.

Bajo la mirada atenta de la niña del otro columpio, que se preguntará lo que hacen dos personas adultas comportándose como críos de su edad, Axel y yo nos ponemos a jugar al *piedra, papel o tijeras.*

Yo saco piedra y él, tijeras, así que rompemos el empate.

—Mi piedra se carga a tus tijeras. —Y le pego un piedrazo a sus tijeritas abiertas—. Pum. He ganado.

—Eres un tramposo. Seguro que me has visto por algún lado lo que tenía escondido.

Pues, siendo sincero, sí. La niña ha sido mi cómplice, ya que Axel está de espaldas a ella y me ha hecho la seña de unas tijeras.

—No hay cosa que más desee en el mundo que volver a ver lo que tienes escondido.

—Venga, súbete al columpio, que te voy a empujar por detrás —me ordena con expresión enfadosa porque ha perdido, y yo reprimo una risita por lo mal que ha sonado eso—. A ver si consigo darte tan fuerte para mandarte a otro planeta, bien lejos de mí.

Mamma mia. Ojalá.

—Axel, por favor, que estamos en un parque infantil. Pero sí, esa es la segunda cosa que más deseo después de volver a ver lo que tienes escondido.

Al darse cuenta del doble sentido de sus palabras, se tapa la boca con la mano y echa un vistazo a la niña, que creemos que no se ha enterado de nada porque está columpiándose contentísima, con la mente en el mundo de los Pitufos o en el de los dibujos que estén de moda ahora.

Tomo asiento en el columpio y me sujeto con firmeza a las cadenas porque no me fío de los empujones de este tío, que es capaz de mandarme al Polo Norte con los pingüinos o a Australia con los canguros.

—Venga, dame fuerte por detrás.

Al colocarse detrás de mí, me atiza una colleja, apoya sus manos en mi espalda y comienza a empujarme, aunque no tan fuerte como me temía.

—Me estoy acordando ahora de aquella vez, cuando éramos peques, que estábamos jugando en el parque; tú, a tu bola con Iris y otros niños y yo, con Gerard —me cuenta, y mi mente viaja hacia aquella época de nuestra infancia—. Unos niños de otro cole se acercaron a ti con unas tijeras y te cortaron un mechón de pelo sin que te dieras cuenta, porque siempre lo llevabas un poco largo.

—Ah, sí. —Sonrío visualizando esa escena—. Viniste corriendo con Gerard y comenzasteis a tirarles piedras a esos tontos, para espantarlos, mientras yo lloraba a moco tendido por la pérdida de mi mechón. Luego te acercaste a mí y me dijiste: «deja de lloriquear, tarado, que el pelo crece. Ni que te hubieran cortado un "tistículo"» —añado imitando la voz del Axel de ocho años.

—Y tú me respondiste que yo sí que era tarado.

Ambos nos reímos de ese episodio de nuestra vida. La niña de nuestro lado abandona su columpio porque la acaba de llamar su madre desde uno de los bancos donde está sentada.

—Anda, ya se ha quedado libre para ti —le digo a Axel, y apoyo los pies en el suelo para dejar de balancearme.

—No me apetece ya. —Posa las manos en mis hombros—. Siempre me ha encantado tu pelo.

Siento cómo sus manos se pasean por mi cuero cabelludo y se enreda unos cuantos mechones en los dedos. Cierro los ojos, disfrutando del masaje, y una de sus yemas se desliza por la piel de mi cuello, haciéndome cosquillas y produciendo que me estremezca.

Se nota un montonazo que el vino se nos ha subido a la cabeza.

Estiro el cuello con nada de disimulo para que entienda las señales y él aproxima sus labios a mi oído para susurrarme, con cierta mofa en su tono de voz:

—¿Te ha vuelto a dar tortícolis?

Y le devuelvo el codazo que me ha dado en las costillas cuando estábamos en el restaurante. Axel se ríe en mi oreja y su aliento se choca contra mi piel, lo que me obliga a ponerme aún más cachondo.

Estoy agonizando. Yo no puedo vivir de esta manera.

Atendiendo a las súplicas de mi cuerpo, sus labios se posan en mi cuello y deposita pequeños besos en él, que me provocan palpitaciones en el músculo de mi entrepierna. También me obsequia con mordiscos y lametones, con los que casi pierdo el conocimiento de no ser porque abro los ojos de repente y descubro a nuestros padres saliendo del restaurante.

—La policía a la vista.

—¿Eh? —Detiene a su vampiro interior y desvía la mirada hacia el sitio donde mantengo la mía—. Hostias. —Y se yergue justo cuando los prometidos dan con nosotros.

Me va a dar un puto infarto con esta situación.

Axel vuelve a empujarme en el columpio, y los dos saludamos a esos dos señores y esbozamos sonrisas fingidas.

—En serio, voy a matarte —me amenaza mi hermanastro entre dientes.

—Cuando quieras —le respondo de la misma forma sin dejar de mover la mano a modo de saludo.

Nuestros padres cruzan la carretera y caminan hacia nosotros, a punto de echarse a llorar por vernos tan tiernos.

—¿Qué hacéis aquí? —nos pregunta mi madre, a pesar de que lo esté viendo con sus propios ojos.

—Axel me está dando por detrás —me adelanto yo—. Con mucho cariño, eso sí.

A Casimiro se le escapa una risita, mi madre me contempla con cara de circunstancias y Axel me empuja con tanta fuerza que casi

me doy de bruces contra la arena que se halla a nuestros pies.

—Cuidado, idiota, que quiero conservar la dentadura.

Mi madre frunce el ceño al mirar a Axel y se acerca a él para analizar algo extraño que le ha visto.

—Uy, ¿quién te ha hecho ese chupetón? Al final sí que vas a venir con acompañante a la boda.

¿De verdad nadie ha reparado en esa marca hasta ahora si la tiene tatuada desde anoche?

—¿Qué chupetón? —Casimiro también se une a la inspección de chupetones.

—No es un chupetón —les contesta Axel tapándose la marca del cuello con una mano.

Sí que lo es.

—Ah, ¿no? Entonces, ¿qué es? —se interesa mi madre con su tonito de agente del FBI.

—Un moretón que me hice anoche al hincarme la esquina del escritorio en el cuello cuando me tropecé con algo —suelta mi hermanastro sin hacer ninguna pausa—. Por poco la palmo.

Sí que la palma, sí. Por la excitación.

Yo intento aguantarme la risa, porque este tío es capaz de mandarme a la Vía Láctea y me apetece vivir en este planeta durante muchos años más.

—A ver si se te cura rápido ese *no chupetón* —le dice mi madre, jocosa, y Casimiro se ríe a su lado—. En fin, vámonos ya, que se nos ha hecho tarde.

Los dos prometidos se dan la vuelta y se encaminan, agarrados de la mano, hacia el aparcamiento donde se encuentra estacionado el coche. Axel aprovecha el momento para regalarme el empujón que estaba deseando darme desde hace rato. Me precipito hacia la arena, soltando un chillido, y se me meten unos cien mil granos en la boca, que los escupo mientras toso. A continuación, me levanto de un salto, cojo un puñado de tierra y se la lanzo a mi (ene)migo desde el veintitrés de julio de 1996; a él no le da tiempo a cubrirse con los brazos y se le llena la cara y parte del pelo de arena.

—De hoy no pasa que te estrangule. —Se limpia el rostro con una palma.

—Me parece que tienes una ligera obsesión con el BDSM.

Exhala un suspiro, hastiado, y ambos nos sacudimos la ropa y el cabello para eliminar todo rastro de arena y que nuestros padres no sospechen que nos hemos vuelto a pelear. Luego, nos dirigimos hacia el coche, lo más lejos posible el uno del otro, y ocupamos el asiento trasero, cada uno en un extremo, de brazos cruzados y de morros.

—¿Podéis acercarme al bloque de Rober? —les pido—. Voy a ver cómo está su abuela, que no he podido ir antes porque me habéis mantenido prisionero en ese restaurante.

—Daniel —mi madre pronuncia mi nombre en tono de advertencia.

—Claro que te llevamos —interviene Casimiro, que es el que conduce.

Axel y yo nos miramos a la vez, pero él aparta sus ojos de mí con rapidez y los centra en el paisaje de su ventanilla. Para ponerlo de los nervios, estiro el brazo hacia su cuello y le acaricio el chupetón con el dedo índice, aunque no duro ni un milisegundo porque me da un manotazo y me lanza una mirada de asesino en serie.

Me río y levanto las manos en señal de rendición.

Cómo le ha empeorado el carácter con la edad a este tío. Antes era un mimoso Golden Retriever.

14. Axel

23 de enero de 2012

No me apetecía nada hacer el trabajo de cinco mil palabras que nos había mandado la profe de Educación Física como castigo a Dani y a mí. Nos habíamos inventado que estábamos enfermos (a él le había dado migraña y a mí me dolía la rodilla) para no correr durante cuarenta y cinco minutos alrededor de la pista, sin ningún descanso. Nos habíamos quedado dentro del gimnasio y, como nos aburríamos, jugamos a pelearnos con un churro de piscina cada uno, simulando que eran espadas; entonces, la profe entró de sopetón, descubrió que le habíamos mentido y nos llevó al despacho de la directora.

Dani tocó el timbre de mi casa, porque aquella tarde habíamos quedado en la mía, y le abrió mi padre; yo estaba en mi cuarto, con la puerta abierta y mirándome en el espejo por si lucía presentable.

Oí que el monigote lo saludó con un simple «hola, Casi».

—¿Es que no tienes casa?

Antes de que Dani pudiera responderle, mi madre fue a su rescate:

—Viene a hacer un trabajo del instituto con Axel. Se van a portar muy bien. Pasa, cielo. Mi hijo está en su habitación.

Mi padre suspiró como si le molestara su presencia y comentó que seguro que yo sería el encargado de hacer el trabajo entero mientras él se tocaba los huevos, así que mi madre lo mandó callar.

No comprendía por qué Dani le caía tan mal, si era adorable. Yo solo quería comerle la boca, pero no tenía las agallas suficientes para lanzarme, como cuando nos besamos en el cumple de Candela hacía tres meses, gracias al juego de la botella.

Comprobé si se me había quedado atrapado algún trozo de comida entre los malditos aparatos de colorines, aunque me hubiera lavado los dientes hacía unos minutos. ¿Cómo iba a poder darle un beso a Dani con esa mierda en la boca? A nadie le apetecía besar alambre. También era imposible que se fijara en mí, porque mi cuerpo no se parecía al de los cantantes y actores que le gustaban, como Zac Efron, el lobo de *Crepúsculo* o los integrantes de alguna banda de rock que yo desconocía; hasta tenía fotos de ellos pegadas en las portadas de sus libretas del insti.

Dani invadió mi cuarto y me pilló arreglándome el pelo con los dedos, frente al pequeño espejo que tenía colgado en la pared.

—¡Quiero la puerta abierta de par en par! —gritó mi padre desde el salón.

Dani dio un respingo y lo obedeció. Sin embargo, mi madre se asomó a mi habitación, nos dijo que estudiásemos mucho y cerró la puerta al completo, ignorando lo que había dicho mi padre.

—¿Te estabas poniendo guapo para mí? —se burló Dani, y le saqué el dedo corazón.

—Más quisieras, Danielito Gafotas. —Lo invité a sentarse en mi cama—. Vamos a ponernos con la tortura del trabajo, así acabamos rápido y te pierdo de vista.

—Créeme, yo también estoy deseando terminarlo, y eso que ni lo hemos empezado. —Y añadió, contemplándome con desprecio—: Axel Dientesdealambre.

Cuando nos acomodamos sobre el colchón, unos maullidos nos interrumpieron. Dani se acercó al escritorio y se agachó para descubrir lo que había escondido debajo: una gata atigrada muy pequeña y peluda. La levantó del cojín donde estaba acostada y la cogió en brazos.

—¿Desde cuándo tienes un gato? —Se volvió a sentar junto a mí, sosteniendo al animal.

—Es una gata. Me la encontré ayer debajo de un coche; estaba resguardándose de la lluvia —le expliqué—. Pero mi madre no me deja quedármela porque es alérgica, así que le estoy buscando casa.

—¿Quieres dar en adopción a tu madre?

—¡A la gata! —Me reí—. Quédatela tú, que te ha cogido cariño en un segundo.

Dani se había ganado la confianza del animal, que se tumbó a su lado para que le rascara la tripa.

—No sé… Se lo tendría que preguntar a mis padres. Les pondré mi carita de niño bueno y les haré pucheritos, que eso siempre funciona.

—Claro que sí. Estás adorable cuando haces eso —le respondí, y él me miró con la ceja alzada. Al percatarme de lo que había dicho, sacudí la cabeza—. Aunque para mí estás horrible. —Y decidí cambiar de tema—: Bueno, hay que ponerle un nombre.

—¿Estás seguro de que es una gata?

—No tiene testículos —le contesté con total seguridad.

—A lo mejor no le han crecido todavía porque es pequeño.

Le dije que me hiciera caso, que lo había leído en internet, y se fio de mí. Entre los dos pensamos varios nombres y al final nos decantamos por uno que propuso él y que nos gustó a los dos: Señorita Rottenmeier.

Con nuestra gata bautizada y dormida a los pies de la cama, intentamos ponernos manos a la obra con el trabajo; él, tumbado bocabajo, con los codos apoyados en el colchón y los materiales escolares alrededor de nosotros, y yo, con la espalda pegada al cabecero y el portátil sobre las piernas.

Pero no hubo manera, porque no nos poníamos de acuerdo en nada y nos distraíamos hasta con una mosca (en realidad, yo me quedaba embobado mirándolo tan concentrado).

—Te han salido tres granos en la barbilla —le dije de repente, y posé la mano sobre su mentón para tocar esas tres monstruosidades

—. ¿Te los puedo explotar?

Hizo una mueca de aversión.

—No, qué asco. Explótate los tuyos, que tienes más.

—Es más divertido explotárselos a los demás. Va, venga.

Suspiró y se incorporó para sentarse de lado y que me fuera más fácil manosear mi extraño fetiche. Lo volví a coger del mentón y analicé los tres granos como si estuviera eligiendo la mejor manera de acabar con ellos. Sin embargo, mis ojos se desviaron hacia los suyos y mi corazón comenzó a latir con fiereza porque eran dolorosamente preciosos. Luego, mi vista descendió hasta sus labios y sentí que me costaba respirar como una persona funcional.

Quería repetir aquel beso, pero sin público y sin alcohol.

No, no quería. LO NECESITABA.

Dani se humedeció los labios, yo tragué saliva y… No supe cuál de los dos fue el que se lanzó a comerle la boca al otro, porque cuando me quise dar cuenta, mi lengua ya estaba enredándose con la suya con desesperación y torpeza, y mi mano, posada sobre su mejilla.

¿Cómo podía sentir tantas cosas por un simple beso? Menuda maravilla.

Pero enseguida me arrepentí de haberme lanzado y me obligué a separarme de él de forma abrupta.

—Perdón —me disculpé con los mofletes ardiendo—. Yo no… Me tengo que ir a mi casa. —Me levanté de la cama de golpe, me tropecé con una de mis zapatillas de deporte y me caí al suelo—. Ah, mierda.

Dani se estaba descojonando en la cama mientras se sujetaba la barriga por si reventaba de tanto reírse.

—Pero, tío… ¡Estamos en tu casa!

—Joder, es verdad. —Me golpeé la frente con la mano—. Dios, qué vergüenza. Soy gilipollas.

¿Qué me pasaba? La timidez no era uno de los rasgos de mi personalidad.

Dani me ayudó a levantarme del suelo, ofreciéndome su mano, y me volví a acomodar en la cama, pero sin atreverme a mirarlo; solo jugueteaba con mi colgante del trébol de cuatro hojas, con la vista clavada en Señorita Rottenmeier, que seguía dormida.

Mi (ene)migo puso su palma sobre mi hombro, en expresión de apoyo.

—No te preocupes, solo ha sido un beso, eh.

—Sabes que no ha sido solo un beso, Daniel —repliqué al alzar la mirada hacia él.

—Ya… —Se rascó la nuca, nervioso—. No sé si te has fijado, pero soy gay, Axel.

Al oír la noticia tan poco inesperada, me eché a reír. A Dani se le coloreó el rostro de rojo, pero no por el bochorno, sino por la ira.

—¿Qué te hace tanta gracia, imbécil? —Me dio un leve empujón.

—Es que ya lo sabía.

—¿Cómo que ya lo sabías? —Se llevó una mano al pecho, anonadado—. ¿Acaso se me nota?

—Te conozco desde que naciste; lo sé todo de ti. Además, no paras de mirarme con lascivia.

—¿Qué dices de lascivia, tarado? —Cogió un cojín y me lo estampó contra la cabeza.

Yo no podía parar de desternillarme.

—Te gusto. No pasa nada por asumirlo.

Sus mejillas se volvieron a convertir en dos tomates; esta vez, por la vergüenza.

—Y tú, ¿qué? Yo ya te he soltado lo mío, aunque no haya sido la noticia del siglo. Puedes confiar en mí.

Me pasé una mano por el pelo y bufé, estresado.

—No lo sé… Tengo muchas dudas con este tema. —Volví a despegar la mirada de la suya y a jugar con el colgante con los dedos temblorosos—. Estoy segurísimo de que me gustan las chicas, pero los chicos… Pues creo que también. Y luego estás tú… —Hice una pausa porque no tenía ni idea de cómo continuar—. En fin… No sé qué soy.

—Entiendo. —Colocó su palma sobre mi muslo y comenzó a dibujar circulitos con el dedo índice—. Tienes todo el tiempo del mundo para descubrirlo. No te agobies por eso.

Dejé mi colgante tranquilo, que lo tenía mareado, y ladeé la cabeza hacia él.

—Nunca le había contado esto a nadie. —Me incliné hacia su rostro y, no sé por qué, pero me atreví a darle un pico—. Gracias por escucharme.

—Tampoco te pases con los besitos, eh.

Me reí y le aticé un puñetazo en el hombro.

—Venga, Dani, no finjas más, que sé que te mueres por mis huesos desde que nacimos.

Abrió la boca, entre atónito y divertido.

—Eso tú, que gracias a mí te estás replanteando tu orientación sexual.

—Muy gracioso.

Mi madre nos cortó el rollo, entrando en la habitación con una bandeja que contenía dos yogures de galleta para cada uno y fruta. Nos preguntó cómo llevábamos el trabajo y le respondimos que estábamos en ello (mentira). Nos aconsejó que hiciéramos un descanso para merendar y se volvió a marchar después de que Dani le diera las gracias, educado.

—Entonces… ¿Te gusto de veras?

Su pregunta me agarró desprevenido y me dio la sensación de que estaba ilusionado.

—Daniel, no voy a responderte a tal cosa, que eres capaz de utilizar la información en mi contra.

Su semblante se tornó serio y me cogió de las manos con cariño, perdiéndose en mi mirada.

—Jamás haría eso, porque… —Se ruborizó otra vez y me sonrió; a mí me costaba respirar—. Eh… Puede que me gustes y piense en ti a todas horas. Bueno, no es que me gustes a secas, sino que me gustas muchísimo, incluso más que el yogur de galleta. Me haces sentir cosas en la barriga y todas esas memeces que se

experimentan cuando estás pillado hasta las trancas de alguien —soltó de carrerilla, sin hacer una pausa entre las frases—. Ya está. Ya lo he dicho. Puedes reírte de mí. Adelante.

Pero no me reí. Estaba haciendo un esfuerzo por procesar esas palabras dirigidas a mí y que no tenían ninguna pinta de ser una broma, porque conocía a la perfección al chico que tenía delante y sabía cuándo mentía.

—¿Te gusto más que el yogur de galleta? —es lo único que pude responder, y él asintió—. Guau. Eso es mucho.

—Acabo de hacer el mayor ridículo de mi vida, ¿verdad?

—¿Te puedo hacer una pregunta? —le pedí, pero me arrepentí al momento y negué con la cabeza tras apartar mi vista de la suya—. Mejor no, que el mayor ridículo puede que lo haga yo ahora, porque sí que te vas a cachondear de mí sin parar.

Dani me sujetó de la barbilla para que lo mirara.

—Axel, hazme esa pregunta.

Cerré los ojos, apretándolos con ganas, y disparé:

—¿Quieres ser mi novio?

Y el muy mamón se echó a reír.

Abrí los ojos para verlo y lo descubrí retorciéndose de la risa, tirado en la cama y golpeando su lado del colchón.

—¡Serás idiota! —Le propiné una patada en la pierna.

Dani se incorporó, enjugándose las lágrimas.

—¿Tú y yo siendo novios? ¿En serio? ¿Te has oído bien? Al final de la supuesta relación, solo quedaría uno vivo.

—Cierto —dije manteniendo la vista en la gata—. Será mejor que nos olvidemos de esto y sigamos con el trabajo.

Tenía razón. No pegábamos ni con cola y sería de lo más raro comportarnos como dos ñoños, y más raro aún porque éramos dos chicos y no un chico y una chica. No conocía a ninguna pareja gay en la vida real, solo a las que salían en las series que echaban en la tele, como Mauri y Fernando, de *Aquí no hay quien viva*, o Fer y David, de *Física o Química*.

—Déjame responderte, por lo menos.

Nuestras miradas se encontraron.

—No hace falta; ya sé tu respuesta.

—Podríamos probar a ver qué tal se nos da. —Se encogió de hombros y entrelazó su mano con la mía—. No he tenido novio nunca y no sé cómo tengo que comportarme, pero, si nos gustamos, ¿por qué no lo intentamos? Aunque nos odiemos y seamos enemigos.

Yo tampoco había estado con nadie; solo me había dado besos tontos con chicas. Pero Dani me gustaba de verdad.

—¿Y si sale mal? —Mi voz sonaba preocupada—. ¿Nos dejaremos de hablar y nos convertiremos en unos extraños?

No soportaría perderlo como (ene)migo.

—Jamás —me contestó, superconvencido—. Si este experimento sale mal y la cagas, seguiremos como siempre y me tendrás que aguantar hasta que nos muramos.

Fruncí los labios, analizando los pros y los contras.

—Yo no voy a cagarla. Seguro que tú la cagas antes que yo, porque eres un desastre que me saca de quicio.

Dani se me quedó mirando con la boca abierta.

—¿A que te parto esa cara de culo que tienes?

—¿A que te parto yo la tuya de monigote? —contraataqué.

Y nos reímos al unísono.

—Tío, vamos a centrarnos ya —me pidió al detener sus carcajadas, pero sin dejar de sonreír—. Y no me refiero a seguir con el trabajo.

—Vale, seremos *novios* —remarqué la última palabra, dedicándole una sonrisa—, aunque los dos seamos un desastre juntos.

Dani se llevó las manos a la cabeza con dramatismo y soltó en tono irónico:

—Oh, no me puedo creer que Axel de la Rosa vaya a ser mi novio. Todas las chicas me tendrán envidia y querrán estar en mi lugar.

Le di un manotazo en la tripa, riéndome, y lo rodeé con los brazos para darle otro beso con timidez.

—Pero antes tenemos que formalizar una cosa. —Me aparté de él y arranqué dos páginas vacías de mi libreta de cuadros.

—¿Cómo que *formalizar*? Esa palabra suena bastante seria.

Bajo sus atentos tréboles, escribí en las dos hojas:

Yo, Axel de la Rosa Ferrer, nacido en Barcelona el 23 de julio de 1996, a las 11:11, me comprometo a seguir siendo el (ene)migo de Daniel Domènech Bonet como hasta ahora, a pesar de que nuestro experimento de relación romántica acabe siendo un desastre.

Se las pasé a Dani y le indiqué que tenía que escribir lo mismo que yo en ambas hojas.

Yo, Daniel Domènech Bonet, nacido en Barcelona el 23 de julio de 1996, a las 22:22, seguiré siendo el maravilloso grano en el culo de Axel de la Rosa Ferrer hasta que la muerte nos separe, aunque alguno de los dos acabe cagándola.

Añadí la fecha y la hora de aquel día (23 de enero de 2012, a las 17:42), firmamos y le entregué una de las hojas.

—¿Y qué pasará si lo incumplo? —me preguntó con cierta sorna.

—Te arrancaré la cabeza.

Aquella tarde nos olvidamos del maldito trabajo de Educación Física, que ni lo habíamos comenzado, y la aprovechamos para besarnos de todas las formas posibles.



—¿Qué tal te va con tu padre en su nueva casa? —quiere saber mi madre—. ¿Y con Júlia? —Me sonríe con diversión al lanzarme la última pregunta—: ¿Y con tu hermanastro?

Me esperaba este interrogatorio.

Tengo media hora libre en el trabajo y he quedado con ella para desayunar en la terraza de la cafetería que hay frente a mi clínica,

porque ha venido desde Londres para pasar una semana en Barcelona.

—La nueva casa está bien; es amplia, con dos plantas, jardín trasero y dos baños, aunque el mío lo tengo que compartir —le cuento—. Júlia sigue siendo igual de maja que hace años y me llevo genial con ella. —Y suelto un suspiro porque no me apetece hablar de Daniel—. En cuanto al otro… No ha cambiado nada y se ha vuelto aún más irritante; no lo aguanto. Estoy deseando encontrar un piso decente para mudarme lo antes posible.

Mi madre le da un sorbo a su café y me mira con una ceja alzada.

—Veo que estás sufriendo una barbaridad conviviendo con ese chico. —Sus palabras suenan sarcásticas—. Si quieres, puedes volver a Londres y vivir conmigo. Mi piso no es tan grande como la casa de tu padre y Júlia, pero lograremos apañarnos. Ponemos un colchón en el despacho de Theresa y solucionado.

Theresa es su pareja y está con ella desde hace seis años.

—Ya me fui una vez de Barcelona y no pienso irme nunca más.

Mi madre extiende su brazo hacia mí y me agarra del mentón para analizar mi rostro.

—Estás resplandeciente. Deduzco que ya tienes más que superada la ruptura con Sarah.

—Eh, sí… —titubeo, ya que tampoco me apetece hablar de ese tema—. Ni la recuerdo siquiera.

—¡Pero bueno! Si es Àngels —escuchamos la voz insoportable de Daniel, que acaba de aparecer de la nada y está mirando a mi madre—. Soy Daniel Domènech. Espero que se acuerde de mí tanto como yo de usted.

Mi madre se levanta de su silla, entre sorprendida y emocionada.

—Claro que me acuerdo de ti, Daniel. Como para olvidarse de alguien como tú. —Le da un beso en cada mejilla mientras yo me masajeo la frente, deseando evaporarme de aquí—. Qué guapo estás y cómo has cambiado, aunque tienes la misma cara de travieso que cuando eras pequeño.

Cara de demonio sacado del mismísimo infierno, querrá decir. Y lo de guapo… No pienso comentar nada al respecto.

—Gracias. Usted también está muy guapa e igual de simpática —le responde Daniel con una educación improvisada, y esboza una sonrisa burlona—. No sé a quién ha salido Axel. Creo que se equivocaron en el hospital el día que nació y os dieron a Casi y a usted otro bebé. Yo iría y les pondría una demanda.

Mi madre se descojona de la risa ante ese chiste nada gracioso y yo me aguanto las ganas de lanzarle al memo la servilleta arrugada que he usado para limpiarme.

Daniel toma asiento a mi lado sin que haya sido invitado, porque jamás ha conocido la vergüenza, y mi madre regresa a su sitio, frente a él.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunto a mi hermanastro con hartazgo.

Él me roba el plato con un trozo que me he dejado de cruasán y lo corta con el cuchillo y el tenedor.

—Es que… —comienza a hablar, y se lleva un pedazo a la boca— me ha dado un tirón en el muslo cuando corría por la calle para coger el metro —me cuenta a la vez que mastica—. No iba a llegar a tiempo y no tenía otra opción más que la de hacer una maratón.

—¿Y tienes cita? Porque ya sabes que no atiendo a nadie sin cita previa.

Mi madre contempla nuestra interacción sin intervenir, con una sonrisa dibujada en los labios.

—Claro que he pillado cita —me responde el otro sintiéndose ofendidísimo—. ¿Por quién me tomas?

—¿Seguro? —insisto, jugueteando con la pelotita de la servilleta y esperando la oportunidad perfecta para tirársela a la cara—. Porque en la lista de pacientes que debo atender hoy, no figura tu nombre.

—Habrá sido un error informático o puede que a Gerard se le haya olvidado apuntarme. Tendrá muchas tareas que hacer y seguro que lo tienes explotado. —Niega con la cabeza, en desaprobación, cortando otro trozo de cruasán—. Pobre recepcionista.

—Gerard es muy eficiente en su trabajo y no lo tengo explotado. Soy un jefe que se preocupa por su empleado.

—Bueno, vale. —Suelta los cubiertos en el plato tras haber devorado lo que quedaba de mi desayuno, haciendo un ruido estrepitoso—. No he pedido cita. Pero me tienes que atender, que mi dolencia es una urgencia superurgente y soy tu paciente favorito.

—¡Si ni siquiera me pagas! —Hago aspavientos con los brazos—. ¿Cómo vas a ser mi favorito?

Yo flipo con lo caradura que es este tío.

—No le grites, Axel —me regaña mi madre, y posa la mirada en el otro—. Y por supuesto que te va a atender. Te hará un hueco en su agenda, que siempre tiene uno bien grande para ti.

—Ya sabes, hermano, hazle caso a mi exsuegra, que es una mujer muy sabia —me dice Daniel poniéndose en pie de un salto, y a mí me da la sensación de que el tirón de su muslo brilla por su ausencia.

¿Y cómo que «su exsuegra»?

Me lo cargo. Juro por Taylor Swift que yo a este tío me lo cargo hoy.

—Te voy a triturar esa pierna con mis propias manos.

—Qué ilusión. Voy a esperarte en la clínica para ser el primero. —Después, dirige su vista hacia mi madre—. Un placer volver a verla, Àngels.

—El placer es mío, Daniel.

Y el tocahuevos se encamina hacia mi clínica, a la pata coja y simulando muecas de dolor.

Me paso una mano por la cara porque ese tipo me tiene estresado desde hace más de un mes.

El que de verdad necesita un masaje soy yo.

Cuando me toca despedirme de mi madre, me da un beso en la mejilla y me dice, acompañando sus palabras con otra sonrisa:

—No ha cambiado nada entre vosotros, eh. No se notan estos diez años que habéis estado separados.

Arrugo el entrecejo. No tengo ni idea de a qué se refiere. ¡Claro que hemos cambiado! Pero él, a peor.

—No te entiendo, mamá.

—Yo no digo nada. —Se cierra los labios con una cremallera inexistente—. Pero hay *cosas* que se ven a simple vista.

—¿Qué clase de *cosas*?

—Uy, me están llamando —suelta de pronto. Rebusca su móvil en su bolso, que ni siquiera ha sonado ni vibrado, y se lo lleva a la oreja —. ¿Sí? —contesta la llamada fantasmal, y luego tapa el altavoz con la mano para decirme mientras se aleja de mí—: Nos vemos mañana. Te quiero.

¿La mujer que me dio la vida acaba de fingir que ha recibido una llamada para huir de mí en lugar de explicarme *esas cosas*?

15. Daniel

—¿En qué muslo te ha dado el tirón? —me pregunta Axel, de brazos cruzados.

—En este. —Le señalo el derecho.

Por suerte para mí y por desgracia para él, el cliente que tenía cita ha llamado para cambiarla para otro día, así que me espera una larga hora de tortura.

Estoy sentado en la camilla de su consulta, sin pantalones y con solo los calzoncillos puestos en la parte de abajo para que trabaje mejor. Me saco el colgante, que estaba escondido debajo de mi camiseta, y Axel lo acaricia con los dedos, provocándome calambres en el pecho con su maldito tacto, aunque esté la tela como barrera. Después lo suelta, como si se hubiera electrocutado, y posa sus manos ardientes en la piel de gallina de mi muslo.

Apoyo las palmas en la camilla y me concentro en observar las facciones de su rostro mientras me cura *el tirón* con sus manos expertas. Mi polla no puede evitar despertarse a lo bestia, pero Axel ni se inmuta porque está trabajando.

Menuda fuerza de voluntad tiene este tío, que se convierte en una fría piedra sin sentimientos ante un atractivo chico empalmado.

—¿Sientes que se ha calmado un poco el dolor? —Su vista se desvía hacia mí y yo me sumerjo en el mar de sus ojos.

—Me duele más arriba.

Sus manos suben un par de centímetros por mi muslo con delicadeza.

—¿Aquí?

—No, más arriba.

Vuelve a ascender, extrañado, hasta que el dorso de su mano me roza un huevo; entonces, me pregunta de nuevo «¿aquí?», y yo niego con la cabeza y le sonrío, mordiéndome el labio inferior.

—También necesito un masaje en la zanahoria —le pido con voz sensual—. ¿Un final feliz?

Axel aparta las manos de mi muslo en cuanto oye esa propuesta y me contempla como si hubiera dicho algo indecente.

—Un final feliz es lo que voy a tener yo cuando te estrangule.

Se me escapa tal carcajada que se escucha hasta en Neptuno.

—Es muy poco erótico lo de estrangular a alguien mientras te corres.

Se masajea las sienes, rezándole al demonio para que lo libre de mí, y yo me llevo el trébol de cuatro hojas a la boca para sujetarlo con los dientes. Cuando el idiota se digna a mirarme, se aproxima a mí, cuela su dedo entre la cadena y la comisura de mis labios y me lo quita, permitiendo que se vuelva a quedar colgando de mi pecho.

—No lo muerdas, que lo vas a estropear.

Permanezco ensimismado, estudiando cada poro de su rostro, porque eso que acaba de hacer me ha excitado bastante. Para colmo, me está sosteniendo la cara con una mano y acariciándome la mejilla con el pulgar.

Pero esto tan bonito dura lo mismo que un solitario yogur de galleta en la nevera, porque su otra mano viaja hacia mi entrepierna y me aprieta los huevos, causando que gimotee por el dolor y que la excitación se esfume de mi cuerpo de golpe.

—Cabronazo —intento insultarlo, aunque no me sale voz suficiente.

Axel esboza una sonrisa diabólica, estruja aún más a mis pobres soldaditos y acerca su boca a mi oído para susurrar:

—La próxima vez que te presentes en mi clínica para que te haga una paja, te voy a clavar el ficus de la entrada en el culo, junto a un petardo, para que salgas disparado hacia el espacio como un cohete.

—Me da una palmadita en la cara con su mano libre, sin abandonar esa sonrisa maléfica—. ¿Te ha quedado claro, Daniel Domènech?

—Sí, doctor de la Rosa —me esfuerzo en responder.

Su sonrisa cambia a una adorable y retira, por fin, su mano de mis cojones espachurrados para cubrir mi otra mejilla con ella; yo suspiro de alivio y me vuelvo a perder en sus ojos.

—Diez putos años esperando para reencontrarme contigo y te pillo con novio —suelta sin previo aviso, y a mí me da un vuelco el corazón—. Encima, estoy superando una ruptura y, por si fuera poco, nuestros padres se van a casar. Menudo desastre de reencuentro.

—A ver, no sé cuántas veces te he repetido que tengo una relación abierta. Tú estás soltero ahora y nuestros padres no tienen nada que ver con nosotros. Estaría bien rememorar lo divertido de esa etapa de nuestra vida por todo lo alto, ¿no crees? —Mi sonrisa me llega hasta las orejas de lo feliz que estoy—. El Daniel y el Axel de dieciséis años nos lo agradecerán.

—Creo que no me has entendido, pero no importa. —Despega las manos de mis mejillas y me revuelve el pelo. A continuación, se agacha para recoger mis pantalones del suelo y tendérmelos—. Vístete.

Le hago caso, pero, antes de marcharme de su consulta y tras calzarme la segunda zapatilla de deporte, me agarra de la nuca y estampa sus labios contra los míos.

Mamma mia. Pensaba que me iba a echar de aquí sin siquiera comerme la boca, que para eso me he inventado el tirón en el muslo.

Hubiera esperado hasta esta noche, en casa, pero su consulta me da mucho morbo.

—Venga, ya te puedes largar —me ordena cuando nos separamos, y vuelve a su expresión de fisioterapeuta profesional que no les hace a sus clientes el final feliz.

—Me voy, no porque tú me eches, sino porque soy un roquero ocupado y tengo que hacer un millón de cosas. —Y desaparezco de

su consulta con la cabeza bien alta.

Por Dios, tengo que hablar con alguien de esto que estoy sintiendo ahora mismo.

¿Con Rober? No, más adelante; lo prometo.

¿Con Candela? Tampoco, que me sacaría la navaja de Hello Kitty, porque pensaría que le voy a hacer daño a su hermanito.

¿Con Gerard? Menos, que es amiguísimo del tonto del culo y se iría de la lengua.

Mi única opción es Iris, aunque me pegue una paliza con su cuerpecito de Baby Yoda.

Así que, mientras me dirijo a la parada de metro, le mando el siguiente mensaje:

Dani: «Tía, ¿dónde estás? Necesito hablar contigo urgente»

Mi amiga desde parvulitos me contesta tras diez minutos, cuando ya estoy acomodado en uno de los asientos del tren.

Iris: «En el garaje»

Dani: «Voy para allá»

Reacciona con el pulgar hacia arriba y se desconecta; yo deseo que pase el trayecto hasta su casa lo más rápido posible, moviendo la pierna derecha con impaciencia, mirando las caras de los pasajeros e inventándome sus hipotéticas vidas en mi mente.

En cuanto el metro se detiene en la parada más cercana, salgo escopetado y recorro el tramo que me queda a paso ligero.

—Hey —saludo a mi amiga tras colarme en su garaje—. ¿Esa no es la guitarra de tu hermano? —pregunto para empezar a suavizar el ambiente.

Está sentada en el suelo, sujetando la Telecaster, mientras toca unos acordes y analiza unos folios con las partituras.

—Ajá —me responde sin alzar la vista hacia mí.

Tomo asiento frente a ella, con las piernas cruzadas, para prestarle atención y guardar silencio conforme toca, esperando el

momento adecuado para soltarle la bomba. Una vez que termina la melodía, estira una mano hacia las partituras para cambiar de hoja.

Y, entonces, disparo:

—Necesito tirarme a mi hermanastro.

Hace casi una hora que he salido de la consulta de Axel y todavía me dura el calentón. Estoy al borde del desvanecimiento con tantas sensaciones recorriendo mi ser.

—Qué sorpresa más sorprendentemente sorpresiva.

Por su expresión y su tono irónico (ni siquiera ha tenido la decencia de mirarme), intuyo que no se ha asombrado con lo que le acabo de confesar.

—¿Por qué no te has quedado pasmada? —exijo saber, porque el que se ha quedado de esa manera he sido yo.

—¿Debería? —Enarca una ceja con los ojos pegados a la partitura, fingiendo que la está revisando tan tranquila.

No creo que sea tan obvio… Es que Iris es muy observadora y conoce la historia al completo.

—¿Sería una cagada enorme acostarme con él? Solo sería un reencuentro pasional para deshacerme de la tensión sexual. A Rober se lo contaría todo, claro, pero me apetece saber qué opinas tú, que eres la sensata de la banda.

Rober está enterado de que hubo alguien en el pasado que me rompió el corazón, pero no sabe que se trata de Axel.

Mi amiga, evaluando en su mente la situación en la que me encuentro, toca varias notas aleatorias con la guitarra. Después, dirige su mirada hacia mí, por fin, y suelta, con el semblante inexpresivo:

—Es una pésima idea y lo sabes. No tengo nada en contra de Axel porque es mi amigo, pero es tu ex y acabasteis de la peor forma posible. También sabes lo que opino sobre volver a acostarte con un ex: es como si te comieras tu propio vómito. —Chasquea la lengua—. Y no me creo que tu interés hacia él sea solo sexual.

Me echo a reír ante eso último.

No siento nada romántico hacia Axel, por Dios, y mucho menos me metería en una relación amorosa con él otra vez; acabaríamos matándonos el uno al otro. El Daniel adolescente sí, porque a esa edad era una criatura inocente que lo idealizaba todo y creía en el «juntos para toda la vida», pero ¿el Daniel adulto? Está felizmente enamorado de su Robbie y muy a gusto con su relación abierta, donde no importa con quién nos acostemos, siempre y cuando utilicemos preservativo. No hemos puesto reglas tan estrictas, más allá de la del condón y la de que nos lo contemos todo. A lo mejor, cuando le suelte que Axel es ese ex, le parece mal, pone la norma de «no liarse con los ex» y yo la respetaré.

—Pues claro que es solo sexual —le contesto a Iris sin dudar—. Me lo quiero tirar y punto.

Mi amiga me pide, con una amabilidad simulada y un «por favor», que le sostenga la guitarra porque, si la sigue teniendo entre sus brazos, es capaz de reventármela contra la cabeza y le tiene mucho cariño. Se masajea las sienes con los ojos cerrados, procesando mi problemón o invocando a Satanás para que se lleve mi alma, y los abre. En clara señal de amenaza, me apunta con el dedo índice, con la uña pintada de negro, y me mira con una seriedad que no le he visto en la vida.

Trago saliva, sintiendo verdadero miedo.

—Como se te ocurra hacer alguna tontería que provoque que Lapislázuli se vaya a la mierda, te juro por esa guitarra que no te vuelvo a hablar hasta el día de tu entierro, dentro de unos cien años, para decirte que eres gilipollas y escupirte en el ataúd.

Me quedo perplejo por la agresividad que se gasta mi amiga a la hora de echarme la bronca, porque no sé a qué demonios se refiere.

—¿Y si tú te mueres antes que yo?

—Mi espíritu será el que te llame «gilipollas» y el que te escupa. —Y añade la guinda del pastel—: Por si no te ha quedado bastante claro, con lo de «hacer alguna tontería» me refiero a la hipotética situación en la que te vuelvas a enamorar de Axel, si es que te has desenamorado alguna vez, y dejes a nuestro Rober con el corazón

tan destrozado que no le quede otra que abandonar el grupo para no verte la cara de pelele que se te ha puesto desde que te has reencontrado con el otro. Sabes lo importante que es nuestra banda para todos, así que espero que no la cagues.

En cuanto acaba de regañarme como si fuera mi madre, se levanta de golpe y me arrebata el instrumento para guardarlo en su funda, que se halla sobre el sofá de cuero, antes de que sufra daños colaterales; yo permanezco sentado en la misma posición, asimilando sus palabras.

—¡¿Cómo que «cara de pelele»?! —es lo único que logro decir.

¿Y lo de volver a enamorarme del idiota? Por favor… Parece mentira que Iris y yo seamos amigos desde el primer año de Educación Infantil, porque no me conoce nada.

Axel me rompió el corazón una vez; no voy a permitir que lo haga dos veces.

Bueno, en realidad, no sé por qué me estoy comiendo la cabeza con este tema, si ella tiene toda la razón del mundo: sería un grandísimo error follar con él después de lo que me ha hecho sufrir.

La excitación de hace un rato me ha pasado factura y el Daniel calenturiento es el que me ha invadido, no el Daniel cuerdo, si es que ese último ha existido alguna vez.



27 de enero de 2012

—Estaría guay formar un grupo de música juntos —nos propuso Iris a Candela y a mí cuando terminamos de tocar *It's My Life*, de Bon Jovi—, así actuamos por España dentro de unos años, cuando acabemos de estudiar. ¿O estoy soñando demasiado?

Como algunas tardes después del insti o los fines de semana, aquel viernes nos habíamos reunido en su garaje para tocar: Candela, sentada sobre su cajón flamenco, e Iris y yo, en el suelo, con nuestras guitarras eléctricas, aunque yo era el que les ponía voz a las canciones, porque ellas cantaban fatal.

Lo hacíamos por *hobby*, pero dedicarme a la música de manera profesional era mi único sueño en la vida.

—Podríamos buscar un integrante más para tocar el bajo —intervine—. Los grupos de rock están formados por un vocalista, los guitarristas, un bajista y un baterista.

A Iris le gustó mi idea y le preguntó a Candela:

—¿Qué tal tu hermano? ¿No estaba aprendiendo a tocar el bajo?

Nuestra amiga estaba a punto de responderle, pero yo la interrumpí:

—Ni de coña. —Miré a Iris de mala manera—. Si buscamos a alguien, tiene que ser otra chica. Le tengo mucho cariño a Rober, pero quiero ser el único tío de la banda.

—Dará lo mismo, Dani.

—Además, mi hermano es muy pequeño aún —habló Candela—. No estoy de acuerdo en meterlo en esta clase de tinglados.

Iris le recuerda que solo se lleva un año y pico con él, pero Candela y yo volvemos a negarnos y quedamos en buscar a la cuarta integrante más adelante. Después, decidimos buscarle un nombre a nuestra futura banda: Iris sugirió Los Depresivos; Candela, Almas Rebeldes; y yo, Lapislázuli.

A cada uno solo nos convencía el nuestro, como tenía que ser en ese grupo caótico.

—Almas Rebeldes es muy cliché y cutre —les dije—. Y Los Depresivos, de lo más pesimista. Ninguno me representa.

—¿Y Lapislázuli? —contraatacó Candela—. ¿De dónde te has sacado esa palabreja?

—Del color de ojos de Axel, seguramente —se burló Iris, y la otra se rio—. No suena ni roquero.

Me puse rojísimo. Iris tenía razón, pese a que aún nadie sabía lo mío con Axel.

—Subíos aquí. —Les enseñé el dedo corazón y me levanté de un salto, indignadísimo.

Pero ellas continuaron descojonándose a mi costa.

—Hola, chicos —la voz de Axel nos interrumpió.

Me giré hacia él, que acababa de llegar tras sus clases particulares de Inglés, y sonreí como un tonto; Axel también me dedicó la misma sonrisa.

Se suponía que habíamos quedado en mi portal dentro de media hora para llevar a Señorita Rottenmeier a su primera revisión con el veterinario, pero había decidido venir a buscarme al garaje de Iris, sabiendo que le pillaba más lejos que mi casa.

—Hola —le respondí con un tono que me daba vergüenza ajena, con el corazón palpitándome con fiereza.

Parecía un puñetero lelo cuando tenía delante a MI NOVIO.

Mis amigas me sacaron de mi ensoñación y se acercaron a Axel para preguntarle qué nombre prefería para la banda de rock que íbamos a crear: Almas Rebeldes, Los Depresivos o Lapislázuli.

—Di Lapislázuli —le ordené, e hice con mi mano el gesto de las tijeras cortando el aire con el índice y el corazón, para indicarle que rompería con él si no me obedecía, acompañándolo con una sonrisa diabólica.

O también podría significar que le cortaría sus partes íntimas.

—Ehhh… —Axel me miró primero a mí y luego a las otras dos—. ¿Lapislázuli? —añadió, dudoso, pero luego asintió con la cabeza—. Lapislázuli, sí. Os pega.

—¡Toma ya! —exclamé alzando los brazos, victorioso—. ¡Gané!

Candela e Iris se quejaron de que yo hubiera interferido en la decisión de Axel y les hice una pedorreta. Luego, mi novio y yo nos despedimos de ellas, me colgué la guitarra al hombro y abandonamos el garaje. De camino a la parada de metro, él entrelazó su mano con la mía, y a mí casi me dio un infarto, porque era la primera vez que paseábamos así.

—¿Te molesta? —me preguntó con timidez.

—No. —Me mordí el labio sin atreverme a mirarlo—. Es raro, pero me gusta.

La única expresión con la que podía describir aquella semana era la de emocionalmente extraña. Por primera vez en la vida, no sabía cómo comportarme con Axel. Me había venido a buscar a mi casa cada mañana para que nos fuéramos juntos al insti; esto no era nada nuevo, pero la diferencia con las veces anteriores era que había empezado a ponerme nervioso cada vez que sonaba el interfono para avisarme de que había llegado. Lo mismo sentía en las clases cuando lo tenía a un centímetro de mí; ni siquiera podía concentrarme en las explicaciones del profe de turno y solo ansiaba el momento de morrearme con Axel en algún lugar secreto, algo que se había convertido en un reto para nosotros: en los baños a la hora del recreo, en alguna clase vacía, en un rincón de los pasillos… Éramos los de siempre, pero a la vez no. Nos comportábamos como si estuviéramos idiotizados el uno con el otro.

—¿Te puedo besar?

Frené en seco al oír esa pregunta y ladeé la cabeza hacia él, entre ojiplático e histérico.

—¿Cómo? ¿Aquí? ¿En la calle? ¿Ahora?

—¿Por qué no? —Se rio—. No hay nadie que nos pueda ver.

Eché un vistazo a mi alrededor para comprobarlo. Axel tenía razón, pero me daba reparo comerle la boca en un sitio público.

—No sé. ¿Y si aparece alguien?

—Venga, Dani, que llevo toda la tarde esperando para darte un beso. —Me hizo pucheritos—. Uno pequeño.

—Pero muy pequeño —le advertí apuntándolo con el dedo índice.

Sin embargo, Axel no cumplió su promesa y me dio un señor besazo en plena vía pública, cosa que a mí, como era evidente, no me importó, porque también había echado de menos su lengua la tarde entera.

—¡Lo sabía! —escuchamos la voz de Candela al separar nuestros labios, y nos giramos hacia ella.

—No jodas. —Iris se encontraba a su lado; las dos se estaban riendo—. Así que por esto estabais tan raros en el insti y aparecíais con los labios más hinchados que una morcilla.

Mierda. Nos habían pillado. Lo nuestro había dejado de ser un secreto.

De ser NUESTRO secreto.

—¿Cómo que los labios hinchados? —solté abriendo mucho los ojos—. ¡Eso es mentira!

—¿Nos habéis perseguido hasta aquí solo para descubrirnos? —intervino Axel, divertido.

—Os queríamos pillar con las manos en la masa. Veréis cuando se lo cuente a Gerard —respondió Candela, y centró su mirada en Iris—. Por cierto, he ganado. Me debes cinco euros.

La otra soltó un bufido.

—Luego te los doy.

¿Qué estaban diciendo sobre cinco euros? ¿Acaso Axel y yo éramos los protas de una apuesta? No me lo podía creer.

—¿Habéis hecho una apuesta? —quiso saber mi novio, quitándome la pregunta de la boca.

Candela confesó que había apostado cinco euros a que estábamos juntos y que Iris acababa de perder los suyos porque había votado que no.

Axel y yo no parábamos de flipar. Menudas amigas teníamos.

Pero nos dieron la enhorabuena por nuestro noviazgo; nosotros les pedimos que no se lo dijeran a nadie, excepto a Gerard, y reanudamos nuestro camino hacia la parada de metro, con nuestras manos unidas y criticando a esas dos.

Y, por si fuera poco, tuvimos nuestra primera «discusión» de pareja, porque Axel se equivocó en asignarle el género a Señorita Rottenmeier: no era una señorita, sino un señorito (la veterinaria nos lo confirmó).

Y yo había creído ciegamente en la palabra de mi novio.

—Ya te vale no haberte dado cuenta de que le van a crecer dos huevazos más gordos que los nuestros —me burlé de él—. Menudo

empollón de pacotilla eres.

Se le escapó una carcajada mientras nos dirigíamos a mi casa, con Señorita Rottenmeier metida en el transportín.

—Un error lo tiene cualquiera, Dani —Me mostró la palma de su mano—. ¿Me perdonas?

—No, esto es imperdonable.

—¿Y si te doy otro beso?

Cuando nos adentramos en mi portal, le permití darme otro beso y no tuve más remedio que perdonar su error garrafal sobre nuestro primer retoño.

16. Axel

Hoy, Gerard ha querido venir al garaje de Iris para ver cómo Lapislázuli ensaya. No había mejor plan para un domingo por la tarde, no. Llevo tres horas con dolor de cabeza por culpa de su música ruidosa, aunque, por suerte, ya han terminado.

Después de la visita que me hizo Daniel el otro día en la consulta, hay algo en mí que ha cambiado. Como si el Axel adulto se hubiese esfumado y haya regresado el Axel de dieciséis años.

—A ver, hazlo tú ahora —le dice Candela a Gerard, que le está enseñando a tocar la batería.

Me he acercado a ellos para fingir que quiero aprender también; Iris está probando una melodía en su guitarra eléctrica, y Daniel y el melenudo ocupan el sofá de cuero mientras charlan, acaramelados.

Y yo no puedo despegar mis ojos de esa pareja ni evitar sentir una especie de retortijón en la tripa.

Daniel le coloca un mechón detrás de la oreja al falso Taylor Lautner, y este le cuenta algo gracioso, porque mi hermanastro se ríe y lo mira con total adoración, como me miraba a mí. Se besan en los labios y me obligo a apartar la vista de ellos para detenerla en Iris, que me sonríe con algo parecido a la compasión; después, me centro en Candela y Gerard.

—¿Quieres probar? —me pregunta ella tendiéndome los palillos, que me he enterado hoy de que se llaman «baquetas».

—Vale.

Me acomodo en el taburete que han dejado libre y aporreo de cualquier manera y con torpeza el instrumento, inventándome la melodía.

—Qué mal tocas —comenta Daniel, que se ha acercado con el melenas para curiosear—. Menos mal que no te dedicas a la música.

—¿Quieres convertirte en mi batería para que te golpee bien fuerte? —le espeto apuntándolo con una baqueta, y Rober, que está a su lado, ahoga una risita.

Daniel me dedica una mirada cargada de lujuria.

—Ufff… Deseando estoy, Axel de la Rosa.

Pongo los ojos en blanco y me levanto con la intención de perderlo de vista.

¿Cómo se atreve a lanzarme fichas con su novio delante? Vale que tengan una relación abierta; pero, joder, que se controle un poco.

Cuando llega la hora de que nos volvamos a casa, la parejita se despide con más besos mientras yo espero a Daniel en mi coche con un nudo en el estómago.

Esto es insoportable. El otro día estuvieron en la habitación de al lado, dándole que te pego, y yo tuve que salir de casa para darme un largo paseo. Esos dos no respetan nada; no es ya por mí, sino por nuestros padres, que viven con nosotros y los pueden oír, porque silenciosos no son precisamente.

—Has estado muy callado hoy —dice Daniel nada más subirse a mi coche, y se abrocha el cinturón.

—Ya.

—¿Te pasa algo?

—No —le respondo centrándome en la carretera.

—Ya sabes que me lo puedes contar, que hay confianza entre nosotros. Demasiada.

Para que deje de hablar, decido poner música. Sin embargo, la primera canción que sale es *Amnesia*, de 5 Seconds of Summer, y la cambio, pero los temas que suenan detrás son del mismo estilo.

Mierda. He reproducido sin querer la peor lista que tengo en Spotify. Y en el peor momento.

—¿Acabas de quitar *Love Story*, tu canción favorita de esa Taylor Swift? —Daniel se sorprende; yo no contesto—. Sí que estás raro.

Continúo cambiando y él me dice que voy a provocar un accidente como siga despistándome. Al final, le hago caso, porque tiene razón, y dejo *The One That Got Away*, de Katy Perry, muy a mi pesar.

Pero la canción más dolorosa de la lista viene a continuación: *Vas a quedarte*, de Aitana.

Me pongo hecho un manojo de nervios al escuchar los primeros versos. Al intentar cambiarla por otra, casi atropello a una señora mayor en un paso de peatones y se me cala el coche a escasos centímetros de ella.

—¡Tío, ten cuidado! —exclama mi acompañante.

La mujer se va corriendo, asustada, y yo me doy cabezazos contra el volante; Aitana sigue cantando desde los altavoces. La mano de Daniel se posa en mi muslo, en expresión de apoyo, y la música deja de sonar.

—Cálmate, que por lo menos no has estado a punto de atropellar a uno de tus testículos.

Me río y levanto la cabeza del volante para mirarlo.

—No te adueñes de mi palabra favorita.

Sus labios forman una bonita sonrisa que se me queda clavada en el alma.

—Deja que conduzca yo, que tú no estás en condiciones y no pienso morirme sin haber cumplido mi sueño de convertirme en una estrella del rock.

—¿Cómo vas a conducir si no tienes el carnet, mamón? —Siento mi muslo arder bajo su tacto—. ¿Quieres acabar en la cárcel?

—De pequeño te ganaba siempre al *Mario Kart*, así que tengo experiencia conduciendo —se defiende, y yo me vuelvo a reír—. No creo que haya tanta diferencia entre el coche de un videojuego y el de la vida real, ¿no?

—¡Joder! —exclamo fijando la vista en el techo, y aparto su mano de mi muslo para arrancar el coche sin ninguna distracción, porque los vehículos de atrás ya nos han dedicado varios pitidos.

—Pues rezaré para no morir.

—Créeme, que mi intención no es matarte de manera literal, aunque te lo haya dicho un montón de veces.

Daniel cierra los ojos, cruza los dedos y permanece así hasta que estaciono el coche frente a la casa de nuestros padres.

—¿Vemos alguna peli en tu habitación? —me propone, pero yo no contesto y solo me concentro en abrir la puerta con la llave—. Vale, ya me ha quedado claro.

Desde el pasillo, oímos risas provenientes del salón y nos encaminamos hacia allí para saludar a las visitas, que son nada más y nada menos que mi madre con su pareja. Júlia está sentada en un sofá y las otras dos en el otro.

—Anda, pero si es Àngels otra vez. —Daniel se aproxima a ella y se encorva para darle dos besos en las mejillas; después, se dirige hacia Theresa—. Y usted debe de ser Theresa, ¿verdad? Encantado de conocerla. —Y también le da dos besos.

—Oh, el famoso Daniel —le responde mi otra madrastra esbozando una sonrisa—. Por fin te conozco. Qué guapo eres.

Suelto un suspiro de lo más exagerado.

—Vaya, hijo, nunca te había visto tan educado con las visitas —interviene Júlia con sorna.

Saludo a mi madre y a Theresa besándoles las mejillas, y Júlia nos pregunta si nos apetece quedarnos con ellas viendo vídeos de cuando eran jóvenes y nosotros, unos críos. Echo un vistazo a la tele, donde aparece la imagen congelada de Daniel y mía con unos cinco años; yo, llorando, con un cucurucho de fresa estampado en lo alto de la cabeza, y él, con una sonrisa de demonio dibujada en la cara, mirando a la cámara.

—Ay, yo sí me quedo —interviene Daniel, que toma asiento al lado de su madre—. Me acuerdo de ese día.

—Yo no puedo. Tengo cosas que hacer. —Y huyo hacia mi habitación.

Debo encontrar piso. El que sea; me da igual. No puedo seguir posponiéndolo mientras Daniel siga viviendo bajo el mismo techo que yo. Me iré a una casa compartida, a un zulo de dos metros cuadrados con ratas, debajo de un puente o me meteré en alguna alcantarilla. Lo que sea con tal de no tropezarme con él ni presenciar las escenas románticas con su novio.

Me siento en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero, el portátil sobre las piernas y una gata a cada lado, y comienzo con la búsqueda exhaustiva de mi nuevo hogar, si es que acaso puedo llamarlo así.

Tras un par de horas sin despegar los ojos de la pantalla y sin encontrar ningún zulo decente con el que no me deje más de medio sueldo, Daniel irrumpe en mi cuarto.

—Eh, tú, ¿qué te pasa?

—Vete —le ordeno sin mirarlo—. Estoy ocupado.

Cierra la puerta tras de sí y se sienta junto a mí para cotillear lo que estoy haciendo en el portátil, pero yo soy más rápido y minimizo la ventana de la web de búsqueda de pisos, de modo que lo único con lo que se encuentra es con el fondo de pantalla que tengo en el escritorio: una foto de Taylor Swift en un concierto.

—¿Te he pillado viendo porno?

—Sí —le respondo sin una pizca de duda en mi voz, y enseguida me rasco la nariz.

Daniel analiza mi expresión, callado.

—Sé perfectamente cuándo mientes. Te acabas de rascar la punta de la nariz. —Y me da un par de golpecitos en esa zona con su dedo, con la uña pintada de negro.

Me mantengo impasible, evitando sonreírle, y vuelvo a desviar la vista hacia la pantalla para enseñarle la página de los alquileres.

—Estoy buscando piso con urgencia. —Exhalo con brusquedad—. Se suponía que me iba a quedar aquí unos días y llevo ya más de un

mes y medio. Mañana mismo voy a visitar uno, que me quiero mudar cuanto antes.

—¿Por qué te corre tanta prisa? ¿Tan mal estás aquí? —me pregunta. Atisbo dolor en sus palabras y se me encoge el corazón al mirarlo de nuevo—. A ver, sé que la independencia está guay… Vivir solo y tener tu espacio… Pero ¿tan precipitado? Espera a que nuestros padres se casen, por lo menos. Sabes que siempre nos han dejado libertad para hacer lo que queramos y nunca se han metido en nuestras vidas, en plan padres sobreprotectores y marimandones, aunque últimamente están muy pesados con que nos llevemos bien, pero es comprensible.

—Necesito irme de aquí y punto.

Su rostro se ensombrece y me percato de que le cuesta tragar saliva.

—Es por mí, ¿verdad? —inquiere con su mirada clavada en mí, pero yo aparto la mía de manera automática para posarla en el zulo que estaba viendo—. Sé que puedo llegar a ser muy molesto, pero puedo intentar portarme bien contigo y evitar que nos peleemos tanto. Dejaré que te duches tú primero por las mañanas, bajaré el volumen de la música y no tocaré la guitarra ni cantaré cuando estés aquí. Te prometo que conviviré contigo como si fueras una persona normal. Es más, hasta ni te enterarás de que estoy en casa.

Si deja de hacer eso, entonces sí que me voy, pero ahora mismo. Sobre todo si deja de tocar y cantar, con lo que me gusta oírlo tras la pared que compartimos y la gracia que me hace cuando se equivoca en una nota y suelta algún taco.

—Lo de no pelearnos será imposible —le contesto aún sin mirarlo —. Lo llevamos en nuestro ser desde que nacimos.

Y tampoco quiero que nuestras peleas se acaben; no seríamos ni Axel ni Dani.

—Ya te he dicho que se intentará. —Se agarra a mi brazo y recuesta la cabeza en mi hombro; Taylor, que parece que le ha cogido más cariño a él que a mí, se acomoda sobre su regazo.

Me pongo rígido al instante y me esfuerzo en respirar flojo para que no se noten mis nervios de adolescente.

—No. Ya lo tengo decidido. Me voy a mudar al piso que visitaré mañana.

En cuanto lo vea, firmaré el contrato. No me importa lo que me encuentre en esa caja de cerillas.

—Te acompañaré y le sacaré pegas a todo para que no te vayas. Le mentiré al casero y le diré que siempre montas orgías, que eres traficante de drogas y un guarro que nunca limpia.

No puedo aguantar más y consigo reírme.

—Como hagas eso, te lanzo por la ventana, que el piso está en la décima planta.

—Seguro que esa ventana tendrá tanto moho que no podrás ni abrirla.

—No te escucho, cara de cartucho. —Me cubro los oídos para no oírlo, sacando a relucir mi crío interior.

—Y también saldrán culebras por el váter, que te morderán en el culo cuando estés haciendo tus necesidades, y a mí cuando vaya de visita.

Me destapo las orejas, lo miro a los ojos y le respondo, cabreado:

—El que te va a morder el culo voy a ser yo como sigas tocándome los huevos.

La expresión que se adueña de su cara es la de un auténtico depravado sexual.

—Sabes que lo tienes a tu disposición las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana y los trescientos sesenta y cinco días del año. —Hace una pausa para añadir, con una sonrisa socarrona—: Y ya me gustaría a mí volver a tocarte los huevos.

Antes de que pueda sacar a este tío de mi habitación a patadas, huye de mí al ver en mi rostro el ataque de furia con el que su vida corre peligro. Pero eso sí: me atiza un guantazo en la nuca y se marcha, cantando el estribillo de *Blank Space.*

Me urge largarme de esta casa ya, antes de que me destroce el coche con un palo de *hockey*, me intente ahogar con una manzana o

decore mis camisas con un gran recorte circular en la zona de los pezones, como le hace Taylor Swift a su amante en el videoclip de esa canción.

17. Daniel

Y, efectivamente, la ventana tiene moho y no se puede abrir, por lo que puedo respirar con tranquilidad porque Axel no me va a lanzar al vacío.

Pero no solo la ventana tiene moho. Todas las partes de esta casa, si es que es legal llamar a este sitio así, están llenas de esa asquerosidad: las paredes, el suelo, las puertas… Hasta el casero.

—¿Y no me puede hacer una rebaja en el precio? —le pide Axel al hombre, un señor de setenta años con cara de antipático, los pantalones hasta los sobacos y un pedazo de bigote que le da un aire a Mauricio Colmenero, el que sale en la serie *Aída*—. Novecientos noventa y nueve euros con noventa y nueve céntimos es muy caro para este lugar.

¿Muy caro? ¡Lo va a timar! Estamos metidos en un zulo de menos de veinte metros cuadrados en el que no cabemos, donde la habitación, la cocina y el salón se encuentran en la misma sala. Lo único privado aquí es el baño, que aún no lo hemos visto, pero estará en las mismas condiciones: con humedades, telarañas y olor a rancio.

—¿Cómo que es muy caro, joven? —le espeta el casero—. ¿Tú sabes dónde está situada esta *suite* de hotel? ¡En la Barceloneta! Muchos pagarían cinco mil euros al mes por vivir en esta zona. Te lo estoy dejando regalado.

Se me escapa una carcajada cuando menciona lo de *suite* de hotel, pero la disimulo con toses.

—Uy, esto es malísimo para los pulmones, eh —comento, extendiendo los brazos para señalar la estancia.

No había visto tanto moho en mi vida. Esta cloaca es insalubre y Axel se merece vivir en un palacio.

—Eso se limpia en nada —me responde el doble de Mauricio Colmenero—. Les decís a vuestras madres o a vuestras novias que les pasen un trapo con agua y se queda reluciente.

¡Hala! Será posible… Yo preferiría vivir en la casa de mi madre y la de Casi antes que soportar a este señor.

—Usted, aparte de un timador, también es un machista. —Le planto cara.

—¡Dani, acompáñame al baño, que tengo muchas ganas de ver cómo es! —exclama Axel para evitar que la siga liando pardísima.

Un momento… ¿He oído bien? ¿Me acaba de llamar «Dani» en lugar de usar mi nombre completo? ¿Cómo se atreve? Sabe que debe dirigirse a mí como «Daniel».

Pero estoy dando volteretas, porque me ha encantado volver a oír su voz pronunciando el diminutivo de mi nombre.

—Voy, galletito mío.

Axel me lanza tal miradita de odio con la que me mandaría a zamparme el moho de la ventana y yo me lo comería con mucho gusto.

Cuando mi hermanastro abre la puerta del servicio, se queda con el picaporte en la mano, que estaba más suelto que yo cuando me emborracho, y a mí se me escapa un «ups». Nos adentramos en el interior y no me da tiempo a horrorizarme por lo que hay porque lo primero que hace Axel es chillar; lo segundo, tirar el pomo al suelo y lo tercero, abrazarse a mí como un koala amoroso.

A ver, el baño es feo, pero no tanto como para asustarse así, aunque yo se lo agradezco, porque echaba de menos sus abrazos.

—Una *cuqui* en el lavabo —me susurra.

Mis ojos se desvían hacia ese lugar para toparse con una cucaracha mutante, posada sobre el grifo y moviendo sus antenitas, tan graciosa.

—Eh, vale. —Respiro hondo y me hago el valiente—. Te voy a sacar de aquí muy despacio para no asustar a esa cosa, que seguro que es de las que vuelan. No grites.

Huimos de ese bicharraco a cámara lenta y me atrevo a cerrar la puerta para que no se le ocurra salir del baño, pero se queda entreabierta porque le falta el maldito mango.

—Vosotros no seréis maricones de esos, ¿verdad? —quiere saber el casero, con el semblante repleto de asco, cuando regresamos al salón-cocina-habitación.

Encima, homófobo. Qué sorpresa.

Axel, que todavía está pegado a mí, le resuelve la duda:

—Yo soy bi, pero Dani sí que es gay.

No sé por qué le tiene que dar tantos detalles a este señor, que es capaz de atizarnos con un bate de béisbol, mohoso también.

—Ah, entonces no me interesa alquilar el piso a gente así.

El «así» lo dice haciendo una mueca de repelús. Y, para rematar, llama «piso» a esta porquería inhabitable.

—No se preocupe —me adelanto yo, hablándole con educación—. A nosotros tampoco nos interesa alquilar esta casa del terror. —Le hago un ademán con la cabeza—. Venga, quédese con su *suite* de hotel. Adiós.

Axel y yo nos evaporamos de este zulo y bajamos las diez plantas por las escaleras, porque en este edificio del año trescientos cincuenta antes de Cristo no hay ascensor.

Vaya ojo ha tenido a la hora de elegir una casa. Menos mal que he venido con él para espabilarlo, si no, ya estaría mudándose a esa caja de cerillas y la tendría que compartir con esa compañera que hemos visto en el baño.

—De nada —le digo nada más salir a la calle y respirar aire fresco.

Axel se ríe.

—Gracias por haber venido conmigo, Dani.

Oh, una vez más ese «Dani». Qué maravilla cómo lo saborea.

—Dilo otra vez.

Frunce el ceño.

—¿Gracias por haber venido conmigo?

—No, lo otro.

—¿Dani? —Sonríe; yo asiento con la cabeza, emocionado.

—Hacía mucho que no me llamabas así. Como unos diez años y tres meses, ¿no?

Bueno, para ser exactos, desde el día que nos reencontramos en mi habitación, pero ese no lo tengo en cuenta porque estaba resentido con él.

La sonrisa de Axel desaparece de su rostro y comenta que nos tenemos que ir ya porque debe seguir buscando piso.

El trayecto hacia casa se me pasa lentísimo, a pesar de que Axel me haya permitido poner canciones de Green Day. El silencio entre los dos se me hace incómodo; él no despega la vista de la carretera, ni siquiera para mirarme durante un milisegundo, y yo no la aparto de él.

Algo gordo le ha tenido que pasar; está así de raro desde hace días.

Y yo necesito descubrir qué es.



El miércoles, al terminar las clases del Máster, Rober me recoge con su moto en la universidad para que vayamos a comer a una hamburguesería y pasemos el resto del día juntos.

A última hora de la tarde, cuando estamos paseando por Las Ramblas con nuestras manos entrelazadas, me lanza una pregunta que para nada me espero:

—¿Por qué no nos vamos a vivir juntos?

Si me hubiese pillado comiéndome la hamburguesa enorme de hace unas horas, me habría muerto atragantado. Con la mala suerte que tengo, ninguna persona de mi alrededor hubiera sabido hacer la maniobra de Heimlich ni nadie hubiera gritado la típica frase de las pelis de «¡soy médico, déjenme pasar!».

Detengo el paso y miro a Rober, disimulando mi temor.

—¿Cómo que vivir… juntos?

Se echa a reír.

—No te lo he propuesto para que lo hagamos ahora, así que no pongas esa cara de haber visto un cadáver. Me refería a que estaría guay que algún día, en un futuro, cuando tú hayas terminado tu Máster y los dos tengamos un sueldo decente, sobre todo si proviene de nuestra música, podríamos… No sé… —Su mano viaja hacia mi mejilla para acariciarla—. Tener nuestro propio espacio y formar un hogar.

Un poco de calma, por favor, que no estoy preparado para independizarme, y menos aún en una ciudad como Barcelona, donde los alquileres están carísimos y tendría que donar mis órganos, los de mi madre, los de Rober, los de mi gata y los de Axel.

—Eh… Ufff… —No sé qué decir—. Bueno… ya, si eso… En un futuro, claro que sí, Roberto. —Finjo una sonrisa tan amplia que hasta siento dolor en la cara—. Un hogar… Casamiento… Niños, dos perros y Señorita Rottenmeier. —Doy un aplauso, simulando felicidad; la expresión de Rober sí que es de terror al verme de esta guisa—. ¡Yuju!

Él alza la palma de la mano para indicarme que me calme.

—Para, Dan. —Esboza una sonrisa divertida—. Aquí nadie está hablando de casarse, de tener hijos ni de vivir juntos mañana mismo. No te precipites. —Apoya la mano en mi frente para tomarme la temperatura—. ¿Estás bien? Creo que te ha sentado fatal la hamburguesa.

—Perdón, ha sido la emoción del momento.

Rober mantiene su mirada clavada en la mía.

—Entonces, ¿te parece bien mi idea?

—Por supuesto que sí. —Lo rodeo con los brazos con cariño y deposito un beso en sus labios—. La mejor idea del mundo.

Mi supuesta felicidad no tiene nada que ver con que no quiera vivir con Rober; al contrario, me muero de ganas. Lo que me echa para atrás es la convivencia, que es adicta a romper parejas y yo tengo mucho miedo de que se cargue nuestra preciosa relación y nuestro grupo de música, porque cada uno tiene sus manías que pondrían de los nervios al otro.

Dejamos el tema de vivir juntos aparcado y, tras el paseo, nos vamos al piso de su abuela para cenar lo que nos ha preparado: unos raviolis de queso con espárragos y salmón, y croquetas de jamón como acompañamiento. Candela no se une a nosotros porque tiene una cita con un tío que ha conocido por Tinder y que, según ella, parece decente.

Para terminar el día, paso la noche en el apartamento de Rober y no salgo de su cama ni me separo de sus brazos hasta la mañana siguiente, tempranísimo y lloriqueando, para ir a la universidad.

Pero antes debo pasarme por la casa de mi madre para coger algunas cosas que me hacen falta.

Lo primero que hago al entrar es buscar a Axel por la planta baja para saludarlo, ya que ayer solo lo pude ver por la mañana, antes de que los dos nos fuéramos a nuestras obligaciones de adulto. Al no encontrarlo, me cuelo en su habitación, que está vacía y con claras evidencias de que no ha pasado la noche aquí o se ha marchado a trabajar más pronto de lo habitual.

Me siento en su cama y mi cabeza se empeña en crear suposiciones a toda hostia mientras mis dedos juguetean con el colgante y contemplo el infinito.

¿Se habrá mudado ya? No, ¿verdad? Sus pertenencias y el pollo crudo siguen aquí. ¿Estará visitando pisos a mis espaldas y ya habrá elegido uno sin que yo le haya dado el visto bueno? Porque se le ha metido entre ceja y ceja huir de mí. Otra vez.

¿Habrá regresado a su anterior apartamento para ver a su ex? ¿Se habrán reconciliado? Como haya hecho semejante cagada, me lo

cargo y me lo vuelvo a traer, agarrándolo de los pelos.

—Daniel, ¿qué haces ahí? —Mi madre se asoma a la habitación, interrumpiendo mi cacao mental, y se acerca a mí.

Yo alzo la vista hacia ella.

—¿Dónde está Axel?

—No sé. —Se encoge de hombros—. No ha dormido en casa.

No ha dormido en casa. ¿Y dónde lo ha hecho? ¿Y con quién? ¿Y por qué?

—¿Sabes dónde ha pasado la noche? ¿Se lo contó a su padre, al menos?

—¿Por qué iba a contárnoslo? Ya es más que mayorcito. —Se ríe y me acaricia la cabeza—. Además, tú también has dormido fuera, como otras noches, y no te hago interrogatorios desde hace mucho.

Es que no es lo mismo. En mi caso, es fácil adivinar dónde estoy cuando no aparezco por casa; en el de Axel solo hay incertidumbre. ¿Y si le ha pasado algo grave y nosotros, que somos su familia, estamos tan tranquilos sin enterarnos de nada?

—Venga, Daniel, que vas a llegar tarde a clase. —Mi madre me da una palmada en el hombro, sacándome de mis cavilaciones ansiosas, y se marcha de la habitación.

Le mando a Axel el mensaje «eh, tú», que le llega al instante. ¿Lo malo? Que su última conexión es a las 22:22 de ayer, así que me pongo aún más nervioso y no me queda más remedio que llamarlo.

No, llamarlo, no. Mejor una videollamada, para verle la carita y asegurarme de que no tiene signos de violencia.

Por suerte, la coge a los tres toques (sí, los he contado) y su rostro aparece en la pantalla tan perfecto como siempre y sin ningún rasguño, a excepción de sus ojeras tan marcadas que me obligan a pensar que ha dormido poco, y me gustaría saber por qué.

—Eh, tú —me saluda con voz y expresión de cansancio, y yo me fijo en que está dentro de su coche—. ¿Qué quieres? —Se le forman arrugas en el entrecejo—. ¿Y por qué estás en mi cuarto?

También me percato de que su cabello luce húmedo y deduzco que se acaba de duchar a saber dónde.

—¿Y tú qué haces en tu coche? —le devuelvo la pregunta, y escucho a alguien reírse a su lado.

—Voy de camino al trabajo.

—¿Y qué tienes pensado hacer cuando salgas? —inquiero como si no me importara—. ¿Vas a dormir fuera otra vez?

Hace una mueca de dolor.

—Ufff… Qué va. No vuelvo a dormir en el sofá de Gerard en la vida. Qué sitio más incómodo. —Se lleva la mano libre a la nuca, estirándose; con la otra sujeta el móvil—. Me ha dejado molido.

¿Quién lo ha dejado molido? ¿El sofá o Gerard? ¿Y por qué ha dormido en su casa? ¡Necesito respuestas!

—Eso te pasa por negarte a dormir conmigo —se oye a nuestro amigo de fondo, que estará en el asiento del copiloto.

—Das muchas patadas y haces ruidos raros —le responde Axel ladeando la cabeza hacia su derecha.

Me relajo al saber que no le ha ocurrido nada malo.

—Yo tampoco voy a dormir fuera esta noche. —Me muerdo el labio inferior mientras juego con el colgante por enésima vez—. Después de cenar, si quieres, puedo hacerte un masajito como los que me haces tú.

Un amago de sonrisa se asoma a sus labios.

—No quiero que me provoques contracturas.

—Sabes que tengo experiencia dando masajes en según qué zona.

Creo que estoy dando vergüenza ajena; las gatas, que están sentadas en el suelo mirándome, dan fe de ello.

—Mejor será que me salga del coche, que vuestra conversación se está poniendo fogosa —nos interrumpe Gerard.

—Te cuelgo, que voy a conducir —es lo único que me contesta Axel, impertérrito, y agarra al otro del brazo para que no se escape del vehículo—. Hasta luego.

—Adiós, guapetón —me despido simulando voz sensual.

Antes de colgar, Gerard se asoma a la pantalla para saludarme con la mano y Axel me enseña su bonito y largo dedo corazón, con

el que me hacía masajes mágicos en cierta zona de mi organismo.

18. Axel

Llego a casa a las ocho y media de la tarde y Daniel viene a recibirme como si fuera mi mascota.

—Eh, tú —me saluda, supersonriente.

Yo no puedo devolverle el saludo porque me quedo paralizado al ver lo que se ha puesto.

¿Hemos retrocedido en el tiempo y no me he enterado? A finales de agosto de 2012, justamente.

—Te sigue quedando igual de mal —es lo primero que le digo, arrugando la nariz.

—¿Qué dices? Si es comodísima y me la voy a poner como vestido para la boda.

Me extraña que aún conserve mi sudadera roja, que ya está gastada por el uso que le habrá dado. Le sigue estando ancha, aunque menos, porque ha crecido desde entonces.

Y, por supuesto, ha sacado a relucir el colgante del trébol, que lo lleva posado sobre su pecho.

—Voy a saludar a las gatas y a cambiarme.

—No te cambies, porfa. Déjate el uniforme puesto.

Le dedico una mirada de confusión y huyo hacia la planta de arriba para poner en orden mis sentimientos sin él revoloteando con los recuerdos.

Un rato más tarde, cuando la familia al completo nos reunimos para cenar, mi padre observa la sudadera de Daniel.

—Axel tenía una igual cuando era adolescente, ¿verdad? —Dirige su vista hacia mí—. No te la he vuelto a ver puesta. Con lo que te gustaba… —Vuelve a centrarse en su futuro hijastro y lo señala con el cuchillo—. Igual que ese colgante.

Daniel se atraganta con el agua y comienza a toser; el líquido se le sale por la nariz.

—Ya, pensaba que los había perdido, pero resulta que me los robó él —me adelanto mientras le doy golpecitos en la espalda al memo; los dos, sintiendo sudores fríos.

Júlia, que la tenemos enfrente, nos mira a ambos sin decir nada, con cierta sospecha, a la vez que mastica.

Hoy el monigote no se va a escapar de mí. Va a desear no haberse puesto esa prenda. Ni el collar, que siempre lo lleva escondido debajo de la camiseta y ha tenido las agallas de lucirlo cenando con nuestros padres.

¿A quién se le ocurre hacer eso? Sabiendo que a mi padre no le iba a costar reconocer las dos cosas.

—Así es —interviene Daniel cuando se calma de la tos—. Menudo ladronzuelo estaba hecho a esa edad.

Mi padre niega con la cabeza, desaprobando la historia que nos acabamos de inventar, y Júlia continúa callada.

—Ya decía yo —vuelve a hablar mi padre—. Los dos erais unos quebraderos de cabeza. Menos mal que estos años separados os han hecho madurar, a pesar de que haya sido solo un poco.

Júlia decide cambiar de tema y se interesa por cómo llevo mi búsqueda de piso; yo le respondo que se me está haciendo complicado encontrar uno que valga la pena. Daniel se mete en la conversación y suelta que me voy a tener que quedar en esta casa, soportándolo a él hasta que tenga que usar un bastón para ayudarme a caminar, así que se gana una patada por debajo de la mesa.

Al terminar de cenar, nuestros padres se marchan al salón y nosotros nos encargamos de recoger la mesa y colocar los platos y cubiertos en el fregadero. Luego, abrimos la nevera con la intención

de coger un yogur de galleta, pero descubrimos que solo queda uno, aguardando en la primera balda a que alguien se lo coma.

Ninguno se abalanza sobre él.

—Cómetelo tú —me dice, pero yo sé que quiere zampárselo él—. No me apetece. Estoy llenísimo. —Se masajea la tripa.

¿Está intentando no pelearse conmigo por el último yogur de galleta para mejorar nuestra convivencia y que no me vaya?

—A mí tampoco me apetece.

El dolor se instala en su semblante y su mano viaja hacia el interior de la nevera para capturar el lácteo.

—¿De verdad vas a abandonar a este pobre yogur de galleta delicioso? Está sufriendo muchísimo. ¿No lo oyes? —El idiota decide usar el chantaje emocional y me acerca el yogur a la cara para añadir, con voz de pitufo y simulando que es el lácteo el que habla —: Cómeme, por favor. Voy a llorar si no lo haces, Axelito de la Rosa. Sé que estás deseando saborearme enterito con esa lengua juguetona.

Se me escapa una carcajada.

—Vale, vale. Pero con una condición. —Levanto el dedo índice—. Que lo compartamos.

Hace una mueca, fingiendo que no está de acuerdo, aunque en sus ojos puedo leer lo contrario.

—Está bien.

Le arrebato el yogur, me hago con un par de cucharillas del cajón de la encimera y subimos, pero no a mi habitación, sino a la suya, el único lugar de esta casa donde tengo prohibido entrar.

No entiendo a qué está jugando.

Permanezco parado en el centro de su dormitorio sin saber qué hacer.

—Ven. —Daniel da una palmada en su colchón, esperándome con el manjar en la mano.

—Menudo privilegio que me invites a tu cama —me mofo.

—Pero solo un rato, eh. Nada de meterte en ella; no te emociones.

Me río y me siento frente a él, con las piernas cruzadas y nuestras rodillas rozándose.

Él retira la tapa del postre, que me la entrega, y yo hago los honores paseando mi lengua por ella. Escucho un gemido ahogado proveniente de su garganta y dejo el aluminio en el colchón. Daniel se come la primera cucharada y me pasa el yogur; sin embargo, no lo pruebo todavía porque, en cuanto lleno la cuchara, no la dirijo hacia mi boca, sino a la suya como si fuera un avioncito.

—Eso no vale, eh. Te toca a ti comerte esta cucharada.

A pesar de sus protestas, se la mete entera en la boca, sin apartar su mirada de la mía, y me quita el yogur.

—Considero que estamos demasiado lejos si vamos a jugar al avioncito. —Esboza una sonrisa maliciosa—. Tenemos que pegarnos más si no queremos manchar las sábanas con nuestra sustancia láctea.

—Eso te pasará a ti, que no tienes la suficiente puntería para que tu sustancia láctea acabe dentro de mi boca.

Daniel reprime otro gemido y yo dudo de si seguimos hablando del yogur o de otra cosa, porque nuestra conversación se ha puesto un poco… Subida de tono.

—Vamos a comprobar quién tiene mejor puntería —propone, y advierto su mirada cargada de fuego.

—¿Que vamos a hacer qué?

Él descruza las piernas y yo lo imito, pero flexiona las rodillas y arrastra su culo por el colchón, en dirección a mí, para rodearme la cintura con sus tentáculos venenosos.

Tengo su trasero entre mis muslos. Como se le ocurra pegarse más, me va a rozar la entrepierna.

—Estás *muy demasiado bastante* cerca —suelto, y él solo sonríe.

Tan cerca que me estoy mareando con cada aroma que desprende: su perfume, los potingues que se echa en el pelo para cuidárselo… El olor a él mismo.

No sé dónde colocar las manos; las suyas están sujetando el yogur y su cuchara. Al final, opto por agarrarlo de la cintura.

—Abre la boquita, mi niño —me habla con ternura, aproximando la cucharilla repleta de yogur a mi boca.

Lo obedezco, intercambiando una mirada juguetona con él, y me trago su sustancia láctea.

—Me toca.

Y así estamos, dándonos cucharadas el uno al otro y compartiendo risas, hasta que su mala puntería me mancha la comisura de los labios.

—Ay, mierda.

—¿Quién es el de la mala puntería? —me burlo, y hago el amago de limpiarme con la lengua, pero él me lo impide.

—Espera, no te lo quites tú.

—¿Qué vas a…? —detengo la pregunta en cuanto adivino sus intenciones—. Ni de coña.

Daniel elimina el diminuto espacio que queda entre nosotros, me coge del mentón y me lame el resto del lácteo con sensualidad.

No sabía que compartir un yogur con alguien fuera tan excitante.

—Te vas a enterar. —Le restriego la última cucharada por las mejillas.

—¡Puaj! —Cierra los ojos con fuerza y arruga el rostro—. Con la comida no se juega.

Le lamo los mofletes como si fueran dos bolas de helado de ese sabor. Cuando termino, abre los ojos, risueño.

—Siempre he querido probar el yogur de galleta sobre tu piel —suelto sin pensar, porque a estas alturas mis neuronas se han puesto a bailar una sevillana y todavía estoy agarrándole la cara. Daniel se ríe e intento arreglar la cagada que acabo de decir—: Eh… Finjamos una amnesia para olvidar los últimos tres segundos. Gracias.

Niega con la cabeza, poniendo morritos.

—Me pienso tatuar esa frase.

Le acaricio las mejillas con los pulgares, sonriendo; él junta su frente con la mía y apoya las manos en mi cintura, apretándome la piel con los dedos y quemándome con su tacto.

Nuestros labios se funden en un beso a reventar de cariño y de viejos recuerdos, y Daniel me abraza con tanta fuerza que parece que tiene miedo de que me escape de él.

—Como se te ocurra volver a huir, te busco y te mato —me amenaza, y apoya la barbilla en mi hombro.

—Algún día me tendré que ir. En cuanto encuentre piso.

Cuando me mira, me percato del temor en sus tréboles.

—Me refiero a irte de Barcelona otra vez.

—No me voy a ir de Barcelona nunca más. —Acaricio el colgante sin dejar de mirarlo—. Aquí siempre ha estado mi hogar y mi familia.

—Más te vale, Axel de la Rosa. —Me da varios toques con su dedo en mi pecho.

—Y tú y yo tenemos una conversación pendiente. —Ahora el que le da los golpecitos soy yo—. Así que ya puedes desempolvar esa caja de tu cerebro.

—Buah, qué pereza. —Se desenreda de mí, se pone en pie, se encamina hacia la puerta y la abre—. Vamos a tu habitación para ver alguna serie en tu tele.

Me levanto yo también de la cama, porque soy incapaz de decirle que no a ese plan extraordinario.

—¿A dónde vas? —le pregunto en el pasillo cuando lo veo dirigirse hacia el baño.

—A quitarme las lentillas. Si me quedo dormido viendo la tele contigo, no quiero despertarme mañana como si tuviera dos cáscaras de huevo en los ojos. Me ha pasado. No preguntes.

Tras unos minutos en los que me ha dado tiempo a cambiarme el uniforme por una camiseta de manga corta básica y un pantalón corto de chándal, aparece en mi dormitorio con unas gafas cuya montura es negra.

—Hostia… —Me tapo la boca con la mano, mirándolo desde la cama, alucinado.

Dos meses viviendo juntos y aún no lo había visto con gafas.

—Ni se te ocurra. —Me apunta con el dedo índice.

—¡Danielito Gafotas ha vuelto! —Y me entra un inevitable ataque de risa.

—¿Qué tienes? ¿Trece años? —Coge mi cojín de Taylor Swift y me lo estampa contra la cabeza.

—¡Oye, ten cuidado, que eso es sagrado!

Daniel se acomoda a mi lado y se abraza al cojín, enfurruñado, mientras busca en la tele algo para ver. Lo agarro de la barbilla y giro su cabeza hacia mí para que me mire.

—¿Qué? —Las comisuras de sus labios se elevan, formando una sonrisa.

—Nada, Danielito Gafotas.

—No has cambiado nada, Axel Dientesdealambre.

—Ya no los tengo de alambre. —Le muestro mi envidiable dentadura de anuncio de pasta dentífrica—. ¿Ves? Todos en su sitio y blanquísimos.

—Hasta que te pegue un puñetazo que haga que te los tragues de una sentada como me sigas llamando Danielito Gafotas. —Desvía la vista hacia la tele—. Y cállate, que ya he elegido una serie.

Extiendo el brazo hacia él, con la palma de la mano abierta y los dedos separados.

—¿Me perdonas?

Vuelve a mirarme y, aguantándose las ganas de sonreír, junta su mano con la mía y entrelaza nuestros dedos; los suyos, decorados con anillos negros.

Pero no pasa ni la mitad del primer capítulo de *Crónicas Vampíricas* cuando se queda frito, con la cabeza recostada sobre mi almohada y sin separarse del cojín de Taylor Swift, que lo tiene aprisionado entre sus brazos, algo que me da envidia porque ojalá pudiera intercambiarme por él.

Por Daniel, me refiero. Porque me apetece dormir abrazado a mi cantante preferida. Claro que sí. ¿Quién no querría eso?

Le quito al okupa de camas las gafas, con cuidado para no despertarlo, y las dejo sobre la mesita de noche. Lo tapo con la

colcha para que no pase frío, apago la tele y me acuesto a su lado, pero de espaldas a él.

Solo espero que no se haya convertido en alguien que da la lata durmiendo, con patadas y ronquidos, que hable en sueños y se tire pedos. Cuando dormíamos juntos, Daniel era paz.



19 de febrero de 2012

—Mi madre me va a matar en cuanto me vea esto —me dijo Dani.

—Y mi padre a mí.

Aquella tarde estábamos en el garaje de Iris. Como Gerard se había comprado con sus ahorros una máquina para hacer tatuajes (soñaba con ser tatuador profesional de mayor), nos había propuesto hacernos uno gratis a cada uno para practicar.

La primera víctima fue Candela, que quiso un corazón pequeño en la muñeca izquierda (Dani, para meter cizaña, se burló del dibujo y comentó que, en vez de un corazón, parecía un huevo deforme, y a Gerard le entraron ganas de apuñalarle un ojo con la aguja); la siguiente agraciada fue Iris, que eligió una estrella en el hombro derecho. Cuando nos tocó a Dani y a mí, el «tatuador» nos aconsejó grabarnos en la piel el nombre del otro, en la zona del corazón, pero, obviamente, nosotros nos negamos; era una idea ridícula y demasiado cutre, y porque Iris nos contó que tatuarse el nombre de tu pareja traía mala suerte y la relación estaría condenada al fracaso. Entonces, Dani se decantó por la cabeza de un león en el costado derecho; yo, como no quería ser la oveja negra del grupo, le permití a Gerard hacerme una carita feliz en el tobillo, así la podía disimular y mis padres no se percatarían de ella.

Cuando nos fuimos porque se nos estaba haciendo tarde, nos detuvimos en una farmacia (no era en la que trabajaba Júlia) para

comprarnos una pomada que nos había recomendado Gerard para curar nuestro tatuaje.

—Vamos a echárnosla antes de que venga alguien, corre —me dijo Dani una vez que llegamos a su casa, que se encontraba vacía salvo por Señorita Rottenmeier, que se acercó para saludarnos.

Nos metimos en el baño, y Dani me ayudó a aplicarme la pomada en el tobillo. Después, se quitó su sudadera y yo me puse un poco nervioso y noté las mejillas ruborizadas. No comprendía por qué, si hacía unas horas había hecho eso mismo para que Gerard lo tatuara y lo había visto sin camiseta mil veces.

—¿Me ayudas tú a mí ahora? —me propuso Dani sonriéndome; yo me reí como un atontado y desvié la mirada hacia el váter—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué te has puesto tan rojo? ¿Te ha dado vergüenza de repente verme sin la sudadera? —se mofó.

—¿Qué dices, monigote? —Me atreví a mirarlo a la cara; Dani no paraba de sonreírme con chulería, lo que me obligó a dejar mi bochorno a un lado y hacerme el duro—. Anda, cállate, que te voy a echar la crema.

Primero le lavé ese trozo de piel con agua y jabón, y luego se lo sequé con suavidad con la toalla mientras me contemplaba, aguantándose la respiración. Intercambiábamos miradas y sonrisas tímidas, pero a mí me temblaban las manos por tocar su piel en esta situación tan íntima.

—Bueno, puede que me haya puesto nervioso viéndote así —le confesé con las mejillas ardiendo otra vez, y dejé la toalla en el lavabo—. Y no lo entiendo, si ya estoy más que acostumbrado.

En realidad, sí que lo entendía: éramos novios, algo que aún no habíamos asimilado, y sentíamos cosas el uno por el otro, aunque nuestra relación hubiera empezado como un experimento para ver qué pasaba.

—Pues porque ahora me ves como si yo fuera el chico más guapo del mundo y te pones cachondo cuando me tienes cerca; lo mismo me pasa a mí contigo.

—¿Te parezco el chico más guapo del mundo? —quise saber, mirándolo a los ojos y dedicándole una sonrisa burlona.

Dani se echó a reír.

—No me hagas ser cursi, que esta escena está siendo rarísima. —Atrapó mi cara entre sus manos; yo coloqué las mías en su cintura y lo besé—. Pero sí, eres el chico más guapo del mundo y no sabía que me ibas a llegar a gustar tanto.

—Yo tampoco lo imaginaba. Menudo giro esto de enamorarnos.

—Enamorarnos. —Se le escapó una carcajada—. No hace falta ponerse tan intenso, eh.

—Eres un imbécil. —Aparté sus palmas de mi rostro y lo golpeé en el hombro con el puño—. Venga, voy a ponerte el potingue este ya.

—¿Me perdonas?

Cogí el bote de la pomada, pero, antes de abrirlo, entrelacé los dedos de mi mano libre con los suyos y nos dimos otro beso. Me eché un poco de crema en las yemas y, cuando se la estaba esparciendo por el tatuaje, oímos un ruido en el pasillo y se nos saltaron las alarmas. Ambos nos miramos con miedo; Júlia se asomó al baño con el ceño fruncido y sus ojos se desviaron hacia el costado de su hijo. Yo cubrí su tatuaje con mi palma con rapidez, y él me rodeó el cuello con un brazo y me susurró al oído que le siguiera el rollo.

Su madre se cruzó de brazos, con la ceja enarcada.

—¡Mamá! —exclamó Dani con una fingida sorpresa, mirando a Júlia sin dejar de abrazarme—. Te preguntarás por qué estamos tan pegados y yo, casi desnudo… No te lo tomes a mal, pero Axel es mi novio y estábamos enrollándonos. —Ladeó la cabeza hacia mí, me plantó un pico en los labios y volvió a mirar a mi segunda madre; yo me esforzaba lo más grande para no reírme—. Como ves, estamos muy enamorados el uno del otro.

—Muy enamorados —repetí yo asintiendo, para que fuera más creíble.

Pero ella no se lo creyó, porque lucía una expresión de cabreo que daba pavor, y estuvo respirando hondo durante diez segundos hasta que dirigió su vista hacia mí.

—Axel, ¿puedes quitar tu mano del tatuaje que se ha hecho mi hijo, menor de edad, sin mi consentimiento?

—¿Qué tatuaje ni tatuaje? —intervinimos los dos al unísono.

Al final, Júlia se cansó de nuestro idiotismo, avanzó un par de pasos hacia nosotros y apartó mi mano con raudeza del costado de Dani. A la mujer casi se le desprendieron los ojos de las cuencas en cuanto vio el león y se volvió a cruzar de brazos.

—¿Me lo explicas, Daniel?

Dani y yo nos separamos, porque ya se estaba volviendo seria la conversación.

—Me lo ha hecho Gerard porque quería practicar. Todos mis amigos se han hecho uno, incluso el perfecto Axel.

—Claro. —Le enseñé a Júlia la carita feliz de mi tobillo, tirando de mi pantalón hacia arriba—. Mira.

No me importaba que se chivara a mis padres para que me castigaran. Si Dani caía, yo también caería con él.

Su madre le echó un breve vistazo a mi tatuaje, pero, de nuevo, se centró en su hijo.

—¿Si tus amigos se tiran por un puente, tú también te tiras?

—Sí —le contestó Dani sin dudar, y yo le di un codazo porque así no arreglaba nada—. Saltaríamos juntitos agarrados de la mano.

Júlia exhaló con brusquedad y apuntó a su hijo con el dedo índice.

—No sé todavía qué castigo ponerte; lo que sí sé es que vas a estar castigado hasta que nazca tu tercer nieto. —Y se esfumó del baño.

Dani y yo nos miramos y se nos escapó una risotada.

—¿En serio me has besado delante de tu madre?

—Sí, pero creo que no ha colado la historia de nuestro romance. —Esbozó una sonrisa socarrona—. Por cierto, tenemos que ponernos

manos a la obra para que nazca cuanto antes nuestro tercer nieto y me levante el castigo.

Me eché e reír y le di un empujón con cariño.

—Cierra el pico.

—Ciérramelo tú —me retó.

Y eso hice, por supuesto.

19. Daniel

La insoportable alarma de mi móvil suena y yo me sobresalto, no por el ruido, sino porque amanezco abrazado a la ancha espalda de Axel, con mi nariz rozándole la nuca y nuestras piernas entrelazadas, en la famosa posición de la cucharita.

Y algo muy importante: tengo la polla pegada a su culo y más dura que un pedrusco.

Me separo del horno de su cuerpo y me doy la vuelta para coger el móvil de la mesita de noche y apagar la maldita alarma. Suelto el aire que he estado aguantando desde que he abierto los ojos y espero a que se me baje la erección, tumbado de lado, en el filo de la cama y de espaldas a él.

—¿Dani? —me llama con voz ronca, y noto que la cama se mueve, así que supongo que se habrá girado hacia mí.

Oh, así no ayuda.

—Cállate —le espeto—. No me hables tan temprano.

Se ríe, y así tampoco ayuda.

Me pongo las gafas, porque no veo una mierda, y me vuelvo a girar para que estemos cara a cara, pero es la peor decisión que tomo esta mañana, porque el Axel recién despierto es una verdadera obra de arte: sus perfectas facciones relajadas, su deliciosa boca formando una sonrisa adorable, sus magnéticos ojos azules mirándome con cariño, su sexi barba de unos días, su espeso pelo castaño revuelto…

—¿A qué hora entras hoy? —me pregunta en voz muy bajita, casi en un susurro.

Un cosquilleo me recorre el cuerpo, desde la cabeza hasta los dedos de los pies, porque su voz es la mejor melodía que he oído jamás.

¿Por qué estoy sintiendo tantos sentimientos sentimentales? Y todavía ni me he levantado de la cama.

—A las nueve —le respondo, también bajito, como si temiéramos que alguien descubriera que hemos dormido juntos.

—Puedo acercarte a la universidad, si quieres.

Qué gran idea meterme en su coche, un sitio donde apenas corre el aire, con Axel recién salido de la ducha, tan limpito, con su perfume recién echado y desprendiendo sus feromonas masculinas mañaneras.

Trago saliva.

—Sí quiero.

Sonríe aún más.

—Pues dúchate tú primero.

—¿Y si lo hacemos juntos? —Paseo el dedo índice por su pecho, juguetón—. No hay secretos entre nosotros; ya nos lo hemos visto todo.

Axel se ríe y me da un par de palmaditas en la mejilla antes de levantarse.

—Mejor será que me duche yo primero, que tú tardas un milenio.

Simulo lloriquear y no me queda más remedio que abandonar la cómoda cama yo también. Al abrir la puerta para irme a mi habitación, me encuentro a mi madre en el pasillo, preparada para irse a trabajar.

—Eh… Buenos días, mamá. —¿Estoy nervioso? ¿Por qué estoy nervioso? No debería estar nervioso—. ¿Ya te vas? Hace un día espléndido, ¿verdad? Se nota que es primavera y la sangre se altera.

—¿Has dormido con Axel? —inquiere, desconcertada.

Jugueteo con el colgante.

—Sí, claro. No estuvimos haciendo nada raro, eh. Vimos una serie anoche y me quedé dormidísimo.

¿Por qué estoy dando tantos detalles innecesarios?

Mi madre transforma su expresión de extrañeza a una de desconfianza. Entonces, mi salvador aparece detrás de mí y me da un empujón para apartarme de la puerta, que la estaba bloqueando con mi cuerpo hecho un flan.

—Y espero que sea la última vez que te quedas frito en mi cuarto, imbécil. —Axel, que sujeta una toalla limpia, me mira fingiendo que está molesto—. Porque menuda noche he pasado. No parabas de darme patadas ni de roncar como un marrano con apnea del sueño.

Abro la boca, anonadado.

—¡Eso es mentira, gilipollas! ¡Yo soy muy silencioso mientras duermo!

—Tú no sabes ni lo que significa ser silencioso, Danielito Gafotas —contraataca, y puedo apreciar que en su interior se está partiendo el culo de risa—. Me voy a duchar. Te aconsejo que hagas lo mismo, porque hueles peor que un camión cisterna.

No soy capaz de contestarle; solo lo contemplo con una sonrisa de tonto en la cara conforme camina hacia el baño. Después, dirijo la vista hacia mi madre, que ha estado presente en nuestra falsa discusión, y me pongo serio de golpe, porque su mirada de «más te vale no hacer ninguna tontería» me deja acojonado.

—Me… —intento hablar—. Me voy a mi cuarto a prepararme. —Y huyo a mi habitación.

¿Qué le pasa a esa mujer? ¿Acaso sospecha cosas que no hemos hecho? Menuda malpensada. Con lo mal que nos llevamos su hijastro y yo.



26 de marzo de 2012

—No tengo ganas de estudiar después de lo que acabamos de hacer —le dije a Axel mientras permanecíamos abrazados en mi cama; mis padres se habían ido a trabajar y no regresarían hasta las nueve y media de la noche.

—Yo tampoco, pero hay que hacerlo, que tenemos examen el jueves.

—Vaya novio más repelente me he echado. ¿De verdad me he tenido que fijar en el más empollón de la clase? Estamos a lunes; aún queda mucho.

Todavía no tenía asimilado que Axel y yo llevábamos dos meses juntos. Aquella tarde nos acabábamos de masturbar mutuamente por primera vez y sentía que estaba flotando en una nube, rodeado del cielo de su mirada.

—Sí que soy el más em… pollón —me respondió riéndose de ese chiste tan malo.

—Oh, Dios mío, no me puedo creer que el empollón Axel de la Rosa me haya hecho una paja. Las chicas del insti se van a morir de celos —solté con sarcasmo y voz aguda—. Soy un privilegiado.

Axel se volvió a reír y me apretó más fuerte contra él.

Desde que estábamos juntos, me había dado cuenta de que todas (no unas pocas, no, sino un gran porcentaje de féminas y algún que otro desvergonzado de género masculino) intentaban llamar su atención o empezaban a tontear con él. O yo antes no me enteraba de nada o habían aumentado de repente sus admiradores.

Lo mejor era que entendía por qué levantaba tantas pasiones: por ser inalcanzable, por su preciosa mirada que te enamoraba con

solo verla una vez, por ser simpático con todo el mundo y preocuparse cuando veía a algún compi triste… Era perfecto, y yo estaba disfrutando de su perfección en primera persona.

Manteníamos nuestra relación en secreto. Casi nadie sabía que estábamos saliendo, solo nuestros amigos. Tampoco les habíamos contado nada a nuestros padres, pero mi madre nos había dicho unos días atrás, de broma, que no nos despegábamos ni para ir al baño, ya que estábamos a todas horas juntos, comportándonos como dos seres humanos normales, sin pelearnos; ni siquiera habíamos visitado a Antonia en su despacho en esos dos meses. Todo un récord.

—Tócame alguna canción —me pidió.

—No, que me da vergüenza.

Me dio un beso en la cabeza.

—Venga ya, Dani, si tú no sabes lo que es la vergüenza. —Se separó de mí para mirarme y hacerme pucheritos—. Porfa. ¿No quieres hacer feliz a tu novio?

Otra vez esas guitarras eléctricas sonando en mi estómago.

—Bueno… Está bien. —Le di un pico y abandoné la cama y sus cómodos brazos para coger mi guitarra acústica. Nuestra Señorita Rottenmeier se había acomodado sobre su regazo, aprovechando mi ausencia, y yo me volví a sentar junto a él —. No te rías de mí. —Le lancé una mirada de advertencia.

Iba a clases de guitarra con Iris desde los once años. Mis padres, tras mucho suplicárselo, me regalaron una Telecaster cuando cumplí los diez, porque estaban hartos de pillarme imitando a Billy Joe Armstrong en mitad del salón, con una pata de jamón como guitarra eléctrica (que pesaba lo suyo), los ojos pintados de negro, gracias al maquillaje que le robaba a mi madre, y cantando a pleno pulmón las canciones de mi banda favorita.

Axel me había visto tocar algunas veces, en el garaje de Iris, pero siempre acompañado de mis amigas; jamás a solas. Por eso me daba muchísima vergüenza.

—Jamás me reiría de ti por hacer algo que te apasiona —me dijo con sinceridad, y yo me enamoré aún más de él.

Elegí la canción *When It's Time*, de Green Day, y comencé a acariciar las cuerdas de la guitarra y a cantar con timidez. Conforme pasaban los segundos, esa sensación desaparecía y cada vez me iba sintiendo más cómodo y seguro. Me atreví a mirar a Axel y lo descubrí con una cálida sonrisa asomada a sus labios; yo le sonreía también y no despegué mis ojos de los suyos ni siquiera cuando terminé mi actuación.

Él me aplaudió y yo notaba las mejillas arder.

—Eres espectacular, Dani. —Se abalanzó sobre mí y me besó—. ¿Algún día me vas a cantar alguna canción de Taylor Swift?

Arrugué la nariz.

—Ni de coña. No pienso aprenderme ninguna; no son mi estilo.

Por la expresión que puso, supe que le había herido los sentimientos.

—¿Para qué quiero un músico en mi vida si no me va a cantar las canciones de mi artista favorita? Vaya truño de novio.

¿Me acababa de llamar «truño»?

Sí, lo había hecho.

Abrí la boca, de lo más ofendido.

—Te rompería la guitarra en la cabeza, pero la aprecio demasiado.

Axel soltó a la gata sobre el colchón, se arremangó la sudadera y me enseñó los puños.

—Vamos a pelearnos, venga, Daniel Domènech.

Lo reté con la mirada y dejé el instrumento a los pies de la cama.

—Por supuesto, Axel de la Rosa. —Choqué nuestros puños con suavidad, me aproximé a su rostro y lo besé—. Te prometo que me voy a aprender las canciones de Taylor para cantártelas siempre —susurré contra sus labios, con mi frente apoyada en la suya.

—Retiro lo dicho de que eres un truño de novio.

Y, muy a mi pesar, nos tuvimos que poner a estudiar para el examen de Lengua, aunque sin ganas, porque yo llevaba fatal lo de

analizar oraciones. No entendía para qué servía la sintaxis; me parecía una gilipollez con la que perdía el tiempo. Lo único bueno de aquella tortura era que Axel se convertía en un profe sexi, me explicaba lo que no comprendía y me daba besos para motivarme.

Cuando llegó la hora de que se fuera a su casa, mi madre ya había regresado del trabajo, pero, una vez más, sin mi padre. Sospechaba que les pasaba algo; no se comportaban como una pareja que se quería, más bien se ignoraban y ni siquiera dormían en la misma cama, porque algunas noches me levantaba para mear y veía a mi padre en el sofá.

—Axel. —Ella se dirigió a mi novio en el recibidor; parecía contenta—. Ha venido tu madre esta tarde a la farmacia y me ha contado que os vais a mudar en septiembre a Inglaterra. Qué buena noticia, ¿no?

Ladeé la cabeza hacia él, deseando que eso que había oído fuera una broma, pero evitó mirarme.

—Eh… Sí. —Se rascó la nuca, inquieto—. Para ella sí, pero para mí no mucho.

—Imagino que no será fácil comenzar de nuevo en otro lugar.

—Perdón por la palabrota que voy a soltar, Júlia, pero es una gran putada.

Mi madre lo miró, apenada.

O sea, que era verdad. Axel se marcharía dentro de unos meses y no había tenido el valor de contármelo. A mí. Al chico que lo conoce desde que nació. A su NOVIO.

—Estoy flipando —intervine, aún sin creérmelo y pasándome una mano por la cara.

Axel me dedicó una mirada de disculpa y le dijo a mi madre que debía irse a casa. Atravesó la puerta de la entrada y yo lo perseguí, en busca de una explicación.

En el ascensor, nadie se atrevía a mirar a nadie.

—¿Desde cuándo lo sabes? —le pregunté, de brazos cruzados y con la vista fija en las puertas del habitáculo.

Suspiró con pesadez.

—Desde hace una semana. Quería que lo supieras, pero no era capaz de contártelo.

¡Una semana!

Nos detuvimos en la planta baja, pero ninguno salió. Pulsé el botón del décimo piso para que nuestro viaje se alargara y recé para que no se subiera ningún vecino inoportuno.

—A mi madre la han destinado en su trabajo como bióloga y es una gran oportunidad para ella; se supone que para mí también, porque estudiaré el bachillerato en un insti de Londres, perfeccionaré el inglés y me matricularé en una universidad británica. —Sonrió con amargura—. Mi padre está de acuerdo, pero yo no. Quiero quedarme en Barcelona, contigo.

Normal, yo también lo empujaría a que aprovechara la ocasión.

PERO NO SE PODÍA IR.

Me obligué a girarme hacia él para mirarlo y me fijé en sus ojos acuosos.

—¿Y qué pasará con nosotros si te vas?

Sabía que dos meses de relación eran muy poco tiempo, pero necesitaba que lo nuestro funcionara; se notaba a leguas que estábamos pilladísimos el uno por el otro. Quería estar con Axel la vida entera y cantarle a todas horas mientras criábamos a Señorita Rottenmeier.

—No lo sé, Dani. —Se le quebró la voz—. No quiero alejarme de ti.

—Yo tampoco. —Lo abracé, con un nudo instalado en la garganta, y él escondió la cara en el hueco de mi cuello—. No sabes lo feliz que soy junto a ti.

Si me hubieran dicho hacía tiempo que me iba a volver un romántico y, sobre todo, que mis palabras irían dirigidas a Axel, me habría descojonado vivo.

Lo escuché sollozar y lo forcé a mirarme.

—No llores. —Atrapé con los dedos las lágrimas que recorrían sus mejillas—. Ya hablaremos de esto otro día, ¿vale? Aún quedan unos meses. —Y lo besé.

No obstante, cuando volvimos a la planta baja y las puertas se abrieron, una voz nos cortó el rollo:

—¡Hala, hala, hala!

Despegué mi boca de la de Axel y posé la vista en mi padre, que estaba esperando el ascensor, atónito por lo que se había encontrado en su interior.

—¡Hostia, papá! Esto no es lo que parece; te lo juro —comencé a inventarme excusas absurdas—. Axel no es mi novio ni nada, eh. Qué asco. No nos estábamos besando; solo le estaba quitando una mancha de yogur que tenía en la comisura de los labios.

El aludido ahogó una risita a mi lado y yo le di un codazo en las costillas.

—Ya, ya. —Mi padre sonrió—. Con la lengua.

Mi novio carraspeó; se había puesto rojísimo.

—Ahora sí que me voy a mi casa. Buenas noches, Arnau.

—Adiós, granuja, que estás hecho un granuja. —Mi padre le palmeó el hombro cuando abandonó el ascensor.

No, no, qué bochorno. Seguro que le iría con el cuento a mi madre; mi madre se lo contaría a Àngels; luego Àngels se lo soltaría a Casimiro, y Casimiro vendría a cortarme las pelotas con una sierra porque me tenía manía.

—Es buen chaval y muy estudioso —comentó mi progenitor a medida que el ascensor nos trasladaba a nuestra planta—. Me gusta para ti.

Me di cabezazos contra las paredes de la cabina.

Una vez entré en casa, me conecté a Tuenti en el ordenador para cotillear a la gente del insti y, cuando Axel llegó a su casa, me envió por el chat el enlace a un vídeo de YouTube, que lo puse de inmediato porque me mataba la curiosidad.

¿Lo peor? Que aparecía un conejo sosteniendo una zanahoria y cantando una canción ñoña.

Siempre a tu lado estaré

Mi amor por ti mostraré

Dándote muchos mimitos
Eres tú mi peluchito

Qué horror. ¿Le estaba cantando a la hortaliza?

Dani Lapislázuli: «k mierda es esto xD»

Axel Xuliiyoh: «No t gusta? Encima k t la he dedicao»

Dani Lapislázuli: «Es espantoso»

Axel Xuliiyoh: «Tú sí k eres espantoso. Ya no te dedico más canciones»

Dani Lapislázuli: «Gracias a dios, así no vomito»

Axel Xuliiyoh: «Eres insoportable»

Axel Xuliiyoh: «Por cierto, te estoy echando de menos. Kiero repetir lo de hoy»

Sonreí como un lerdo.

Dani Lapislázuli: «Yo también (lo de echarte de menos y kerer repetir)»

Y más que lo echaría de menos si se iba a Inglaterra. ¿Cómo iba a vivir sin él? ¡Me moriría! Habíamos estado pegados casi dieciséis años. Si Axel se alejaba de mí, sería como si me faltara el oxígeno.

20. Axel

Hoy toca emborracharse.

Estoy en el local donde actúa Lapislázuli y acabo de ver, a lo lejos, a mi exnovia con las amigas que ha hecho en España, vestida con ropa roquera: una chupa de cuero negra, que no sé de dónde la ha sacado porque no es su estilo, y las demás prendas del mismo color.

Creo que no me ha visto todavía. Si por casualidad su mirada se encuentra conmigo, me esconderé detrás de Gerard, lo cual sería una tontería, porque ella lo conoce y vendría a saludarlo.

Pero no pasa nada. Yo estoy muy tranquilo sujetando mi bebida mientras Daniel se come el escenario con su característica agresividad. De tanto en tanto, él también me mira y me sonríe, e incluso me guiña un ojo.

Sin embargo, mi felicidad se desvanece cuando, en mitad de una canción, se acerca a ese Rober y le planta tal morreo delante de todos que no sé cómo ambos son capaces de seguir tocando sus instrumentos. Sus fans gritan eufóricos y ellos se dedican sonrisas de complicidad; después, Daniel vuelve a ponerse delante de su micro para continuar cantando, ya mirando al público.

Y yo me meto entre pecho y espalda, rapidísimo y sin respirar, la tercera copa que me acabo de pedir.

Me voy a gastar el sueldo en alcohol y no voy a poder alquilar un piso, pero me da igual.

Gerard se da cuenta de lo que he hecho y me quita el vaso con los hielos, que quiero comérmelos a bocados porque NECESITO morder cosas.

—Tío, cálmate —me dice mi amigo, preocupado.

—Estoy bien. —Fuerzo una sonrisa—. Yo solo quiero que Daniel sea feliz, y lo es con ese melenudo. Si él es feliz, yo también soy feliz. —Extiendo los brazos y envuelvo a Gerard con ellos—. ¡Todos somos felices!

—Eso no te lo crees ni tú. —Se ríe y me separo de él—. Si estabais encoñadísimos el uno por el otro hace mil años. Vamos, no me jodas, Axel. Vete con ese cuento a otro.

—No sé de qué me hablas. Hace mucho que pasé página. —Y me encamino hacia la barra para pedir otra copa.

Sí sé de qué me habla. Gerard está al tanto de la situación, porque el otro día, cuando me quedé en su piso a dormir, le solté «tío, creo que sigo enamorado de Dani. Bueno, no lo creo; lo sé». Él no se sorprendió ante la noticia, sino que dio una palmada, dijo «ya la hemos liado» y añadió, mientras se frotaba las manos, «se vienen cositas».

Tras diez minutos haciendo cola para que me sirvan mi cuarta copa, Lapislázuli termina de tocar y vuelvo con Gerard, que ya se ha reunido con ellos en una mesa. Me coloco entre mi querido hermanastro y Rober sin ninguna vergüenza y le doy un sorbo a mi bebida con parsimonia.

—Al final, vas a ser un fan VIP —me habla Daniel, sonriendo—. Vienes siempre a verme.

—Falso. No vengo a verte a ti —lo corrijo levantando el dedo—. Vengo a ver a vuestro grupo porque me obliga Gerard, así que no te ilusiones.

—Ya, por eso solo me miras a mí, ¿no?

Bebo otro trago.

Sarah, que por desgracia se ha percatado de nuestra presencia, se acerca a nosotros para saludarnos y elogiar a los integrantes de Lapislázuli, porque resulta que es admiradora.

Genial. No sabía que llevaba una roquera en su interior. En nuestro piso siempre escuchaba música clásica y reguetón, una mezcla de lo más variopinta.

Para que no me vea, escondo la cara en la melena de Rober y le agarro un mechón con fuerza para taparme como si fuera una cortina.

—Sabes que te ha visto, ¿verdad? —me dice el dueño del pelo, con una serenidad inhumana e inmóvil para no sufrir un tirón y quedarse calvo.

—Avísame cuando se largue, por favor —le susurro al oído.

No sé cuántos minutos paso oliendo la melena de este tío, que encima tiene un aroma agradable y es suave al tacto, cuando oigo cómo mi ex se dirige a Daniel y alaba su trabajo, pero también le recrimina, medio en serio o medio en broma, haberme ayudado a robarle la tele.

—Tú le mangaste el corazón y se lo destrozaste, así que es justo que te hayas quedado sin tele —le responde él.

Ella se ríe con incomodidad y suelta «me voy, que tengo que buscar a mis amigas. ¡Adiós, Axel!».

Mierda, me ha visto, a pesar de haberme escondido de manera disimulada.

—Ya se ha ido —me informa Rober.

Desentierro la cara de su pelo, pero no le suelto el mechón, sino que lo manoseo y jugueteo con él.

—Qué melena más bonita y cuidada tienes —le digo, y él me mira como si me faltara un hervor—. Seguro que fue lo primero en lo que se fijó Dani en cuanto te vio.

—Si la primera vez que lo vi tenía diez años, y en aquella época lo llevaba corto —interviene el aludido, que está poniendo la oreja en la conversación, y yo ladeo la cabeza hacia él—. Pero de adulto me cautivó con su pelazo de anuncio de champú. Le dije «buah, tío, me encanta tu melena».

—Qué recuerdos —le contesta Rober con añoranza.

Tres sorbos más.

—Me voy a bailar con Candela. —Daniel me da una palmada en el hombro—. Que siento un poco de vergüenza ajena por lo mal que se te está dando tirarle fichas a tu *cuñadastro* mientras le sobas el pelo.

El otro se ríe y yo me quedo flipando.

—No le estoy lanzando fichas a nadie. Solo quiero comprobar si es el novio que te mereces, para darle el visto bueno.

Daniel se lleva un dedo a la sien y, antes de marcharse, le dice a su novio que no me quite el ojo de encima por lo piripi que voy.

No estoy borracho. Solo voy por la quinta copa, que se la he robado a Gerard, y sé muy bien lo que estoy haciendo. ¡Ni que fuera un niño pequeño! Que soy mayor que él por unas horas. ¿Quién se ha creído que es ese Daniel Domènech Gafotas?

El Taylor Lautner melenudo y yo nos quedamos solos en la mesa; los demás también nos han abandonado y se han perdido por el local.

—¿Y este *piercing*? —le pregunto tocándole el *septum* con el dedo—. También lo tienen las vacas. ¿Te dolió mucho?

—Qué va. Solo fue un pinchacito de nada.

Lo miro sin creerme sus palabras.

Se está intentando hacer el macho fuerte y acaba de perder un punto.

—¿Y los tatuajes? —Le señalo el par de dibujos que luce en el brazo derecho y el otro par del izquierdo, y adivino que se los ha hecho Gerard—. ¿Cuántos tienes? ¿Tampoco te dolieron?

—¿Qué tienen que ver los *piercings* y tatuajes para ser un novio adecuado? —quiere saber, divertido—. ¿No me tendrías que hacer preguntas más personales?

—Pasito a pasito, Roberto —le indico con la palma alzada, y hago un ademán con la cabeza—. Enséñame los tatuajes que tengas.

Él me obedece y comienza por los que tiene en los brazos: en el derecho, una calavera, una espada y una nota musical; en el izquierdo, un bajo, un teclado de piano y el nombre de su banda, como lo tiene cada uno de sus integrantes. Se levanta la camiseta y me muestra el que se ha hecho en el abdomen (una serpiente

horrible), aunque yo me centro en analizarlo a él: tiene abdominales, un cuerpo bien definido y una cintura estrecha. Por último, se da la vuelta, se echa el pelo hacia delante y me enseña el que falta: un micrófono con la expresión *rock and rol* en la espalda alta. Por supuesto, menciona que ninguno le dolió.

No me lo creo, aunque Gerard tatúe con sumo cuidado. A mí me han dolido una barbaridad los míos.

—Está muy chulo. —Paseo el índice por el dibujo del micrófono y, al presionar con el pulgar una zona de su piel, Rober suelta un quejido—. Te duele aquí, ¿verdad?

—Sí, desde hace varios días.

Le masajeo ese punto para liberar la tensión acumulada.

—Puedes pasarte por mi clínica para que te trate. Soy fisioterapeuta. —Aprovecho el momento para capturar más clientes, porque necesito más dinero para volver a independizarme.

Rober se baja la camiseta y se da la vuelta hacia mí.

—Ya. Dan y Cande me han contado que los dejas destrozados cada vez que van. —Se ríe—. Y tú, ¿tienes tatuajes?

—Dos. —Le muestro la carita feliz de mi tobillo y me levanto la camiseta para enseñarle el del costado derecho—. Es un trébol de cuatro hojas.

Mira con curiosidad el último.

—Dan también tiene uno.

Esa información me toma por sorpresa, porque no he visto ningún tatuaje nuevo en su piel (solo el de Lapislázuli en el antebrazo izquierdo y el león que se hizo con quince años), y eso que lo veo casi desnudo cada vez que sale de la ducha. Me sé cada rincón de su cuerpo de memoria, hasta lo que esconde debajo de la toalla.

—¿Dónde?

—En una zona prohibida —me contesta Rober con jocosidad, pero su semblante se torna serio para decirme—: Oye, tío, siento mucho lo que hice con tu ex; no me contó que tenía novio. Yo no

soy de los que se acuestan con gente con pareja; no es mi rollo. A no ser que tengan una relación abierta.

Anda. Y encima se siente mal por haber provocado una ruptura.

—No pasa nada. La culpa fue de mi ex.

—Ya, pero me sentí culpable cuando me pillaste en el pasillo tapándome los huevos con el cojín de Taylor Swift.

Se me escapa una carcajada.

—Lo del cojín no te lo perdono, que lo tuve que lavar.

—Era lo primero que cogí. Perdón.

Continúo haciéndole mi interrogatorio y le pregunto cuánto quiere, del uno al diez, a Dani y hacia dónde desea que vaya su relación con él en un futuro; Rober me contesta que lo quiere infinito, que lo adora, que le tiene un cariño enorme, porque además son muy buenos amigos desde hace años (yo le gano aquí), que por fin ha encontrado a la persona indicada y que espera construir un hogar con él más adelante.

Y a mí me produce punzadas en el corazón que parezca tan sincero.

—¿Ha aprobado el examen o no? —la voz de Daniel nos interrumpe.

—Con matrícula de honor —suelto arrastrando las palabras, y le intento dar un trago a mi bebida, pero me la he terminado hace un rato. Daniel choca su palma con la de Rober—. Voy a por otra copa.

Sin embargo, al levantarme, me tropiezo con mis propios pies y Daniel me sujeta con fuerza para que no me caiga al suelo.

—De eso nada, que ya has bebido suficiente. Ya va siendo hora de que nos vayamos a casa.

—Yo no tengo casa; debo buscar una ahora mismo. —Me esfuerzo en zafarme de su agarre, pero me es imposible porque me tiene apresado entre sus brazos—. Suéltame.

—¿Tú te estás viendo? Si te suelto, te acabarás estampando contra el suelo.

—Me da igual.

—Madre mía, llévatelo, que está más cocido que mi abuela en Navidad —comenta Rober al ponerse en pie—. ¿Necesitas ayuda con él?

—No. Le diré a Gerard que nos lleve con su coche; tú vete con las chicas.

A Rober le parece bien la idea y Daniel me libera de sus brazos para despedirse de su novio con un asqueroso y romántico beso delante de mis narices.

—¡Qué bonito, coño! —exclamo tambaleándome, y alzo los brazos—. ¡Viva el amor!

Daniel me vuelve a sujetar, ya que estaba a punto de perder el equilibrio, y Rober se despide de mí, chocando su puño con el mío y con un «nos vemos, Ken».

Cuando me quiero dar cuenta, Gerard ya nos ha dejado en casa y estoy tirado en mi cama, bocabajo y con los brazos debajo de la almohada.

—Estoy mareado —me quejo.

—Tranquilo, que estás a salvo. Yo cuidaré de ti —me responde Daniel con dulzura—. ¿Puedo quitarte los zapatos y los pantalones para que estés más cómodo?

—Vale.

Primero me arrebata las zapatillas de deporte, y luego me pide que me dé la vuelta para que le sea más fácil hacer lo mismo con los vaqueros.

—No me puedo creer que te esté volviendo a desnudar después de tantos años y que no sea para follar. —Me sonríe y me da una palmada en el muslo—. Levanta un poco el culo.

Lo obedezco y se deshace de mis vaqueros con cautela, intercambiando conmigo una mirada de deseo.

—Te puedo hacer una mamada, que he estado entrenando mucho y ya no llevo aparatos. —Esbozo una amplia sonrisa.

Él también sonríe, me tapa con la colcha hasta la barbilla y deposita un beso en mi frente, como si fuera un recién nacido.

—Dani, ¿quieres acostarte conmigo? —le pregunto en un susurro, y me percato al instante del doble sentido de mis palabras.

Se carcajea y me contesta en voz baja:

—No, que estás muy borracho y tienes que descansar. Lo que sí quiero es que durmamos juntos, porque te tengo que vigilar por si vomitas o te ocurre algo grave.

—Vale.

Ocupa la otra mitad de la cama, cubriéndose con la colcha, y yo me tumbo de lado para mirarlo, con un brazo entre mi cabeza y la almohada; él mantiene su vista pegada al techo. Mi mano viaja hasta su pecho, donde se encuentran las suyas entrelazadas, y las envuelvo con la mía.

—¿Me vas a enseñar tu nuevo tatuaje algún día?

Daniel ladea la cabeza hacia mí, asombrado, y continuamos nuestra conversación a susurros.

—¿Cómo sabes que tengo un nuevo tatuaje?

—Me lo ha chivado Rober —confieso—. Nos hemos hecho íntimos. Es un buen tío; me alegro de que te haga feliz. Te mereces todo lo bueno que te ocurra.

Traga saliva y aparta su mirada de mí para volver a centrarse en el techo. Ahora son sus manos las que cubren la mía, que me la aprieta con fuerza, pero no dice nada; solo suspira y cierra los ojos.

—¿Te has quitado las lentillas?

—Sí, cuando he llegado —me responde—. ¿Por qué estamos hablando a susurros?

—No sé, pero me da mucha paz escucharte susurrar después de los gritos que has dado en el escenario.

Y ambos nos reímos a la vez, pero luego nos quedamos en silencio; él, con los ojos cerrados y yo, observándolo bajo la luz tenue de la lámpara mientras pienso pensamientos.

Hasta que se me cierran los párpados, pero no porque tenga sueño, sino para poder hablar sin soltarnos las manos.

—Ojalá fuera yo ese chico que te hace tan feliz. Ojalá nunca me hubiera ido a ninguna parte. Ojalá me hubiese quedado aquí,

contigo. Ojalá te hubiese dicho que te quería más que al último yogur de galleta del mundo. Ojalá podamos reescribir nuestra historia algún día.

Otro silencio; esta vez ensordecedor.

Daniel me estruja más la mano y siento cómo se esfuerza en respirar profundamente. Da un chasquido con la lengua, me suelta y se da la vuelta, dándome la espalda.

Abro los ojos y frunzo el ceño con extrañeza. Supongo que querrá dormirse ya. Normal, estará agotado.

—Buenas noches —le digo en otro susurro.

Como no me responde, apago la lámpara e intento dormir, pero, a los pocos minutos, oigo que sorbe por la nariz varias veces.

¿Se ha resfriado? Porque a mí no me apetece constiparme, que tengo pacientes que atender. ¿O acaso le ha dado alergia alguna de las gatas de repente? Espero que no, porque las adora, aunque diga que Taylor es una mezcla entre un murciélago, un pollo crudo, una rata y un testículo depilado con patas.

21. Daniel

No he pegado ojo en toda la noche gracias a las palabras que me vomitó Axel a las cuatro de la mañana. El muy cabronazo ha dormido a pierna suelta, sin preocupaciones ni quebraderos de cabeza, mientras mi mente no paraba de darme por saco.

O sea, me suelta todo eso, borrachísimo, se queda tan ancho… ¡y luego me provoca un insomnio de la hostia! Eso no se lo haría ni a mi peor enemigo, que resulta que es él.

Y aún estará durmiendo. Son más de las doce del mediodía y he tenido que salir a dar una vuelta tras haberme inyectado café en vena, para que me diese el aire y no encontrármelo por casa. Pero eso sí: le he dejado una botella de agua y un analgésico en la mesita de noche para cuando se despierte con una de las peores resacas de su vida, porque uno tiene corazón y se preocupa por su hermanastro.

Un mensaje interrumpe mi paseo por el Barrio Gótico.

Axel: «¿ESO QUE HAY EN ESE RECIPIENTE SON YOGURES DE GALLETA CASEROS?»

Me envía una foto de la yogurtera que he dejado encendida, con un puñado de yogures en su interior.

Dani: «Sí, pero todavía no se pueden comer. Hay que esperar de ocho a doce horas, y luego hay que meterlos en la nevera cuatro»

Axel: «¿QUÉ DICES? NO PUEDO ESPERAR TANTO. ¿CUÁNTO TIEMPO LLEVAN AHÍ METIDOS?»

Me está mareando con tantas mayúsculas.

Dani: «Dos horas»

Axel: «JODEEER. ¿Y LOS HAS HECHO TÚ?»

Dani: «Sí»

Dani: «¡Y deja de gritarme!»

Axel: «NO ESTOY GRITANDO. EL QUE GRITA ERES TÚ CON LAS EXCLAMACIONES»

Dani: «¿Te has tomado el analgésico?»

Axel: «Sí. Muchas gracias por cuidar de mí. Me he despertado con una resaca buenísima»

Axel: «Por cierto, ¿dónde te has metido? Me ha extrañado no verte por casa cuando me he levantado»

Dani: «Estoy dando un paseo. Ahora iré»

Axel: «Vale, no tardes»

Mientras camino, me siguen llegando mensajes, pero esta vez son del grupo «Familia Domènech de la Rosa».

Mamá: «Cariños, Prometido y yo hemos salido y vamos a comer fuera. Pedid comida a domicilio o buscaos la vida»

Casimiro: «También podéis cocinar algo juntos, así seguís limando asperezas»

Lo pesado que es este señor con esa frase, y eso que yo le caía como el culo cuando era adolescente.

Axel: «¿Te gustan los canelones, Dani? Los puedo preparar; son mi especialidad. Como tú te has encargado del postre, yo me encargo de hacerte la comida»

Dani: «Me encantan. Pero siento decirte que mis yogures no los vas a poder probar hasta mañana»

Axel permanece escribiendo durante un minuto entero. Cuando por fin envía el mensaje al grupo familiar, me da tiempo de leerlo y me atraganto con mi propia saliva.

Este mensaje fue eliminado.

Axel: «Ups, chat equivocado. Perdón»

Lo que me da verdadero pánico en la vida es mandar un mensaje de esas características a alguien de mi familia por equivocación, y a este mendrugo le acaba de pasar. Menos mal que no ha sido una fotopolla, que sería mucho peor.

¿Lo habrán leído nuestros padres antes de que lo borrara?

Para mitigar la tensión, les mando un *sticker* en el que sale la imagen de Dios con la frase «Solo Dios sabe lo que decía ese mensaje».

En realidad, Dios y yo.

Casimiro: «Estoy tan orgulloso de que por fin estéis limando asperezas»

Un mensaje más que contenga la expresión «limar asperezas» y me salgo del grupo.

Mamá: «Portaos bien y no incendiéis la casa»

Mmm… ¿Eso ha ido con doble sentido porque ha leído lo que ha puesto Axel? No creo, ¿no? Estos dos nunca se han enterado de nada; los únicos que siempre han sabido cosas son Àngels y mi padre.

Aparezco por casa a las dos de la tarde y, en cuanto mi nariz olisquea el aire, mis tripas rugen de tal forma que parece que tengo metida a una bestia y necesita salir. Encuentro a Axel en la cocina, con un trapo sobre un hombro, los codos apoyados en la encimera y sus manos sujetando su cara, mientras contempla la yogurtera como un enamorado.

—¿Te vas a quedar admirándolos hasta que estén listos?

Axel da un respingo y se gira hacia mí.

—Es que tienen muy buena pinta; son una obra de arte.

—Ya. —Echo un vistazo al horno encendido—. Pues no te despistes mucho, que se te queman esos canelones.

Camina hacia mí sin abandonar la sonrisa de su cara, esta vez con un atisbo de culpabilidad. Me muestra su palma y separa los dedos para decirme:

—¿Me perdonas?

Frunzo el ceño y entrelazo nuestras manos.

—¿Por qué te tendría que perdonar?

—Por la borrachera que pillé anoche y provocar que te sintieras obligado a vigilarme. Seguro que hice el ridículo.

—Un poco, sí. Estuviste haciéndole un interrogatorio a Rober para darle tu bendición y le pusiste matrícula de honor.

Y también vi, bailando con Candela, que mi novio le enseñó los tatuajes que tiene; Axel le hizo un pequeño masaje en la espalda y le mostró el trébol de cuatro hojas que tiene plasmado en el costado, que lo descubrí un día, cuando salió de la ducha, y del que aún no puedo opinar porque tengo sentimientos encontrados.

—Ah, sí. —Deja escapar una carcajada—. Esa es una de las pocas cosas que recuerdo.

Trago saliva.

—¿Y te acuerdas de lo que me dijiste antes de quedarte dormido?

Hace una mueca.

—¿Lo de que he practicado haciendo mamadas?

Bendito fue ese momento. Casi me desmayo cuando le estaba quitando los pantalones.

—No. —Me muerdo el labio inferior—. Era otra cosa.

—¿Te refieres a cuando te pedí que durmieras conmigo?

Joder… He estado calentándome la cabeza toda la noche y parte del día para que se le haya olvidado JUSTO ESO.

—Tampoco. Empezaba por «ojalá».

Reflexiona durante unos segundos, frunciendo los labios, hasta que chasquea los dedos.

—¡Ya me acuerdo! Era «ojalá te hayas quitado las lentillas».

—Eso mismo. —Finjo una sonrisa—. Y sí, me las quité.

Ahora, él continúa su vida tan tranquilo y yo… En fin. La cajita de amnesia de mi cerebro está a punto de explotar.

—Bien —me responde asintiendo con la cabeza, orgulloso de mí —, que no queremos que pierdas esa mirada tan bonita.

Me lo cargo.

—Esto… Voy a ir poniendo la mesa —logro decir, y noto que las mejillas se me calientan. Al darme la vuelta, me choco con una silla y por poco me caigo—. Mierda.

Estoy haciendo más ridículo que el que hizo él ayer.

—Ten cuidado, Dani.

Quiero meterle la silla por esa bocaza.

Pongo la mesa como si fuera la primera vez en mi vida, porque no es normal lo inútil que soy durante los trayectos desde la cocina hasta el comedor. Se me han caído los cubiertos y el mantel al suelo, y de milagro no me ha ocurrido lo mismo con los platos y los vasos. También iba tan despistado que les he pisado las colas a las gatas sin querer (¡a las dos!) y me he sentido fatal. Hasta Axel, al verme tan torpe, me ha preguntado si me encontraba bien.

Me siento a la mesa, esforzándome para no caerme de culo, y respiro hondo tres veces seguidas en lo que el chef me sirve sus canelones en un plato con maestría.

Espero que estén incomestibles, así tendré una buena excusa para comportarme como siempre y meterme con él. Sin embargo, cuando pruebo el primer bocado, bajo los atentos ojazos del color del lapislázuli de Axel, me muero de placer.

—¿Te gustan?

Alzo la vista hacia él, que me está mirando con ilusión.

—Están asquerosísimos —le respondo con la boca llena—. La peor comida que he probado en la vida.

Axel, sonriendo, arrastra mi plato hacia él.

—Si no te gustan, te los tendré que quitar.

—¿Qué? ¡No! —Lo vuelvo a atraer hacia mí—. Ya que te has molestado en cocinar, me los tendré que comer para no desperdiciarlos.

—¿Desde cuándo le das importancia a no desperdiciar la comida? Porque, en mi comunión, me empujaste hacia la tarta y me convertí en un merengue gigante.

Me echo a reír con la boca a rebosar de canelones y Axel comenta que le está dando angustia mi imagen.

—Fue sin querer —intento defenderme cuando trago—. Era un ser inocente y no sabía lo que hacía. Guárdate tu rencor acumulado. Además, tú me empezaste a perseguir con la espada que ibas a usar para cortarla.

No sé en qué momento a nuestros padres les pareció buena idea celebrar nuestra comunión juntos.

—¡Porque dejaste a mis invitados sin tarta! —exclama apuntándome con el cuchillo lleno de restos de canelones.

—Teníamos el vídeo, ¿verdad?

Asiente, con expresión divertida.

—¿Quieres que lo pongamos?

—Por supuesto. Estoy deseando ver a ese Axelito de merengue.

Terminamos de comernos los canelones entre recuerdos, risas y, cómo no, peleas y discusiones por cualquier estupidez, y yo me sirvo un segundo plato, porque de verdad que están deliciosos. Recogemos la mesa, guardamos para la cena lo que ha sobrado y nos ponemos cómodos en el sofá tras buscar el vídeo de nuestra comunión. Él apoya los pies en la mesita de centro, con Señorita Rottenmeier en su regazo; yo me siento con las piernas cruzadas, bien pegado a su cuerpo, y Taylor se recuesta en lo alto del respaldo.

Le damos al *play* y lo primero que aparece en la pantalla somos nosotros, con nueve años, vestidos con nuestros trajes; yo, con uno de marinero y él, de blanco, acompañado de una corbata azul. Por detrás de la cámara se escucha a mi madre obligándonos a

prometerle que nos íbamos a portar bien y que no íbamos a hacer el gamberro, porque era un día especial. Nosotros, con caras de angelitos y riéndonos por dentro, le respondimos que seríamos buenos, tan buenos que ni se enteraría de que estábamos presentes.

Spoiler: todo mentira.

Durante la ceremonia, mientras el sacerdote oficiaba la misa, no parábamos de molestarnos el uno al otro y, cuando todo se terminó y la gente estaba saliendo a la calle, casi incendiamos la iglesia. Tuvimos la brillante idea de jugar a las luchas en la casa del Señor y tiramos un estante entero de velas encendidas (nuestros padres estaban grabando a nuestras madres y, de fondo, se nos veía a nosotros). Por suerte, un buen samaritano apareció de la nada con el extintor y solucionó «el problemilla».

—Me siento mal por reírme tanto —le digo a Axel, que no para de partirse el culo de risa a mi lado.

—Yo también, pero éramos niños y no sabíamos lo que hacíamos. —Hace una breve pausa, pensativo—. Bueno, sí que lo sabíamos, pero nos daba igual.

En el convite, más de lo mismo: nos lanzábamos patatas fritas el uno al otro, atascamos el baño con papel higiénico y no parábamos de pelearnos ni de reconciliarnos con nuestro característico entrelazamiento de dedos. Mi padre, detrás de nosotros, lo grababa todo; Àngels se aguantaba la risa; y mi madre y Casimiro nos regañaban, desquiciados.

—Éramos un poquito cabrones —comento con lágrimas en los ojos tras terminar de ver el vídeo.

—¿Un poquito? Un *muchito*, Dani. Menuda paciencia han tenido siempre con nosotros.

—Ya te digo. —Apoyo la cabeza en su hombro y nuestras manos juguetean entre ellas, frente a nosotros—. A mí me salen unos hijos así y los regalo.

—No, porque los querrías más que al último yogur de galleta del mundo.

Siento una emoción rara dentro de mí al volver a escuchar esa frase y el silencio invade el ambiente.

¿Cómo demonios puede soltar eso y quedarse tan tranquilo?

Dios, preveo que la voy a cagar muchísimo.

Suspiro y decido cambiar de tema:

—Pues se ha quedado un buen domingo.

—Todavía no es tan bueno —me responde, y juntamos las yemas de nuestros dedos con las del otro; su mano es igual de grande que la mía y mis uñas están pintadas de negro—. Cuando pruebe esos yogures que no paran de ponerme ojitos, te lo diré.

Me suelto de él para estamparle un cojín en la cara, algo que molesta a Señorita Rottenmeier porque se larga del regazo de Axel, echándonos un mal de ojo, y se acomoda en el otro sofá.

—Aún quedan horas para que estén listos; no te vas a levantar a las dos de la madrugada para comerte uno.

—Me he puesto una alarma en el móvil. —Se saca el teléfono del bolsillo de los vaqueros y me la enseña.

Justo a las dos. Y la ha bautizado con el nombre «probar yogur de Dani».

Entonces, mi memoria me recuerda el mensaje que ha desaparecido antes en el grupo familiar.

—He leído el mensaje borrado.

Su expresión es de espanto.

—¿Tan rápido? Si lo he eliminado nada más enviarlo. Iba a mandártelo solo a ti, pero estaba tan atontado que me confundí de chat. ¿Crees que nuestros padres lo habrán leído?

—No creo… O, si lo han hecho, lo habrán malinterpretado, porque no son tan malpensados como nosotros y jamás se han enterado de nada.

Es cierto que ese mensaje tenía dos significados, uno literal y otro metafórico: «Me conformaré con volver a probar tu yogur de leche entera». Pondría la mano en el fuego por la primera opción; son capaces de haber pensado que he comprado yogures de leche entera mientras se hacen los de galleta.

—A ver, Dani… —Axel se ríe—. A veces sí que han estado alelados, pero no creo que sean tan tontos como para no haberse dado cuenta de que algo sucedió entre nosotros. Estoy seguro de que tu madre sospecha, porque noto cómo nos mira con recelo cuando nos ve interactuar.

—Nos mira así porque está harta de aguantar nuestras peleas, que ya tenemos una edad.

¿Y cómo que «algo sucedió entre nosotros»? ¿Solo en pasado? ¿No se percata de que está volviendo a ocurrir en nuestro PRESENTE?

—La entiendo —me dice—, porque lo que no es normal es que con casi veintisiete años sigas poniéndome de los nervios. —Me da con el cojín que le he estrellado hace unos minutos y yo cojo otro para devolverle el golpe.

Continuamos con nuestra guerra de cojines hasta que me duele la barriga de tanto reír y decido lanzarlos por el salón para tener vía libre y hacerle cosquillas en la tripa, por debajo de la camiseta.

—¡Me cago en tus antepasados, Dani! —Axel se tumba en el sofá, bocarriba, y se deshace en carcajadas, pataleando, dándome manotazos y pidiéndome que pare.

—Estate quieto, que me vas a saltar una lentilla.

—¡Estate quieto tú!

Y me detengo, pero no porque me lo haya ordenado, sino porque su camiseta se halla ligeramente levantada y la mitad de su tatuaje está a la vista. Aparto la tela que sobra, echándola hacia arriba, para poder admirarlo por completo y, sobre todo, de cerca.

Las risas de Axel se esfuman.

—¿Cuándo te lo hiciste? —le pregunto paseando los dedos por el trébol y su piel cálida, sentado a horcajadas sobre sus muslos; él sigue tumbado, analizando cada una de mis expresiones.

—Cuando cumplí los dieciocho.

No digo nada más. Solo me concentro en tragar saliva y en acariciar el tatuaje sin atreverme a mirarlo a los ojos.

Axel se incorpora y lo que menos me espero en este momento tan dramático es que me atice una colleja.

—¡Eh! —exclamo, y se gana un buen pellizco en el tatuaje como venganza—. ¡¿Qué te pasa, don Abdominales de pacotilla?!

No he podido evitar observarlos cuando he ido a manosearle el trébol, así como tocárselos por accidente cuando le hacía cosquillas.

—Ahora me tienes que enseñar el tuyo. —Clava su mirada en la mía, con nuestros rostros a escasos centímetros—. Es lo justo.

—Es que así, en frío…

Me agarra de la nuca y se atreve a morderme el labio inferior, el muy descarado; yo coloco las manos en su cintura.

—¿Y en caliente? —susurra contra mi boca, y roza nuestras narices, sonriendo.

—Depende. —Ahora soy yo el que aprisiona su labio inferior entre los dientes.

—¿Depende?

A estas alturas, sintiendo su polla dura en el interior de mi muslo, no soy capaz de pensar con claridad.

—De cómo de caliente logres ponerme, Axel de la Rosa.

Su sonrisa se hace enorme y me contempla entre excitado y travieso.

—Te voy a poner tan caliente que vas a pensar que estás en Sevilla, en pleno julio a las doce del mediodía, celebrando el cumpleaños de Charmander.

22. Axel

Tras soltar la última frase, Daniel permanece callado, mirándome, y estalla en carcajadas.

Me encanta volver a ser uno de los responsables de hacerlo reír. He echado tanto de menos sus risas estos años…

—¿De qué te ríes? ¿No te ha gustado la comparación?

—Es que me ha recordado a nuestra infancia, cuando salíamos del cole y pasábamos las tardes en la casa del otro para ver Pokémon o jugar a ese juego en la Game Boy.

Qué tiempos… Ojalá pudiera regresar a aquellas tardes donde mi mayor problema era inventarme cualquier insulto con el que responderle cuando me sacaba de quicio, mientras mi casa se inundaba con el olor del bizcocho de chocolate que nos preparaba mi madre para merendar.

No, ojalá pudiera volver a ese maldito veintiuno de diciembre.

—¿Te acuerdas de cuando le pedí salir a Iris en el recreo y me rechazó por tu culpa? Me regalaste tu sagrado Pikachu de peluche.

Daniel asiente, manteniendo su sonrisa, y vuelve a colar las manos por debajo de mi camiseta, pero esta vez para quitármela y dejarla caer al suelo.

—¿Qué le hiciste al Pikachu? —Pasea sus palmas por mis pectorales y aprisiona mi pezón derecho entre sus dedos—. ¿Lo tiraste a la basura cuando te di el señor tortazo o le hiciste vudú durante tu estancia en Guirilandia?

—Está guardado en mi armario, dentro de una caja; en Inglaterra siempre lo he tenido en mi habitación —le cuento, intentando pensar y hablar con coherencia, porque ahora tengo su boca pegada a mi cuello—. Hace años se le despegó un ojo y mi madre lo tuvo que operar de urgencia.

Se le escapa una risotada y deja en paz mi cuello para mirarme y envolver mi rostro con sus manos.

—Necesito verlo. ¿Me lo vas a enseñar?

—Cuando tú me enseñes tu tatuaje secreto.

Me lanza una mirada retadora.

—Trato hecho. —Extiende los brazos—. Empieza a desnudarme hasta que lo encuentres.

No hace falta ni que me lo diga dos veces.

Le quito la camiseta con lentitud y suavidad, disfrutando de este momento con el que he soñado miles de veces, y la lanzo al otro sofá. Por primera vez en mucho tiempo, acaricio su piel de verdad (y no para hacerle masajes ni curarle contracturas), desde los hombros, deteniéndome en el colgante del trébol, hasta el abdomen. Durante mi recorrido, me percato de cómo se esfuerza en llenar de aire sus pulmones; yo no soy consciente de mi respiración porque lo único que noto de mi cuerpo es que mi polla desea atravesar la tela de mis vaqueros.

Trago saliva y alzo la mirada hacia él; su boca se encuentra entreabierta y sus pupilas, dilatadas.

—Túmbate para que te quite los pantalones —le ordeno en un susurro, como si no quisiera que las paredes de esta casa me escucharan.

Daniel me dedica una sonrisa sugerente y se separa de mí para recostarse en el sofá, bocarriba y con la cabeza apoyada en el reposabrazos. Cubro su cuerpo con el mío y me pierdo en su boca con calma al mismo tiempo que sus dedos electrizantes recorren la piel de mi cintura. Después, desciendo hacia su cuello para regalarle besos juguetones con pequeños mordiscos, que sé que lo vuelven loco.

—*Mamma mia* —gimotea.

Sin despegarme de su cuello, restriego la mano por el bulto de su entrepierna, apreciando lo duro que lo tiene y deseando reencontrarme con su polla para llevármela a la boca y volver a probar su sabor.

—Cómo te gusta torturarme.

Me incorporo para mirarlo, esbozando una sonrisa maliciosa, y le desabrocho el cinturón. Al bajarle la cremallera de los vaqueros, cuelo los dedos en la cinturilla de sus bóxers con la intención de liberar su erección. Sin embargo, se oye la puerta de la entrada abrirse, junto con las voces alegres de nuestros padres, y nosotros intercambiamos una mirada de pavor.

—Me cago en la puta —masculla cuando reacciona ante el peligro que se avecina, y yo me aparto de él.

—Qué oportunos.

Daniel se abrocha los pantalones y el cinturón con torpeza, se abalanza sobre el otro sofá cojeando (tras estrellar su pie contra la pata de la mesa), se pone la camiseta y se tapa la tienda de campaña con un cojín; yo hago lo mismo que él, pero me quedo sentado, con la espalda supertiesa.

—¿Cuándo nos hemos vuelto a convertir en adolescentes? Menudo *déjà vu* acabo de tener.

Me echo a reír porque tiene razón. Esta escena la hemos vivido en numerosas ocasiones; la mayoría de veces en las que nos liábamos en su casa o en la mía cuando estábamos solos, aparecía algún progenitor por sorpresa y nos cortaba el rollo.

Mi padre y Júlia se adentran en el salón, sosteniendo bolsas de una juguetería y de una pastelería.

—Qué pronto habéis regresado al convento —comenta Daniel como quien no quiere la cosa—. Disfrutad de vuestra juventud en la calle.

—Tendríais que haberos dado un largo paseo, agarrados de la mano, para bajar la comida —me uno yo.

—Son las seis de la tarde. —Júlia nos contempla sin comprender nuestro comportamiento; mi padre solo sonríe sin enterarse de nada —. Hemos traído juegos de mesa muy divertidos, para que juguemos juntos en familia mientras merendamos.

Daniel y yo nos miramos, espantados.

—Os hemos comprado ese cucurucho de hojaldre con crema pastelera en su interior, que sabemos que os gusta mucho — interviene mi padre, y el monigote ahoga una risita.

Hubiera preferido comerme otro cucurucho con otro tipo de crema en su interior.

Júlia se dispone a preparar la mesa y mi padre comenta que me he puesto la camiseta del revés. Mi vista desciende hacia mi prenda y descubro la etiqueta en la zona del cuello, de modo que pongo como excusa que la resaca de esta mañana me tenía despistado y no me he dado cuenta en todo el día.

Daniel, cómo no, se ríe más y le lanzo mi cojín ahora que no lo necesito, ya que se me ha bajado la erección del susto.



La alarma «probar yogur de Dani» me interrumpe el sueño a las dos de la madrugada y la apago rápido, no vaya a ser que el otro la escuche a través de la pared y se despierte por mi culpa. Salgo de la cama de un salto, emocionado, y bajo hasta la cocina, más sigiloso que un gato a punto de atrapar a su presa.

Abro el frigorífico, y ahí están esos irresistibles yogures de galleta, esperando a que los devore. Secuestro uno, cierro la nevera de una patada, cojo una cucharilla y me siento sobre la encimera para hacer los honores. Cuando estoy a punto de meterme la primera cucharada en la boca, Daniel hace acto de presencia en la cocina, en calzoncillos.

—No me puedo creer que te hayas despertado —me dice, somnoliento, y su voz me parece de lo más sexi.

—¿Qué haces levantado a estas horas?

—Tu jodida alarma, capullo. —Camina hacia mí para colocar su cuerpo entre mis piernas y apoyar sus palmas en mis muslos.

Suelto la cucharilla dentro del yogur, aún sin probar, para tener una mano libre y enredar nuestros dedos, disculpándome con él y mirándolo con cariño; su otra mano asciende por mi muslo derecho hasta posarse en mi cadera.

—No importa. Me muero de ganas por admirar tu cara mientras te comes mi yogur.

Sonrío, porque es inevitable que mi cerebro piense en *su otro yogur.*

De nuevo, me hago con la cuchara llena de yogur de galleta y, ante su intensa mirada, me la llevo a la boca. Me tomo mi tiempo para saborear el manjar, percibir la textura cremosa e intentar no marearme por lo rico que está.

—¿Y bien? —inquiere sin quitarme los ojos de encima.

—Es el mejor que he probado en la vida. —Me zampo otra cucharada y se me escapa un ruidito de placer.

Daniel esboza una sonrisa de orgullo.

—Normal, lo he hecho yo. —Sus manos suben y bajan por mi cintura, despacio, y noto que se me eriza la piel bajo su tacto—. ¿Me das un poco?

Aproximo la cucharilla a esos labios tan irresistibles y él los abre para que se la meta entera en la boca.

—Mmm… Sí que está rico.

Cuando nos acabamos el manjar entre los dos, acompañados de sonrisas y miradas, rebaño los restos que quedan en el vaso de cristal con el índice y se lo acerco a los labios.

—Chupa —le ordeno.

Observa el dedo manchado con desconfianza.

—¿Dónde te lo has metido antes?

—La pregunta no es esa —le contesto—. La pregunta es en qué zona de tu cuerpo lo quiero introducir.

Sin apartar su mirada cargada de lujuria de la mía, su boca abraza mi dedo para eliminar las sobras de yogur.

—Dios, creo que estoy soñando. —Pega las palmas en mis pectorales y apoya su frente en la mía—. Lo que casi sucede antes, esta conversación y esta escena no pueden ser reales ni que te esté volviendo a ver después de un millón de años.

Me río.

—A veces yo también pienso que es un sueño. —Le acaricio la espalda y advierto cómo se estremece con mi roce—. Ojalá…

—Ha llegado la hora de volverse a la cama —me interrumpe para que no continúe—. Mañana hay que madrugar.

No me queda más remedio que hacerle caso y subimos las escaleras en silencio para no despertar a nuestros padres.

—Buenas noches —me dice en voz baja, en el pasillo, mirándome como si estuviera echándome un mal de ojo… O a lo mejor está intentando verme con nitidez porque no lleva gafas ni lentillas.

—Querrás decir «malas noches», porque «buenas» serían si te vinieras a dormir conmigo y termináramos lo que hemos dejado a medias esta tarde.

Ahoga una risita, negando con la cabeza, y me saca el dedo corazón antes de encerrarse en su habitación.

Pues nada, esta noche solo compartiré mi cama con Señorita Rottenmeier y él, con Taylor, para recuperarnos del domingo tan potente que hemos tenido.



21 de mayo de 2012

La mirada de Dani permanecía perdida. Mantenía los ojos posados en la ventana del aula, observando algún punto fijo del patio. A primera hora había hecho lo mismo y me tenía preocupado; le había intentado dar conversación, pero él solo me había contestado con monosílabos.

—Eh, tú —lo llamé en un susurro, y él despegó la vista del cristal para dirigirla hacia mí—. Sé que te ocurre algo. Cuéntamelo.

Dani exhaló con brusquedad.

—No me pasa nada, ya te lo he dicho antes. —Y me volvió a evitar la mirada.

Extendí el brazo hacia su pupitre y entrelacé mi mano con la suya. Estábamos en la última fila y, desde aquí, no nos podía ver nadie; todos prestaban atención a las explicaciones del profe de Inglés.

No era extraño que nos sentáramos juntos, pero sí que estuviéramos tan tranquilos, sin liarla a cada rato. Como mucho, desde que habíamos empezado a salir, algunos profesores nos separaban cuando no parábamos de hablar o de descojonarnos al fondo de la clase; nos decían «¿por qué no compartís ese chiste tan gracioso con vuestros compañeros y así nos reímos todos?» y nos mandaban a Dani o a mí a la primera fila.

También aprovechábamos para meternos mano con disimulo y, otras veces, lo regañaba porque no me dejaba concentrarme en la lección, que uno tenía una reputación como empollón, delegado y lameculos de los profesores.

—Vamos a corregir los ejercicios del Workbook que os mandé ayer —nos dijo el profe, que echó un vistazo hacia el fondo de la clase, donde estábamos Dani y yo—. Daniel, empiezas tú.

Nos soltamos las manos al instante y me fijé en que no tenía el cuaderno de ejercicios sobre su pupitre, solo el estuche. Se puso nervioso y el profe, tras unos segundos de espera, le repitió que comenzara; yo me comuniqué con Gerard con la mirada para que hiciera algo, como el graciosillo profesional de la clase que era.

—Yo no… —intentó hablar Dani.

—Oye, profe —lo interrumpió Gerard, sentado más adelante—. Cuando corrijamos los ejercicios, ¿podemos escuchar una de las canciones que vienen al final del libro? Pero que sea una romántica, que se la quiero dedicar a mi Candy.

Como todos los pares de ojos se hallaban concentrados en mi amigo, arrastré mi libro hacia el pupitre de Dani con rapidez y él me lanzó una mirada de «¿qué coño haces?».

—Como me vuelvas a llamar Candy, te tragas el Studentbook y el Workbook para que estés cagando páginas hasta que te cases —le espetó Candela; Iris estaba a su lado, leyendo un manga a escondidas.

—Contigo, ¿no? —le respondió Gerard con chulería.

Candela le lanzó el estuche, y él lo cogió al vuelo y lo abrazó con cariño.

Todos los alumnos nos reímos.

Ese tío era más pesado con Candela que un collar de melones.

—Chicos, parad —el profe les cortó el rollo y volvió a centrarse en Dani—. Daniel, no has hecho los deberes, ¿verdad?

—Sí que los ha hecho —intervine antes de que mi novio dijera algo.

—Pues adelante.

Dani se puso manos a la obra con el primer ejercicio, con su excelente pronunciación en inglés, que la había aprendido cantando canciones en ese idioma. Luego, nos tocó el turno a los demás hasta que terminamos de corregir, y el profesor nos indicó que nos fuésemos al final del libro de texto, donde aparecían escritas letras de canciones antiguas, y encendió el equipo de música para reproducir una de amor, como le había pedido Gerard.

Coloqué el manual de la asignatura en medio de los dos pupitres para compartirlo con mi novio, y el aula se inundó con la melodía de *Eternal Flame,* de The Bangles, que no la había oído en mi vida. Aunque estaba guay; era perfecta para describir lo que sentía por Dani, que en aquel momento se encontraba ajeno a este mundo y apenas compartía una mirada conmigo.

Tras esa canción, comenzó a sonar otra y arranqué un trozo de papel de mi libreta, donde escribí:

¿Nos saltamos la siguiente clase y nos vamos al patio? Te doy todos los besos que quieras hasta que se te quite esa cara de besugo que tienes.

Se lo pasé a Dani y, cuando lo leyó, su expresión se transformó en una de cabreo. Cogió su boli, plasmó su respuesta y me devolvió el papel.

No tardé en leerlo, y mucho menos en reírme.

Acepto, pero tú tienes cara de besugo vomitado, pedazo de cenutrio.

En cuanto sonó el timbre, Dani avisó a Iris y a Candela de que no iba a ir a Biología para enrollarse conmigo en el patio; ellas, con cierta envidia, comentaron que estábamos obsesionados.

—Qué malote, Axel —me dijo mi novio conforme descendíamos por las escaleras, esquivando a los alumnos de otros cursos—. Creo que es la primera vez que decides saltarte una clase.

—Lo que va a explicar la profe hoy ya me lo sé; anoche estaba aburrido y adelanté temario de Bio. Además, yo, por ti, hago lo que sea —procuré no alzar demasiado la voz en la última frase para no llamar la atención de los otros alumnos que pasaban por nuestro lado.

Dani, al escucharme, se tropezó con sus propios pies, pero lo atraje hacia mí, agarrándolo del brazo y rodeándolo con los míos, para evitar que se cayera rodando por las escaleras y la palmara.

Los estudiantes se quedaron mirándonos; unos, con expresión de diversión; otros, con alivio por haberle salvado la vida al monigote; y unos pocos, asombrados.

—Qué bonito es el amor —soltó el hermano de Candela, haciéndose el gracioso y aplaudiéndonos.

Dani se despegó de mí de inmediato, le enseñó al chico el dedo corazón y le dijo que le iba a contar a su hermana lo que acababa

de hacer para que lo castigara. Los demás se rieron y continuaron subiendo y bajando escaleras.

—En realidad, me he tropezado a propósito para que me abrazaras en público —declaró mi novio cuando llegamos a la planta baja—, no porque me haya puesto nervioso por lo que has dicho.

—No mientas. —Le di un cariñoso empujón y él me lo devolvió.

Nos aseguramos de que no había ningún profesor merodeando cerca y salimos al patio con disimulo para escondernos detrás del gimnasio, frente a unos matorrales. Tiramos nuestras mochilas al suelo, y lo primero que hice fue acorralar a Dani entre la pared cobriza del pabellón y mi cuerpo, para ganármelo con mis besos y que me contara el motivo por el que estaba con ese careto.

Hicimos una pausa para tomar aire y lo cogí de la barbilla para obligarlo a mirarme.

—Venga, dime qué te pasa.

Suspiró.

—Mis padres me contaron ayer que se van a divorciar. —Apartó sus ojos de los míos y se revolvió el pelo, supercabreado con sus progenitores—. Joder, pensaba que iban a durar toda la vida juntos. ¿Qué voy a hacer a partir de ahora? ¿Ir de una a casa a otra como si fuera un nómada?

Yo no supe qué decirle porque, por suerte, no había vivido esa situación; mis padres se seguían queriendo igual que el primer día, e incluso más.

—No es para tanto, eh. Los vas a seguir viendo —le respondí encogiéndome de hombros—. Ni que se fueran a divorciar tus testículos.

La expresión de Dani se convirtió en una de ofensa.

—Dios, eres el tío más idiota que he conocido en la vida.

—Muchas gracias por tus palabras cargadas de amor. —Le dediqué la mejor de mis sonrisas y abandoné al Axel cómico para dejar paso al Axel sensato—. Ahora, en serio… Siento mucho que tus padres se vayan a divorciar. Es una putada, aunque es lo mejor si ya han dejado de quererse.

Dani negó de lado a lado, mostrando su desacuerdo conmigo.

—No lo acepto. —Volvió a centrar su mirada en mí—. ¿Te imaginas que alguno de los dos empezara a salir con otra persona? Me niego a tener un padrastro o una madrastra. —Hizo aspavientos con los brazos con dramatismo—. ¿Y si esa persona tuviera hijos? Ni de coña sería capaz de aguantar a hermanastros tocapelotas viviendo bajo mi mismo techo con lo a gusto que estoy siendo hijo único. Ni hablar. Me tiro por un puente.

Me eché a reír porque tenía toda la razón del mundo en lo bien que se estaba sin tener hermanos. Si mis padres hicieran lo mismo que los suyos y tuviera que vivir con extraños (sobre todo, con hipotéticos hermanastros), iría detrás de Dani y me precipitaría por el mismo puente que él.

—Lo de convivir con posibles hermanastros molestos sería lo peor; te entiendo. ¿Quieres que te dé uno de mis reconfortantes abrazos?

Él asintió y lo envolví entre mis brazos.

—Y también estoy mal porque el tiempo está pasando muy rápido y cada vez está más cerca el jodido día en que te tengas que marchar a Inglaterra —confesó con la cara enterrada en el hueco de mi cuello—. Eso sí que es una putada.

Sentí cómo se me encogía el corazón y lo abracé con más fuerza.

—No me lo recuerdes.

Dani depositó un pequeño beso en mi cuello y aprisionó mis mejillas entre sus manos para juntar sus labios con los míos; yo lo agarré de la cintura, dejándome llevar y convirtiéndome en gelatina.

—¡Esto es el colmo de los colmos! ¡Siempre los mismos! —los berridos de la profesora de Educación Física, acompañados del sonido de las tropecientas llaves que sostenía en la mano, nos sacaron del trance y nos obligaron a separarnos—. Oh, pero qué romántico. Os habéis saltado vuestra clase para esconderos aquí y daros besitos. —En su rostro se asomó una fingida ternura y se acercó a nosotros—. Ay, el amor, el amor… —De pronto, su

semblante se tornó serio y añadió, otra vez a gritos y agitando el llavero—: ¡Al despacho de la directora!

—Esta vez no hemos hecho nada malo —intervine con las mejillas sonrojadas, aunque Dani me ganaba; su cara estaba a punto de explotar y ni siquiera levantaba la vista del asfalto.

—¿Saltarse las clases es algo bueno? —contraatacó la profe, e hizo un gesto con la cabeza hacia el edificio—. Andando.

Intercambié una breve mirada y una sonrisa con mi novio y seguimos a la profe hasta la sala de torturas; Antonia, que la pillamos zampándose sus Risketos, soltó «ya estabais tardando en hacerme una visita». Nos sentamos frente a ella, rojísimos, con los ojos clavados en nuestros pies, jugueteando cada uno con nuestras manos y sin mirar a ninguna de las dos mujeres que ocupaban el despacho.

—Debéis de haber hecho la mayor trastada de vuestra vida, porque no sois capaces ni de mirarnos a la cara —comentó Antonia.

Necesitaba que se abriera un agujero en el suelo para colarme dentro con Dani.

La profe de Educación Física comenzó a relatarle lo que había visto detrás del gimnasio, incluido el beso, cuando deberíamos haber estado en clase de Biología. La directora exhaló un suspiro y supuse que había puesto los ojos en blanco; Dani y yo continuábamos callados.

—Pero míralos, qué tiernos —se burló Antonia, y la otra se rio—. Si parecen unos angelitos que no han roto un plato en su vida.

Por el rabillo del ojo, vi que mi novio se estaba abanicando con la mano y ahogué una risita, aunque seguíamos mudos.

—Chicos, esta vez os perdono. No voy a avisar a vuestros padres —continuó parloteando la directora, y Dani y yo alzamos la mirada hacia ella, sorprendidos; después, nos apuntó con el dedo índice, en señal de amenaza, y prosiguió, con cara de asesina en serie—: Pero como me vuelva a enterar de que os escondéis en cualquier rincón del centro en horas lectivas para daros el lote, me encargaré de que

estéis repitiendo cuarto de la ESO hasta la jubilación de vuestros bisnietos.

—Sí, Antonia —respondimos los torturados al unísono.

—Podéis marcharos ya. —Hizo un ademán con la mano hacia la puerta.

Abandonamos el despacho con la cabeza gacha, junto a la profe de Educación Física. Una vez en el pasillo, ella nos advirtió que nos estaría vigilando y comenzó a andar, en dirección al patio. Dani y yo nos miramos y nos echamos a reír, por fin libres.

—Dios, eso ha sido… —fui el primero en hablar.

—Un verdadero infierno. Casi muero de un infarto.

Esperaba que con ese incidente se le hubiera olvidado el tema del divorcio de sus padres.

—¿Y estás mejor? —me interesé.

—¿Del infarto? Sí.

Su respuesta me hizo reír de nuevo. Lo sujeté del mentón y le di un beso en los labios, seguido de otro, y otro más… Hasta que la puerta de la sala de torturas se abrió de golpe y Antonia nos pilló infraganti, como si fuera un perro policía y nosotros lleváramos un alijo de droga encima.

Nos volvimos a despegar y nuestros mofletes se convirtieron, una vez más, en tomates gigantes.

—A clase —nos ordenó ella con expresión dura.

—Ahora nos toca recreo —le recordé.

Antonia nos miró con fastidio, murmuró «menos mal que en septiembre me libro de uno de vosotros» y se metió en el despacho, cerrando con un sonoro portazo.

—Axel —Dani tenía un amago de sonrisa dibujado en los labios; sus mejillas ya habían vuelto a su color natural—. No te vayas a cachondear de mí por lo que te voy a decir, pero gracias por ser siempre mi tranquilizante humano y mi lugar seguro.

Las comisuras de mis labios se elevaron, formando una sonrisa.

—Tú también eres mi lugar seguro. Pero, en vez de un tranquilizante humano, eres un chute de cincuenta mil litros de

cafeína por lo desquiciado que me vuelves y la energía que me contagias.

Dani se mordió el labio inferior y justo sonó el timbre que anunciaba el recreo.

—¿Continuamos con lo que estábamos haciendo detrás del gimnasio antes de que nos interrumpieran?

23. Daniel

—Este concurso es un tongazo —me quejo, y le doy un sorbo a mi cerveza para ahogar las penas.

Esta noche es sagrada. Axel y yo estamos viendo el EuroStars Music Fest en el salón de casa con nuestros amigos. Mi madre y Casimiro se fueron ayer por la tarde de escapada romántica a un pueblo de Barcelona y regresarán mañana por la mañana. Hemos pedido unas pizzas, que nos las hemos zampado junto con las croquetas de Divina, mientras veíamos las actuaciones, y ahora es el turno de las puntuaciones. Estoy enfadadísimo con Europa, porque parece que se ha olvidado de España.

—Que alguien le dé a ese de ahí una tila, un tranquilizante, un porrito o las tres cosas a la vez, por favor —suelta Candela señalándome con la cabeza, al ver que estoy demasiado alterado e insultando a los artistas de los países que van por delante del nuestro en el *ranking.*

Axel, que se había ido a la planta de arriba a por una manta, aparece en el salón y tapa a Iris, que se ha quedado frita en el sofá, a pesar de mis berridos y del volumen de la tele tan alto, porque se aburre con esta parte del concurso, la más emocionante para mí.

Me abrazo a Rober y me percato de que Axel nos mira de reojo desde el sofá que comparte con Iris.

¿Por qué parece incómodo ahora? Hemos estado la mayor parte de la noche compartiendo miradas e interactuando el uno con el

otro… Supongo que estará cansado y querrá que termine ya el programa para que esta gente se largue a su casa e irse a dormir.

Cuando los presentadores anuncian que Italia es el país que ha ganado EuroStars 2023 y veo que España se ha estancado en uno de los últimos puestos, me hago con el mando de la televisión y le doy al botón rojo para que la pantalla se coloree de negro.

Se acabó. Estoy indignadísimo.

Todos ladean sus cabezas hacia mí en cuanto la tele se apaga, menos Iris, que se despierta, ajena a este mundo, y se estira, bostezando.

—¿Ya han mencionado al ganador? —nos pregunta con voz adormilada, paseando la vista por cada uno de los presentes. Al detenerla en mí, la respuesta le llega sola—. Vale, otro año más siendo perdedores.

Rober me consuela acariciándome el pelo y dándome un beso en la mejilla, y mi mirada se tropieza con la de Axel. Él la aparta de mí enseguida para posarla en la tele apagada.

—Los telespectadores están esperando a que os presentéis vosotros para votaros en manada —interviene Gerard—. Yo tengo fe en Lapislázuli.

—Pero si solo nos conocen cuatro gatos fuera de Barcelona, flipado —le responde Iris, la alegría de la huerta—, aunque a veces nos pidan fotos.

Le ruego a quien sea que le cierre la boca con un esparadrapo a nuestra amiga para que no traiga la mala suerte al grupo con su personalidad de gruñona. Candela la llama «pesimista» y la otra le responde que solo tiene los pies en el suelo.

Lapislázuli cuenta con cuarenta y cinco mil seguidores en Instagram y yo, con doce mil (me supera mi Robbie, que tiene tres mil más que yo); cuatro gatos no son.

En cuanto los invitados se marchan, me dejo caer en el sofá y me hago un selfi, con el semblante entristecido, para subirlo a mis *stories* con el texto «Españita no ha ganado EuroStars. Sálganse de Instagram, que quiero estar solo».

—¿Necesitas que te levante el ánimo? —Axel me arrebata el móvil y lo lanza al otro sofá.

—¿Qué coño haces, tonto del bote? —protesto al alzar la mirada, e intento darle con el pie en los huevos, tumbado, pero él es más rápido que yo y lo captura con las manos para impedir que lo deje estéril.

—Vamos a jugar a un juego. —Me dedica una sonrisa maliciosa que provoca que desconfíe de él y mi mente se imagine al títere de *Saw* montado en su triciclo.

—¿Qué clase de juego?

Axel suelta mi pierna y yo me incorporo en el sofá. A continuación, me muestra una botella de ron que les ha cogido a nuestros padres del armario vetado del mueble de la cocina.

Digo «vetado» porque, en cuanto Axel y yo entramos a vivir a esta casa, nos prohibieron abrirlo para que no cometiéramos ninguna catástrofe o asesináramos al otro en alguna de nuestras peleas. Han escondido un montón de botellas de vino, otras bebidas alcohólicas, cuchillos gigantes, mecheros, cajas de cerillas, una botella de lejía, insecticidas y objetos punzantes. Vamos, que no se fían nada de nosotros cuando estamos juntos y, sobre todo, solos. Nos tratan como si fuéramos criminales desde que montamos la fiesta de la espuma en el instituto con el extintor de incendios.

—A uno de preguntas y respuestas no apto para menores. —Me enseña un par de vasos de chupito—. Cada uno hace una pregunta relacionada con las relaciones sexuales que hayamos tenido, y el que dé la mejor respuesta o la más bizarra tiene que beberse un chupito.

Esa explicación acapara mi atención y se me olvida el tema de EuroStars. No he jugado jamás a eso, pero se acaba de convertir en mi juego favorito, y más si tengo de rival a Axel. Quiero saber lo que ha hecho en mi ausencia.

—¿A estas cosas te enseñaban a jugar los guiris? Qué atrevidos —me mofo—. Y yo que pensaba que jugabais al *Pasapalabra* inglés o a otros juegos aburridos de empollones.

—También. Era el mejor jugando a imitar y a adivinar personajes históricos, a resolver problemas matemáticos en menos de un minuto y a decir los antónimos de una palabra en diez segundos —me cuenta dándose golpecitos en el pecho, orgulloso, y yo me descojono de la risa.

—Joder, tío, no sé de qué me sorprendo.

Ambos nos sentamos en el suelo, alrededor de la mesita de centro y el uno frente al otro; él se encarga de llenar los vasos de ron y de ser el primero en jugar, sonriendo con malicia.

—¿Te has acostado alguna vez con alguien mucho mayor que tú?

—Vale, esta es fácil. —Yo también sonrío y él se echa a reír mientras lo cuento—. Yo tenía veintiún años y él, treinta y ocho, y no sabía que era un hombre casado. Estábamos follando en su cuarto y apareció la mujer; ella me echó de la casa, aporreándome con el bolso, en vez de cantarle las cuarenta a su marido. ¿Y tú?

—Con una divorciada que me traía un táper de macarrones con tomate siempre que nos veíamos. Me llamaba «bebé». Ella tenía cuarenta y dos años y yo, veintidós.

Mamma mia, empezamos bien.

Los dos nos ponemos de acuerdo en que nos merecemos tomarnos un chupito, porque hemos quedado en empate.

—Me toca. —Hago una mueca con los labios, pensando en alguna pregunta interesante—. ¿Cuál ha sido tu peor encuentro sexual, *bebé?* —El apelativo cariñoso lo pronuncio con sorna y él me tira una servilleta arrugada y sucia a la cara.

—Tengo dos candidatos. —Levanta los dedos índice y corazón—. El primero fue con una chica que quería que le abofeteara la cara mientras se la metía.

Me tapo la boca con la mano, impresionado.

—¿Y lo hiciste?

—No me va lo de pegar a alguien de una manera tan violenta. —Se echa a reír y yo me uno a sus risas—. El segundo fue con un tío cuya novia lo llamó por teléfono, en pleno acto, porque quería saber lo que estaba haciendo. Él le explicó que estaba follando conmigo y

ella le propuso hacer una videollamada porque quería vernos. —Se llena el vaso de chupito y se lo mete entre pecho y espalda. Dos veces—. Se me quitaron las ganas y me fui.

Yo no paro de reírme, sujetándome la barriga, y comento que hay gente que está muy cucú.

—Yo también tengo dos. El primero, con un chico que me pedía que lo llamara «puta» y todos sus sinónimos mientras me lo follaba. Mi polla se convirtió en un anacardo. —Me bebo un chupito—. En el segundo, quedé con un tío que me prometió que íbamos a pasar una noche pasional en su cama. Cuando me estaba desnudando, me miró con sorpresa, me dijo «vístete, por favor», cogió un libro gordísimo de su estantería y soltó «vamos a leer juntos *La Biblia,* que te hace mucha falta para que no cometas actos impuros antes del matrimonio». Al final, me asusté y hui.

En lo que Axel se calma de su ataque de risa, me sirvo otro chupito.

O yo no me he enterado de qué iba este juego o estamos creando nuestras propias reglas, porque así no era. Pero no me importa.

A medida que nos pasamos la botella de ron para beber del morro, dejando de lado los vasos, continuamos haciéndonos preguntas comprometidas:

Si alguno de los dos ha tenido alguna ETS: yo, por supuesto, respondo que no, porque siempre he utilizado condón, que mi madre me los trae gratis de la farmacia; en cambio, Axel me confiesa que un exnovio le contagió una gonorrea (le estaba poniendo los cuernos con más personas) y pensaba que se le iba a caer la minga a trozos.

Si hemos hecho algún trío: él me contesta que no, porque se agobiaría prestándole atención a dos personas a la vez, y yo admito que he hecho uno con Rober y otro tío.

Si hemos tenido alguna relación prohibida: Axel, con una profe de su universidad que tenía veintiocho años, le daba clase y que encima le suspendió su asignatura (el único suspenso que ha tenido en su

vida), y yo, con un chaval de Tinder que me mintió y me dijo que tenía dieciocho años (yo, veinte) cuando, en realidad, tenía dieciséis. Me enteré de eso porque le pidieron el carnet de identidad en la puerta de una discoteca y le prohibieron entrar. Menos mal que no me metieron preso por acostarme con un menor de edad.

—¿Y cuál ha sido tu experiencia más bonita? —me pregunta arrastrando las palabras; a estas alturas de la madrugada estamos más que piripis.

—Esta la tengo clarísima. —Le doy un trago a la botella y se la paso a mi acompañante, que me mira, expectante—. Cuando me di cuenta de que sentía algo más que amistad por Rober. Aquella noche acabábamos de hacer el amor. —Gateo hacia Axel y lo sujeto de la nuca, con mi vista clavada en la suya, para imitar aquella escena—. Lo cogí así, lo miré a los ojos y le dije, superseguro, «joder, tío, te quiero». —Despego mi mano de su piel—. Él también me dijo que me quería. Fue un momento precioso.

Axel se pega el morro de la botella a la boca y, con los ojos cerrados, comienza a beber como si le fueran a robar el alcohol. Pierdo la cuenta de los sorbos que le da y le arrebato el ron de las manos.

—¡Eh! —protesta.

—Cuidado, que no quiero que te dé un coma *elítico*, que en el fondo te aprecio. —Le sonrío y él se limpia los labios con el brazopolla—. ¿Tu experiencia más bonita cuál fue?

Axel vuelve a posar sus ojos en mí y me responde, con total seguridad y sin haberse detenido para pensar:

—Nuestra primera vez.

El corazón, el estómago y los demás órganos de mi cuerpo se me ponen del revés.

—Ah, ¿estaba permitido mencionar alguna de nuestras veces juntos? —Me hago el tonto y se me escapa una risita nerviosa—. Porque se me han borrado de la mente todas y cada una de ellas. —Me encojo de hombros con inocencia—. Una lástima.

Mentira. A pesar de lo pedo que estoy, las recuerdo perfectamente, sobre todo la primera, la penúltima y la última.

—Te refresco la memoria con la primera, si quieres. —Con su bonita sonrisa ocupándole la cara y sin apartar su mirada de la mía, añade—: Justo al terminar, te dije «te quiero más que…».

Le cubro la boca con la mano para que no siga.

—Hazme el favor de no completar esa frase y de cerrar esa bocaza tan peligrosa, por nuestra salud mental.

Él me contesta algo parecido a «vale» y yo, con mi mano libre, sujeto la botella para darle un montón de tragos seguidos como si se tratara de agua. Cuando Axel me la quita y la deposita sobre la mesa, le hago un ademán con la palma para que espere, porque no tengo ni idea de si lo que está ascendiendo por mi garganta es el ron, la pizza, una manada de mariposas del amor o un eructo.

Tras unos segundos, lo que sale de mi boca es un eructo tan escandaloso que se ha escuchado en el vecindario entero y en el de al lado, y me meo de risa yo solo.

Gracias a Dios que no era la manada de mariposas cursis.

Axel arruga la nariz.

—Creo que va siendo hora de que nos vayamos a la cama.

—Si es a la tuya, me parece fenomenal. —Me levanto tan rápido que veo todo a mi alrededor girar, como si estuviera columpiándome en un carrusel, cuando yo solo necesito columpiarme en Axel—. Dios mío, qué mareo. —Me masajeo las sienes con los ojos cerrados para que se me pase el telele.

Axel se pone en pie, ayudándose del sofá, y desaparece del salón, caminando con la espalda recta y la vista puesta en un punto fijo para no perder el equilibrio. Yo lo imito y salgo detrás, no vaya a ser que se me escape, y ambos nos detenemos frente a la montaña que se alza ante nosotros, con un millón quinientos mil cuatrocientos sesenta y nueve escalones.

—Tenemos que decirles a nuestros padres que pongan un ascensor —comento, visualizando mi muerte por caerme rodando por las escaleras por ir un pelín borracho.

—Estoy de acuerdo contigo por una vez en la vida.

Finjo ser el más valiente de los dos e intento subir cada escalón con la ayuda de la barandilla, poco a poco y con calma, pero Axel, aún desde el primero, pregunta «¿desde cuándo tenemos escaleras mecánicas?». A mí me hace tanta gracia su comentario que pierdo el equilibrio, me tropiezo con mis propios pies y casi me rompo la dentadura contra un peldaño de no ser porque he tenido los suficientes reflejos para poner el brazo como protección.

—Dani, ¿estás bien? —quiere saber, preocupado, y se convierte en un auténtico Golden Retriever porque llega hasta mí gateando.

Y me ha vuelto a llamar «Dani».

—Creo que sí. —Me reincorporo como puedo y me siento sobre el maldito escalón—. Me duele el brazo.

Axel se acomoda a mi lado y me lo masajea mientras me canta la canción *Sana sana, culito de rana* y no paramos de reírnos; yo, con mi cabeza apoyada en su hombro.

—¿Me has echado de menos estos diez años? —inquiero.

—Nada de nada. Ni un segundo.

Me despego de su hombro y lo miro.

Mierda, no me ha dado tiempo de ver si se ha rascado la nariz.

—Yo tampoco. He estado muy a gusto sin tener que aguantarte.

—Suenas bastante sincero —me responde con ironía, y extiende su brazo hacia mí para enredar sus dedos en mi pelo; un cosquilleo me recorre desde los meñiques del pie hasta la nuca—. He estado toda la noche deseando hacerte esto.

—Y yo, deseando que lo hicieras.

—Ahora que tenemos la casa sola y que nuestros padres no nos pueden interrumpir, me podrías enseñar de una vez tu tatuaje secreto. —Esboza una sonrisa diabólica—. Y podríamos, no sé, terminar lo que empezamos el otro día.

—Sí quiero —suelta sin dudar el Daniel experto en cagarla, porque el Daniel sensato se ha ido a las Bahamas a echarse siestas en la playa, a beber mojitos y a bailar reguetón, y me ha dejado

abandonado con este problemón que tengo delante, que mide un metro con noventa centímetros exactos.

Axel separa del escalón su culazo duro (que no lo he comprobado, pero seguro que se le ha puesto así) y me ayuda a levantarme, sujetándome de las manos.

—¿En tu habitación o en la mía? —me pregunta cuando por fin llegamos a la cima de las escaleras sin matarnos.

—En la tuya, que no quiero que mis sábanas se impregnen de tu olor, que luego será imposible quitarlo, aunque las lave mil veces.

Sí, estoy hablando por experiencia. Su maldito aroma jamás se esfumó de mi antiguo cuarto ni desinfectando cada rincón con lejía, y no quiero que ocurra lo mismo esta noche.

En cuanto entramos en su habitación, cierro la puerta, no vaya a ser que aparezcan nuestros padres de improviso y nos pillen en plena faena, o la directora del instituto con la profesora de Educación Física haciendo ruido con las llaves, quién sabe, porque los ojos de esas dos mujeres estaban por todas partes.

—¿Por dónde íbamos? —Axel me dedica una mirada y una sonrisa que provocan que casi se me escape el corazón por la boca con la manada de mariposas cursis.

Estoy con la espalda apoyada en el póster que hay pegado en la puerta, de Taylor Swift disfrazada de santa, y decido desprenderme de mi camiseta.

—Los dos nos habíamos quitado las camisetas —le recuerdo. Él no duda en imitarme y dejamos caer las prendas al suelo, sin interrumpir nuestras miradas—. Estabas a punto de hacer lo mismo con mis pantalones.

Axel da un par de pasos hacia mí, acortando la distancia que nos separa, y sostiene mi rostro entre sus manos, con la vista fija en mí. Como me tiene aprisionado entre él y la puerta, y el alcohol que me he bebido como si fuera agua tampoco ayuda, me es imposible huir de este momento.

Y tampoco quiero, las cosas como son. No hay excusas baratas que valgan; sé lo que hago y lo que me apetece hacer con él.

Sus labios acarician los míos con suavidad, como cuando deslizo mis dedos con cariño por las cuerdas de mi guitarra al tocar una melodía lenta, y su lengua captura la mía. Me besa con calma pero con intensidad, produciendo que me tiemblen hasta las pestañas; mis manos deciden hacer algo productivo y se pasean por su cintura a medida que sus besos ardientes revolucionan cada célula de mi cuerpo.

—Ahora sí, voy a encontrar tu tatuaje —susurra contra mis labios, y lloro por dentro cuando se aleja de ellos.

—¿Qué tatuaje? —suelto, desorientado.

Axel se arrodilla ante mí con decisión. Mientras hago hasta lo imposible por permanecer de pie, me desabrocha los pantalones y me los baja a cámara lenta, mirándome con esos ojazos hipnotizadores.

Todo lo está haciendo a cámara lenta y a mí me está poniendo frenético.

La única prenda que llevo ahora mismo son unos calzoncillos negros, que ha dado la casualidad de que he estrenado hoy y que esconden un bulto nada disimulado. La mirada de Axel se desvía hacia mi entrepierna, respira hondo y deduzco que se está montando una conversación consigo mismo sobre si liberarla o no. Entonces, sus ojos se vuelven a encontrar con los míos.

—Date la vuelta, que ya sé dónde lo tienes.

Ahogo una risita, me giro hacia el póster y noto sus dedos abrasadores meterse por la cinturilla de mis bóxers. Cambia la cámara lenta por la superrápida cuando se deshace de ellos y caen a mis pies; yo le pido a la Taylor Swift que tengo delante de mis narices que me ayude.

—Me has estafado. Aquí solo hay un tatuaje de una guitarra eléctrica —me dice, pero no deja escapar la ocasión para acariciarme la nalga izquierda, donde lo tengo plasmado, ni de estrujarme las dos con las manos.

Y mucho menos desaprovecha este instante para lamerme el tatuaje.

—No has especificado cuál estabas buscando.

—Gírate otra vez, Daniel —me ordena al soltar mi trasero, y me da una palmada.

Me encanta cómo ha sonado mi nombre completo. Tan directo y sensual.

Obedezco sin rechistar y, al volverme hacia él, mi polla erecta se queda a escasos centímetros de su cara. Advierto destellos en su mirada cuando se reencuentra con ella, y su primer movimiento es envolverla con una mano. Sin prestarle atención al otro tatuaje, alza la cabeza hacia mí para mostrarme su sonrisa y sus lapislázulis cautivadores, y yo, desde esta posición y teniéndolo de rodillas, me siento poderoso.

—A esta sí que la he echado de menos —me dice, y comienza a masajearla de arriba abajo.

Lo sujeto del mentón y le dedico una sonrisa chulesca para responderle:

—Toda tuya. Demuéstrame que no has empeorado tu técnica en mi ausencia.

—No llevo aparatos, ¿recuerdas?

Ante su mirada retadora, le suelto la barbilla, deseando volver a comprobar sus habilidades bucales. Su mano libre aterriza sobre mi tatuaje secreto del trébol de cuatro hojas, que lo tengo en la pelvis, en el lado izquierdo del hueso púbico, y que por fin ha captado sus sentidos. Lo acaricia con las yemas a la vez que me pajea, y sus labios se posan sobre la tinta negra. Reparte besos por el trébol con ternura y continúa el camino hasta mi erección.

De nuevo, me obsequia con esa mirada suya tan peligrosa y yo lo agarro del pelo en cuanto mi polla entra en contacto con sus labios. Acompañado de sus manos, que se desplazan verticalmente, me hace maravillas con la boca y juega con su lengua cálida y húmeda; yo pierdo la noción del tiempo.

Cuando se detiene para volver a trastocarme los sentidos con sus deslumbrantes ojos, le acaricio los labios hinchados con los dedos; la

corriente eléctrica que se escapa de ellos es tan potente que siento pequeños cortocircuitos en las yemas.

—Levanta, que me toca torturarte, cariño —le ordeno—. Hoy soy yo el que manda, así que prepárate.

Axel le da un poco de tregua a mi miembro y se incorpora.

—Me gusta que me llames con ese apelativo cariñoso mezclado con ese tono dominante —declara, sacando a relucir otra vez esa maldita mirada que me enloquece.

—¿Quieres dejar de mirarme así?

—¿Cómo se supone que te estoy mirando?

—Como si fuera el yogur más apetecible del mundo y tú, un animal hambriento —le respondo desabrochándole los vaqueros con manos patosas—. O como si yo fuera la última bocanada de oxígeno y me necesitaras para vivir. Voy a tener que taparte los ojos.

—Te ha quedado precioso —se mofa—. Se nota que eres artista.

Al bajarle los pantalones, me topo con algo tan ridículo como unos calzoncillos con caras de Taylor Swift estampadas y por poco me atraganto con mi propia saliva cuando intento reírme.

—Joder, eres la antítesis del erotismo con eso puesto.

Por suerte, la pedazo de tranca que esconden esos bóxers arregla la situación.

Lo empujo hacia la cama de forma brusca y él, descojonándose, apoya un codo en el colchón y aprieta con una mano el bulto de su entrepierna, cubierto por esa tela monstruosa.

—¿Esto te parece poco erótico?

Trago saliva y llego a la conclusión de que debo taparle los ojos sí o sí; no existe otra alternativa.

Es que me está mirando justo como lo hacía años atrás, y si encima acompaña esa mirada con su sonrisa bobalicona, peor.

—Ahora vuelvo. No te muevas de ahí.

—¿A dónde vas?

Abandono su habitación y me meto en la mía para coger tres cosas de extrema necesidad: el bote de lubricante, un preservativo y, lo más importante, algo para evitar que me mire. Regreso junto a

él y se desternilla como un condenado, tirado en la cama, en cuanto se percata de la bufanda negra.

Suelto las otras dos herramientas sobre el colchón y me pongo detrás de él.

—Nunca he follado con los ojos tapados —confiesa mientras se los cubro con la bufanda, que la olisquea—. Mmm… Huele a ti. Me encanta.

—Yo tampoco he follado así, pero dicen que todo se siente con más intensidad —susurro en su oído, haciéndole cosquillas con mi aliento y paseando las palmas por sus hombros, y él se estremece—. Ahora te vas a tumbar para que pueda hacerte lo que me plazca.

Axel gimotea.

—Madre mía, Dani, si con solo hablarme de esa manera ya siento que me van a explotar los huevos.

Una vez que se acuesta bocarriba, dejándome su cuerpo a mi entera disposición, me coloco sobre él y atrapo su boca con la mía para besarlo con vehemencia y contención, restregándome contra la dureza de sus calzoncillos y notando sus caricias por cada rincón de mi piel.

Parece mentira que mi cuerpo recuerde con claridad cómo me tocaba y reaccione de la misma forma con su tacto.

Axel me regala una amplia sonrisa, enseñándome sus dientes blanquecinos, cuando me separo de su boca; yo se la escondo con mi palma, también sonriendo, y le ordeno que se mantenga serio si no quiere que le pegue los labios con pegamento, porque así no me sale actuar como una persona autoritaria.

—¿Y respirar puedo? —se burla de mí tras destaparle la boca, todavía con las comisuras elevadas.

—Te lo aconsejo si no quieres morir asfixiado.

—Pues está empezando a resultarme complicado con tus provocaciones.

Al descender hacia su torso, sello con mis besos y mis caricias sus pectorales, que parecen piedras. Le succiono cada pezón con premura y me concentro en chupetearle el tatuaje del trébol que

tiene en el costado derecho como si quisiera borrárselo de la piel. Percibo que su respiración se entrecorta, volviéndose irregular, y se le escapan unas cuantas palabrotas a causa de la tortura a la que lo estoy sometiendo. Después, hago algo con lo que llevo soñando meses: lamerle y besarle cada cuadradito que forman sus abdominales bien definidos.

—Esto, hace diez años, no estaba aquí. —Le palmeo la tableta de chocolate, que espero que aguante el calor que se ha instalado en esta habitación para no derretirse.

Axel se carcajea y siento su cuerpo vibrar debajo de mí.

—Como en Inglaterra no podía pelearme contigo, tenía que gastar energía de otra manera, así que empecé a hacer ejercicio. Se me pusieron los músculos duros.

Si el Axel de antaño me revolucionaba las hormonas, el de ahora lo hace multiplicado por infinito.

—Voy a descubrir qué otro músculo se te ha puesto duro.

Exhala un gemido al escucharme y le retiro esos calzoncillos ridículos, que los revoleo por el dormitorio, para liberar su firme erección; él apoya las plantas de los pies en el colchón y flexiona las rodillas.

—¿Puedo quitarme la bufanda para verte la cara?

—Claro que no —le contesto, tajante, sin siquiera mirarlo, porque su polla me tiene embobado.

—Tarde.

Desvío la vista hacia él y lo pillo con un codo hincado en la cama, para ayudarse a incorporarse, y un ojo descubierto mientras sujeta un extremo de la bufanda con una mano. Se lo vuelve a tapar y me pide perdón por haber hecho trampas.

Sonrío como un tonto y abrazo su polla con una mano, notando lo caliente e hinchada que se encuentra. Acerco mi boca a ella y pruebo las gotas de líquido preseminal que adornan la punta. A continuación, rodeo el glande con los labios y dibujo círculos con la lengua al tiempo que mi palma se desliza por el tronco. A Axel se le escapan sonidos de placer que me ponen más cachondo; sus dedos

se enredan en mi pelo conforme saboreo su polla, sus huevos y su entrada, anhelando invadir su cuerpo de una vez.

Hago una breve pausa para bañar con lubricante mis dedos, y me entretengo jugando con su agujero con el índice y el corazón, sin dejar de masturbarlo con la boca.

—Por Dios, Dani. —Se remueve debajo de mí y sus puños oprimen con fuerza las sábanas.

Cuando ninguno de los dos puede aguantar más esta agradable tortura y él está más que preparado para que sustituya mis dedos por mi polla, me la envuelvo con el condón.

—Adivina lo que voy a hacer ahora. —Recorro con mi mirada su cuerpo entero hasta que la detengo en su cara.

Axel se muerde el labio cuando restriego la punta por su entrada.

—Estoy deseándolo —me responde con voz ronca, y se lleva una mano a su miembro para darse placer, esperando para recibirme.

Apoyo las palmas en la cama, una a cada lado de su cuerpo, y me hundo en él, despacio, observando las reacciones de la mitad inferior de su cara. Él, mostrando una sonrisa relajada, suelta un «joder» al notar cómo lo invado.

Una macedonia de sensaciones de lo más extraña se apodera de mí con cada embestida y cada gemido de Axel. No sé qué coño siento. Estoy demasiado borracho y excitado como para pensar con coherencia, pero tengo claro que una de las emociones es el rencor, aunque disminuye cada vez que me clavo en lo más hondo de su alma.

Pego mi torso al suyo, provocando que el colgante roce la piel de su pecho, y lo beso con frenesí, sujetándolo del rostro; sus piernas me abrazan las caderas con más fuerza y sus manos me aprietan el culo para que mis movimientos sean más profundos. Me despego de su boca para armarme de valor y liberar sus ojos de la bufanda, y ambos nos sonreímos y nos dedicamos miradas de complicidad, pese a que la suya debería ser ilegal por la cantidad de recuerdos que habitan en ella.

Axel me coge de la nuca y estrella su boca contra la mía; nuestros labios se funden en un beso salvaje y los dos nos bebemos los gemidos del otro.

Me va a explotar el corazón por tantas emociones que estoy volviendo a experimentar con él. Mi cuerpo no para de reconocer el suyo con cada caricia, cada movimiento, cada sonrisa, cada mirada… Su puto olor tan delicioso me está matando y estoy seguro de que no existe ningún producto químico que logre borrarlo de mi piel. Ni siquiera arrancándome el pellejo conseguiré que desaparezca.

Me sumerjo en su mirada cuando advierto en su expresión que está a punto de correrse, porque lo sé todo de él. No se me escapa su respiración entrecortada ni su ligero tembleque de labios, ni mucho menos la sonrisa risueña que me dedica cuando se vacía por completo sobre su abdomen. Yo también llego al éxtasis, con un millón de guitarras eléctricas vibrando dentro de mi pecho, y apoyo mi frente en la suya. Nos reímos al unísono y le doy un beso a reventar de cariño. Luego, nos aferramos el uno al otro mediante un abrazo y permanecemos así en lo que nuestras respiraciones agitadas se serenan, aunque yo intento procesar lo que acaba de suceder.

Aún no sé muy bien cómo descifrar lo que siento. Estoy confundido, y mi cabeza y mi corazón me van a mil por hora. Creo que será mejor que no me preocupe de este tema hasta mañana, cuando me despierte con resaca y me haya tomado un analgésico y una buena taza de café. Ahora no me fío de mí mismo con las emociones a flor de piel y acorralando a Axel entre la cama y mi cuerpo para que no se vuelva a marchar.

—Ha sido… —su voz es la primera en romper el silencio.

—Horrible —termino la frase, y me empuja hacia el otro lado de la cama, quitándome de encima de él—. Auch.

—Tú sí que eres horrible.

—Y tú, después de este momento, más —contraataco.

—Claro, por eso te querías comer esta tableta de chocolate tan apetecible. —Se palmea los abdominales, divertido.

Pongo los ojos en blanco y me deshago del condón, que le hago un nudo y lo dejo sobre la mesita de noche; Axel agarra mi camiseta del suelo, mi favorita de Green Day.

—¡Eh! ¿Qué haces? —le espeto cuando se limpia la tripa con ella —. ¿Por qué no usas la tuya?

—Como comprenderás, sería un sacrilegio destrozar mi camiseta de Taylor Swift manchándola de semen. —Al terminar, me lanza el trapo a la cara—. Si te apetecía limpiármelo con la lengua, me lo hubieras dicho. Tampoco hacía falta ponerse así.

Formo una pelota con mi camiseta sucia, salgo de la cama y se la lanzo a la cabeza con furia.

—Eres repulsivo.

—Rebota, rebota y en tu culo explota —me contesta como si fuera un crío de parvulitos, y yo le regalo una peineta antes de dirigirme a la puerta—. ¿A dónde vas?

—A quitarme las lentillas.

—Pero volverás, ¿no? —Me mira, esperanzado.

—Yo no huyo.

Sí, eso ha ido con segundas.

Abro la puerta y descubro que las gatas están sentadas frente a ella, como dos niñas buenas, esperando para entrar, y no me queda ninguna duda de que lo han oído todo. Ya en el baño, el primer paso que doy es mirarme al espejo, aturdido. Me toco las mejillas, que las tengo calientes y ruborizadas por la borrachera y el orgasmo que acabo de tener, y estudio mi rostro de recién follado.

—Joder, Daniel, no vas a volver a probar el alcohol en tu vida —me digo a mí mismo.

Tras desprenderme de las lentillas y refrescarme la cara, regreso a la habitación de Axel y cierro la puerta tras de mí. Él se ha vuelto a tumbar, se ha tapado con la sábana y está contemplando el techo con las manos detrás de la cabeza, perdido en sus pensamientos; las gatas se han acomodado a los pies de la cama.

Me acuesto de lado, sin mirarlo, y siento cómo el colchón se mueve. Axel pega su pecho a mi espalda y cuela un brazo entre el

mío y mi costado, generándome escalofríos agradables, para enseñarme su mano.

—¿Me perdonas? —me susurra al oído—. Mañana te la lavo.

Sonrío y entrelazo mis dedos con los suyos, dándole mi respuesta.

—Más te vale, imbécil.

Deposita un tierno beso en mi hombro, me dice «buenas noches, monigote», suelta nuestras palmas y se separa de mí, dejándome un vacío en mi interior, porque a mi mente alcoholizada le parecía una idea fabulosa que este tío se durmiera abrazado a mí.

A partir de mañana, mi única religión consistirá en ser abstemio para no volver a caer en la tentación de acostarme con mi ex, que todavía me late el corazón a lo bestia como si hubiéramos tenido nuestra primera vez.

24. Axel

Me cago en las malditas persianas. Anoche se me olvidó bajarlas y ahora el sol ilumina la habitación entera, algo que odio cuando me acabo de despertar, sobre todo con resaca. Me levantaría para cerrarlas, pero no quiero molestar a Dani con el ruido.

Como me hallo de espaldas a él, me esfuerzo en girarme lo más sigiloso posible para mirarlo y asegurarme de que sigue conmigo, durmiendo a mi lado.

Dani, que está acostado en la misma posición, también se da la vuelta hacia mí y, cuando sus ojos se abren para chocarse con los míos, su expresión adormilada cambia a una de espanto; entonces, suelta un chillido con el que habrá despertado a toda Barcelona y sale de la cama de una forma tan precipitada que se tropieza con algo y se cae al suelo.

Ese algo ha sido una de las gatas, porque se le acaba de escapar un maullido de dolor (a la gata, no a Dani, que ha soltado «mierda»).

—¿Estás bien? —le pregunto.

Se levanta de un salto y se tapa la entrepierna con mi cojín de Taylor Swift, sonriendo con nerviosismo. Yo, al igual que él, me pongo en pie, pero con la sábana rodeándome de cintura para abajo.

No comprendo por qué nos escondemos las pollas si nos las hemos visto y tocado mutuamente cientos de veces. Bueno, en realidad, no entiendo NADA de esta absurda situación.

—Sí, sí, estoy genial —decide hablarme por fin.

—¿Y a qué viene ese comportamiento? ¿Es que te has olvidado de lo que ocurrió anoche?

Si me acuerdo yo, él se tiene que acordar también.

—Oh, cómo voy a olvidar algo así. —Se le enrojecen hasta las orejas—. De hecho, acabo de recordar que me tengo que ir a mi cuarto para hacer una cosa importantísima y continuar procesando lo que hicimos. Buenos días. —Se gira, alegrándome la mañana con las extraordinarias vistas de su culo, y abre la puerta de un tirón con la intención de irse; sin embargo, no se marcha, sino que la cierra de un portazo, vuelve a darse la vuelta, apoya la espalda en la madera con cara de terror y susurra—: Tu padre está en el pasillo hablando por teléfono.

Joder.

—¿Te ha visto?

—Por suerte, no.

Suspiro de alivio.

Ambos nos quedamos de pie, en silencio, aguardando a que mi padre desaparezca del pasillo; Daniel, contemplando las musarañas, sin atreverse a intercambiar una mirada conmigo, y yo, de brazos cruzados, sin despegar la vista de él. En un momento dado, sus ojos se desvían hacia mí y me sonríe con una extraña timidez; sus mejillas se vuelven a colorear de rojo.

—Deja de mirarme —me pide en voz baja.

Le devuelvo la sonrisa.

—No puedo.

Se escuchan un par de golpes en mi puerta y a nosotros se nos esfuman las sonrisas al instante.

—Axel.

Me percato de que mi padre está intentando abrir despacio, como con miedo, porque el picaporte se está moviendo. Sin pensarlo, me tiro en la cama y me tapo con la sábana hasta la barbilla.

¿Por qué en esta casa no existen los pestillos?

Dani se esconde entre la pared, con el perchero lleno de chaquetas, y la puerta, que ya está abierta al completo. Mi padre se asoma a mi habitación con preocupación y yo me restriego los ojos como si me hubiera despertado ahora mismo.

—¿Qué pasa, papá? —Finjo un bostezo y él da un paso para colarse en el interior.

—He oído un grito y pensaba que te había pasado algo.

—Ah, sí. —Me incorporo sobre la cama, procurando que la sábana no se deslice hacia abajo y me destape la entrepierna, y señalo a mi gata, que está sentada en el suelo, sobre los vaqueros negros de Dani—. El grito lo ha dado Taylor porque la he aplastado con un brazo sin querer.

Los ojos de mi padre viajan hacia Taylor y yo deseo que no se fije en la prenda que está usando como cama.

—Pobre animal. —Y su vista se desvía hacia la mesita de noche, como si algo de lo que hay sobre ella le hubiera llamado la atención —. ¿Trajiste a alguien a casa anoche? —Me sonríe con complicidad.

Acaba de ver el bote de lubricante volcado y el condón usado sobre el envoltorio roto. Fantástico.

—Eh, sí, pero se marchó en cuanto terminamos. —Me rasco la nariz con inquietud y añado, antes de que se emocione—: Fue un rollo sin importancia. Un tío desconocido que no sé ni cómo se llama; ni siquiera me acuerdo de su cara. Un polvo sin sentimientos que ya se me ha borrado de la mente.

¿Por qué le estoy dando tantas explicaciones? Jamás le he hablado sobre mis ligues de una noche.

—Vaya… —responde, desilusionado—. Ya estaba pensando en poner un cubierto más en la boda.

—No, papá. Voy a ir sin acompañante; mi situación sentimental no va a cambiar de aquí a ese día.

—Vale, vale. —Levanta las manos en son de paz—. ¿Vas a bajar a desayunar? Júlia y yo acabamos de llegar del viaje.

—Cuando me duche y me espabile.

Mi padre se despide de mí con la frase «vaya ligoncete estás hecho; si es que eres clavadito a tu padre» y se larga, cerrando tras de sí y sin haberse dado cuenta de la persona en pelotas que hay tras la puerta.

Me dejo caer bocarriba en la cama y me llevo las manos a la frente, exhalando con brusquedad. Dani atraviesa la distancia que nos separa a pasos agigantados y me aporrea con el cojín.

—¿Un rollo sin importancia, desgraciado? —me espeta, y yo me protejo, cubriéndome con los brazos—. ¿Un polvo sin sentimientos que ya se te ha borrado de la mente? ¿No sabes ni cómo me llamo? ¿No te acuerdas ni de mi cara, pedazo de rata inmunda? ¡Yo te mato, cabronazo!

—¡Para, Dani, déjame que te lo explique!

—¡No hay nada que explicar! Ya me ha quedado bien claro que lo de anoche no significó nada para ti.

Me canso de sus gritos y de sus falsas acusaciones, porque está armando demasiado jaleo y no me apetece que vengan nuestros padres a poner orden y nos pillen desnudos. Le arrebato el pobre cojín de un tirón, que me lo va a destrozar, para encontrarme con su mirada rencorosa.

—En realidad, todo lo que quiero decir se queda corto para describir lo que me hiciste sentir anoche —confieso—. No me salen las palabras.

—No te salen porque fue insignificante. —Me recorre con su mirada de arriba abajo y con una mueca de repulsión, que creo que es fingida—. Dios, qué asco te tengo.

—Daniel Domènech —pronuncio su nombre y su apellido en tono de advertencia.

—Axel de la Rosa —su voz suena irónica. Recoge su ropa del suelo, se asoma al pasillo y huye de mi cuarto con el culo y la polla al aire.

No me puedo creer que se haya tragado las mentiras que le he soltado a mi padre para que no sospechara.

Permanezco unos minutos mirando las aspas del ventilador del techo mientras proceso los acontecimientos vividos desde anoche.

Y, joder, después de tantos años, parece mentira que todavía siga enamorado de Dani como el primer día.

El monigote vuelve a adentrarse en mi habitación, ataviado con mis calzoncillos (los habrá cogido por equivocación), y, de pie, me enseña la palma de su mano, pero no para entrelazarla con la mía, sino para pedirme algo.

—Dame mi Pikachu —me ordena con voz firme; yo enarco la ceja y me siento sobre la cama, mirándolo.

—¿Para qué lo quieres?

—Me prometiste que me lo enseñarías si yo te enseñaba mi tatuaje, pero ahora lo quiero recuperar porque es mío. —Reitera el movimiento de la mano para repetir lo que ha dicho, haciendo una pausa en cada palabra—: Dame. Mi. Pikachu.

Me levanto de un salto, me tapo la entrepierna con las sábanas de nuevo y me coloco frente a él, sintiéndome imponente con los cinco centímetros que le saco de altura. De hecho, hasta me pongo de puntillas para estar más alto.

—No te lo voy a dar —le contesto, tajante—. Lo que se regala no se quita.

—Pues te lo *desregalo.*

Sonrío con chulería y saco a relucir mi Axel pedante.

—Ni siquiera existe esa palabra, melón.

El careto de Dani se colorea de rojo por la rabia y lo siguiente que hace es cogerme del brazo y pellizcarme la piel.

—Dame mi Pikachu.

Nos sostenemos la mirada el uno al otro. Como me sigo negando, presiona sus dedos con más fuerza; yo aguanto el escozor como un campeón.

—Arráncame un trozo de brazo si quieres, pero no voy a darte MI PIKACHU —le espeto, haciendo énfasis en el nombre del pokemon para que sepa que me pertenece.

Dani aprieta los labios y me pellizca con más vigor, aunque a mí no me afecta, porque mi nivel de tolerancia se encuentra más allá de la luna y cuento con unos buenos brazos.

—¿De verdad deseas quedarte sin tu brazopolla en lugar de darme un peluchito sin importancia? —intenta chantajearme, esbozando una sonrisa socarrona—. Piénsatelo muy bien.

Se me escapa una carcajada al oír por primera vez ese término, que seguro que se lo ha inventado él, y pego las plantas de los pies al suelo porque me he cansado de estar de puntillas.

—*¿Brazoqué?*

—Brazopolla, por la cantidad de venas que se te marcan —me explica, aún sin apartar sus dedos de mi piel—. No me cambies de tema y dame mi Pikachu ya.

—No.

Para cabezón él, cabezón yo.

—Voy a gritar para que vengan nuestros papis, como cuando éramos mocosos —me amenaza, y yo lo animo a hacerlo porque sé que no se atreverá. Entonces, toma aire, se le hincha el pecho y vocifera parte del nombre de mi padre—. ¡Casi…!

Lo interrumpo, tapándole la boca con mi mano libre, y puedo apreciar su sonrisa triunfal escondida.

—Vale, vale —le susurro, y siento algo húmedo en mi palma, lo que me confirma que acaba de lamérmela—. Te prestaré mi Pikachu.

Dani deja de pellizcarme y yo aparto la mano babeada de su boca. Echo un vistazo a la zona de mi brazo que casi me arranca y veo que se ha puesto solo un poco roja; él no duda en acariciarla con cariño para curarme esa ridiculez, como si me hubiera pasado un mechero encendido.

—Ni siquiera me he enterado del pellizco —le digo.

Al parecer, le hiero el ego de macho, porque me suelta el brazo y me vuelve a ordenar, con el semblante lleno de seriedad, que le dé el Pikachu. No me queda más remedio que hacerle caso y libero al peluche de la caja que descansa en la parte baja de mi armario.

—Lo siento, pequeño. —Lo sostengo con las manos y suspiro, entristecido—. Ha llegado la hora de separarnos. Siempre te querré. —Le doy un beso en uno de sus coloretes y se lo entrego a su nuevo dueño—. Cuídalo, por favor.

—Lo haré. —Dani lo abraza, pegándoselo al pecho con intensidad, y yo me enjugo una lágrima invisible—. Adiós.

—¡Pero devuélveme mis calzoncillos!

Me enseña el dedo corazón, esbozando una sonrisa victoriosa, y desaparece de mi cuarto. Las traidoras de las gatas también me abandonan, porque se marchan detrás de él, y lo único importante que me queda es el cojín de mi cantante favorita, con la esencia de la entrepierna de Dani, y un dolor de cabeza maravilloso.

Después de ducharme, me uno a él en la cocina para desayunar; Dani, en un extremo de la mesa y yo, en el otro, con el blíster de analgésicos en medio y cada uno con los ojos pegados a su móvil. Se atraganta varias veces con el café y los trozos de tostada y, cada vez que desvío la vista hacia él, lo pillo mirándome.

—Qué calladitos estáis —nos dice mi padre irrumpiendo en la cocina con Júlia—. Ah, claro, que estáis de resaca.

—Normal. Si se han bebido la botella entera de ron con sus amigotes —interviene Júlia con los brazos en jarras, indignada. Dani y yo intercambiamos una mirada al oír eso último y le damos un sorbo a nuestro café a la vez—. Botella que no sé cómo habéis sacado del armario prohibido. ¿Me lo podéis explicar?

—Tu hijo, seguramente, Prometida. El mío siempre ha sido un trozo de pan.

Para que nadie se percate de mi expresión divertida, le doy un par de sorbos a mi café.

—Ya estamos —se queja Dani, que se levanta de golpe, arrastrando la silla—. Siempre tengo que tener yo la culpa de todo en esta maldita casa. —Coge su taza y su plato con lo que le queda de tostadas—. Mejor será que termine de desayunar en otro sitio, porque, como siga aquí, me va a salir una úlcera.

—¡Recoge el salón cuando acabes, que lo habéis dejado hecho una pocilga! —exclama Júlia cuando su hijo se esfuma de la cocina, y mi padre niega con la cabeza.

—¡Díselo también a tu hijo favorito, mamá!

Me zampo el último bocado de tostada y coloco la taza y el plato sucios en el fregadero.

—Fui yo el que abrió el armario con una horquilla —les digo a nuestros padres para que Dani no pague el pato, y los dos me miran sin esperarse mi confesión—. Mi querido hermanastro no hizo nada; yo lo incité a beber.

Me parece un disparate que utilicen un candado para cerrar un armario cuando solo hay adultos viviendo en esta casa.

—¿Qué dices? ¿Qué dices? —Dani vuelve a aparecer en la cocina. Por lo visto, se había quedado en el pasillo con la oreja puesta—. Hemos sido los dos. —Camina hacia mí y choca su palma con la mía, sonriendo—. Formamos un gran equipo de borrachos.

—Ah, ¿sí? —interviene Júlia paseando la vista de uno a otro, en plan madre (y madrastra) marimandona—. Pues quiero el salón reluciente. Como yo vea, aunque sea, una miguita de pizza, la limpiáis con la lengua.

—Hacedle caso a vuestra madre y madrastra —añade mi padre.

Este hombre está irreconocible con esta versión relajada y pasota. Hace más de diez años nos habría regañado más que Júlia.

Cuando Dani termina de desayunar, recogemos y limpiamos, en silencio también y sin mirarnos a la cara, la basura que dejamos anoche en el salón: cajas de pizza, botellines de cerveza, latas de refresco, bolsas de patatas fritas y trozos de comida. Enciendo mi robot aspirador para que se pasee por el suelo y se coma la porquería que encuentre, y llevamos la vajilla y los cubiertos usados a la cocina. Nos repartimos la mitad para cada uno para lavarlos, pero cuando él está fregando el segundo plato y yo, secando con un trapo el primero, se le escapa un quejido de dolor y suelta el estropajo en el fregadero.

—¿Qué te pasa? —Dejo el trapo y el plato en la encimera, alarmado.

—El brazo. —Se masajea con la mano izquierda el codo derecho —. Será por la caída de anoche.

Le examino la zona que se está tocando y la presiono con los dedos; él me responde con otro quejido.

—Se te ha inflamado. —Alzo la vista hacia su cara—. Cuando comamos, te vienes conmigo.

—¡¿A Urgencias?! ¡¿Contigo?! —exclama de hito en hito, y no sé si es porque le tiene pánico a los médicos o a pasar tiempo conmigo después de lo de anoche, así que comienza su verborrea sin sentido —: No pienso ir. Tengo un montón de cosas que hacer, como continuar con mi Trabajo Final de Máster, estudiar, ordenar mi cuarto, peinar a Señorita Rottenmeier, seguir quejándome por el tongo que hubo en EuroStars, llamar a mi padre… Además, los sanitarios estarán ocupadísimos y mi dolencia no es tan urgente. Mañana se me quitará.

Me arranca una sonrisa.

—No vamos a ir al hospital, sino a mi consulta.

Dani abre tanto los ojos que parecen dos huevos supergrandes de supermercado.

—¡Peor! Es domingo, y tú los domingos descansas. Por no hablar de que vas a perder tiempo y dinero, porque no te pienso pagar ni un céntimo, que mi bajo nivel adquisitivo no me lo permite. Tampoco quiero ser una molestia para ti, que seguro que ibas a estar muy ocupado hoy lavando mi camiseta favorita de Green Day.

—Eres diestro; usas la mano derecha para tocar la guitarra —le recuerdo acariciándole el antebrazo, sin apartar mi mirada de la suya —. Será mejor que nos aseguremos de que no se trata de nada grave.

Me importa un pimiento si se niega a acompañarme; lo pienso agarrar del pelo para que venga conmigo si hace falta.

—No es nada grave. Ya me ha dejado de doler.

Para cerciorarme de que eso que acaba de soltar es una mentira (que lo sé antes de comprobar nada), muevo su brazo de forma brusca y él suelta un chillido y se caga en mis muertos.

—Déjame ayudarte. —A mi mano le parece buena idea dirigirse sola hacia su mechón de pelo, aún húmedo, que le cae sobre un lado de la frente, para enredármelo en el dedo—. Por favor.

Dani respira hondo.

—Vale, pero te disfrazas del profesional doctor de la Rosa, que es más serio y formal que el Axel de toda la vida, aunque el uniforme azul te quede horriblemente sexi.

Me echo a reír, porque no tiene ningún sentido diferenciar esas dos facetas de mí si siempre soy la misma persona.

—¡¿Qué es esto?! —grita mi padre desde el salón.

Corremos hacia allí para ver lo que ha sucedido y, en cuanto descubrimos la escena, me tapo la boca con las manos.

Alguna de las gatas ha decidido que era un buen momento para vaciar el estómago por la boca con la Roomba en marcha. El aparato ha querido barrer el vómito, pero se ha ensuciado y está pintando perfectas líneas rectas marrones por el suelo. Lo más gracioso es que Taylor está subida sobre el robot aspirador, viajando de un lado a otro del salón; Señorita Rottenmeier contempla el espectáculo desde lo alto del sofá, con sus patitas escondidas debajo del cuerpo; mi padre no para de tener arcadas y Dani se desternilla de la risa, grabando con el móvil.

—Limpiad este desastre antes de que mi prometida se asome por aquí —nos aconseja mi padre, que huye del salón con expresión de angustia.

—Yo no puedo; estoy enfermo —interviene Dani escaqueándose. Camina hacia el sofá, esquivando los rastros de vómito, y se tumba a lo largo sin parar de reírse—. ¡Ay, cómo me duele el brazo!

Me acerco a él por detrás, me encorvo y le susurro al oído:

—Anoche, mientras me follabas, no vi ningún signo de dolor en tu cara, más bien estabas disfrutando.

Gimotea al sentir mi aliento en su oreja.

—El maldito alcohol actuó como analgésico y, en realidad, estaba sufriendo. —Me atiza un guantazo en la cara, pero el que se lamenta es él porque lo ha hecho con el brazo derecho—. ¡Mierda!

—Te lo tienes merecido por imbécil. —Me yergo y me vengo de él, regalándole un manotazo en la cabeza.



Tras unas cuantas preguntas, un par de ejercicios con el brazo y confirmar el diagnóstico de don Pupas con una ecografía en el codo, ya tengo mi veredicto.

—Pues sí, confirmadísimo: es un esguince de codo —le informo, con la vista fija en el monitor y apoyando el transductor en esa zona de su cuerpo. Ladeo la cabeza hacia él para tranquilizarlo con mi mirada—. Pero es leve; no te alteres.

—Oh, vamos, no me jodas; me voy a quedar manco de por vida —se lamenta, recostado sobre la camilla y tapándose la cara con la mano izquierda—. Adiós a mi carrera musical. Tendré que avisar a mis lapislázulis para que me reemplacen cuanto antes.

Coloco el transductor en su sitio.

—Tú eres irreemplazable. Además, estarás curado en una o dos semanas si me haces caso.

—¡¿Dos semanas?! —Se incorpora de golpe—. Imposible, tengo que tocar. Necesito que me cures hoy mismo, si no, pido una segunda opinión.

—Adelante. —Me encojo de hombros, indiferente—. Puedes ir a otro fisio que sí te cobre y no sea tan bueno como yo. O, si lo prefieres, puedes ir a Urgencias para que te receten paracetamol y mucha agua.

Dani me dice que soy un repelente y se vuelve a dejar caer en la camilla, suspirando y cubriéndose la cara con la mano del brazo bueno otra vez.

—Que se acabe ya el 2023, por favor. Menudo año lleno de desgracias.

—Solo han pasado cinco meses y a mí me está yendo cada vez mejor. —Me levanto del taburete y él hace muecas de burla—. Voy a vendarte el codo.

—Siempre me tienes que restregar tus logros, míster Cerebrito. Estás volviendo a vivir en la ciudad donde naciste, te has montado una consulta de lo más modesta, estafas a un montón de clientes con tus servicios y todo te va genial, quitando los cuernos que te puso tu ex, claro —lo último lo dice con mofa, y yo me aguanto las ganas de arrojarle las tijeras que acabo de coger del armario, junto con el rollo de venda elástica, porque siempre tiene que meter el dedito en la llaga—. Qué ascazo te tengo y qué envidia.

Vuelvo a tomar asiento en el taburete, a su lado, y comienzo a vendarle el codo, sintiendo sus ojos en mí.

—El mejor acontecimiento del año ha sido, sin duda, reencontrarme contigo —le digo.

A veces pienso que me voy a despertar en el piso donde vivía en Londres y me preguntaría por lo que estaría haciendo Dani en España, si trasteando con su guitarra, comiéndose un yogur de galleta u observando el colgante del trébol.

—Para a mí ha sido el peor.

Nos sostenemos la mirada el uno al otro; Dani, para intentar demostrarme que está siendo sincero, y yo, esperando a que se rinda y sea el primero en apartarla de mí. Permanezco totalmente serio, perdido en la primavera de sus ojos, hasta que se pone nervioso y aprieta los labios para no reírse. Entonces, estalla en carcajadas, despega su vista de la mía y recuesta la cabeza en la camilla.

—Agh, vale, me rindo. Nuestro reencuentro ha sido un pedazo de *plot twist* que me ha pillado en pelotas —comenta mirando el techo blanco y cegador, con el brazo detrás de la cabeza y sonriendo—. De hecho, a veces estaba tan tranquilo en mi casa con alguna guitarra y me preguntaba qué estarías haciendo en Guirilandia. ¿Quizás

escuchando a esa Taylor Swift? ¿Zampándote un yogur de galleta inglés? ¿O admirando mi anillo negro?

Ha acertado de lleno.

Me centro en continuar vendándole el codo y, para no responderle, cambio de tema:

—Esta vez no te has caído por las escaleras por mi culpa, como en segundo de la ESO.

Aquel día bajábamos los escalones como unos salvajes, como siempre, y me resbalé con una cáscara de plátano que algún marrano había dejado tirada en un peldaño. Como él iba delante de mí, lo empujé con mi cuerpo sin querer y los dos nos caímos rodando escaleras abajo. Por suerte, ninguno se hizo ni un rasguño, pero sus gafas salieron volando y se partieron por la mitad cuando impactaron contra una baldosa. Dani se abalanzó sobre mí, me pellizcó la nariz para dejarme sin respiración, rotamos por el suelo, le mordí un brazo y nos expulsaron durante tres días.

Entrecierra los ojos, resentido.

—Todavía me acuerdo del punzón que me clavaste en la pierna en parvulitos, del golpe que me diste en los huevos con el bate de béisbol en Educación Física cuando estábamos saliendo juntos y del daño que me hiciste en la polla con tus aparatos en tu primer intento de mamada, que se me saltaron hasta las lágrimas.

Me invade un ataque de risa al recordar todo eso.

Lo de la mamada me dolió hasta a mí y me sentí superculpable.

—El punzón te lo clavé porque me robaste mis galletas de dinosaurio y te las comiste; el golpe con el bate fue sin querer porque te pusiste detrás de mí y le di muy fuerte a la pelota; y el daño con mi intento de mamada fue por la inexperiencia, pero estuve toda la tarde abrazándote y dándote besos para que se te pasara el disgusto.

Un silencio atronador se apodera de la consulta mientras me centro en terminar con el vendaje. Dani me contempla con una mirada intimidante que me conozco a la perfección y con una sonrisa provocadora; yo evito que mi vista se desvíe hacia su entrepierna.

Sea lo que sea lo que se le esté pasando por esa cabeza calenturienta, mi respuesta va a ser que no.

—Esto ya está —consigo decir tras tragar saliva, sintiendo cómo el calor se apodera de mi cuerpo. Suelto su brazo con cuidado y me pongo en pie como un resorte—. Procura hacer reposo y los ejercicios que te he recomendado.

Dani se incorpora, sin apagar los dos incendios que se han instalado en los dos tréboles con los que me está mirando.

—Anoche se me olvidó preguntarte cuál es tu mayor fantasía sexual. —Se muerde el labio inferior y pasea sus dedos por mi brazo —. La mía es arrancarte ese uniforme a bocados y follar contigo, en esta consulta y sobre esta camilla, doctor de la Rosa.

No pienso traer a este tío a mi clínica jamás, aunque esté rabiando de dolor y no pueda moverse.

—¿Sabes cuál es la mía? —Apoyo las manos en sus hombros, me acerco a su rostro, dejando unos centímetros de distancia, y lo miro fijamente—. Cortarte la polla con una sierra y taparte esa boquita con ella para que dejes de soltar barbaridades.

Al muy masoquista se le escapa un gimoteo que se choca contra mis labios. Libera el espacio que separa nuestras bocas para intentar besarme, pero yo me aparto antes de que lo consiga, por mucho que me apetezca, y le regalo un par de palmadas en la mejilla.

—Le deseo una pronta recuperación, querido paciente. —Le sonrío con maldad—. Se puede marchar a casa.

—Eres un aguafiestas.

Me concentro en cambiarme el uniforme por la ropa con la que he venido, delante de la mirada excitada de Dani y de sus constantes comentarios: «¿te puedo ayudar a desvestirte?», «joder, quiero volver a lamer esos cuadraditos», «no me ignores, que hasta te has empalmado con mi propuesta de follar en esta camilla, doctor de la Rosa» y «¿te puedo curar esa inflamación que esconden esos calzoncillos de color rojo pasión?».

Que se calle ya, por favor.

No hay cosa que más me apetezca que empotrármelo sobre esa camilla en la que está sentado. Pero, siendo sensato, no sería buena idea, porque sigue teniendo novio y yo no quiero hacerme más ilusiones, que anoche ya me hice demasiadas con tantas emociones recorriéndome las entrañas; incluso pensé que podríamos darnos otra oportunidad como pareja. Sin embargo, esta mañana, con la cabeza fría mientras desayunaba frente a él, rechacé esa locura, pese a que una parte de mí mantiene una pequeña esperanza y desea que volvamos a estar juntos.

De camino a casa con el coche, lo tengo que regañar varias veces porque se quiere quitar la venda, diciendo que es muy incómoda y le está cortando la circulación.

—Eres peor que un niñito malcriado —le espeto, apretando el volante con fuerza y mirando hacia la carretera.

—Y tú te has convertido en un tío aún más coñazo. —Y suaviza el tono de voz para agregar—: Pero gracias por preocuparte por mí y haber sido mi fisio de confianza sin recibir nada a cambio.

Un amago de sonrisa se asoma a mis labios y giro la cabeza en su dirección para no perderme su reacción cuando le suelto:

—Bueno… Anoche recibí bastante de ti.

—Agh. —Se da cabezazos contra el respaldo del asiento con los ojos cerrados—. ¿Podemos fingir una amnesia sobre lo que pasó anoche? Gracias.

Desvío la vista hacia el frente.

—No, porque voy a corregir lo que le he dicho a mi padre esta mañana para que no nos pillara: sí que me sé tu nombre, Daniel Domènech Bonet, y me encanta cómo suena cuando lo pronuncio. También me sé de memoria cada milímetro de tu cara y tengo grabada en mi mente la expresión que pusiste cuando te corrías mientras me mirabas. —Me detengo en un semáforo en rojo y giro la cabeza hacia él; Dani está paralizado, casi sin pestañear, con los ojos posados en el autobús que tenemos delante—. Y lo de anoche no fue un rollo sin importancia ni un polvo sin sentimientos; ni siquiera se le parece. Cuando te he dicho que no me salían las palabras, lo

he dicho de verdad: ninguna está a la altura para describir, aunque sea un poco, la magia y la conexión que hubo entre nosotros. Me sentí como si volviera a tener dieciséis años. Ha merecido la pena la espera.

Dani continúa callado, sin mirarme, cuando termino de recitarle mi monólogo. No tengo ni idea de lo que se le estará pasando por la cabeza, porque no gesticula ni hace ninguna mueca, y su semblante permanece impasible, sin rastro de alguna emoción que me confirme que no la he cagado abriéndole mis sentimientos sabiendo que tiene un novio tan estupendo.

El semáforo se colorea de verde, pero yo no le hago caso. Dani por fin se atreve a reaccionar y estira el brazo hacia la radio para encenderla. La respuesta que recibo de su parte es una canción roquera y escandalosa de algún grupo de rock, proveniente de los altavoces y con el volumen al máximo, para que me quede bien claro que no piensa comentar nada acerca de lo sucedido anoche entre las cuatro paredes de mi habitación.

El sonido del claxon del vehículo que tenemos detrás nos devuelve al mundo real y yo me concentro en conducir.

No me arrepiento de haberme tirado a la piscina y haber desnudado mi alma ante él. Uno debe arriesgarse para volver a conquistar al amor de su vida, aunque el dolor de la hostia que me dé contra la realidad sea el peor que experimentaré jamás.

25. Daniel

El miércoles, después del ensayo con el grupo, le propongo a Rober quedarse a dormir en mi casa para contarle de una vez lo que hice con Axel el sábado, de modo que compramos la cena en el McDonald's y nos apalancamos en el banco del jardín trasero. Mi madre y Casimiro están en el salón, enganchados a otra novela turca; Axel me ha contado esta mañana que se iría un rato al piso de Gerard cuando saliera de trabajar.

Me apostaría mi hamburguesa doble con extra de queso, mi refresco de cola y mis patatas fritas con kétchup a que también van a chismorrear sobre nuestro reencuentro pasional, porque son peores que yo.

En cuanto a mi brazo… Sigue vendado hasta que mi fisio me dé luz verde para liberarlo, aunque me duele menos. Este sábado no tocaré la guitarra en la actuación de Lapislázuli porque el tonto del bote me lo ha prohibido «por mi bien»; solo cantaré. Si Axel no viniera a verme al local, sacaría mi instrumento y aporrearía las cuerdas con tranquilidad, sin miedo a que subiera al escenario para requisármelo.

Pero me encanta que se preocupe por mí y me haya ofrecido su ayuda gratis. Hasta le he preparado yogures de galleta caseros como muestra de agradecimiento, que se los podrá comer en cuanto llegue a casa.

—¿Te has enrollado con alguien últimamente? —le pregunto a Rober cuando terminamos de cenar.

Se ha tumbado en el banco, con la cabeza recostada sobre mi regazo, mientras yo le acaricio el pelo.

—No, pero sí que he estado tonteando con una clienta de la tienda que viene casi todos los días a mirar la ropa. Pero creo que es una excusa para hablar conmigo, porque solo se acerca a mí para pedirme ayuda. Ayer me dio su Instagram para que la avise cuando haya rebajas.

Me río.

—Qué descarada.

—Y tú, ¿qué? —Alza la vista hacia mí para estudiar mi expresión, que estoy seguro de que me delata. Al darse cuenta de que no digo nada, porque no sé cómo empezar, y de que solo jugueteo con un mechón de su pelo, suelta en tono jocoso—: Joder, estoy intrigado. ¿Ha sido con algún famoso o qué?

¿Por qué, de repente, me estoy comiendo la cabeza por si se toma a malas que haya follado con Axel? Es solo un tío, un pene con patas y músculo, y Rober es mi novio; no tengo ningún motivo para estar así.

—Más quisiera yo que haya sido con algún famoso —consigo responderle centrando mi mirada en él. Me lleno de valentía y le lanzo la bomba, pero en un susurro y con la boca bien pequeña por si mi madre o mi padrastro aparecen de golpe y me escuchan—: Fue con Axel cuando os marchasteis el sábado.

A Rober, si le ha sorprendido la noticia, no se le nota; solo hace un ligero arqueamiento de la ceja derecha. Se incorpora sobre el banco y se sienta con las piernas cruzadas en mi dirección, para invitarme a que le cuente cada detalle.

—Era más que evidente que eso ocurriría tarde o temprano, porque menuda tensión sexual había entre los dos —me dice sin un atisbo de expresión en su rostro.

Más que tensión sexual, lo que había (y sigue habiendo) entre Axel y yo son las ganas de querer asesinarnos el uno al otro.

—Cogimos una botella de ron, bebimos más de la cuenta y acabamos borrachos —le cuento al tiempo que me arranco un

padrastro (no Casimiro) de al lado de una uña, sin mirarlo—. En conclusión: nada bueno salió de ahí.

—Hombre, es que tirarte a tu ex… Tiene tela, Dan.

Mi vista se desvía de inmediato hacia él.

En este momento soy la Britney Spears que aparece en un meme, enfundada en un vestido plateado, bien recta y sin moverse, y acompañada de la palabra «tiesa».

¿Quién le ha contado ese detalle? ¿Candela, que, al fin y al cabo, es su hermana? ¿Iris, para facilitarme el trabajo? ¿Gerard, porque se le habrá escapado? ¿O quizás Axel?

—¿Qué?

—A ver, no soy tonto. Sé que tuvisteis algo en la adolescencia; estabais siempre juntos. —Esboza una sonrisa apagada—. Un día, a la hora del recreo, os vi dándoos el lote, escondidos detrás del gimnasio. Además, cuando se fue a Inglaterra y vino en Navidad por sorpresa, te abalanzaste sobre él y os vio el insti entero besándoos. Es verdad que, cuando lo vi hace unos meses, no lo reconocí porque ha cambiado mucho, como todos nosotros, pero luego sumé dos más dos y deduje que este Axel es el chico que te hizo tanto daño.

Mierda. Ahora habrá pensado que le he querido ocultar esa parte de mi vida.

—Lo siento —me disculpo con sinceridad y mi mirada posada en la suya—. Te juro que te lo iba a contar, pero aún no estaba preparado para hablar de ese tema después de tantos años, así que he optado por fingir demencia; a las chicas les tenía prohibido nombrarlo en mi presencia.

Rober me coge de las manos con cariño y me acaricia el dorso con los pulgares.

—¿Qué fue lo que te hizo?

Puf. ¿Puedo simular un desmayo para no contestar a esa pregunta tan complicada? Me da una pereza enorme.

Sin embargo, me he prometido a mí mismo que sería honesto con él, que tiene todo el derecho del mundo de saber la historia completa, por lo que, durante la próxima media hora, le narro lo que

el imbécil del Axel adolescente me hizo, y lo criticamos e insultamos juntos.

—Se merece que la inglesa le pusiera los cuernos —me dice mi novio, y yo me echo a reír—. Se me acaba de caer un mito. Con lo bien que me cae y lo nuevo que me deja cada vez que voy a su clínica… Pero no voy a dejar de ir, porque me hace un descuentazo de amigo y mi espalda se lo agradece.

Me quedo asombrado por su postura tan relajada y porque se lo haya tomado tan bien. Yo, en su lugar, no sé cómo habría reaccionado si él hubiera follado con algún ex al que ha querido mucho; probablemente fatal, conociendo el genio que me gasto.

—Entonces, ¿no te ha molestado que no te haya contado que estuve saliendo con él?

—No te voy a mentir, porque sí que me ha fastidiado que me lo hayas ocultado. Pero no puedo cabrearme contigo por algo de tu pasado que has preferido olvidar. Me enfadaría si te volvieras a enamorar de él mientras estás conmigo y no me lo dices.

Se me escapa tal carcajada con la que casi me explotan los pulmones.

—¿Qué dices? Eso no me va a volver a suceder jamás. Axel es agua pasada y tengo superclaro que mi presente y mi futuro serán contigo. —Estrujo sus manos con fuerza por debajo de las mías (pero con poca, que aún tengo el brazo derecho convaleciente), sin dejar de observar sus ojos cafés, maquillados de negro—. Porque la persona que quiero eres tú.

Rober vuelve a exhalar y aparta su mirada de mí para desviarla hacia nuestras manos.

—Sé que nunca hemos puesto ninguna regla en nuestra relación, pero me gustaría proponerte algo, porque me siento inseguro con este tema.

Lo agarro del mentón y lo obligo a mirarme.

Joder, me siento peor que una mierda por haberle despertado esa inseguridad.

—¿Quieres que cerremos la relación? A mí me da igual. Lo único que me importa es estar bien contigo y que te sientas seguro con lo nuestro, no provocarte inseguridades innecesarias.

Me dedica una sonrisa genuina.

—No hace falta que la cerremos, tranquilo. —Y rehúye de mi mirada—. Lo que te quiero pedir es que no vuelvas a tener nada con Axel. Acuéstate con quien te apetezca, pero con él no.

—Vale, sí, acepto —le contesto sin dudar—. Te prometo que no me liaré con él más. Lo de la otra noche fue un error por culpa del alcohol; no tendría que haber ocurrido.

—Y tengo una última pregunta. —Vuelve a posar sus ojos en mí —. ¿Sientes algo por él?

¡Hala, hala, hala! ¿Cómo puede pensar eso?

—Claro que no. —Me río y noto que las palmas me sudan, aunque no comprendo por qué—. No siento nada por Axel. Es cierto que hace años estábamos muy unidos y yo estaba enamoradísimo, pero ya no. Como te he dicho antes, ese tío es agua pasada. —Me llevo una mano al corazón y añado—: Te lo juro por Lapislázuli.

La expresión de Rober se suaviza, dejando a un lado la desconfianza y el miedo.

—Está bien, te creo.

Respiro, aliviado, y lo siguiente que hago es achucharlo lo más fuerte que puedo entre mis brazos, empatizando lo mínimo con mi esguince de codo, y lo beso con ternura.

—Te quiero un montonazo, Robbie. —Entierro la cabeza en el hueco de su cuello.

—Yo más, Dan. —Me acaricia la zona del brazo que tengo vendada—. Pero vamos a centrarnos ahora en el salseo más importante de la noche: ¿está bien dotado ese Ken?



23 de julio de 2012

Axel y yo cumplíamos dieciséis años. Aquel día había ido a su casa y, como aún estaba dormido, lo había despertado justo a las 11:11 para darle mi regalo: mi anillo negro que siempre llevaba rodeando mi pulgar, para que siempre se acordara de mí. Pensaba que se reiría de aquel gesto tan romántico, pero, en lugar de eso, se emocionó un montón y me dijo que era el mejor novio del mundo. El resto de la mañana lo aprovechamos para ir a la playa con nuestros amigos, luego fuimos a almorzar a una pizzería y después otra vez a su casa para comernos la deliciosa tarta que nos había preparado su madre y soplar las velas.

A las siete de la tarde, duchados y arreglados, mis amigas y yo nos adentramos en una farmacia (no era en la que trabajaba mi madre) para conseguir *herramientas*, mientras Gerard y Axel se encargaban de comprar palomitas y chuches para ir al cine.

—¿Me puedes dar una caja de condones, por favor? —le pidió Candela a la farmacéutica en el mostrador, con Iris a su lado.

Yo permanecía alejado de ellas, concentrado en una estantería donde estaban colocados los botes de potitos para los bebés, porque no quería ser partícipe de aquello.

—¿De qué talla? —le preguntó la mujer.

—Espera un segundo —le respondió la disimulada de mi amiga, que giró la cabeza en mi dirección para gritar—: ¡Nene! ¿Qué talla calza tu maromo? Bueno, o tú. Depende de quién se la meta al otro.

La miré de hito en hito y las mejillas se me colorearon de rojo. A la farmacéutica se le escapó una risita e Iris le dio un codazo a Candela para que controlara su vocabulario.

—Eh… No sé. ¿Normal? —logré decir con las mejillas ardiendo—. No tengo ni idea, perdón.

Quería que se abriera un portal mágico entre los potitos para desaparecer.

—Dame también un lubricante de fresa. —Candela volvió a dirigirse a la farmacéutica.

Dios mío, estaba pasando la mayor vergüenza de mi vida.

Cuando mi amiga pagó con el dinero que le había dado, metió las *herramientas* en su bolso y abandonamos la farmacia para reunirnos con los otros dos en la cola del cine.

—Galletito. —Mi novio me rodeó con los brazos y me plantó un beso en los labios.

—Sabes que no me gusta ese apodo tan ñoño.

—Necesito vomitar —oímos a Iris quejarse.

Axel y yo nos reímos y dejamos a un lado nuestras muestras de afecto para hacerles caso a nuestros amigos.

—Tú y yo podríamos estar así también, Candy, pero le tienes miedo al éxito —le dijo Gerard a mi amiga—. No he podido sacarme la ESO, pero tengo buen corazón y gano un sueldo cada mes.

Candela suspiró, poniendo los ojos en blanco.

—Ay, por Dios, qué cansino eres, Gerardo.

Pobre chico. No paraba de recibir calabazas de parte de ella.

Una vez que entramos en la sala del cine, nos acomodamos en las butacas de la última fila, a pesar de las protestas de Iris, que nos amenazó con cortarnos los huevos como se sentara una jirafa delante de ella.

Durante la peli, Axel y yo hicimos de todo mientras fingíamos que la veíamos: nos robábamos las palomitas el uno al otro, compartíamos besos, nos pegábamos patadas en la espinilla, nos insultábamos de manera cariñosa, entrelazábamos nuestras manos para pedirnos perdón, nos dábamos más besos, nos reíamos, nos metíamos mano… Los demás nos aconsejaron que nos fuéramos a los baños porque éramos insoportables.

En cuanto la sesión acabó, nos quedamos hablando en la entrada del cine.

—Toma tus herramientas. —Candela me entregó la bolsa de la farmacia—. Se te iban a olvidar. Menos mal que me he acordado.

Me puse más colorado que cuando me preguntó por la talla que tenía Axel.

—¿Herramientas? ¿En la farmacia? —quiso saber mi novio.

—Claro, ahora las farmacias son las nuevas ferreterías —intervino Iris, burlona—. ¿No lo sabías, Axel? ¿Tú no eras el empollón de clase?

Axel frunció el ceño, yo me tapé la cara con una mano y Candela volvió a hablar:

—Se pueden comprar fundas protectoras para tu llave y un botecito de aceite para dilatar la cerradura de la puerta y que esa llave entre mejor.

Por su expresión, Axel continuaba sin enterarse de nada, porque aquel día estaba un poco espeso, y Gerard no paraba de descojonarse porque sí había captado el chiste.

Cuando nos despedimos de nuestros amigos, nos fuimos directos a mi casa. Eran cerca de las diez; a mi madre le tocaba turno de noche en la farmacia y no terminaba hasta las nueve de la mañana, de modo que podíamos estar tranquilos sin ningún adulto alrededor.

En realidad, aquella semana me tenía que quedar en el piso de mi padre (se separaron a principios de junio), pero mi plan era enviarle un mensaje de madrugada para avisarlo de que se me había hecho TARDÍSIMO (en mayúsculas y todo) y la casa de mi madre me pillaba más cerca. A mi progenitora le iba a escribir una nota con la misma mentira (añadiendo que Axel se había quedado a dormir por el mismo motivo) y se la dejaría sobre la mesa de la cocina para que la viera nada más regresar.

La vida de dos adolescentes ennoviados era muy complicada.

Mi novio también informaría a sus padres de que iba a pasar la noche conmigo. O, más bien, a su madre, que era la única que conocía nuestro romance (aparte de mi padre), porque una tarde me

fui a «estudiar» a su casa y ella, cuando volvió del trabajo, abrió la puerta de la habitación de Axel de golpe y me descubrió sobre su hijo mientras le hacía una limpieza bucal con la lengua. Nos pidió disculpas y nos dejó a solas de nuevo, pero fuimos en su búsqueda y le contamos que estábamos juntos; ella nos dijo que se alegraba por nosotros y que tomáramos precauciones, aunque ninguno pudiera quedarse embarazado. Con eso último, Axel y yo nos convertimos en dos tomates con patas.

—Las herramientas que he comprado en la farmacia son estas —le dije a mi novio, y saqué de la bolsa el bote de lubricante y la caja de preservativos para colocarlos sobre la mesa de la cocina.

Axel empezó a desternillarse de la risa.

—Vale, ahora entiendo lo que ha dicho Candela del aceite y la funda para la llave.

—Para que los usemos cuando… Ya sabes.

El idiota se carcajeó más.

—Sé para qué se usan, cuándo, cómo y dónde, Daniel.

—No te rías de mí.

Se ganó un puñetazo en el hombro justo cuando la alarma de su Blackberry nos interrumpió.

—Las 22:22, la hora de los patitos. —Sonrió, mirando la pantalla, y su vista se posó en mí—. Feliz cumple, Galletito.

Esbocé una sonrisa tan grande que me atravesó la cara.

—¿Y mi regalo? Llevo todo el día esperándolo.

Axel se levantó de la silla, se quitó su colgante del trébol de cuatro hojas, se puso detrás de mí y me lo colocó en el cuello; sus suaves manos me hicieron cosquillas en la nuca.

—Para que no te olvides de mí nunca y te dé suerte. —Me dio un cariñoso beso en el hombro, luego otro en los labios y se volvió a sentar en la silla, frente a mí.

Mamma mia. Qué enamorado me tenía ese ser humano.

—Es imposible que me vaya a olvidar de ti —le dije mirándolo a esos ojos que me volvían loco—. Te quiero muchísimo.

Auch. Se me habían escapado aquellas palabras tan cargadas de sentimiento y quería evaporarme. Por la expresión de sorpresa que había invadido su rostro (ni siquiera parpadeaba), hubiera sido mejor mantener la boca cerrada.

O quizá no estaba preparado todavía para decirme lo mismo y necesitaba más tiempo.

—Eh… Ya… Esto… —Soltó una risita, me apartó la mirada y se rascó la nuca—. ¿Soplamos las velas en los yogures?

Y eso fue lo que hicimos tras mi fatídica declaración de amor: clavamos una vela con el número dieciséis en cada yogur, nos cantamos el *Cumpleaños feliz* el uno al otro, pedimos un deseo y soplamos.

Para terminar el día por todo lo alto, nos encerramos en mi habitación y estuvimos de acuerdo en estrenar las *herramientas.*

Teníamos claro que lo queríamos hacer antes de que se marchara a Inglaterra; lo habíamos hablado un millón de veces y, tras seis meses de relación, estábamos más que preparados para dar ese paso juntos y nos moríamos de ganas.

¿Existía un momento más adecuado que el día de nuestro cumple? Por supuesto que no.

Así que, entre besos con sabor a galleta, caricias con manos temblorosas, sonrisas tontas, miradas intensas, risas nerviosas y muchísima torpeza, pasé la noche más bonita y especial de mi vida. Axel me preguntaba a cada rato si me estaba haciendo daño o si me encontraba bien, pero yo solo le respondía con sonidos extraños que salían de mi garganta, porque mi cerebro lo había ocupado un mono tocando los platillos.

—Te quiero más que al último yogur de galleta del mundo, Daniel —me dijo Axel nada más terminar, al acomodarse a mi lado, y me dio un tierno beso en la cabeza.

No me lo podía creer… ¡Lo había dicho! En aquel instante me sentía el chico más feliz del mundo.

—Y yo a ti. —Me abracé a él, sonriendo—. Ha sido rarísimo, ¿verdad?

—Un poco, pero me ha parecido una maravilla.

—A mí también. —Lo estrujé más fuerte entre mis brazos—. ¿Vamos a hacerlo otra vez?

Axel se rio.

—Todas las veces que quieras y de todas las formas posibles. —Y detuvo sus risas para obligarme a mirarlo—. Oye, ¿seguro que no te he hecho daño?

—Que no, pesado. —Suspiré, poniendo los ojos en blanco—. Ni que te midiera cuarenta y siete centímetros.

—Bueno, le falta poco, eh.

Estallé en carcajadas ante ese pedazo de chiste.

—¿Qué dices, mamón? Si la tienes diminuta.

—Tú sí que la tienes diminuta. —Me apartó con un leve empujón y se giró en el colchón, dándome la espalda.

Me reí más y me abracé a él, pasando mi brazo por su costado. Deposité un beso en su nuca para que no me odiara y le enseñé la palma de la mano.

—¿Me perdonas, Galletito? —susurré en su oído, y entrelazó sus dedos con los míos.

—Siempre, monigote. —Y se llevó mi mano a su boca para regalarle un beso; después, se dio la vuelta hacia mí y me besó en los labios mientras me decía que me quería.

Yo también le dije lo mismo. Varias veces, por si no se había enterado.

Temía que llegara septiembre y me quitara lo que tenía con Axel. Necesitaba que el tiempo que quedaba de verano se hiciera eterno.

26. Axel

—¡He vuelto a ganar! —exclama Candela alzando los brazos, y arrastra hacia ella los cinco euros que hemos apostado cada uno.

—Vaya tramposa. —Arrojo las cartas a la mesa, frustrado—. No voy a jugar cuando tú juegues.

—No la llames tramposa, a ver si te tengo que pegar una hostia con toda la mano abierta —la defiende Gerard.

Me he venido al piso de mi amigo cuando he terminado de trabajar porque necesitaba despejarme. Hemos pedido pizzas, me he hecho un nuevo tatuaje en el antebrazo derecho y nos hemos puesto a jugar a las cartas.

—Déjalo, Gerardo —le responde ella—. Tiene mal perder.

Cuando considero que ya va siendo hora de que me marche, Candela me pide que la lleve a su piso y, una vez que la dejo frente a su bloque y aparco el coche delante de la casa de mi padre y Júlia, me encamino hacia el jardín trasero para sentarme un rato a tomar el fresco, pero me detengo en seco en cuanto me percato de que Daniel y Rober están acaparando uno de los bancos mientras se abrazan y hablan en voz baja, con una manta echada por encima; en la mesa se hallan los restos de su cena del McDonald's.

Joder, no tengo palabras para explicar lo que siento cada vez que los veo juntos; se nota a simple vista que se desviven el uno por el otro. Me arrepiento de haberle confesado mis sentimientos al día siguiente de acostarnos, cuando salimos de mi clínica.

Y seguro que esta noche toca fiesta. Me tendría que haber quedado en el sofá de Gerard.

Al intentar irme del jardín, me tropiezo con una maceta, que no sé qué demonios hace en medio de mi camino, y se hace añicos al estrellarse contra el césped. Las miradas asustadas de la parejita feliz se posan en mí con rapidez.

—Ah, pero si es Axel —suelta Rober—. Ven con nosotros, colega, y te cantamos una serenata.

—Sí, vente, hermano —me dice Daniel con sorna—. Nos quedan *nuggets* de pollo. ¿Te apetecen?

Camino en su dirección, fingiendo una amplia y dolorosa sonrisa, y tomo asiento en el otro banco, frente a ellos. Bajo la luz de la farola, me percato de que ambos me observan, con el semblante lleno de diversión.

—Toma. —Daniel desliza el paquete con las *nuggets* sobrantes por la mesa, hacia mí—. Para que luego digas que no me acuerdo de ti.

—Qué detalle por tu parte —le respondo, irónico, y cojo una *nugget* para darle un bocado—. Al final vas a ser un buen hermanastro.

Y lo es, en realidad, porque me ha preparado sus deliciosos yogures caseros para agradecerme haberle tratado el esguince de codo, pero no he podido evitar regañarlo por haber estado cocinando y sin darle reposo a su brazo.

—¿Quieres comerte también mi patata deluxe repleta de mayonesa? —interviene Rober en un tono que no me gusta nada por la jocosidad que lo adorna, y me muestra la patata manchada de esa salsa—. No está tan bien dotada, pero está rica.

Daniel, abochornado y aguantándose la risa, le propina un codazo nada disimulado a la vez que le da un sorbo a su bebida con la pajita.

Bebida que se encuentra ya vacía, a excepción de los hielos, que son lo único que suena, por lo que solo está tragando aire.

Me meto en la boca el trozo que me queda, lo mastico con detenimiento, mirando primero a uno y luego al otro, y le robo al melenudo su patata para comérmela sin dejar de analizar ambas expresiones, sobre todo la delatadora de Daniel.

Veo que se lo han pasado bomba hablando de mí y de lo que hice con el monigote el sábado por la noche. Me gustaría saber qué es lo que Daniel le ha contado exactamente a su querido novio.

—¿Os habéis divertido chismorreando sobre mí?

No me molesta que haya puesto al tanto a Rober de lo que pasó entre nosotros, porque yo también se lo he contado a Gerard (incluida mi declaración de amor) antes de que llegara Candela. Mi amigo me ha aconsejado que le dé espacio a Daniel, porque seguro que tiene la cabeza hecha un lío y que por eso reaccionó ignorándome cuando se lo solté todo.

—Tranquilo, que Dan es muy respetuoso cuando me habla de sus ligues —me responde Rober.

—Así es —se une el otro asintiendo con la cabeza—. No cuento vulgaridades.

Eso no se lo cree ni él.

Vuelvo a dedicarles una sonrisa simulada y me pongo en pie.

—Me voy a la cama. Que os lo paséis bien marujeando.

Antes de irme, Daniel me agarra del brazo donde tengo el tatuaje que me ha hecho Gerard, cubierto con papel film, y le entra un ataque de risa con el que acaba atragantándose con su propia saliva.

Me esperaba esa reacción.

Me he tatuado la expresión *taylor's version,* en cursiva y entre paréntesis.

—Lo tuyo ya se considera preocupante —me dice mi hermanastro al calmarse de sus risas y toses.

—No le hagas caso, que está muy chulo —comenta Rober haciendo un ademán con la mano, y yo no sé si lo dice en serio o en broma.

—Buenas noches —es lo único que les respondo, impasible.

La parejita también me desea buenas noches y yo me adentro en el salón para saludar a mi padre y a Júlia, que están viendo la tele. Me voy a la cocina y capturo uno de los deliciosos yogures de Daniel y una cucharilla. Al subir a mi habitación, me asomo a la ventana, cuyas vistas son del jardín trasero, y distingo a la perfección la escena que me está matando, iluminada por un par de farolas. Sin pensarlo más, bajo la persiana y me meto en la cama, con la compañía del yogur, para ponerme *Paquita Salas* hasta que me entre sueño o hasta que los otros comiencen a formar escándalo en el dormitorio de al lado.



—Yo no puedo acompañar a Axel porque tengo que hacer un millón de cosas —manifiesta Daniel en cuanto Júlia nos recuerda que hoy nos toca ir al supermercado. Deberíamos haber ido ayer, pero se nos olvidó y la nevera está desierta—. Fin de la discusión. —Y suelta los cubiertos en el plato, provocando un ruido estrepitoso.

—¿Cómo vas a dejar a Axel hacer la compra solo? —interviene su madre, mediadora—. ¿No te da lástima?

—Así te distraes un poco, hijo, que últimamente estás muy estresado —añade mi padre.

Yo contemplo la divertida discusión sin meterme mientras me zampo los espaguetis con salsa boloñesa. Entonces, Daniel coge su tenedor y me apunta con él, mirando a nuestros padres, para continuar parloteando y criticándome, como si yo no estuviera delante.

—Ese de ahí ya es lo bastante mayorcito como para no perderse en el supermercado, se sabe perfectamente el camino a casa y tiene un coche con el que puede trasladar las bolsas, así que no necesita mi ayuda.

—Vale, vale. —Mi padre levanta las manos en son de paz y le da un codazo a su prometida, guasón—. Caray, qué genio tiene el niño.

A Júlia se le escapa una risita y Daniel golpea su plato vacío con el cuchillo y el tenedor, como si fueran una batería y unas baquetas, con la vista posada en su vaso.

No logro descifrar si está haciendo el papel de que seguimos llevándonos mal delante de nuestros padres o si está molesto conmigo por algo en concreto. Desde que nos acostamos, se comporta de una manera inusual conmigo. Algunas noches le he propuesto ver alguna serie o peli en la tele de mi habitación (algo que se había vuelto habitual) y se ha negado, diciéndome que tenía muchísimo sueño y que estaba cansado; otras veces me he intentado colar en su cuarto cuando estaba ensayando, para escucharlo mientras busco piso en el portátil o para ser su público, pero me ha acabado echando. También me ha estado evitando en las zonas comunes de esta casa: cuando yo entraba en el salón, él se marchaba de inmediato; cuando aparecía en el jardín trasero y él estaba practicando con su guitarra, se esfumaba; cuando ambos nos levantábamos por la mañana e íbamos directos al baño para darnos una ducha, suspiraba y me dejaba entrar a mí primero, sin insultarme.

Como lo tengo sentado al lado, me hago con un pedazo de pan y lo cuelo en su plato para llamar su atención. Él, al darse cuenta de que algo ha volado hacia su «batería», deja de aporrearla con los cubiertos y, en vez de lanzarme el trozo como venganza, lo coge y lo coloca a un lado de la mesa como si nada. A continuación, se levanta, deposita sus cosas en el fregadero y se larga de la cocina tras decirme que me espera fuera para venir conmigo al supermercado.

Júlia y mi padre se sorprenden ante el comportamiento de Daniel.

—¿Tú sabes lo que le pasa? —me pregunta ella en voz bajita—. ¿Ha tenido algún problema con Rober o con su grupo?

—Que yo sepa, no.

—Estará estresado con sus cosas; ya se le pasará, Prometida —comenta mi padre.

Cuando termino de comer, Daniel y yo ponemos rumbo al supermercado; él, sin despegar la vista de la pantalla de su móvil y yo, mirándolo de reojo a medida que conduzco. Ni siquiera nos apetece escuchar música y solo nos acompaña el ruido que proviene de la calle, de otros vehículos y de la gente que pasea por la acera.

—Ya hemos llegado —lo aviso al estacionar el coche.

—Yupi… —suelta, irónico.

Nos adentramos en el súper y él es el encargado de conducir el carrito de la compra, desganado y aburrido, así que el único entretenimiento que vuelve a tener es su móvil.

Conforme paseamos por los pasillos, coloco los productos en el carrito y Daniel lo estrella varias veces contra mi trasero. No lo hace por estar distraído, sino a propósito. También derriba un estante entero de papel higiénico (lo ayudo a recoger cada paquete para que no nos echen) y atropella a un par de personas sin querer. Cuando por poco tira una estantería llena de huevos, lo detengo y le arrebato el maldito teléfono, que me lo guardo en el bolsillo de los vaqueros hasta que lleguemos a casa.

—¡Eh! —protesta, y acerca una mano a mi mejilla para darle un buen estirón—. Devuélvemelo o te dejo sin cara.

—No me da la gana —intento responderle retándolo con mi mirada, aunque mis palabras no se entienden. Como venganza, agarro unos cuantos mechones de su pelo y les doy un tirón—. ¿Quieres que te deje calvo?

Los clientes que pasan por nuestro lado se nos quedan mirando, curiosos, y dos niños de unos cinco años nos animan; uno le dice a Dani que me rompa la cara y el otro me ordena que le arranque el pelo. Al final, la que supongo que será la madre los regaña y se los lleva con ella a otro pasillo.

—Vale, me rindo. Tú ganas. —Me suelta el moflete y yo hago lo mismo con su cabello, que se lo masajea con una mano—. Buena jugada. Has ido a por mi punto débil.

Le dedico una sonrisa triunfal y guío la mano hacia esos mechones, con la intención de acariciarlos, pero él me lo impide, dándome un manotazo.

—Vale, ¿qué te pasa? —exijo saber manteniendo mi mirada en la suya—. Estás raro conmigo desde que pasó lo que pasó entre nosotros.

—Luego te lo cuento. —Agarra el carrito con mala leche y, antes de continuar su recorrido, agrega—: Ahora hay que terminar de comprar, que están a punto de cerrar.

—¡Pero si aún quedan horas, memo!

En cuanto abandonamos el supermercado, con un montón de porquerías poco saludables para nosotros y que nuestros padres nos las van a lanzar a la cara en cuanto las vean, llegamos a casa y ponemos la compra en su sitio después de que las gatas inspeccionen cada bolsa.

Le devuelvo a Daniel su móvil y lo persigo escaleras arriba, con la idea de proponerle un plan para que no se vuelva a escapar de mí y pasemos tiempo juntos, que estas semanas ignorándome me han dolido.

Por lo menos que se sincere conmigo y me cuente lo que le pareció la otra noche. Sé que le encantó, porque lo leí en su cara, pero necesito oírlo de su boca.

—¿Me ayudas a grabar unos vídeos que quiero subir a mi Instagram de fisio? —le pido antes de que se meta en su habitación.

Daniel me contempla con el ceño fruncido.

—¿Qué clase de vídeos?

Lo ha preguntado con tanta desconfianza que parece que le he planteado grabar un vídeo porno para subirlo a OnlyFans.

—Sobre ejercicios que quiero enseñarles a mis seguidores para ayudarlos con sus dolores. Tienes que fingir que eres mi paciente —le explico, y su expresión cambia a una de espanto, por lo que decido utilizar el chantaje emocional junto a una sonrisilla lastimera —. Me lo debes, por haberte curado gratis.

—Tú solo quieres aprovecharte de mi fama para que mis fans vayan a tu clínica a que les hagas un final feliz.

Me echo a reír.

—Nunca está de más conseguir nuevos clientes, aunque sea gracias a tu poca fama.

Daniel abre la boca, ofendido.

—No voy a tener eso en cuenta porque la envidia habla por ti. —Se da media vuelta para encaminarse hacia mi dormitorio—. Vamos a grabar esos vídeos.

Mientras busco el trípode en mi armario, él se sienta en mi cama con las piernas cruzadas y le recuerdo que me iba a contar por qué ha estado evitándome estos días.

—Todavía estoy procesando lo que ocurrió y poniendo en orden mis sentimientos —confiesa, ahora que no lo miro porque estoy en cuclillas, de espaldas a él, rebuscando en una caja de la parte baja del armario—. Iris siempre me ha dicho que acostarte con un ex es como si te comieras tu propio vómito y lo disfrutaras.

Me incorporo, porque ya he encontrado lo que buscaba, y lo miro.

—Gracias por la parte que me toca, aunque tú también serías un vómito.

Apoyo el trípode en el suelo y deposito el móvil en él.

—El problema es que, el otro día, le conté a Rober que habíamos follado y el que me sorprendió fue él, porque sabía que tú y yo habíamos tenido «algo» en el pasado.

Me dirijo hacia él y me siento a su lado.

Esta conversación se merece que le ponga mis cinco sentidos.

—Íbamos al mismo instituto; lo raro sería que no lo supiese.

—Ya. —Chasquea la lengua y desvía la vista hacia mi cojín, que lo tiene sobre su regazo, para evitar mirarme—. Nunca hemos puesto normas en nuestra relación abierta, pero me ha pedido que no vuelva a follar contigo porque le he despertado inseguridades, y a mí no me queda otra opción que la de respetar su decisión, por eso he huido de ti estos días. Si no te tenía cerca, no existías; por tanto, no

había ningún peligro de que quisiera abalanzarme sobre ti y comerte la boca.

Lo que me acaba de contar me pilla por sorpresa y provoca que el pecho me arda, me escueza y me duela.

En parte entiendo a Rober; es un buen tío y no se merece sufrir. Si yo estuviera en su lugar y tuviera una relación abierta con mi pareja, reaccionaría de manera similar.

Pero yo no puedo evitar sentir lo que siento hacia Daniel.

—¿Te arrepientes?

Sus ojos se posan en mí con rapidez.

—No —me responde, seguro—. Sería un hipócrita de mierda si dijera que me arrepiento. —Me dedica una amplia sonrisa—. Fue brutal nuestro reencuentro pasional; todavía me tiemblan hasta las neuronas.

—Confirmo cada palabra de lo que has dicho.

Nos reímos al unísono y chocamos nuestras manos.

—Pero no se va a repetir.

—Lo entiendo. —Me esfuerzo en que no se me note la desilusión en la voz y añado, fingiendo ser gracioso—: Entonces, ¿qué somos? ¿Amigos? ¿Exnovios? ¿Hermanastros? *¿Wildcats?*

La mención del equipo de baloncesto de Troy Bolton, de *High School Musical,* le arranca una carcajada.

—Solo Axel y Dani, pero tenemos que volver a ver las pelis de *High School Musical* algún día.

—Prometido —le respondo con la mano en el corazón, y me pongo en pie—. Vamos a grabar esos vídeos.

Y Daniel, para intentar mitigar la tensión que se ha instalado entre nosotros, suelta:

—¿Te vas a disfrazar del sexi doctor de la Rosa?

27. Daniel

El domingo siguiente, me toca hacer de niñero. Mi padre y su mujer van a pasar el día fuera para celebrar su aniversario de bodas y no regresarán hasta la noche. ¡Yupi!

—Buenos días, familia —saluda Axel al entrar en la cocina tan fresco como una rosa, vestido con una reluciente sudadera blanca que me daña los ojos. Le da un beso en la mejilla a mi madre y un choque de puños a su padre, mientras que a mí, que estoy de pie, apoyado en la encimera, mirando al infinito y con una taza de café entre las manos, me arrea una colleja—. Capullito de alelí.

Le doy un puñetazo en uno de sus bíceps inflados.

—Piérdete, que no estoy de humor.

Me mira con el ceño fruncido a la vez que se sirve café.

—¿Qué te pasa?

—Tiene que cuidar de sus hermanos hoy —habla mi madre por mí, riéndose—. Se está preparando mentalmente porque son un poco traviesos.

Un poco, dice… ¡Son los descendientes del mismo Satanás! No tengo ni idea de los modales que les están enseñando sus padres.

—¿Puedo ir contigo? —me pregunta Axel, y yo ladeo la cabeza hacia él, patidifuso—. Me encantaría conocerlos y saludar a tu padre, que hace mucho tiempo que no lo veo. Así te echo una mano.

No, por favor. Quiero evitar compartir espacio con él todo lo necesario. Si no lo tengo cerca, no tendré remordimientos por

experimentar *ciertas cosas* y no sentiré que le estoy poniendo los cuernos a mi novio.

—No te lo recomiendo. En cuanto los conozcas, vas a ir corriendo a un hospital a hacerte la vasectomía.

Axel se ríe.

—Qué exagerado. Seguro que no será para tanto.

—Vosotros erais peores —interviene Casimiro.

—Pero muchísimo peores —agrega mi madre—. Los hijos de mi exmarido son unos angelitos comparados con vosotros.

Tienen razón, pero, en nuestro caso, aguantarnos era una bendición, porque éramos adorables. Mis hermanos, no.

Sobre las doce del mediodía nos ponemos en marcha en el coche de Axel hacia la dirección en la que se encuentra el piso de mi padre.

—Eres libre de huir cuando quieras —insisto, sentado en el asiento del copiloto.

Él despega la vista de la carretera para mirarme a través de sus gafas de sol y sonreírme.

—No voy a huir más; te lo he dicho mil veces.

Un remolino de mariposas drogadas invade mi estómago y, durante lo que queda de trayecto, contemplo el paisaje con una sonrisa pegada a la cara.

Una vez que llegamos a nuestro destino, mi padre nos abre la puerta y su atención la acapara Axel. Arruga el entrecejo, intentando hacer memoria, y yo me pregunto cómo no es capaz de reconocerlo nada más verlo, aunque haya cambiado un montón físicamente y haya dejado atrás al tierno adolescente regordete.

—Hola, Arnau —lo saluda mi querido hermanastro, mostrándole su envidiable sonrisa—. Cuánto tiempo. Me alegro de verte.

El cerebro de mi padre por fin reacciona y se da cuenta de quién es el chico tan apuesto (mentira) que tiene delante.

—¡Oh, Axel de la Rosa! —exclama, y le da el típico abrazo entre hombres con palmaditas en la espalda. Cuando se separan, lo estudia con detenimiento—. Madre mía, cómo has crecido. Estás

hecho un galán, pedazo de granuja. —Le da un puñetazo flojo en el brazo, dedicándole una sonrisa—. Seguro que las tienes a todas locas por ti, canalla. —Y le tira del moflete.

Yo me tapo la cara con la mano, muerto de la vergüenza, y Axel se ríe.

—Y a todos —le contesta el otro con aires de presumido, porque si no aclara su orientación sexual cuando tiene la oportunidad, se muere.

—Normal, si te has convertido en un *sex symbol.*

Por Dios, que alguien se lleve a mi padre de aquí; le encanta hacer el ridículo. Y a Axel parece no importarle, porque se carcajea más y le responde que él sí que está hecho un *sex symbol.*

Rectifico: que se los lleven a los dos.

Ambos dejan de alabarse y mi padre nos invita a entrar a su piso. Bueno, invita solo a Axel, porque le dice «pasa, hijo, pasa y cuéntame cómo te va la vida», cuando ni siquiera es su hijo. Yo me he vuelto invisible de repente.

—Gracias por preocuparte por mí, papá, yo también estoy muy bien —hablo en voz alta de manera irónica, en el rellano, conforme se adentran en el apartamento.

Los dos se giran hacia mí; Axel, sonriéndome con chulería.

Me hago una nota mental para más tarde: estamparle mi puño en la boca para que se lo coma.

—Venga, Daniel, que los niños te están esperando —me dice el señor que me dio la vida sin la simpatía con la que se ha dirigido a Axel.

En el salón, saludo a Nina, la mujer de mi padre, y este hace las debidas presentaciones entre ella y el idiota, que lo describe como «el hijo del futuro marido y de la mejor amiga de su exmujer, y hermanastro mío que nació el mismo día que yo», lo que parece una adivinanza. Después, le presenta a mis hermanos, que se encuentran sentados en el sofá con los dibujos puestos en la tele: Jordi, de siete años, contempla a Axel con desconfianza y Zoa, de cinco, con curiosidad.

—Hola, chicos —los saluda él con dulzura, y se queda con cara de tonto cuando los dos permanecen callados, sin responderle; yo me río para mis adentros.

—Son tímidos al principio, pero seguro que te cogen cariño —le miente mi padre, que le pasa un brazo por los hombros como si fueran colegas de toda la vida—. Cuéntame cómo te ha ido por Inglaterra estos años.

En lo que Axel farda sobre sus vivencias en Guirilandia, Nina me relata las miles de normas que ha creado para que cuide de sus hijos y que me sé de memoria. Sin embargo, yo no le presto atención a ella; solo asiento con la cabeza porque tengo la oreja puesta en la conversación de los otros dos.

Mi padre, por supuesto, se queda maravillado al saber lo que el otro ha conseguido.

No es que yo le tenga manía a Axel por haberme roto el corazón; es que tampoco es para tanto lo de sacarse la carrera de Fisioterapia en la universidad de Nottingham con matrícula de honor, vivir en una residencia de estudiantes, estudiar un Máster, aprender inglés de manera fluida, trabajar en una de las clínicas más importantes de Inglaterra… Y, para colmo, le cuenta que ha montado su propia consulta en Barcelona y lo invita a visitarlo cuando sienta alguna molestia, porque si no intenta conseguir clientes, también se muere.

Yo, al igual que él, tengo una carrera (la de Historia del Arte, por hacer alguna), estoy estudiando un máster de Musicología, sé hablar inglés sin haber vivido en el extranjero… ¡Y he formado un grupo de música con mis amigos! Lo mío tiene más mérito.

—¿Y por qué has decidido montar la clínica aquí? —inquiere mi padre—. Allí ganarías más y te podrías permitir vivir solo.

—Echaba de menos España, las persianas, el clima, la tortilla de patatas, la paella, el jamón… Estaba deseando volver a casa —lo último lo dice mirándome, y yo aparto la vista de él corriendo para volver a «centrarme» en las reglas de Nina—. Pero, sobre todo, he regresado por las persianas.

—Es comprensible —le responde mi padre—. Dormir sin persianas es como dormir con la puerta de tu habitación abierta. No se descansa bien.

Tras este bonito y azucarado reencuentro, mi padre y Nina se marchan, aunque el primero comenta que no se fía demasiado de dejar a sus hijos tan pequeños con nosotros, porque juntos somos como veinte huracanes; también nos dice que nos comportemos como adultos y que espera que, cuando regrese, esté la casa intacta y nosotros, vivos.

Los niños se levantan del sofá y se acercan, agarrados de la mano.

—¿Por qué ha venido este señor contigo, que parece una jirafa, y no Rober? —me pregunta Jordi, y yo me aguanto la risa porque ha llamado a Axel «señor»—. Quería jugar a ser peluquero.

No sé por qué, pero a la única persona que adoran es a mi novio. Siempre que lo traigo, les presta su melenaza para que le hagan peinados vergonzosos y lo maquillan peor que a un payaso.

—Rober no ha podido venir —le respondo.

Axel se acuclilla para estar a la altura de mis hermanos y no sacarles cuarenta mil cabezas.

—Puedes jugar a los peluqueros conmigo, cielo —le habla con cariño.

—¡No quiero! ¡Tu pelo no está tan chulo como el del novio de mi hermano! —le grita Jordi, que le agarra el cabello con la palma entera y le da un fuerte tirón, como si quisiera dejarlo calvo; Axel suelta un quejido—. ¡Además, tienes cara de carpeta! —Y se esfuma del salón, en dirección a su habitación, para cerrar con un sonoro portazo.

—¡Jordi, ven aquí ahora mismo y pídele perdón a Axel!

Joder, con el puto niño. ¿Cómo se atreve a faltarle el respeto a Axel? ¡Su pelo es precioso, muy suave y me encanta enredar los dedos en él! ¡Y no sé qué parecido le ha sacado a una simple carpeta! ¡Su cara es perfecta y me pasaría horas admirándola!

—Déjalo, Dani. —Axel continúa acuclillado—. Me lo ganaré. Ten fe.

Zoa se aproxima a él, con una sonrisa traviesa y sosteniendo su conejito de peluche con una mano, porque la otra se la acerca a Axel a la nariz.

—¿A qué huele? —le pregunta.

Él le olisquea los dedos y, también sonriendo, le contesta:

—A rosas.

—¿No huele a culo? —Zoa suelta una risita—. Porque me he metido la mano en el culo.

Reprimo una carcajada y la cara de Axel se convierte en un poema.

—Qué rica la niña. —Le estruja el moflete cuando logra reaccionar y se incorpora.

Intercambio una mirada con él con la que nos decimos «la que nos espera».

—La oferta de huir sigue en pie.

—No. —Me revuelve el pelo—. Vamos a prepararles la comida a estos niños tan entrañables. —Desciende la vista hacia Zoa—. ¿Qué te apetece comer, princesa?

—Los Cheetos de fantasmitas.

—No puedo darte eso. ¿Te gustan los macarrones?

—Menos que los Cheetos de fantasmitas.

—¡Pues macarrones para todos! —los interrumpo dando por finalizada la conversación.

Axel coge en brazos a mi hermana y los dos se encaminan hacia la cocina, aunque ella se empeña en meterle el dedo en la nariz y preguntarle si le sigue oliendo a culo. Yo entro de sopetón al cuarto de Jordi, que está tumbado en la cama con su *tablet.*

—Tú, ven conmigo —le ordeno manteniendo mi expresión seria de hermano mayor.

Como no me contesta ni se mueve, le arrebato el dispositivo y lo saco de la habitación, tirándolo de una oreja.

—¡¿Estás loco?! —vocifera intentando zafarse de mi agarre—. ¡Que no quiero parecer Dumbo!

Lo guío hasta la cocina sin soltarlo y él no para de patalear por el dolor. Nos detenemos frente a un Axel alarmado por los gritos.

—Pídele perdón —le ordeno a Jordi.

—No quiero.

Le aprieto más la oreja y él protesta.

—Pídele. Perdón —repito haciendo una pausa entre las dos palabras.

—¡Que no quiero!

Zoa, riéndose, me dice que le rompa la oreja y Axel me suplica con la mirada que lo deje en paz. Decido hacerle caso al segundo, aunque mi hermano no se va a ir de rositas tan fácil, y me pongo en cuclillas.

—Escúchame, Jordi. —Lo miro a esos ojos verdes, iguales que los míos—. Axel es una de las personas que más quiero en la vida y tienes que tratarlo bien, ¿de acuerdo?

Mi hermano parece que entra en razón, porque me responde con un «vale» desganado; yo le vuelvo a insistir para que se disculpe con Axel.

—Lo siento mucho —le dice cuando se planta delante de él—. ¿Me perdonas?

Axel esboza una tierna sonrisa.

—Claro que sí, pequeñajo.

Los dos chocan sus manos y yo contemplo esta escena tan entrañable que ni de coña logra ablandar mi corazón roquero.



El domingo cuidando a mis hermanos junto a Axel me genera un agotamiento, tanto físico como mental, y estoy deseando llegar a casa para dormir trescientas horas.

A mediodía, les hemos preparado pasta, y la pobre sudadera blanca e impoluta de Axel ha acabado llena de salsa de tomate porque a Jordi, que le han entrado mis palabras por un oído y le han salido por el otro, le ha parecido una grandísima idea jugar con los alimentos y lanzarle macarrones. Por otro lado, Zoa se ha puesto a zampar con las manos; Axel, para que dejara de ensuciarlo todo, se ha encargado de darle de comer y yo he limpiado lo que estaba pringoso.

Por la tarde, hemos ido al parque para que les dieran la tabarra a otros niños mientras nosotros los vigilábamos desde un banco y, al regresar a la casa de mi padre, se han entretenido pintando con unas acuarelas (más manchas para la ropa de Axel), les hemos dado de cenar pizza (algunos trozos han volado por los aires) y ahora estamos esforzándonos para que se duerman. Él se ocupa de Zoa y yo, de Jordi; este último consigue quedarse frito a los cinco minutos, porque al fin se le ha gastado la batería.

Sin hacer ruido, salgo de la habitación de mi hermano y me asomo a la de Zoa, donde está Axel leyéndole un cuento. Me apoyo en el marco de la puerta, en silencio y con una sonrisa tonta dibujada en los labios, para cotillear.

Cuando la niña también se duerme, casi lloro de felicidad por conseguir llegar vivos hasta la noche. Axel ladea la cabeza hacia mí para sonreírme, deposita el libro sobre la mesita, apaga la lámpara y nos largamos del dormitorio, cerrando la puerta con sigilo. Nos miramos y suspiramos, exhaustos, y recogemos el salón sin hacer ruido y sin hablar entre nosotros, ya que estamos tan cansados que no nos quedan fuerzas ni para pestañear.

Mi padre y Nina aparecen en el piso a las doce y se impresionan al vernos con vida y, sobre todo, al descubrir que sus niños están dormidos y que su casa se encuentra limpia, ordenada y sin ningún objeto de valor roto.

—Buen trabajo, chicos —nos dice mi padre, que saca un billete de veinte euros de su cartera; sin embargo, se arrepiente al momento y lo cambia por uno de cincuenta, que nos lo tiende para que nos lo repartamos—. Tomad.

—Muchas gracias, Arnau, pero no puedo aceptar ese dinero —le responde Axel con educación, pero yo le quito a mi padre el billete de un tirón.

—Pues yo sí puedo aceptarlo. Hasta me parece poca cantidad por aguantar a esos trogloditas.

—Daniel —mi padre pronuncia mi nombre en tono de advertencia.

—¿Qué pasa? Luego le daré a Axel la mitad, que tampoco soy un ogro y se ha ofrecido a ayudarme.

En cuanto nos marchamos del piso y el ascensor nos deja en la planta baja, Axel se detiene al lado de los buzones y yo lo imito.

—Así que soy una de las personas que más quieres… —Me sonríe de medio lado—. ¿En qué puesto estoy, exactamente? Espero que en el primero.

Deseaba que se le hubiera olvidado esa frase.

—No te lo tengas tan creído. —Le golpeo con el puño en el hombro, retándolo con la mirada—. He dicho eso para que mi hermano te pidiera perdón. Lo siento si te has ilusionado.

—Ya. —Hace una mueca con los labios, examinando cada una de mis expresiones—. Entonces, ¿no me quieres ni siquiera como hermanastro?

—No. —Sonrío, divertido, y me aproximo poco a poco a su rostro sin saber lo que estoy haciendo—. Ya sabes que te detesto.

—Menuda tragedia.

Mis dedos juguetean con los cordones de su sudadera, manchados de salsa de tomate y acuarelas, y rozo nuestras narices, tragando saliva; las manos de Axel me rodean la cintura y las mías ascienden hacia sus mejillas. Cuando estamos a punto de juntar nuestros labios, la voz de mi padre nos corta el rollo:

—Ahí va, perdón.

No tengo ni idea de cuándo ha llegado. No he oído el ruido que hacen las puertas del ascensor al abrirse, pero yo le agradezco en mi mente la interrupción.

Nos separamos de inmediato y lo miramos, sobresaltados.

—Se ha quedado buena noche para dar un paseo, ¿verdad, Arnau? —Axel es el primero en decir algo.

—Buenísima noche —le doy la razón, asintiendo.

Mi padre, estupefacto, me tiende mi móvil.

—Venía a traerte esto, hijo, que te lo has olvidado en casa.

—Ah, ya… Vaya cabeza tengo. —Cojo el dispositivo, riéndome con nerviosismo—. Qué despiste… Si estoy pegado al móvil a todas horas, ¿cómo se me puede haber olvidado?

—Quizá porque estabas deseando pegarte a la boca de tu hermanastro. —Mi padre, con un amago de sonrisa asomado a su cara, centra su mirada en mí y luego en Axel.

El aludido ahoga una risita y yo le doy un codazo nada disimulado.

La madurez que se supone que deja atrás la adolescencia nos persigue, pero nosotros, con veintiséis años en los huevos más peludos que unos cocos, somos más rápidos.

—Papá, ¿puede quedar entre nosotros lo que casi has visto? ¿Y puedes no decírselo a mamá, por favor?

—Claro, soy una tumba. —Se pasa una cremallera invisible por los labios y se vuelve a despedir de Axel con una palmada en el hombro y la expresión «nos vemos, granuja», para cortar la extraña tensión que se ha apoderado del ambiente; luego, se mete en el ascensor.

Y, ahora sí, suelto el aire que he estado conteniendo; Axel, también.

De camino a casa en el coche, pongo música roquera para no tener que interactuar con MI PUÑETERO EX.

No sé cómo he sido tan gilipollas para casi cruzar la línea prohibida con él y casi traicionar a Rober. ¿En qué demonios estaba pensando? ¿Y con qué parte de mi cuerpo?

Con la polla, claramente.

Necesito que Axel se mude ya para perderlo de vista. Mantener el contacto cero con él va a ser la tarea más complicada de mi vida.

28. Axel

31 de agosto de 2012

Aquella era mi última noche en Barcelona. Al día siguiente comenzaba septiembre y me marcharía a Inglaterra con mis padres hasta quién sabría cuándo. Había quedado con Dani en el paseo de La Barceloneta, a las once, para cenar en la playa y despedirnos por primera vez (dentro de unas horas, en el aeropuerto, lo haríamos por segunda vez), pero yo solo tenía ganas de llorar, de tirarme del pelo y de romper cosas, porque no quería irme.

—Eh, tú —lo saludé deteniéndome ante él—. He traído pizzas, yogures para el postre y CocaCola.

Dani, que se había traído una de sus guitarras, me estaba esperando, sentado en uno de los bancos, con la vista clavada en el suelo y perdido en sus cavilaciones. En cuanto me oyó, se levantó de un salto.

—Pensaba que el postre ibas a ser tú. —Me sonrió, juguetón—. Aunque, si me dieran a elegir entre tú o los yogures, me quedaría con los yogures, evidentemente.

—Sabes de sobra que no.

Echó un rápido vistazo a nuestro alrededor, por si había alguien conocido que nos pudiera ver, pero solo había gente desconocida, así que Dani dejó la vergüenza a un lado y me besó.

—Vamos a cenar —me dijo al separar nuestros labios, y me robó la bolsa de la pizzería.

Con nuestras manos entrelazadas, nos adentramos en la playa y nos sentamos en la arena, a unos metros de la orilla. A esas horas, el mar estaba en calma y nos abrazaba la suave brisa que anunciaba el final del verano. Aunque Dani no confesara en voz alta que tenía frío, porque no se había traído una chaqueta, yo simplemente lo sabía: su cara y sus acciones lo delataban. Cogí mi sudadera roja, que la había abandonado en la arena, y se la entregué.

Yo era unos centímetros más alto y tenía un par de tallas más, por lo que la prenda le quedaba holgada y le tapaba medio muslo. Dani comentó que era muy cómoda, que estaba calentita y que desprendía «mi asqueroso olor»; yo me reí al verlo con mi sudadera favorita, a pesar de que solo nos iluminaba la luz de la luna.

—Te está como un saco de patatas.

Él me golpeó el brazo con el puño de manera cariñosa.

—¿Vendrás a verme alguna vez? Porque echarás de menos pelearte con alguien.

—En cuanto pille dinero para un billete de avión, me escaparé un finde y me tendrás aquí, molestándote.

—Se me va a hacer aburridísimo el insti sin ti, y la vida, en general —me dijo con un nudo en la garganta y forzando una sonrisa, con la vista posada en la oscuridad del horizonte.

Lo obligué a mirarme, agarrándolo de la barbilla, y él sorbió por la nariz.

—Oh, venga, Dani, no me puedo creer que estés llorando porque me voy mañana. —Hice un esfuerzo en reírme e intenté bromear con mi palabra favorita—: Ni que se fuera a mudar uno de tus testículos.

—Es que… Joder. ¿Qué va a pasar con nosotros? Que no te mudas al pueblo de al lado.

Como no era capaz de responderle, decidí rodearlo con los brazos.

Yo también me había hecho esa pregunta durante meses. No tenía ni idea de lo que iba a ocurrir con nuestra relación; no quería que se rompiera ni que se enfriara por culpa de la distancia.

—Creo que será mejor que decidamos qué hacer cuando tengamos el estómago lleno.

Dani estuvo de acuerdo conmigo y, en silencio pero con la música de Green Day y de Taylor Swift proveniente de mi Blackberry, disfrutamos de nuestra cena romántica en la playa. Le dejé los bordes de mis porciones de pizza, que siempre se los comía él porque a mí no me gustaban, y engullimos los yogures; yo me encargaba de lamer las tapas porque él detestaba hacerlo.

—¿Relación a distancia? —me propuso nada más terminar de cenar—. Podríamos hablar en cualquier momento, e incluso hacer videollamadas por las noches; la diferencia horaria es solo de una hora.

Había estado reflexionando sobre los pros y los contras de esa opción días atrás y me daba pavor que tantos kilómetros entre nosotros se cargaran algo tan bonito.

—No voy a poder conformarme con solo verte a través de la pantalla —le respondí mientras jugaba con un par de piedras para evitar mirarlo—. ¿Y si nos aburrimos? ¿Y si, por algún caso, ya no te intereso y te fijas en otra persona?

En mi ausencia, podría ocurrir cualquier cosa. Dani tenía una personalidad sarcástica con la que acababas hipnotizado; además, contaba con una voz preciosa y con solo cantar los primeros versos de cualquier canción, aunque fuera la cabecera de *Doraemon* o la de *Shin Chan*, ya te tenía comiendo de su mano.

—Imposible. Tú eres el único chico que ha conseguido enamorarme; nadie más se merece ese privilegio.

Me reí ante el ego que se gastaba y me revolví el pelo, frustrado.

—Joder, esto es muy difícil.

—¿Relación abierta? —Dani continuaba barajando opciones—. Si lo que quieres es acostarte con otras personas…

—No —lo interrumpí ladeando la cabeza hacia él.

No sabía en qué consistía con exactitud ese tipo de relación (sabía que eran como cuernos consentidos), pero con solo oír el nombre, supe que no era para mí ni lo que quería para nosotros.

—Vale, ya lo entiendo. —Fingió una sonrisa—. Quieres que rompamos porque piensas que la distancia será nuestra peor enemiga.

—No te puedo pedir que te quedes esperándome. Sería muy egoísta por mi parte.

Dani permaneció callado, sin mirarme.

Lo había consultado con Gerard hacía unas semanas, pero no me ayudó en nada; me insultó de todas las maneras posibles y me dijo que iba a cometer un error.

—Egoísta es lo que estás haciendo ahora —me espetó Dani con la voz quebrada—. Parece que ya te has cansado de mí o no quieres que lo nuestro funcione. Yo te esperaría lo que hiciera falta.

Sonreí sin ganas y lo cogí del mentón.

—Es imposible que me canse de ti. —Me estaba costando un huevo hablar sin derrumbarme—. Y claro que me gustaría que lo nuestro funcionase, pero no es nuestro momento. Te juro que yo no quiero irme, pero todavía me quedan dos años para cumplir los dieciocho. —Hice una breve pausa y suspiré—. Podemos hablar todos los días, si quieres. Podemos ser amigos hasta que regrese…

—No. —Negó con la cabeza y apartó mi mano de su barbilla—. No quiero que lo dejemos.

Y entonces lo abracé. Fuerte. Mientras nos deshacíamos en lágrimas y como si fuese nuestro último abrazo.

—¿Me tocas alguna canción? —le pedí entre hipidos cuando logramos calmarnos un poco, borrando con mis pulgares las gotas que recorrían su rostro; él hacía lo mismo con las mías.

—¿Para qué te crees que me he traído la guitarra?

Me arrancó una sonrisa y me dio un tierno beso en los labios. Sacó su guitarra de la funda y se la colocó en el regazo para regalarme un pequeño concierto con canciones de Taylor Swift. Yo no pude contener la emoción con cada una y me negué a pensar que aquella sería la última vez en mucho tiempo en la que Dani me dedicaría las letras de la mejor artista del mundo.

—¿Ya está? —le pregunté, ofendido, una vez que finalizó su miniconcierto y se disponía a guardar el instrumento en su funda—. No me puedo creer que se te haya olvidado aprenderte *Love Story*. Sabes que es mi favorita.

Dani iluminó la playa con su sonrisa.

—Te la cantaré la próxima vez que nos veamos. Te lo prometo.

—Más te vale.

Tras aquel concierto privado, nos dejamos caer en la arena para besarnos y hacerlo antes de que nos separáramos.

¿Qué mejor manera había de despedirnos que aquella? Nos lo habíamos pasado bastante bien durante la última semana de julio y el mes de agosto (gracias a Dani, que le robaba a su madre los condones de la farmacia porque, con lo que habíamos follado, hubiéramos tenido que pedir un préstamo para pagarlos). Cada vez que se quedaba alguna casa sola, sin padres, nosotros aprovechábamos la oportunidad para estar juntos. Nuestra primera vez había sido extraña, bonita y llena de nervios, pero las siguientes rozaron la perfección en cuanto ganamos seguridad y práctica.

Era impresionante compartir aquellos momentos con él.

Después de hacer el amor aquella noche con lágrimas en los ojos, nos quedamos dormidos en la playa, abrazados. Nos despertó el sonido de mi móvil a la mañana siguiente, a las siete en punto. Era mi madre para preguntarme dónde estaba y por qué no había pasado la noche en casa, que en unas horas debíamos coger el avión. Le conté con total confianza que estaba en la playa con Dani y que estaría allí en media hora.

Mi novio me acompañó hasta mi portal y quedamos en vernos en el aeropuerto más tarde con los demás, que vendrían para despedirse de mí. Subí a casa, cabizbajo y sin ninguna gana de hacer el equipaje, que llevaba posponiéndolo desde ayer.

—Ya era hora de que aparecieras —me recriminó mi padre cuando me vio en el pasillo—. Menudo pasotismo el tuyo sabiendo que nos tenemos que ir dentro de poco.

No le contesté y me encerré en mi habitación con un sonoro portazo.

No quería irme. No quería dejar atrás todo: la ciudad en la que había crecido, mi casa, mi instituto, mis profes, mis amigos, mis compañeros de clase, a Señorita Rottenmeier… No quería alejarme de Dani.

Cuando terminé de hacer la maleta entre lágrimas, la vacié sobre la cama en un impulso y comencé a arrugar las prendas, superenfadado con la vida. La lancé al suelo y le di una fuerte patada, deseando que se rompiera. Mis padres se asomaron a mi habitación, alarmados por el escándalo.

—¿Qué te pasa, mi amor? —quiso saber mi madre al verme llorando, sentado en la cama.

—Le ha dado la primera pataleta de adolescente —comentó mi padre, suspirando—. Ya estaba tardando.

Me levanté de golpe, sin poder aguantar más, y les dije lo que pensaba a gritos:

—¡Que no quiero irme a Inglaterra, joder! ¿Por qué no podemos quedarnos aquí? ¡Para vosotros es muy fácil, porque no tenéis que asistir a un puto instituto totalmente diferente, con un ridículo uniforme con corbata; conocer a gente nueva que me importará una mierda; abandonar a mis amigos de toda la vida y empezar de cero en un país con otra cultura! —Me atreví a mirar a mi madre para agregar con rencor—: ¡Todo esto es por tu culpa! ¡No tendrías que haber aceptado ese trabajo nunca!

Mi padre, con expresión cabreada, me apuntó con el dedo índice, en señal de amenaza.

—Axel, te prohíbo que le hables a tu madre de esa manera. Deja de ser un niñato, que para nosotros tampoco ha sido fácil tomar esta decisión.

Mi madre, también llorando, me obligó a sentarme con ella en la cama y me rodeó con sus brazos. Enterré la cara en su pecho y ella me acarició el pelo, con su barbilla apoyada en mi cabeza.

—Lo siento mucho, mi vida —se disculpó conmigo, devastada—. Te prometo que vendremos siempre que quieras. Cuando cumplas los dieciocho, podrás regresar para estudiar en la universidad de Barcelona.

Dos años era mucho tiempo. Tenía miedo de que apareciera otro chico que lograra enamorar a Dani y hacer que se olvidara de mí.

—¿Y perder la oportunidad de matricularse en una buena universidad británica con lo inteligente que es? —se metió mi padre en la conversación—. No sabes lo que estás diciendo, Àngels.

—Cállate, Casimiro. No es el momento de hablar sobre ese tema —le espetó mi madre, que volvió a dirigirse a mí, pero en un susurro —: Perdóname por separaros.

Sin embargo, mi padre tenía el oído muy fino y la escuchó.

—No me digas que está así por una novia. —Se rio, y mi madre y yo desviamos la vista hacia él; ella se comunicaba con él con la mirada y yo me enjugaba las lágrimas—. Vamos, Axel, ella seguro que lo entenderá. Eres muy joven todavía; los amores vienen y van. En Londres vas a conocer a un montón de chicas guapas.

Por Dios, necesitaba estrellarle la maleta en la cabeza; tenía la empatía en el culo.

—Casimiro —mi madre salió en mi defensa—. Por favor.

—Estoy así por un chico, no por una chica, papá —le confesé, y sentí la necesidad de que me hubiera tocado el típico padre homófobo para que me odiara y me abandonara en España.

Mi madre posó su mano en mi rodilla para apoyarme.

—Ah, un chico… —repitió mi padre sin esperarse aquella noticia, y se pasó una mano por el pelo—. En Londres también habrá chicos guapos... Supongo. —Se sentó a mi derecha y me abrazó—. Me da lo mismo si te gustan las chicas o los chicos; yo te voy a querer y a apoyar siempre.

—Gracias, papá.

Me dio un beso en la frente y se puso en pie para ordenarme que terminara de hacer la maleta. Yo protesté y le pregunté si no tenía curiosidad por saber quién era *el chico.*

—Prefiero que no me lo confirmes, porque me lo imagino. —Puso los ojos en blanco y se largó de mi habitación, aunque comenzó a hablar a solas por el pasillo—: Con razón estaba siempre pegado a ese Gerard… Ahora todo cobra sentido.

A mi madre y a mí se nos escapó una risita. Ella me ayudó a volver a hacer la maleta y le pedí perdón por haberle gritado aquellas palabras horribles, pero me dio otro abrazo y un beso en la frente, y me respondió que no pasaba nada, que me entendía.

Un par de horas más tarde, llegamos al aeropuerto y mis padres desaparecieron en su interior para darme total libertad para decirles adiós a mis amigos, que me estaban esperando en la entrada.

—Espero que la próxima vez que te vea, hayas crecido algún centímetro —le dije a Iris envolviéndola entre mis brazos, e hice el amago de tirarle de las trenzas, pero ella me dio un manotazo.

—Como me vuelvas a tirar del pelo, te arranco ese cabezón que tienes —me amenazó, burlona, y me dio un par de palmadas en el brazo—. Que te vaya bien, grandote, y espero verte pronto por aquí.

Después, abracé a Candela.

—Ay, osito amoroso.

—Cuídalos, sobre todo a Gerard, aunque no se deje cuidar por lo terco que es —le susurré, y escuché a mi amigo a nuestro lado murmurar «ya estamos». Todos nos reímos y seguí hablándole a Candela—: Y cuídate tú también, pero procura no sacar tanto esa navaja en mitad de la calle cuando cumplas los dieciocho.

—No te puedo prometer eso último. —Ella sonrió, encogiéndose de hombros, y me dio un beso en la mejilla—. Suerte en Inglaterra.

Cuando me planté frente a Gerard, me percaté de que tenía la mirada acuosa.

—No me vas a hacer llorar, tío. —Mi amigo negó con la cabeza con efusividad y cerró los ojos para que no se le escaparan las lágrimas—. No, ni de coña. No, no y no.

Lo rodeé con mis brazos con fuerza. Él apoyó la cabeza sobre mi hombro y comenzó a sollozar.

—Si me necesitas, ya sabes que mi WhatsApp está disponible las veinticuatro horas.

—Joder, te voy a echar mucho de menos.

Me separé de él y, sonriendo, le tiré del moflete, que lo tenía bañado en lágrimas. Candela le tendió un pañuelo de papel y él se sonó los mocos como si quisiera arrancarse la nariz.

Y, por desgracia, llegó el momento de Dani, que estaba igual o peor que Gerard. Como necesitábamos irnos a un lugar más privado, los demás se quedaron esperándolo en la entrada y nosotros nos perdimos por el aeropuerto, recorriendo cada rincón sin querer separarnos.

¿Nuestra última parada? En uno de los habitáculos del baño de hombres para besarnos con intimidad y llorar a moco tendido, el uno sobre el hombro del otro, a la vez que nos abrazábamos.

—¿Y si huimos? —le propuse, y no estaba bromeando.

—¿Huir? —Se le escapó una carcajada—. ¿Qué dices?

—No sé. Pillamos el autobús y nos escondemos en algún pueblo deshabitado de Asturias o Galicia para que mis padres no nos localicen, así no me voy a Guirilandia.

—Te has vuelto loco, Axel. Somos menores de edad; nos acabarían encontrando.

—En mi cabeza suena genial esa idea.

—Tienes razón y ojalá pudiéramos escapar. —Me acarició la cara y un nudo se me instaló en la garganta cuando continuó hablando—: Pero tienes que irte a Inglaterra. Te graduarás en ese insti con muy buenas notas, te admitirán en una universidad prestigiosa porque eres un cerebrito con patas, te casarás con una mujer guapísima, te comprarás una casa gigante con piscina y jardín, y tendrás diez hijos, un cochazo y dos perros.

Hice una mueca, inconforme con esa supuesta vida que se acababa de inventar, y me tragué el nudo de la garganta para poder responderle.

—No me convence, eh. Prefiero una casa pequeña y cero hijos. Cambiaría los dos perros por una gata, y a la mujer guapísima por

un chico más molesto que un grano en el culo. —Hice una mueca—. También tengo ganas de tatuarme un trébol de cuatro hojas algún día.

—Nos lo tatuaremos.

—¿Qué? —Elevé las cejas, impresionado—. ¿En serio te lo harás?

Dani asintió con la cabeza y nos fundimos en besos agridulces que iniciaban nuestro final.

—No te echaré nada de menos.

—Yo tampoco a ti —le contesté, pero los dos sabíamos que nuestras palabras eran mentira.

El aguafiestas de mi padre nos interrumpió con una llamada para saber dónde me había metido, y Dani y yo tuvimos que obligarnos a salir del baño. Poco después, nos reunimos con mis padres y su madre.

—Menudas caras traéis —comentó Júlia al vernos, que había venido a despedirse—. ¿Os habéis vuelto a pelear?

—Yo creo que al final estas bestias se van a llevar bien y todo —intervino mi padre—. Dieciséis años han tardado.

Me despedí de Júlia con un achuchón y Dani hizo lo mismo con mis padres; mi madre se disculpó con él mil veces y mi padre, de broma, le dijo que ya era hora de que lo perdiera de vista. Por último, volvimos a abrazarnos entre nosotros y él me susurró al oído:

—Te quiero muchísimo, Axel.

—Y yo más que al último yogur de galleta del mundo.

No imaginaba que aquella sería la última vez que le confesaría aquellas palabras.

29. Daniel

21 de diciembre de 2012

—Cande, préstame dinero, que se me ha acabado y quiero invitar a mi novia a unas chuches —le pidió Rober a su hermana. Se había acercado al banco que ocupábamos, en la salida del insti.

La entrada estaba atestada de alumnos y padres que no paraban de entrar y salir con las notas; algunos adolescentes lloraban y otros parecían de lo más felices, mientras que la mitad de los progenitores lucían enfadados y la otra mitad, orgullosos de sus retoños. Las mías habían sido un total y completo desastre.

—¿Tú qué te crees que soy, niño? —le espetó Candela a su hermano—. ¿El Banco de España?

—Venga, no seas así. —El pobre Rober la miró con cara de cachorrito. En enero cumpliría los quince años y se estaba dejando crecer el pelo, que ya lo llevaba por los hombros—. Que las he aprobado todas.

Yo presenciaba la discusión entre los hermanos sin intervenir, pero sonriendo y dando gracias a Dios por haber sido hijo único.

—Me da igual; es tu obligación —volvió a hablar Candela con su autoridad de hermana mayor, aunque solo se llevaban un año y unos meses—. Además, esa chica no es de fiar; es Aries, y todos sabemos que Aries es el peor signo del Zodiaco, junto a Leo y Géminis.

—El horóscopo es un engañabobos —se atrevió a replicar Rober, y Candela lo miró, ofendida—. ¿Me vas a dejar dinero o me voy a

tener que poner en la puerta del Mercadona para hacer un estriptis?

—Ponte, ponte —lo animó su hermana—, que puede ser que te agarre de esos pelos y te revolee por los aires hasta dejarte calvo.

—¿Por qué me tratas como si tuviera cinco años?

Al final, me cansé de escucharlos y saqué la cartera del bolsillo de mis vaqueros para darle a Rober unos cuantos euros, y así salvarlo de su calvicie prematura y de la paliza que le daría el personal de seguridad de ese supermercado por hacer un estriptis.

—Toma, tío. —Le tendí las monedas y su hermana comentó «pero no le des nada, jolines».

—Gracias, Dan. —Él cogió el dinero con el rostro rebosante de felicidad—. Te daría un morreo para agradecértelo de verdad, pero mi novia me está esperando. —Y, tras decir aquello, huyó despavorido.

—¡Roberto! —le gritó Candela, que estuvo a punto de lanzarle su bota—. ¡Eres muy pequeño todavía para eso!

Yo me eché a reír porque cada vez era más atrevido. Iris, que se había despedido de su madre a la salida del insti tras recoger sus notas, se sentó con nosotros en el banco.

—¿Cuántas os han quedado en este fabuloso primer trimestre de Bachillerato? —nos preguntó—. A mí, dos. Historia y Filosofía.

—A mí solo Historia —respondió Candela—. Ha sido un suspenso colectivo, parece ser. Solo han aprobado dos de la clase.

—Y el bingo me lo llevo… ¡yo! —exclamé sin ninguna emoción, contemplando el infinito con las manos escondidas en los bolsillos del abrigo, y comencé a recitar lo que había suspendido—: Lengua Castellana, Lengua Catalana, Economía, Mates, Historia, Filosofía e Inglés. ¡Yupi!

—Ufff… —soltaron mis amigas al unísono.

Hubiera terminado más rápido diciendo las que había aprobado.

Sí, había suspendido Inglés con lo bien que se me daba, pero no había hecho ni el huevo desde que empezó el curso.

Jamás había aprobado tan pocas. Mi madre, en cuanto se había enterado de cuántas me habían quedado, se puso hecha una furia al

salir del aula y me dijo que hablaríamos muy seriamente cuando llegáramos a casa; mi padre, que también había venido, tan solo me había mirado con lástima.

Con Axel aquí hubiera sido diferente. Estudiábamos juntos muchas tardes y él me explicaba, con una paciencia infinita, lo que no entendía de las asignaturas.

Pero no estaba en Barcelona, sino en ese instituto inglés llevando un uniforme que le hacía muy sexi; lo sabía, porque subía fotos a su cuenta de Tuenti y algunas me las mandaba a mí, aunque, desde que se fue, hablábamos con menor frecuencia.

Era cierto que habíamos roto y que cada uno podía continuar con su vida, pero seguíamos en contacto. No habíamos dejado de querernos y nos echábamos muchísimo de menos; se notaba en nuestros mensajes y llamadas.

—Dani, mira quién viene hacia aquí —me susurró Iris dándome un codazo.

Alcé la mirada hacia el sitio que mi amiga señalaba con la cabeza.

—¡Anda, qué sorpresa! —intervino Candela—. Tu galán británico.

Allí estaba, caminando hacia nuestro banco, enfundado en su abrigo y esbozando una bonita y gigante sonrisa sin ortodoncia.

Seguro que era una alucinación.

Cuando logré reaccionar, él ya había llegado hasta nosotros. Me levanté de un salto, nos fundimos en un fuerte abrazo y nuestros labios se reencontraron.

Joder, cómo había anhelado sus besos.

—¡Toma filete! —exclamó Iris riéndose—. ¡Y delante del insti!

—¿Qué tengo que hacer para vivir un romance así? —preguntó Candela a nadie en concreto.

Los dos regresamos a la realidad y yo eché un vistazo a nuestro alrededor; todos los alumnos (algunos eran compis que iban a mi clase) mantenían sus vistas clavadas en nosotros, anonadados.

—Nos está viendo todo el mundo —le dije a Axel.

—Pues que cojan unas palomitas y miren todo lo que quieran. —Me volvió a sonreír.

Qué guapo. Le estaba sentando fenomenal vivir en Guirilandia.

—Te has quitado los aparatos.

—Sí, hace una semana. —Me acarició la mejilla con una mano y, ensanchando aún más su sonrisa para mostrármela, añadió—: ¿Te gusta?

—La tienes preciosa. —Se me escapó una risita al percatarme del doble sentido de mis palabras y decidí especificar—: La sonrisa.

—¿Solo la sonrisa?

—Todo.

Nos besamos otra vez delante de los mirones, y nos despedimos de mis amigas porque queríamos dar un paseo y aprovechar el tiempo hasta que se volviera a ir a Inglaterra. Por el camino, me contó que había venido con sus padres para pasar las vacaciones navideñas y que le había ido genial durante los primeros meses en su insti; yo le confesé que había suspendido siete asignaturas porque se me había complicado el trimestre y me costaba un mundo ponerme a estudiar. Axel se preocupó por mí y me preguntó si me encontraba bien, pero yo le mentí, asegurándole que estaba fenomenal, y le prometí que las iba a recuperar todas.

Como mi madre había regresado a la farmacia tras recoger mis notas, le propuse a Axel que nos fuéramos a mi casa, que estaba vacía. Lo primero que hizo él fue saludar a Señorita Rottenmeier, que se volvió loca en cuanto lo vio, y le regaló un montón de mimos. Luego, nos metimos en mi habitación y recuperamos el tiempo perdido durante aquellos casi cuatro meses, comiéndonos a besos y estremeciéndonos con nuestras caricias.

Lo único bueno de haber estado alejados era que, al encontrarnos, follamos con tantas ganas que aquel polvo se convirtió en uno de los mejores de nuestro repertorio.

Cuando acabamos, nos quedamos tumbados en mi cama un rato más, abrazados y hablando de chorradas, hasta que Axel me preguntó si me apetecía seguir recorriendo la ciudad, porque había añorado pasear por sus calles. Yo no pude negarme; también había echado de menos disfrutar de Barcelona en su compañía.

En el paseo de La Barceloneta, detuve mis pasos e intenté darle otro beso, pero él giró la cara para evitarlo.

Algo le pasaba. Desde que habíamos salido de mi casa lo notaba raro.

—Tenemos que hablar, Daniel.

Uy, ese «Daniel» no me gustaba nada.

—¿Qué ocurre? —quise saber mirándolo a los ojos.

—No podemos seguir besándonos ni mucho menos volver a follar, porque… —Exhaló un suspiro y me apartó la mirada, sin acabar la frase.

—¿Por qué?

No entendía nada.

Axel, con las manos escondidas en los bolsillos de su abrigo, se armó de valor para volver a mirarme; yo no lograba descifrar su expresión.

—Porque tengo novia.

Esa última palabra me sentó como una patada en el estómago; sin embargo, mi única reacción fue soltar una carcajada porque me parecía algo absurdo.

—¿Novia? ¿Qué dices?

—Sí, novia —me respondió remarcando la «a», con el semblante impasible—. Desde hace tres semanas. Es una chica maravillosa y estoy muy enamorado de ella. No quería decirte nada hasta que te viera en persona; por mensaje me parecía muy frío.

Un nudo se me instaló en la garganta.

No se había rascado la punta de la nariz.

Axel era libre de hacer lo que le diera la gana, porque no nos juramos amor eterno cuando nos despedimos al final de verano, pero me repateaba que se hubiera olvidado de mí tan pronto. Yo seguía queriéndolo.

—Tendríamos que haber empezado una relación a distancia —le dije.

—No habría funcionado.

¡Por supuesto que habría funcionado! Si nos queríamos, ¡qué más daba la distancia!

—¿Te la has tirado ya? —pregunté de sopetón, pero él no se atrevió a contestar y rehuyó de mi mirada, lo que me confirmó que le había faltado tiempo para follársela—. Así que al final eres hetero…

—Eso parece —respondió con una sequedad con la que no parecía el de siempre.

Aquel no era mi Axel, tan cariñoso, atento, romántico, divertido, leal, confiable… Los ingleses me lo habían cambiado por un robot.

Me crucé de brazos para contemplarlo con asco y sentí que se me humedecían los ojos.

—Ni siquiera eres capaz de mirarme a la cara, cobarde. Vienes por sorpresa, follamos y terminas rompiéndome el corazón. Espero que te hayas divertido utilizándome como si fuera un experimento. —Lo aplaudí sin ganas—. Bravo.

Sus ojos azules se desviaron hacia mí, fingiendo dolor.

—No fuiste ningún experimento, Dani. Lo que tuvimos fue real y lo pasé genial estando contigo, pero tengo que seguir con mi vida. —Hizo una pausa y matizó sus palabras—: Tenemos que seguir con nuestras vidas.

Cada vez que abría la boca para decir algo, más me destrozaba, y ya tenía las lágrimas descendiendo por mis mejillas. Me sentía usado, humillado y en la mismísima mierda.

—Me gustaría que siguiéramos siendo amigos —me dijo con voz inaudible y la mirada húmeda—. No quiero perderte.

Forcé una risita sarcástica y Axel me enseñó la palma de su mano con la intención de que entrelazara mis dedos con los suyos.

—¿Podrás perdonarme?

¿En serio? ¿Me estaba gastando una broma? ¿Había jugado con mis sentimientos y pretendía que lo perdonase? ¡Venga ya!

Aquella pregunta me cabreó tanto, pero tanto tanto, que le crucé la cara mediante una sonora bofetada. Él se quedó pasmado, con su mano aún suspendida en el aire y la cara ligeramente ladeada.

—Que seas muy feliz en Inglaterra con esa chica. —Se me quebró la voz—. A pesar de todo, te deseo lo mejor.

Axel se dignó a mirarme y advertí una lágrima recorrer su mejilla.

—Ojalá puedas perdonarme algún día, cuando nos volvamos a encontrar.

—Vete a la mierda —le respondí con rencor.

Y me alejé de él, sin decir nada más.

A mediodía, después de deambular por las calles como un espectro, llegué a casa y cerré la puerta de la entrada con un portazo; mi madre, que ya había vuelto de trabajar, apareció rauda en el pasillo.

No estaba para aguantar otra bronca sobre las notas.

—Pero bueno, señorito, ¿qué son esos modales? —Puso los brazos en jarras; yo bajé la vista hacia el suelo para que no descubriera mis ojos enrojecidos e intenté pasar por su lado con rapidez para encerrarme en mi habitación, pero ella me cogió del brazo para que la mirara—. ¿Estás bien? —me preguntó, preocupada, al verme la cara.

Me zafé de su agarre de un tirón y me metí en mi cuarto, dando otro portazo. Lancé el abrigo a la cama, cogí mi móvil e inicié sesión en Tuenti; escribí en el buscador «Axel Xuliiyoh», entré en su perfil y pulsé en «Borrar amigo».

«¿Estás seguro de que quieres eliminar a Axel Xuliiyoh de tus amigos?». Le di a «Sí, estoy seguro» y, por último, borré su número de teléfono de mi lista de contactos.

Mi madre dio un par de golpes en mi puerta.

—Daniel, traigo buenas noticias para que te alegres. ¿A que no sabes a quién he visto hoy? A Àngels. Ha venido a Barcelona con su marido y su hijo para pasar la Navidad. Te iba a castigar sin salir durante las vacaciones, pero me lo he pensado mejor, porque sé que echas de menos a Axel. Te puede ayudar con las asignaturas que has suspendido. Su madre me ha contado que ha sacado notas excelentes en Londres.

Respiré hondo, masajeándome las sienes, porque estaba hasta los cojones de escuchar ese puto nombre. En cuanto me calmé tras unos minutos, fui a la cocina, donde se encontraba mi madre preparando la comida, y arrojé el móvil apagado y las llaves de casa a la mesa.

Ella se giró hacia mí, sorprendida.

—Me ibas a castigar sin salir y sin móvil. Pues ahí tienes. Siento mucho no haber nacido tan inteligente como Axel —le dije en un tono que era una mezcla entre enfado y amargura—. Si tú me pones normas, yo también te las pongo a ti. —La apunté con el dedo índice —. No quiero oír ni una noticia más sobre esa familia, ni tampoco quiero que menciones el nombre de Axel ni que me vuelvas a comparar con él. Nunca.

—¿Te ha ocurrido algo con ese chico? —Mi madre me miró, desconcertada, pero yo no contesté—. Seguro que os reconciliáis, como siempre. No podéis vivir el uno sin el otro.

Se me escapó una risa apagada y me volví a encerrar en mi habitación. Me tiré en el colchón, bocabajo, y enterré la cara en la almohada para que mi madre no oyera mis llantos, pero no duré ni dos segundos acostado porque el asqueroso aroma de ese imbécil se había quedado impregnado en las sábanas.

Todo olía a él. Hasta el más minúsculo rincón de este cuarto.

Me puse en pie con decisión, deshice la cama con la furia recorriéndome las venas y caminé directo a la cocina, con las sábanas convertidas en una bola gigante arrugada. Las metí en la lavadora y cerré la puerta tan fuerte que me extrañó que no se hubiera desprendido del electrodoméstico.

Hubiera sido mejor quemarlas para eliminar la esencia del innombrable, pero eran mis favoritas porque tenían dibujos de guitarras y notas musicales.

Con las lágrimas recorriendo mis mejillas, cogí la botella de detergente, que estaba sin estrenar, y no la vacié entera en el cajón correspondiente porque vino mi madre y me la arrebató de las manos.

—Eh, eh, ¿qué haces? Con un poco es suficiente. ¿Qué quieres? ¿Montar la fiesta de la espuma?

—Es que la gata ha vomitado en las sábanas —conseguí responderle, enjugándome las lágrimas e intentando no mirarla.

Mi madre colocó el detergente (o lo que quedaba de él) sobre la encimera y me envolvió entre sus brazos, poniéndose de puntillas; yo me encorvé para estar casi a su altura, porque le sacaba casi dos cabezas.

—Madre mía, qué alto estás. Esto era más fácil cuando eras más pequeño.

A pesar de la llorera que me había entrado, se me escapó una risita.

Mi madre estuvo abrazándome, con el ruido de la lavadora de fondo y las sábanas sucias dando vueltas sin parar, hasta que pude tranquilizarme.

—Tiene novia, mamá —le solté de pronto al separarme de ella, y sorbí por la nariz—. Me quiero morir. Este dolor es insoportable.

—No digas eso, cariño. —Me tendió una servilleta para que me limpiara la cara—. ¿Quién es el que te ha hecho tanto daño?

Me soné los mocos, haciendo tiempo para pensar mi respuesta, y me apoyé en la encimera.

—Un chico con el que he estado saliendo estos meses —le conté con la vista fija en las baldosas del suelo—. Me ha utilizado y ha jugado con mis sentimientos. Ahora resulta que es hetero y me ha dicho que tiene novia después de haberse acostado conmigo hace unas horas. —Tragué saliva, intentando deshacer el nudo de mi garganta—. Yo estaba pilladísimo por él y lo sigo estando, aunque se haya reído en mi cara. No voy a superar esto en la vida.

—Lo harás, Daniel —me aseguró—. El primer amor es muy intenso y, cuando se termina, piensas que el mundo se ha acabado, pero no es así. Es completamente normal que ahora te duela, pero tu corazón sanará poco a poco hasta que llegue el día en el que ya ni te acuerdes de él.

Imposible. Era Axel; habíamos compartido dieciséis años juntos.

—Es un capullo —escupí.

—Estoy de acuerdo contigo y me encantaría saber quién es, porque le pienso cortar lo que tiene entre las piernas. Con mi hijo nadie juega. Ha sido ese Axel, ¿verdad? Por eso te has puesto de esa manera cuando lo he mencionado antes.

Giré la cabeza hacia mi madre a tal velocidad que tuve miedo de lesionarme el cuello.

—¿Qué dices? Ese es mi enemigo de toda la vida. En realidad, ha sido otro chico. No lo conoces porque va a otro insti —solté de carrerilla, porque tampoco me apetecía que mi madre le dijera ni le hiciera nada a ese tío cuando se lo encontrara por la calle aquella Navidad; me moriría de la vergüenza si él supiera lo hecho trizas que me había dejado—. Me he puesto así antes porque he visto a ese palurdo sin dientes de alambre en la salida del insti; me ha restregado en la jeta las notazas que ha sacado en Guirilandia cuando le he contado que he suspendido casi todo. —Hice aspavientos con las manos y continué con mi verborrea mientras mi madre flipaba en colores—. Además, estoy enfadado con él porque ya le vale haberse largado a otro país. Ahora no tengo a nadie con quien pelearme. ¡Y encima se ha vuelto insoportable y un creído! Es el ser humano que más odio en este mundo.

—Mmm… —Mi madre frunció los labios con claras evidencias de estar sospechando de mí.

Así que no tuve otra opción y cambié de tema:

—Por cierto, a ti no te he contado que soy gay, ¿verdad? Pues ya lo sabes. Espero que te parezca bien y que no me eches de casa.

—Lo he sabido siempre. Esas cosas no se le pueden ocultar a una madre. —Esbozó una sonrisa maliciosa—. Habrás tomado precauciones, ¿verdad? Puedo traerte preservativos de la farmacia cuando los necesites, así no me los tienes que robar, que te han visto las cámaras.

Toda la sangre de mi cuerpo se agolpó en mis mejillas.

—Eh… —No podía ni mirarla a la cara—. Creo que va siendo hora de que me encierre en mi cuarto para estudiar, que tengo que

recuperar un montón de asignaturas. Hasta luego. —Y me esfumé de la cocina.

De vuelta en mi habitación, apoyé la espalda contra la puerta y respiré hondo, pensando en lo que había sucedido aquel día. Con el corazón hecho pedazos, me deshice del colgante del trébol de cuatro hojas, que no me había separado de él desde que me lo regaló Axel, y lo tiré a la papelera. Lo mismo hice con la hoja en la que habíamos escrito y firmado nuestro pacto cuando decidimos salir juntos. Ya no servía; él lo había incumplido, pese a que me prometió que no lo iba a hacer.

Cuando los mayas predijeron el fin del mundo el veintiuno de diciembre de 2012, no se equivocaron.

Para mí se había acabado todo.

30. Axel

Mientras ceno pizza en el salón con mi padre y Júlia, Dani aparece en casa tras haber estado ensayando con su grupo la tarde entera. Nos roba un par de porciones y sube corriendo a su habitación, con la excusa de que no tiene tiempo para hacer vida familiar, porque debe seguir redactando su Trabajo Final de Máster; Taylor deja de intentar robarme los trozos de pollo para marcharse detrás de él y comerse los suyos.

Y sí, me he percatado de su camiseta, que no es la misma que ha llevado esta mañana. Ha intercambiado la de color blanco, con el dibujo de una guitarra eléctrica, por una que le he visto mil veces a Rober.

Engullo los últimos trozos de lo que me queda de pizza como si me los fueran a quitar (reservando los bordes para Daniel) y, sosteniendo los seis kilos de culo gordo y peludo de Señorita Rottenmeier con un brazo, me encamino hacia la cocina para secuestrar dos yogures de la nevera y dos cucharillas del cajón de la encimera, haciendo malabares con mi mano sobrante. Subo a la planta de arriba y, sin haber pedido permiso para entrar en la habitación de Daniel, abro con torpeza y me cuelo, cerrando tras de mí con la ayuda de mi pie.

Él me está mirando desde su cama, sin siquiera sorprenderse de mi visita improvisada, a la vez que mastica su cena, con el portátil y un montón de papeles esparcidos a su alrededor; a su lado se halla Taylor zampando trozos de pollo encima de una servilleta.

—Espero que solo hayas venido a traerme el yogur y esos bordes de pizza —me responde tras tragar, sin expresión alguna—. Puedes dejarlos sobre la mesita e irte. Gracias. —Y centra su mirada en el portátil, fingiendo que está leyendo algo interesantísimo.

—Vengo a hacerte compañía.

Mueve el ratón con los dedos y sus ojos se pasean por la pantalla.

—No necesito distracciones que midan casi dos metros. Buenas noches.

Me aproximo a su cama, suelto en la mesita el postre, el plato con las sobras de mi cena y las cucharillas, y a Señorita Rottenmeier en el colchón (que va directa a tumbarse sobre el teclado del portátil, lo que provoca que Daniel suelte una maldición), y tomo asiento a su lado.

—Te puedo echar una mano, si quieres. ¿Cuándo tienes que entregar el trabajo?

—Este viernes, a las doce de la noche, es la fecha límite, así que tengo cinco días para elaborar lo que me queda. —Gira la cabeza hacia mí—. Venga, va, que tú siempre has sido el cerebrito de los dos. ¿Qué sabes sobre musicología?

Ups, ahí me ha pillado.

Permanezco quieto y callado durante unos segundos, pensando en cómo salir airoso de esta situación, que uno tiene una buena reputación como empollón, a pesar de que el único contacto académico que haya tenido con la música haya sido en el colegio e instituto, y el único instrumento que he tocado de manera seria haya sido la flauta dulce. Me acuerdo de una vez, en primaria, que Daniel se olvidó la suya en su casa y le presté la mía porque teníamos examen; como el profe le preguntó antes que a mí, el muy asqueroso me la llenó de babas y tuve que escaparme hacia el baño para lavarla, porque me dio náuseas utilizarla e iba a acabar vomitando en medio de la clase.

—¿Y bien? —vuelve a hablar Daniel, impaciente, con la boca llena de pizza y sacándome de mis cavilaciones—. Si tardas mucho en

responder, es que no lo sabes.

—Sí que lo sé, listillo. Lo que pasa es que me acabo de acordar de cuando me babeaste la flauta.

Nada más escucharme, se atraganta con los bordes que se estaba comiendo y comienza a toser; las mejillas se le incendian y los ojos se le vuelven acuosos. Le acerco la lata de refresco, que la tenía en la mesita de noche, para que le dé un par de sorbos y se recupere del atragantamiento.

—¿Te refieres a la flauta dulce, el instrumento que tocábamos en el cole, o a otro tipo de flauta, en plan metafórico?

—La primera. —Le doy un ligero empujón a su cabeza calenturienta con la mano.

—Vale, vale. Olvidemos la conversación de las flautas y no me cambies de tema para evitar hablar sobre la musicología, que sé que te estás haciendo el tonto.

—No me estoy haciendo el tonto —replico, haciendo tiempo para seguir inventándome alguna respuesta que tenga sentido, como cuando en los exámenes de la uni me encontraba con alguna pregunta que no entendía, porque el profesor de turno la había redactado con ayuda de una copa de whisky, de alguna sustancia ilegal o de su perro—. Estoy buscando la manera para poder explicártelo de una forma didáctica para que lo comprendas.

—Ya —me contesta, totalmente seguro de que le estoy tomando el pelo, y hace un ademán con la mano—. Adelante, profesor de la Rosa.

Entonces, carraspeo y me digno a parlotear:

—Según la composición de la palabra, «musicología» proviene del griego y significa «ciencia que estudia la música». Yo me considero un experto en dicha ciencia, porque conozco la discografía entera de Taylor Swift; me sé todas sus canciones de memoria, en qué álbum se encuentran, cuándo las sacó, qué transmiten, de qué tratan, a quién se las dedicó… En conclusión: la música de Taylor Swift, además de arte, es ciencia y se debería estudiar en los centros educativos.

La expresión de Daniel, mientras presta atención a mis palabras, cambia varias veces: primero es de auténtico interés, pero, en cuanto menciono a mi cantante favorita, pone los ojos en blanco, hastiado, y me mira con la nariz fruncida y vergüenza ajena.

—Primero —empieza a rebatirme, enseñándome el dedo índice—. Insisto en que lo tuyo con esa rubia te lo tienes que mirar. —Levanta el dedo corazón—. Segundo: el tema de mi trabajo está bastante lejos de parecerse a algo de esa cantante. —Por último, me muestra el anular—. Y tercero: no tienes ni idea de lo que es la musicología, más allá de una definición barata, así que tu ayuda no me sirve. —Esboza una amplia sonrisa que le ocupa media cara—. Por una vez en la vida domino mejor un tema que tú y te gano en inteligencia.

—Vale, pero nunca me superarás en altura.

Me lanza una mirada entre divertida y retadora.

—Los centímetros que me faltan para superarte se han añadido a otra zona de mi cuerpo, que es muchísimo más grande que la tuya.

Ya empezamos.

—Gradúate esas lentillas —le aconsejo, estrujándole el moflete.

Daniel aparta mi mano de su cara con un guantazo y me da a elegir entre echarme de su cuarto, porque necesita darle caña a su trabajo, o quedarme a su lado, con el pico cerrado y sin distraerlo, para darle apoyo moral.

Me decanto por lo segundo, por supuesto. Pero antes de que eche a una dormida Señorita Rottenmeier del teclado de su portátil para volver a enfrascarse en el trabajo, le tiendo el yogur que le he traído para que siga reponiendo fuerzas, con la intención de que mantengamos otra conversación seria, que necesito saber por qué continúa esquivándome, y más aún desde el casi beso que por poco presencia su padre cuando fuimos a cuidar de los trogloditas de sus hermanos.

Ese día tomé la decisión más importante de mi vida: no pienso tener hijos nunca.

Una vez que Daniel se termina el yogur y está concentrado en dejar impoluto el envase mediante lametones, escupo la pregunta de

golpe:

—¿Rober también te ha prohibido hablar conmigo?

Detiene lo que está haciendo y posa su mirada en mí, sin una pizca de asombro.

—Rober no me ha prohibido nada; él no es así. —Aprieta el envase vacío con una mano hasta dejarlo espachurrado y yo me imagino que desea hacer lo mismo con mi cabeza—. Yo soy el que me lo he prohibido, porque mi poco sentido común hace las maletas y me abandona cuando te tengo cerca, y eso está fatal. Así que he decidido ignorarte, porque no me fío nada de mí mismo ni de mis sentimientos, y mucho menos quiero que alguien salga herido por mi culpa ni cargarme mi banda ni mi sueño.

No sé cómo interpretar esas palabras. Si no se fía de sus sentimientos, ¿significa que he reavivado lo que sentía por mí y le han entrado dudas sobre lo que siente por el melenudo? Después de todo, tenemos un pasado compartido y un montón de «y sis»: ¿Y si no me hubiera marchado a Inglaterra? ¿Y si no le hubiera roto el corazón? ¿Y si hubiéramos mantenido una relación a distancia? ¿Habría funcionado?

—Me parece una decisión muy infantil cuando se supone que vivimos bajo el mismo techo y estamos obligados a vernos cada día.

—Múdate, que ya va siendo hora. —Se encoge de hombros con desinterés—. Seguro que el zulo al que te acompañé hace un par de meses sigue disponible. Yo no pienso irme, que soy músico y no tengo un sueldo decente.

—¿Perdona? —Lo miro de hito en hito, flipando con esta conversación, que es la que más carece de sentido de todas las que hemos tenido—. ¿Estás escuchando lo que estás diciendo?

Daniel lanza el envase del yogur al suelo y se levanta de la cama como un resorte para comenzar a dar vueltas por la habitación, gesticulando con las manos y parloteando, angustiado y sin mirarme:

—¡Es que eres una tentación muy apetecible! ¿Tú sabes lo tortuoso que es para mí verte salir cada mañana del baño, casi en

pelotas, y con las gotas de agua adornando tus pectorales y tu tableta de chocolate? ¡Me dan ganas de secártelas a lametones! ¡Lo mismo me pasa cuando te veo haciendo ejercicio en el jardín o cuando llegas del trabajo con tu uniforme puesto! —Se revuelve el pelo con una mano, despeinándose las ondulaciones; Señorita Rottenmeier, Taylor y yo lo contemplamos, ojipláticos—. ¡Pero eso no es lo peor! ¿Tú sabes lo enfermo que me pongo cuando me dedicas tu encantadora sonrisa de mojacalzoncillos, me miras con esos intensos ojos del color del lapislázuli, te ríes por cualquier bobada que digo, me manoseas el cuerpo con tus manos ardientes, con la excusa de hacerme un masaje, o me llamas simplemente «Dani»? —Abandona su paseo, me mira y, apuntándome con el dedo y con las mejillas incendiadas, agrega—: Por tu culpa se me va a putosalir el puto corazón del puto pecho.

Durante lo que parece una eternidad, todo lo que hay a nuestro alrededor desaparece y nos mantenemos la mirada el uno al otro, sin atrevernos a parpadear; sus dos tréboles contra mi par de lapislázulis.

Pero soy yo el que rompe el silencio y el que finaliza la batalla de miradas al estallar en carcajadas.

—¿Se puede saber qué es lo que te hace tanta puta gracia, puto gilipollas? —Daniel, con la rabia apoderándose de su sangre roquera, me da un fuerte empujón y me caigo en la cama, bocarriba.

Continúo riéndome, porque no sé de qué otra manera reaccionar ante sus palabras.

¿Esto cuenta como declaración de amor o como declaración de odio? ¿De amor y odio, tal vez?

Daniel se harta de mí y de mis risas, y se sienta a horcajadas sobre mí para estrujarme los mofletes tan fuerte que mis labios se estiran y están a punto de partirse por la mitad.

—Estarás contento con lo que has conseguido —me espeta, y yo intento reírme, aunque me es imposible, porque me está dejando las mejillas como dos balones de fútbol aplastados—. A mí no me hace

ninguna gracia esta situación. No se puede querer a dos personas a la vez.

Me esfuerzo en responderle a eso último, pero solo salen de mi boca sonidos ininteligibles. Entonces, me suelta los mofletes para permitirme hablar; yo me incorporo y lo sujeto de la cintura.

—Claro que se puede. —Me centro en su mirada y noto que se pone nervioso por tenerme tan cerca—. Yo quiero a muchas personas a la vez. A mi madre, a mi padre, a mis amigos, a mi cantante favorita, a mis gatas, aunque no sean humanas… —Me callo durante unos segundos para generar expectación y, sonriendo, le suelto—: A ti.

Él traga saliva.

—Sabes de sobra a lo que me refiero. —Y se aparta de mí para volver a sentarse en el lado de la cama que estaba ocupando—. Voy a seguir haciendo el puñetero trabajo.

Apoyo la espalda en el cabecero, poniéndome cómodo para darle ánimos en la larga noche que le espera.

—Pero ¿me vas a seguir ayudando con los vídeos para mi Instagram o también te lo has prohibido a ti mismo?

La mirada fulminante que me dedica casi consigue convertirme en cenizas.



—Ahora que estamos aquí reunidos, tengo un notición que soltaros —nos dice Gerard—. Adivinad quién se ha sacado por fin la ESO.

Todos le damos la enhorabuena, que se merece más que nadie haberse sacado ese título después de un largo esfuerzo.

Estamos en la sala de descanso del local donde tocará Lapislázuli en unos minutos. Los integrantes del grupo están terminando de prepararse; Dani da vueltas de un lado a otro, nervioso, y yo estoy

comiéndome los restos de gusanitos que ha dejado Candela, sentado en el sofá, junto a Gerard.

—¿Y tú? ¿Has entregado ya el trabajo del Máster? —le pregunta mi amigo a Dani.

—Sí, un minuto antes de que venciera el plazo. —Exhala con brusquedad y se pasa una mano por la cara—. Menudo estrés. ¿En qué momento tomé la mala decisión de meterme en un Máster?

Confirmo lo mal que lo ha pasado esta última semana, durmiendo un par de horas y levantándose con unas ojeras que le llegaban hasta el subsuelo, para acabar en tiempo récord el trabajo. Yo me he dedicado a darle apoyo moral, a subirle tazas de café a su habitación y a hacerle masajes para liberarle la tensión en los músculos.

—Hombre, nunca está de más tener un plan B por si nuestro experimento musical sale mal y Lapislázuli se va a tomar por culo —interviene Iris sin tacto alguno, mirando solo a Dani, y a mí me da la sensación de que lo ha dicho con segundas—. Hay que ser precavidos.

—Ya salió doña Pesimista —suelta Rober, que se está planchando la melena frente a un espejo.

Iris suspira y camina hacia una esquina de la sala para sentarse en el suelo con las piernas cruzadas. Conecta los auriculares al móvil y se pone a escuchar sonidos de lluvia con los ojos cerrados para relajarse, como hace siempre antes de salir al escenario.

Gerard me da un codazo con disimulo.

—¿No hay un poco de tensión en el ambiente? —me susurra, y me roba un puñado de gusanitos para metérselos en la boca de una sentada.

—Cosas de artistas, supongo.

Candela, que se encuentra frente a otro espejo pintándose los ojos, le dice a Dani:

—Deja de dar vueltas y siéntate un rato, que pareces una peonza y me estás poniendo histérica. Por tu culpa me está saliendo mal el *eyeliner.*

Dani suelta un bufido y se deja caer al suelo, sentándose con la espalda apoyada en la pared y las piernas extendidas. Abandono a Gerard y a la bolsa de gusanitos en el sofá, y me acomodo junto al monigote, sintiendo cómo el melenudo me sigue con su mirada a través del espejo.

—¿Qué te pasa? —le pregunto a Dani en un murmullo—. ¿Necesitas a tu tranquilizante humano?

Los dos permanecemos con nuestras vistas clavadas en el perchero, frente a nosotros.

—Puede ser. Estoy inquieto, porque una de las canciones que vamos a tocar hoy es una que jamás he cantado en público.

—¿Cuál? ¿Una nueva que habéis compuesto?

—No, una de Green Day.

Rober continúa sin quitarnos los ojos de encima mientras se peina; los demás siguen enfrascados en lo suyo y yo ladeo la cabeza hacia Dani.

—Lo vas a hacer bien. —Le sonrío y cubro su mano con la mía sobre su muslo derecho—. Cuando te pongas nervioso, imagínate a la gente desnuda. O me buscas entre el público para que pueda calmarte con mi mirada.

Su vista se desvía hacia mí.

—Eso es peor, porque te imaginaré sin ropa y me desconcentraré.

Y a los dos se nos escapa una carcajada a la vez.

—¡Ah, mierda! —exclama Rober. Todos los pares de ojos se concentran en él, menos los de Iris, que sigue en su mundo, y yo aparto mi mano de la de Dani—. Me he quemado el dedo con la plancha. —Y se lo lleva a la boca para chuparlo y mitigar el ardor.

—A ver si tienes más cuidado, que no nos queremos quedar sin bajista a estas alturas de la película —lo regaña su hermana.

Tras el incidente del melenas, se acerca el momento de que el grupo salga al escenario. Gerard y yo los dejamos atrás y nos mezclamos entre el público, acompañados de nuestras bebidas, para disfrutar de la actuación. Los cuatro integrantes ocupan sus puestos con sus instrumentos y comienzan tocando canciones de Lapislázuli,

que me las sé al dedillo porque las escucho (y las intento cantar, aprovechando que estoy solo) cada mañana en el coche, de camino al trabajo.

Como me sucede siempre, contemplo maravillado a Dani, que, para mí, es el único que existe en el escenario, aunque a los demás también los miro de vez en cuando para disimular. Sin embargo, cuando llega el turno de la última canción, me es imposible despegar la vista de él, y él tampoco aparta sus ojos de mí.

Es la primera canción que me cantó.

La piel se me eriza y mi mente viaja hacia aquella tarde, después del instituto, en su antigua habitación. Los dos estábamos en su cama, con Señorita Rottenmeier a nuestros pies, acostada; él sostenía su guitarra y acariciaba las cuerdas con la púa a medida que cantaba *When It's Time* y yo lo admiraba con total devoción.

Hasta experimento las mismas sensaciones. Es como si se hubiera detenido el tiempo y no hayan pasado los años.

Los vítores del público interrumpen nuestra ensoñación cuando la actuación finaliza, pero no logran hacer lo mismo con nuestras miradas, que continúan unidas. Desde la distancia, puedo ver cómo Dani me sonríe con cariño, e incluso noto la emoción en sus ojos acuosos.

Está a punto de echarse a llorar. Lo sé; lo conozco.

Iris, Candela y Rober caminan hacia el centro del escenario para despedirse del público y Dani actúa como un autómata. Gerard me da unas cuantas palmadas en el hombro para decirme:

—Muy bonito y todo, pero la habéis liado pardísima.

31. Daniel

En cuanto acabamos de tocar, mi banda le agradece al público habernos acompañado una noche más. Yo me comporto como si fuera un robot al que han diseñado con la única función de forzar una sonrisa; tampoco puedo hablar porque, si lo hago, me echaré a llorar.

Soy el primero en desaparecer del escenario, con la guitarra a cuestas, y me encierro en uno de los baños reservados para los artistas, para tranquilizarme y evitar que me moleste alguien. Apoyo el instrumento en la pared con cuidado, me siento en el suelo, con la espalda pegada a los azulejos, y rodeo mis piernas con los brazos.

Y las lágrimas, que se han mantenido ocultas, comienzan a deslizarse por mis mejillas, una detrás de otra.

¿Qué coño me ha pasado ahí fuera? ¿Por qué no he podido dejar de mirar a Axel durante la última actuación? ¿Y por qué me ha afectado tanto? No es que yo sea de piedra y nunca me conmuevan las letras de las canciones, pero siempre me he contenido y jamás me he emocionado a tal nivel para salir huyendo.

Bueno, es que esta no es una canción del montón. Se trata de la primera que me atreví a cantarle. Cada vez que la escuchaba en mi adolescencia con la preciosa voz de Billie Joe Armstrong, sentía la necesidad de dedicársela a Axel.

Y no a cualquier persona se le dedica esa canción.

Pero durante los tres minutos con veintitrés segundos que ha durado la actuación, no he tenido el valor suficiente para despegar la

mirada de Axel, e incluso he sentido que retrocedía en el tiempo.

Durante esos tres minutos con veintitrés segundos, el público y los demás integrantes de Lapislázuli han dejado de existir.

Durante esos tres minutos con veintitrés segundos, he llegado a la conclusión de que los sentimientos hacia Axel no se extinguieron jamás y han permanecido escondidos, esperando la oportunidad perfecta para provocar el más catastrófico de los incendios.

Y, durante los tres minutos con veintitrés segundos, me he dado cuenta de que sigo enamorado de él y de que nunca he conseguido olvidarlo.

Aunque también quiero a Rober.

Y a Lapislázuli.

Lo quiero todo.

No sé cuánto tiempo pasa cuando me obligo a levantarme y a acercarme al lavabo para refrescarme la cara y borrar el rastro de tristeza. Me miro en el espejo y no puedo evitar sentir odio hacia mí mismo por ser tan egoísta.

—Experto en tomar malas decisiones desde el veintitrés de julio de 1996 —le hablo al Daniel que me está juzgando desde el cristal, con los ojos perfectamente pintados de negro gracias al maquillaje resistente al agua que me ha salvado de parecer un mapache.

Confío en que nadie haya notado que algo iba mal, porque me inventaré que me ha entrado un apretón y no me podía aguantar.

Me digno a abandonar el baño con la compañía de mi guitarra y me tropiezo con mis amigas en el pasillo. Iris me agarra del brazo que tengo libre, con tanta fuerza que temo que me lo deje espachurrado, y me clava sus uñas negras en la piel como cuchillos afilados; yo advierto al patriarca de los cabreos en sus ojos grises.

No entiendo de dónde saca la fuerza esta mujer con lo diminuta que es.

—¡Tía, mi brazo!

Candela me contempla de brazos cruzados, también con el semblante enfadado.

Y no hay ni rastro de Rober, así que las alarmas imaginarias de mi cerebro comienzan a sonar.

—La has cagado lo más grande —me espeta Candela.

—Estarás contento, Daniel —agrega Iris sin liberar mi maldito brazo.

—No sé a qué os referís, chicas. Ahora mismo no caigo —me hago el tonto, que es lo que me ha funcionado toda la vida, y me centro en las uñas de Iris estrujando mi piel, que creo que acaban de taladrar el hueso.

—No has parado de mirar a Axel durante esa canción —me cuenta Candela—. De hecho, parecía que se la estabas cantando a él.

—Parecía, no —interviene Iris corrigiendo a nuestra amiga—. Se la estaba cantando a él de una forma muy evidente. El disimulo brillaba por su ausencia.

Si ellas lo han notado, entonces Rober también y por eso no está aquí.

Joder, tengo que hablar con él.

Que tu novio le cante una canción romántica a un tío del público, con el que se ha acostado, con el que convive cada día y con el que tuvo una relación en su adolescencia, muy agradable no debe de ser.

—¿Y qué pasa que no haya dejado de mirar a Axel? —inquiero, y mi boca decide soltar las siguientes estupideces que ni de coña me van a salvar el culo—: Lo he mirado a él como podría haber mirado al cincuentón melenudo que había a su lado, con una jarra de cerveza más grande que su cabeza.

—¿Qué estás diciendo? —vuelve a hablar Candela—. Si lo hemos visto todos.

—Está inmerso en su mundo, déjalo —le responde la otra, que desvía la vista hacia mí de nuevo—. Vete ahora mismo a hablar con Rober e intenta arreglar las cosas para que no deje a nuestro grupo cojo. Supongo que no te habrás fijado en la cara que se le ha puesto. Yo me voy a emborrachar a tu salud, que me lo merezco.

—Quizá pueda ir si me sueltas de una vez el brazo, que me lo estás dejando como la pierna de una Barbie con problemas de circulación.

Iris afloja su agarre y yo me zafo de ella de un tirón. Me acaricio la zona que me ha aplastado y advierto las cinco marcas de media luna de sus uñas tatuadas en mi piel.

—Cuánta agresividad.

—Te mereces eso y mucho más. —Iris se pasa una mano por la cara, agobiadísima—. Dios, sabía que esto iba a pasar.

Candela me ordena que deje de perder el tiempo y que vaya a buscar a Rober hasta por debajo de las piedras, y añade, como amenaza, que como se me ocurra romperle el corazón a su hermano, saca la navaja y me la clava en la yugular, aunque sea su amigo desde primero de la ESO y se queden sin el vocalista de la banda.

Levanto un brazo en son de paz, porque con el otro sigo sujetando mi guitarra, y me alejo de esas dos antes de sufrir más daños.

Voy a mirar primero en la zona de descanso, por lo menos para dejar el instrumento y no estar dando tumbos por el local con él a cuestas.

Despacio, abro la puerta y encuentro a Rober sentado en el sofá, en una posición desenfadada, con la pierna derecha sobre la rodilla izquierda y entreteniéndose con su móvil.

—Robbie.

No alza la cabeza en mi dirección, tan solo mantiene la vista en la pantalla de su teléfono. Cierro la puerta detrás de mí y me acerco al sofá para sentarme a su lado tras dejar la guitarra sobre una silla.

—¿Qué hay entre Axel y tú? —es lo primero que me pregunta con voz serena, aún sin mirarme—. Y no me vengas con que solo hubo sexo entre vosotros ese día, Daniel, que no soy idiota.

—Solo hubo sexo aquel día —le respondo como un papagayo, y a él se le escapa una risa irónica—. Y le tengo mucho cariño porque lo conozco desde hace casi veintisiete años y hemos crecido juntos, ya

lo sabes. No he vuelto a follar con él, como me pediste, si es eso lo que te preocupa.

Rober se vuelve a reír, pero esta vez sin ganas. Suelta el móvil sobre la mesita y se pone de lado para que estemos cara a cara.

—Me he dado cuenta de cómo lo mirabas mientras tocábamos la última canción —me dice, y a mí se me rompe un poco el corazón al percibir el dolor en su voz—. Antes de que saliéramos al escenario, he visto cómo te animaba y me he fijado en tus reacciones. Ni siquiera te has acercado a mí cuando me he quemado el dedo con la plancha por estar pendiente de vosotros.

—Siempre te lo quemas.

—Y tú siempre has venido corriendo para curármelo. Menos hoy. —Hace una pausa y aprovecho para alejar mi mirada de la suya porque soy un cobarde—. Se nota que hay algo más entre él y tú, aparte del cariño, por mucho que lo niegues. Llevo sospechándolo unas semanas, pero creía que eran imaginaciones mías hasta esta noche, que me lo habéis confirmado.

Arrugo el entrecejo y me armo de valor para volver a encontrarme con sus ojos abatidos.

—¿Sospechándolo?

—Mi abuela siempre me ha dicho que una mirada vale más que mil palabras, y tú miras a Axel como si fuera tu mundo. Además, no me has dedicado tiempo de calidad estos días; decías que estabas muy ocupado con el Máster… Pero no te has negado a ayudarlo cuando te necesitaba como paciente para sus vídeos de Instagram.

Es cierto que he estado liado con el maldito Máster, que no he podido quedar con Rober, más allá de los ensayos con el grupo, y que he pasado más tiempo con Axel que con él, pero porque vivimos bajo el mismo techo y me motivaba a ser responsable en los estudios con su sola presencia, como cuando íbamos al instituto. Y le he echado una mano con sus vídeos de fisio porque necesitaba distraerme y se lo debía, por haberme curado mis dolencias y haber sido mi apoyo moral.

Pero ¿y lo que ha dicho de que miro a Axel «como si fuera mi mundo»? Esa mirada solo se la dedico a Señorita Rottenmeier.

—Robbie, siento mucho haberte descuidado —le digo con honestidad, y lo cojo de las manos—. Estoy hecho un mar de dudas; no quiero hacerle daño a nadie ni poner en peligro a Lapislázuli.

El jodido nudo reaparece en mi garganta.

—¿Lo quieres? —me pregunta, directo.

A mí se me encoge el corazón.

—Os quiero a los dos. —Y desvío la vista hacia nuestras manos unidas.

Rober se ríe, apático, y se suelta de mí. Mis ojos ahora viajan hacia un hilito del sofá, que lo intento arrancar con los dedos.

—Tener una relación abierta me parece fenomenal, pero una relación poliamorosa no es mi rollo. Me temo que tendrás que elegir a uno, aunque la respuesta ya está clara.

Cuando oigo eso, mi mirada se centra en él.

—¿Qué quieres decir?

—Que necesitamos darnos un tiempo —me responde en un tono apenas audible—. Por lo menos hasta que te aclares.

No me puedo creer que esto esté sucediendo.

—¿Y qué va a pasar con el grupo? —la voz se me quiebra y las lágrimas se me vuelven a amontonar en los ojos.

Rober me esquiva la mirada.

—No lo sé, Dan, porque lo que menos me apetece ahora es verte la cara. —Se pone en pie y se esfuma de la sala tan deprisa que no me da tiempo a procesar lo que ha ocurrido.

¿Rober acaba de romper nuestra relación?

No, seguro que es una pesadilla y que, dentro de unos minutos, sonará la alarma de mi móvil y me despertaré con el culo calvo de Taylor pegado a mi cara o con Señorita Rottenmeier lamiéndome los pies con su lengua áspera.

Me enjugo una lágrima con una mano y me levanto del sofá yo también. Cuando abro la puerta de metal de la sala con la intención de salir para buscar a los demás, me encuentro con el responsable

de mis desgracias, que se ha puesto una camiseta azul, con la frase de una canción de Taylor Swift que le va como anillo al dedo: «Soy yo, hola, el problema soy yo».

Por supuesto que él es el problema ahora mismo.

Me analiza durante un siglo, en silencio. Lo único que oímos es la música que suena de fondo desde el local.

—Menudo careto, Dani —habla al fin, e intenta hacerse el gracioso cuando me pregunta—: ¿Se te ha muerto un testículo?

—Rober me ha dejado.

No me apetece pelear dialécticamente con este cenutrio.

Axel no se sorprende ante la noticia y me mira con algo parecido a la compasión.

—¿Quieres uno de mis reconfortantes abrazos?

Asiento con la cabeza y me refugio en sus brazos.



Cinco días después de mi tragedia amorosa, en los que me he encerrado en mi mundo para intentar tomar una decisión con la que no hiera los sentimientos de nadie ni ponga en peligro a Lapislázuli, me llevo a los hijos de mi padre a dar una vuelta para distraerme. Aunque no lo consigo, porque la caja prohibida, que ha estado escondida diez años en el lugar más recóndito de mi cerebro, ha estallado y me está fastidiando con los recuerdos que se han escapado de ella.

Jordi se desplaza por el paseo con el patinete, de una punta a otra; Zoa se entretiene viendo dibujos en la *tablet* y comiendo Cheetos con forma de fantasmas, sentada a mi lado en un banco; y yo observo a la gente pasear, a través de mis gafas de sol, porque

no me apetece que ningún fan de la banda interactúe conmigo si me ve, mientras pongo en orden mis pensamientos y sentimientos.

Una pareja formada por dos chicos de unos dieciséis años pasa por delante de mí y escucho que se insultan con cariño. Para colmo, terminan dándose un beso y continúan su camino, agarrados de la mano. Mi mirada se desvía hacia una familia con tres hijos pequeños y un perro enorme, que se atreve a soltar un pastel justo delante de mí; yo arrugo la nariz, no por la mierda del chucho, sino por la escena llena de felicidad, que no tengo ni idea de si es lo que quiero para mí algún día lejano, con algún chico decente. Por último, me toca el turno de contemplar a dos ancianos que acaban de ocupar el banco de enfrente; él parece que le cuenta algo gracioso a su señora, porque ella se echa a reír y le reparte besos por la cara.

Esos podríamos ser cierto fisio y yo en un futuro, pero no sé si sería buena idea darle una segunda oportunidad. Me destrozó emocionalmente en nuestro pasado y es el único capaz de volver a hacerlo. Por no hablar de que le puso los cuernos a su novia de aquel entonces conmigo, sin siquiera haber sido yo conocedor de esa información antes de acostarnos. Si hubiera sabido que Axel se había enamorado de otra persona, no habría follado con él aquel veintiuno de diciembre. Si hubiera sido sincero conmigo, nuestra relación habría terminado de una manera menos dramática y yo lo habría entendído. O quizá no, teniendo en cuenta la mala leche que gastaba de adolescente; o quizá me hubiera escocido la noticia al principio, pero la habría aceptado con el paso del tiempo y podríamos haber quedado como amigos.

Sin embargo, el imbécil decidió ocultarme que tenía novia y que me había dejado de querer durante sus primeros meses en Inglaterra. Me pica la curiosidad por saber si le contó a ella que se había acostado conmigo en su visita navideña a España o si, por el contrario, se guardó ese secreto como un infiel.

Si le doy una segunda oportunidad, ¿quién me garantiza que no me volverá a romper el corazón? ¿Y si me pone los cuernos como se

los puso a esa pobre chica y yo vivo en la ignorancia toda la vida? Supuestamente, Axel no es así de cabrón.

Pero no estoy teniendo en cuenta algo de vital importancia: hace diez años estábamos en una etapa diferente y éramos muy jóvenes. Bueno, *más jóvenes*, pese a que ahora nos encontremos más cerca de los treinta que de los veinte, y haya descubierto hace unas horas, aparte de mi caspa por el estrés, mi primera cana en el pelo, que seguro que me ha salido por culpa de Axel. Además, ambos hemos crecido y madurado (vale, eso último puede ser discutible) y ya no somos los mismos. Es cierto que en algunos aspectos seguimos igual, pero en otros hemos cambiado.

¿Y si resulta que, en realidad, estoy confundido y no estoy enamorado del Axel de ahora, sino anclado en el 2012, y echo de menos al Axel adolescente, a nuestros recuerdos y a lo que hemos vivido? ¿De verdad soy capaz de arriesgar mi carrera musical por un amor del pasado que no sé si funcionará en el presente?

Desearía poder elegir las dos cosas, pero no me apetece hacerle más daño a Rober, que no quiere verme ni en pintura desde nuestra ruptura. Ya me siento como una mierda y sería violento vernos las caras cada vez que toquemos en un local o ensayemos en la cochera de Iris.

Mi hermana interrumpe mi monólogo interior, apoyando su asquerosa mano babeada en mi brazo, y la miro.

—Quiero más —me dice enseñándome la bolsa vacía de Cheetos, y aprecio algunas migas de patatas pegadas alrededor de su boca.

—No hay más.

—¡Quiero más! —me grita, y me aprieta más el brazo.

—Y yo quiero arreglar mi vida, dedicarme a la música, que mis amigas y Rober no me odien y abalanzarme sobre Axel para decirle cuánto lo sigo queriendo, pero no se puede tener todo, Zoa. Asúmelo, que pronto llegarás a mi edad y te pegarás una buena hostia contra la realidad.

Mi hermana se me queda mirando como si hubiera perdido la cabeza y Jordi se acerca a nosotros con el patinete.

—Dame tu móvil, que necesito ver vídeos en TikTok —me ordena, sin amabilidad y sin un «por favor, hermanito de mi corazón»—. Ahora. No voy ni a contar hasta tres.

Caray, viene fuerte la nueva generación.

—De acuerdo, pero me tenéis que ayudar a tomar una decisión si queréis mi móvil y otra bolsa de Cheetos.

Qué bajo he caído pidiéndoles ayuda a estos minidemonios; yo solo no sé cómo enfrentarme a este problemón. No puedo hablar de esto con Iris y Candela porque me quieren descuartizar entre las dos; ni con mi madre, que me lanzaría la chancla si se enterase de que le he ocultado mi *affaire* con el hijo de su prometido.

Mis hermanos aceptan el trato.

—¿Quién os cae mejor, Rober o Axel?

—Menuda pregunta más tonta —habla Jordi primero, como si la respuesta a esa cuestión fuera de lo más evidente—. Rober. Lo tengo clarísimo.

Ladeo la cabeza hacia Zoa.

—¿Y a ti?

—¡Ninguno! —responde sin dudar.

Hago una mueca porque no me están ayudando nada. Me saco el móvil del bolsillo de los vaqueros para buscar refuerzos, que en este caso se trata de mi padre, y se lo entrego a Jordi para que le haga la misma pregunta que les he hecho a ellos.

—Papá, ¿quién te cae mejor como novio de Dani? —le suelta a bocajarro en cuanto descuelga, y yo me mosqueo porque no sé de dónde se ha sacado lo de «novio» si no le he contado nada—. ¿Rober o la jirafa con cara de carpeta?

—Se llama Axel —lo regaño, y escucho risas a través del teléfono —. Respétalo.

—A ver, los dos son buenos chicos y buenos yernos —comienza a hablar mi padre—. Pero, si me tengo que decantar por uno para mi hijo… —Hace una pausa para generar expectación y Zoa suelta «chan, chan, chan»—. Lo siento por Rober, que me cae muy bien, pero elijo a Axel.

—No nos sirve —le responde Jordi, y le cuelga a nuestro padre sin despedirse.

Perfecto, hay un empate entre tres opciones: Rober, Axel o ninguno.

¿El responsable de desempatar tengo que ser yo sí o sí? Pues menuda mierda, y no me refiero a la que acabo de pisar al levantarme del banco.

32. Axel

Me despido de mi último paciente del día y, al salir de la consulta y dirigirme a la recepción, me encuentro a Dani con su guitarra a cuestas, charlando de manera animada con Gerard.

—Tú, ¿qué haces aquí? —quiero saber frunciendo el ceño—. Si te duele algo, hubiera sido mejor que me esperaras en casa.

—No he venido para que me des un masaje. —Me dedica una sonrisa—. Es que he terminado de ensayar hace un rato con las chicas y me ha apetecido venir hasta aquí para que nos fuéramos juntos.

—Ah, vale. —Yo también le sonrío—. Cuando apague todo, nos vamos. No tardaré.

—No te preocupes. Te esperaría toda la vida si hiciera falta.

—Uuuuuh —suelta Gerard.

Se me escapa una risita nerviosa, porque no sé qué responder a eso, y desaparezco de la recepción.

Todavía está en pleno duelo por la ruptura con Rober y no tengo ni idea de si van a volver. El melenudo continúa enfadado con él (y con razón) desde aquella noche en la que Dani cantó nuestra canción de Green Day y no paraba de mirarme.

El sábado pasado tocó con su grupo en un local, aunque con solo tres integrantes, e Iris intercambió la guitarra eléctrica que la acompañaba en cada actuación por un bajo. El público se entristeció cuando Candela explicó que el melenudo no había podido asistir esa noche porque estaba enfermo, pero que pronto se uniría a ellos. La

verdad es que se notó un montón la ausencia de uno de sus pilares; por momentos, Lapislázuli parecía estar cojo y no actuó como siempre. Lo peor ha sido que Dani ha estado la semana entera decaído y yo detesto verlo así.

Solo espero que se arreglen las cosas entre ellos, sea de la manera que sea, para que Dani siga brillando y sea feliz.

Una vez que me aseguro de que nada se ha dejado sin recoger, me despido de Gerard, apago las luces y cierro. Ya en el coche, con Dani sentado en el asiento del copiloto sin abandonar su sonrisa, que parece que se la ha pegado a la cara, le pregunto como quien no quiere la cosa:

—¿Por qué estás tan contento? ¿Ha habido novedades sobre Rober?

No sé si quiero saber la respuesta.

—No, el motivo no es Rober. Te lo cuento cuando lleguemos.

Suspiro de alivio.

Vale, si su felicidad no es por Rober, entonces será por otra cosa relacionada con el grupo o con su Máster.

Al llegar a casa, saludamos a mi padre, que está preparando la cena (Júlia aún sigue en la farmacia), y decidimos sentarnos en el banco del jardín, mirándonos el uno al otro.

—Axel, esta semana he logrado desempolvar al completo la caja de amnesia de mi cerebro —suelta Dani de sopetón—. Y he estado reflexionando sin parar.

Empezamos bien. Pensaba que sus prioridades en estos momentos eran su banda y Rober, no nuestro pasado.

—¿Por qué, exactamente?

Dani deposita su dedo índice sobre mis labios, con su uña pintada de negro, para que me calle y lo deje hablar.

—No me interrumpas.

Levanto las manos en señal de rendición y aparta el dedo para continuar con su monólogo.

Yo no me quiero hacer ilusiones por si me confiesa que desenterrar esa caja le ha servido para darse cuenta de que la

persona con quien quiere estar es Rober y que la relación que tuvimos en nuestra adolescencia es solo un bonito recuerdo, como todo lo vivido a esa edad.

—Cuando rompí con Rober aquella noche, la venda se me cayó de los ojos. No era normal lo cieguísimo que he estado… O quizá fingía estarlo para ignorar lo que estaba volviendo a sentir, no lo sé. —Aprisiona el trébol de cuatro hojas del colgante entre sus dedos y sonríe, sin dejar de mirarme—. Total, que esta semana he estado comiéndome la cabeza sobre si lo que siento en el presente por ti es real y no producto de la nostalgia por lo que tuvimos hace diez años; o si echo de menos al Axel adolescente, o si estoy enamorado del Axel de ahora, o si estoy pillado por los dos, porque habrás cambiado en algunas cosas, pero en otras sigues siendo el mismo, aunque me hayas roto el corazón una vez. Y luego está mi Robbie, que lo quiero muchísimo también, es maravillosísimo y todos los adjetivos buenos terminados en «ísimo», a pesar de que no le guste el yogur de galleta; pero eso es un punto a favor, porque tengo menos competencia a la hora de comérmelo, además de que tiene moto, muchos tatuajes y pelazo. —Se revuelve el pelo con una mano; yo, por cada frase que suelta, siento que el nudo de mi estómago aumenta—. En resumen: ya he tomado una decisión. ¿Quieres que te la diga?

—No.

La sonrisa de Dani se esfuma de su rostro y en su mirada leo la confusión.

—¿No?

Primero tengo que recibir su perdón por lo que le hice. Para que eso sea posible, debo ser sincero con él, porque quizá cambia de opinión cuando sepa la verdad y no solo mentiras.

—Tengo que contarte algo con lo que puede que me odies más aún. —Y añado, forzando una sonrisa—: Y puede que hasta me gane otra bofetada, pero más fuerte.

Frunce el ceño.

—En realidad nunca te he odiado, Axel. Eso es imposible.

Ya, eso lo dice ahora, que he conseguido vivir bajo el mismo techo que él sin que me decapite.

—¿Te acuerdas de aquel veintiuno de diciembre de 2012, cuando regresé de Inglaterra para pasar las vacaciones de Navidad, que nos acostamos en tu casa, luego te conté que tenía novia y me diste un tortazo en mitad del paseo de La Barceloneta?

Asiente con la cabeza, serio.

—Como para olvidarlo.

—Pues esa novia jamás existió. Me lo inventé para que te alejaras de mí y me olvidaras; era la única forma que se me ocurrió para dejar de hacernos tanto daño estando separados.

Su primera reacción es ponerse pálido; la segunda, reírse con nerviosismo.

—Me estás gastando una broma, ¿verdad?

—No. —Trago saliva.

Dani se levanta de golpe y se pone a dar vueltas por el jardín, tapándose la boca con las manos, para terminar de asimilarlo todo.

Yo también me pongo en pie para seguir explicándome, lo más calmado posible.

—Dani, teníamos que continuar con nuestras vidas. ¿Sabes lo mal que lo pasé cuando me fui? Te contaba que estaba bien, pero te echaba de menos cada hora, cada minuto y cada segundo. No podía concentrarme en nada ni disfrutar de las cosas de un chaval de esa edad, y lo mismo te ocurría a ti. Pensé que lo más adecuado era cortar todo tipo de contacto contigo.

Dani deja de caminar de un lado a otro y se encara conmigo; en su expresión se asoma la rabia.

—Lo más adecuado para ti, querrás decir, ¿no? Tú no sabes cómo me dejaste aquel puto día, que me hiciste creer que me habías utilizado para explorar tu sexualidad, y lo que me costó superarte; te echaba de menos y me esforzaba para no buscar tu nombre en las redes sociales porque no me atrevía a aceptar que hubieras rehecho tu vida. —Se le quiebra la voz—. Sigo pensando que lo mejor

hubiera sido mantener una relación a distancia y vernos en vacaciones.

—No era viable —le respondo, deseando que comprenda que lo hice por los dos—. Éramos unos críos de dieciséis años.

—¿Y lo mejor era dejarme hecho una mierda? Podríamos haber quedado como amigos, aunque sea; no quería perderte por nada del mundo. Pero decidiste tomar la peor decisión y huir sin tener en cuenta mis sentimientos —me contesta con ríos de lágrimas recorriendo sus mejillas, contemplándome con un batiburrillo de emociones que detesto: odio, rencor, ira, tristeza y decepción—. Me destrozaste por completo en el pasado y ahora te has vuelto a meter en mi vida para romper todo lo que tengo. Cuando por fin encuentro a alguien que merece la pena y por el que he logrado sentir algo después de ti, te cargas mi relación con él y la que tengo con mi banda, porque entenderé que Rober quiera abandonarnos. ¡Y encima me confiesas que me mentiste! ¿Por qué has vuelto, eh? ¡Tendrías que haberte quedado en Inglaterra!

En este instante, el que está siendo destrozado soy yo al recibir esas palabras tan hirientes, pero me las merezco por haberlo hecho sufrir tanto.

—Necesitaba volver para arreglar las cosas contigo y recuperar nuestra amistad, aunque fuera tarde y cada uno tuviera su vida. —A estas alturas de la discusión ya me cuesta hasta hablar—. Cuando mi padre me contó a mediados de agosto que había empezado a salir con tu madre, no quise desaprovechar la oportunidad y le propuse a Sarah mudarnos a España; dejé mi trabajo en Londres, reservé un vuelo e hice las maletas. —Sonrío, con las lágrimas a punto de salir de su escondite, mientras Dani me mira con atención, a pesar del dolor en sus ojos—. Y aquí me tienes. Cuando nos reencontramos en febrero, me sentí por fin en casa y tuve la sensación de que no habían pasado los años. Hace meses no pensaba recuperar tu corazón, porque me parecía algo imposible; quería recuperarte a ti, a nuestra amistad, aunque tu corazón lo ocupara otro, para ser el primero en apoyarte en lo que hicieras, en alegrarme por cada uno

de tus logros y en abrazarte cuando estuvieras de bajón. Ahora solo me conformo con que me perdones, a pesar de que no quieras volver a verme. Pero que sepas que te sigo queriendo como el primer día.

Dani exhala con brusquedad y se pasa las manos por la cara, llevándose las lágrimas con su tacto. Oigo un ruido a mi espalda, parecido al de las pisadas de césped, y me doy la vuelta.

Bah, solo son Señorita Rottenmeier y Taylor jugando al fútbol con un escarabajo como balón.

Al volver a girarme hacia Dani, lo veo con los brazos en jarras y negando con la cabeza, con la vista fija en nuestros pies. Sin siquiera mirarme, me dice:

—Tengo que pensar. Esto lo ha cambiado todo y estoy más confuso que antes. —Y se esfuma del jardín como un vendaval.

Me tiro del pelo, arrepentido por la decisión que tomó el Axel de dieciséis años, al que le tiraría de las orejas por haber sido tan imbécil.

Entro en casa por el mismo camino por el que ha desaparecido Dani, pero no lo persigo hasta la planta de arriba porque le voy a dar tiempo para que piense.

Cuando llega la hora de cenar, se asoma a la cocina para avisarles a nuestros padres de que va a salir y que no sabe la hora a la que regresará; todo, sin mirarme a la cara.

—Qué callados estáis esta noche —comenta mi padre al percatarse del silencio que reina en la cocina tras sentarnos a la mesa, porque ni Júlia ni yo hemos dicho ni pío durante los anteriores cinco minutos—. ¿Os ha ocurrido algo? —Primero mira a su prometida y luego a mí.

—Qué va, papá. Todo como siempre.

—¿Cómo va tu búsqueda de piso, Axel? —quiere saber Júlia.

Me sorprendo ante esa pregunta, que para nada me esperaba, y mi vista se desvía hacia ella para descubrir que me está mirando con una seriedad que no le he visto nunca, porque siempre se ha dirigido a mí con jovialidad.

—Pues… —Hago una breve pausa para inventarme lo que sea y me rasco la punta de la nariz cuando respondo—: En ello estoy. Ya tengo varios elegidos.

Es mentira. Hace días que no cojo el ordenador ni el móvil para visitar páginas de alquileres. Me he sentido tan a gusto en esta casa conviviendo con Dani, antes de que ocurriera la catástrofe de hoy, que he querido posponer mi mudanza para más adelante.

Pero creo que ya va siendo hora de que me ponga las pilas, sobre todo después de lo de esta noche. A lo mejor sigue libre el zulo mohoso con la cucaracha mutante en el baño.

—¿A qué viene eso ahora? —Parece que a mi padre también le asombran la pregunta y la expresión inusuales de su prometida—. ¿Ya quieres echar a mi hijo de aquí? —agrega en tono burlón.

—No es eso, Casimiro —le contesta ella, y yo me extraño aún más por su actitud, porque en circunstancias normales no llama a mi padre por su propio nombre, sino «Prometido», así que deduzco que está molesta por algo o con alguien, y ese alguien seguro que soy yo —. Tu hijo nos dijo en febrero que se iba a quedar solo unos días y ya estamos en junio. Han pasado meses.

—¿Tienes algún problema con que mi hijo esté viviendo aquí? —le espeta mi padre, que se levanta de la silla para contemplar a su prometida, enfadado—. Se puede quedar hasta que se jubile si hace falta, igual que el tuyo.

Hombre, espero irme de aquí antes de mi jubilación.

Júlia también se pone en pie y ambos empiezan a enzarzarse en una discusión como si yo no estuviera delante.

—Los dos juntos no pueden vivir en la misma casa; lo tenemos más que comprobado. Parecen adolescentes, todo el santo día discutiendo por tonterías. —Júlia gesticula con las manos mientras habla, como también hace Dani—. Y para colmo lo de hoy, que es evidente que se han vuelto a pelear.

—Claro, porque la culpa siempre la tiene tu hijo —le contesta mi padre señalándola con el dedo—, que no sabe comportarse como un adulto y se ha quedado en los diez años.

Júlia se lleva la mano al pecho, ofendida.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡La culpa siempre la ha tenido el tuyo, que pone de los nervios al mío! Se nota que se apellida «de la Rosa».

Acabo de tener un *déjà vu* de las discusiones que mantenían cuando los llamaba la directora del instituto porque la habíamos liado parda. Hay cosas que nunca cambian.

Este sería un buen momento para reírme, pero no tengo ganas. Solo me atrevo a levantarme, coger mi plato, colocarlo en el fregadero y largarme a mi habitación para hacer la maleta.

No me marcho unos días porque Júlia me haya echado literalmente de aquí, sino para poner distancia entre Dani y yo hasta que se aclare sin que yo esté merodeando por su alrededor, aunque para ello tenga que sacrificar mi espalda y mis cervicales, durmiendo en el comodísimo sofá de mala muerte de Gerard.

33. Daniel

Voy a cargarme a Axel, y no es porque me mintiera ese veintiuno de diciembre de 2012, sino porque ha vuelto a huir. Lo sé, porque ha dejado sobre mi mesita de noche el anillo que le regalé, acompañado de una escueta nota en la que ha escrito «Me voy unos días al piso de Gerard. Cuida de Taylor».

No puede haber sido más soso y frío.

¿Y a qué Taylor se refiere? ¿A su gata con complejo de pollo crudo o a la muchacha que sale en su preciado cojín? Porque la guinda del pastel es que ha abandonado a las dos, algo que me deja pasmado.

Puedo entender que no se haya llevado el cojín, porque habrá metido en su equipaje lo necesario, pero ¿su mascota? Aunque tampoco me sorprende que me haya dejado a cargo de la gata; ya me lo hizo una vez con Señorita Rottenmeier.

La historia se repite, pero en vez de una gata, ahora me tengo que hacer responsable de dos. No le pienso permitir que haga lo mismo con una tercera.

Formo una pelotita con la nota cutre que me ha dejado y la lanzo a mi cama. No hago lo mismo con el anillo porque me lo coloco en el dedo corazón de la mano derecha para enseñárselo cuando le haga un corte de mangas.

Tras el largo paseo que me he dado por Barcelona, estoy hambriento, así que bajo a la cocina para picar algo porque llevo horas sin echarle nada al estómago. Sin embargo, me llevo una

segunda sorpresa: mi madre sentada a la mesa, rellenando una copa de vino hasta los bordes.

¿Está bebiendo sola? ¿Dónde está su querido prometido?

—¿Y Casimiro? —le pregunto, extrañado.

Mi madre fuerza una sonrisa y le da un trago a su copa.

—Nos hemos peleado y se ha ido. No sé si volverá.

¿Cómo que ese hombre ha hecho lo mismo que Axel? Parece que lo de huir es una característica hereditaria en esa familia.

Joder, todavía me cuesta asimilar que el imbécil de Axel se inventara que tenía una novia esperándolo en Inglaterra para que me olvidara de él.

Pues su mentira no surtió efecto. Me he acordado de ese gilipollas cada puto día y estaba deseando reencontrarme con él por casualidad para saber cómo le estaba yendo la vida. Pero el drama de que se convirtiera en mi hermanastro de sopetón y me volviera a enamorar de él no entraba en mis planes.

Arrastro una silla y me siento frente a mi madre, preocupado.

—¿Qué os ha pasado?

—¡Nada malo! —exclama sin borrar la falsa sonrisa de su cara, y yo doy un respingo—. ¡Que me he convertido en una verdadera madrastra, como las de Disney! —Se echa a reír y le da otro buen trago al vino.

Dios, está un poco (bastante) borracha. ¿Cuántas copas se ha metido? ¿Y qué significa eso de que ahora es una madrastra de Disney?

—¿Le has dado a tu hijastro sin querer alguna comida que contenía marisco? ¿Una manzana podrida con un mejillón dentro, quizá? —intento bromear.

Si de verdad ha ocurrido eso, no pienso ser yo el príncipe que resucite a Axel con un beso, que mi enfado con él supera el infinito.

Mi madre se descojona otra vez y me vuelve a recordar el incidente de nuestra infancia donde envenené a Axel. En otras circunstancias me habría reído hasta que me doliera el estómago, pero hoy no, y la señora que me trajo al mundo se percata de ello.

—Uy, qué serio estás —me dice; sus carcajadas cesan, aunque su sonrisa de borracha continúa en su cara. Le da otro sorbo al vino y, entonces, me cuenta lo que ha pasado—: Que conste que yo no he hecho nada malo, eh. Solo le he preguntado a ese chico si ya ha buscado algún piso, por si se le había olvidado, y para que te deje tranquilo, porque ya han pasado muchos días desde que se mudó aquí y me he dado cuenta de que la idea de encerraros en la misma casa no ha sido la mejor. —Se le escapa una risita—. Y mi exprometido y él se han ofendido con mi pregunta y se han esfumado. Tienen la piel muy fina.

Me arrepiento de haberme ido a dar una aburrida vuelta, porque me he perdido uno de los mejores salseos de la familia Domènech de la Rosa. Solo espero que Axel regrese para cargármelo, que en su nota ha puesto que se marchaba unos días.

—¿Cómo que tu «exprometido»? —inquiero sin creérmelo—. ¿No habrá boda? Ya me había ilusionado con verte con el vestido de novia puesto y acompañarte al altar. Además, siempre te has llevado superbién con Axel; no entiendo por qué ahora te molesta su presencia.

El motivo por el que se han peleado me parece absurdo. No tiene ningún sentido, pese a que el surrealismo sea uno de los ingredientes principales de este experimento de familia.

Mi madre abandona su sonrisa y, mirándome fijamente a los ojos, me dice:

—Lo único que puedo hacer ahora es darte un consejo de madre: no te enamores de ningún de la Rosa, ni te comprometas ni planees una boda con él, y mucho menos te metas en una hipoteca con alguien que se apellide así. ¿De acuerdo?

Lo primero ya me ha sucedido dos veces. Lo demás podría evitarlo.

—Eh… Vale, mamá. —Me levanto de la silla con la intención de irme—. Pero coge tu móvil para que Casi y tú liméis asperezas. Es mi consejo de hijo.

Me contempla como si la hubiera insultado.

—¡Tú a mí no me tienes que dar consejos ni decirme lo que tengo que hacer, que soy tu madre!

Sonrío.

—Está bien, pero llámalo, eh. Que no se te olvide.

Mi madre hace muecas de burla mientras se termina lo que le queda de vino en la copa y yo cojo de la nevera los canelones de Axel que sobraron ayer, que me los zampo en una cama que no es la mía, con la serie *El barco* puesta en la tele.

Como el innombrable y yo estábamos enganchados hace años, le hago una foto a Mario Casas y se la envío por WhatsApp de manera automática.

Mierda. Se me ha olvidado la discusión que hemos tenido y que sigo cabreadísimo con él.

Como son las once y media de la noche y no se conecta desde las 22:22, borro la imagen de inmediato, aunque esta aplicación no elimine las pruebas.

Necesito ponerle una reclamación a WhatsApp. O recoger firmas para que quite lo de «Este mensaje fue eliminado», que no sirve para nada.

De pronto, Axel aparece conectado.

Atención: está escribiendo.

Y a mí me están entrando sudores fríos.

Antes de recibir su mensaje, escribo uno a toda pastilla:

Dani: «Pendón me he eqiuvocaod. Era para irascible y canela»

No sé qué idioma he utilizado, pero lo intento arreglar:

Dani: «iría y canelón»

Dani: «Joder»

Dani: «ERA PARA IRIS Y CANDELA»

Ufff… Aleluya. Puto autocorrector.

Axel ya no está escribiendo, pero sigue conectado.

Tres segundos más tarde, vuelve a escribir y recibo su escueta respuesta, que es el emoji con el pulgar hacia arriba, como si fuera mi padre.

Abandono el móvil en el colchón, molesto; ni siquiera pierdo el tiempo en bloquear la pantalla. Continúo cenando los deliciosos canelones del hijo del exprometido de mi madre, con el pollo crudo en mi regazo queriendo robarme el manjar con su patita pellejuda. Señorita Rottenmeier se sube a la cama y se sienta a mi lado, y yo me concentro en la serie.

Hasta que me interrumpe la voz de Axel.

—¿Qué quieres, Daniel? ¿Por qué está oscuro?

Ladeo la cabeza hacia mi gata.

¿Desde cuándo este animal habla el idioma de los humanos? ¿Y por qué su voz suena como la del hijo de Casimiro?

—Daniel, ¿estás ahí? —habla Axel otra vez.

Reparo en que proviene del culo de Señorita Rottenmeier y meto la mano por debajo de su esponjoso cuerpo para sacar mi móvil. La muy mamona se había sentado encima y lo estaba aplastando, y el toque final es que le ha mandado una videollamada al padre que la abandonó hace diez años y al que la ha vuelto a abandonar hoy.

Me arreglo el pelo y hago acto de presencia en la videollamada. Antes de hablar, contemplo al Axel que ocupa la pantalla.

Está en el sofá mugroso del piso de Gerard, vestido con una sudadera negra que me ha robado. Tenía el ceño fruncido, pero, en cuanto me ha visto, se le han relajado las facciones.

Esta situación no me va a ayudar a tomar una decisión.

Los dos permanecemos en silencio, mirándonos, durante un sexenio.

—¿Ha pasado algo? —Axel es el primero en romper el hielo.

Y le respondo, de carrerilla, sin respirar y sin hacer una pausa entre las palabras:

—Nada grave. Estaba comiéndome tus canelones y viendo *El barco* en tu tele cuando Señorita Rottenmeier se ha sentado encima de mi móvil y te ha llamado sin querer, así que no pienses que he

sido el responsable de esta videollamada, aunque tuviera unas ganas inmensas de hablar contigo, verte la cara, oír tu voz y todo eso. —Se me escapa una carcajada nerviosa y los labios de Axel forman una sonrisa—. ¿He dicho «aunque tuviera unas ganas inmensas»? —Me doy un guantazo en la frente con la mano libre—. Me he equivocado. En realidad, quería decir «aunque no tuviera ganas», porque me has dejado con el corazón hecho trizas por segunda vez, y mi odio y mi enfado hacia ti han aumentado de manera exponencial. En términos matemáticos, es como si a mil le restas cien mil. En plan, muchísimo, casi infinito.

—Esa cuenta te da un resultado negativo.

—¿He dicho «restar»? —Las mejillas se me colorean de rojo—. Quería decir «sumar». Ya sabes que no era muy bueno en mates; la única fórmula que hago bien es la del sesenta y nueve entre dos personas. Esto… Tengo que colgar ya. Adiós.

Pero no me atrevo a colgar. Ni él tampoco. Solo nos miramos.

—¿No cuelgas? —pregunta, divertido.

—Estoy esperando a que lo hagas tú.

—Tú eres el que ha dicho que tienes que colgar ya.

—Es verdad. —Me río como un tonto por milésima vez.

La sonrisa de Axel se hace más grande y yo aprovecho para hacer una captura de pantalla para admirar esa sonrisa de por vida. Después, le suelto «que sepas que ya no hay boda, porque nuestros padres han roto. Dulces pesadillas» y, por fin, cuelgo.

Qué mal rato he pasado.

Cuando me acabo los canelones y termino de ver el capítulo de la serie, apago la tele y bajo a la cocina para dejar el plato sucio. Me asomo al salón para echar un vistazo y descubro a mi madre roncando en el sofá, abrazada a la botella de vino.

Niego con la cabeza, descontento.

Se nota que soy su hijo; compartimos la misma neurona alcohólica.

Le quito la botella, que la coloco en la mesita de centro para que no se haga añicos, y vuelvo a subir a la habitación del

rompecorazones. Me quito los vaqueros, me pongo una camiseta suya para dormir y me meto en su cama con las gatas, el Pikachu y el cojín de Taylor Swift.

Mientras aguardo a que me visite el sueño, me entretengo viendo las fotos que le he hecho a Axel estos meses, y también las que tengo guardadas de hace años y que no borré nunca, que no son de muy buena calidad, pero a mí me encantan porque me traen buenos recuerdos y siempre me hacen sonreír.

¿Qué hago ahora con este problemón? Lo consultaré con el cojín sagrado al que estoy abrazado.



Si no arreglo las cosas con Axel, por lo menos las arreglaré con Rober, porque nuestra banda no puede desaparecer por culpa del mayor imbécil que existe sobre la faz de la Tierra.

Estoy hablando de mí, no de Axel, que es el segundo mayor imbécil.

Si es necesario, me sacrificaré y dejaré el grupo para que Rober vuelva. No tardarán en encontrar otro vocalista que me reemplace; seguro que habría una cola enorme de personas deseando ser uno de los integrantes de Lapislázuli. Yo me dedicaré a llorar, día sí y día también, metido en mi cama, viendo cómo ellos triunfan y se hacen famosos en el mundo entero.

La única buena noticia es que mi madre se reconcilió con Casimiro la noche que discutieron. La boda sigue adelante gracias a Axel, que obligó a su padre a regresar a casa y a «limar asperezas» con ella, según me ha contado mi progenitora.

Toco el timbre del piso de Rober y espero con paciencia a que se digne a abrirme y a darme una oportunidad para que se lo explique

todo en persona, ya que por WhatsApp solo me deja en visto. Candela me ha intentado ayudar, amenazando a su hermano con cortarle la melena, la parte más preciada de su cuerpo, con su navaja de Hello Kitty, pero no ha surtido efecto.

Prefiere perder su pelazo en lugar de hablar conmigo. Increíble.

Pulso el timbre una vez más y escucho unos pasos acercarse. Rober me abre, se me queda mirando con una expresión muy parecida al desprecio (jamás había visto esa emoción en él), me dice «vete a tomar por culo, Daniel» y me cierra la puerta en las narices. ¡Yupi!

—Robbie, por favor, déjame que te lo cuente todo —le pido, aunque tenga la sensación de que le esté hablando a la madera—. Roberto, como no me abras, entraré por el balcón. Me da igual si me desnuco.

—¿Por qué vas a entrar por el balcón, poniendo en peligro tu vida, teniendo una llave de repuesto? —Divina, que está en la puerta de su casa, cotilleando la escena y ataviada con una bata con estampado de leopardo, agita el llavero en el aire para enseñármelo.

Mi salvación. Adoro a esta mujer.

—¿No me odias por haberle roto el corazón a tu nieto? —le pregunto al aproximarme a ella y coger la llave.

Niega con la cabeza, sonriendo y recolocándose la bata.

—No puedo odiarte, porque tú también eres mi nieto y quiero que hagáis las paces, aunque no volváis a ser pareja. —Me acaricia la mejilla con ternura—. Lo superará como yo estoy superando mi ruptura con Remedios, que me ha dejado por un chaval de sesenta y ocho años.

—Joder, esa señora no te merecía, Divina. —Le doy un abrazo y un beso en la mejilla—. Voy a intentar hablar con Rober si no me echa en cuanto entre. Gracias por la llave.

—Si te echa, que se olvide de mis croquetas.

Me echo a reír, porque no volver a probar las croquetas de Divina es el peor castigo que se me podría ocurrir.

Meto la llave en la cerradura, entro en el apartamento con sigilo y cierro la puerta muy despacio para que no me delate.

¿Esto se considera delito de allanamiento de morada? Porque tampoco me importaría que Rober llamara a la policía para que me metan preso. Lloraré desde el colchón lleno de chinches de la cárcel en vez de en mi cómoda cama.

Camino de puntillas por el pasillo, como si fuera un delicado bailarín de ballet y no un adorable y salvaje roquero, y me detengo en la entrada del salón. Echo un vistazo al sofá, donde está tumbado Rober viendo… Un partido de fútbol, cuando él no es futbolero y critica a los futbolistas por llevarse un pastón por darle patadas a un balón.

—No te veo, Daniel, pero siento tu presencia —Rober rompe la calma sin mirarme—. Y te aconsejo que te marches si no quieres que te denuncie por colarte en mi casa, a pesar de que mi abuela te haya prestado la llave.

¿Ha estado pegado a la mirilla y escuchando una conversación privada? No me lo puedo creer. Eso sí que es delito.

Doy unos pasos hacia él y le robo el mando a distancia para apagar la tele.

—No sé qué haces viendo esto si no te gusta. —Abandono el mando en la mesita de centro—. Ni siquiera sabrás qué equipos juegan.

—Claro que lo sé, listillo. —Se incorpora sobre el sofá y me contempla, indignado—. El equipo blanco contra el equipo de rayas rojas y azules.

Tomo asiento a su lado.

—¿Y con cuál ibas?

—Con el que se llevaba el pito a la boca, que estaba muy bueno.

—¿El árbitro?

—Será ese; yo qué sé. —Se encoge de hombros, pero, al percatarse de que me he tomado las confianzas para plantar mi culo en su sofá, frunce el ceño—. Oye, ¿quién te ha dado permiso para sentarte? Vete ahora mismo de aquí.

—No —le contesto, decidido—. He venido a disculparme contigo y a serte totalmente sincero con el tema de Axel.

—Cojonudo. ¿Me puedo echar una siesta mientras me cuentas tus batallitas con el tío con el que me has engañado?

—No.

Exhala un suspiro, se sienta de lado para mirarme, apoya un codo en el respaldo del sofá y se coloca un cojín en su regazo para prestarme atención.

Y le suelto la discusión que tuve con Axel hace unos días y que he estado ciego todo este tiempo porque no quería aceptar que seguía enamorado de él; también le pido mil veces perdón por habérselo ocultado y haberla cagado tanto.

—Si ya sabes que a mí no me habría molestado que solo te acostaras con él, pero ¿con sentimientos de por medio y siendo tu ex? Ahí te has pasado, Dan —me dice, y advierto en su tono que está dolido—. Tendrías que haberme contado que estabas volviendo a sentir cosas por él; lo hubiera entendido perfectamente.

—Ya. —Sonrío sin ganas, manoseando el trébol de cuatro hojas, un gesto que no le pasa desapercibido a Rober—. Estaba seguro de que entre Axel y yo iba a haber solo sexo cuando decidí acostarme con él, pero la situación se descontroló y cometí un error gordísimo. Lo siento.

Suelta un suspiro y extiende su brazo hacia mí para que le dé la mano, sin apartar su mirada de la mía.

—Es inútil seguir enfadado contigo, porque los sentimientos no se pueden controlar. —Me acaricia el dorso de la mano con el pulgar—. Y tampoco puedo enfadarme con mi referente en la adolescencia, que gracias a ti descubrí que también me gustaban los tíos.

Nos reímos a la vez y nos abrazamos con cariño durante unos minutos. Poso mis manos en sus mejillas y le doy un tierno beso en los labios por última vez.

—Te quiero mucho, Robbie.

—Yo también, Dan —me responde en un susurro, y nos separamos—. Te deseo lo mejor con Axel y que seáis muy felices.

—Aún no me he reconciliado con él; me estoy haciendo el orgulloso. Se merece sufrir un poquito.

Rober se vuelve a reír.

—Se me acaba de ocurrir una cosa para que os reconciliéis.

—¿Cuál? —Enarco una ceja—. Porque no pienso ponerme en evidencia.

Y me cuenta la peor idea que ha tenido desde que lo conozco. Mientras lo atiendo con interés, arrugo la nariz, la frente y los labios para que sepa que ni de coña pienso hacer esa gilipollez, que tengo una reputación como artista roquero. Además, no quiero hacerle más daño con este tema.

—¿Tú estarás allí? —le pregunto, dudoso.

—Claro. No me lo pienso perder. —Suena bastante seguro—. Y tengo muchas ganas de encontrarme con ese Axel para soltarle cuatro cosas. —Se levanta de un salto del sofá y, antes de desaparecer del salón, añade—: Voy a arreglarme, que deberíamos estar en el garaje de Iris a estas horas.

Hostias, se me ha pasado por completo que hoy toca tarde de Lapislázuli. Las chicas me van a matar.

Saco mi móvil del bolsillo de mis vaqueros y descubro que llevo una hora de retraso. También tengo varias llamadas perdidas de Candela e Iris y un montón de mensajes amenazantes.

Qué miedo. ¿Y si me invento que he contraído una enfermedad muy contagiosa para librarme de mi futuro asesinato?

Les estoy escribiendo esa mentirijilla piadosa cuando caigo en la cuenta de que no me hace falta inventarme nada. Si aparezco con nuestro querido bajista, querrán hacerme un altar por haberlo recuperado.

Borro lo de mi supuesta enfermedad y les respondo que me he entretenido con un asunto importantísimo y se me ha pasado la hora, pero que enseguida estaré allí. Iris me contesta «más te vale que ese asunto importantísimo no sea que te hayas atragantado con la polla de tu hermanastro» y Candela me envía una foto de su navaja.

Una vez que Rober está listo con su larga melena suelta, nos vamos directos al garaje de nuestra amiga en su moto. Al llegar, él aguarda fuera, escondido para que no lo vean, y yo soy el único que entra.

—Buenas tardes a las reinas más preciosas del universo —las saludo haciéndoles la pelota para que no me estrangulen.

Las dos, que están sentadas en el sofá, aburridas con los móviles de tanto esperarme, se ponen en pie y se aproximan dando zancadas en mi dirección.

Bueno, zancadas las de Candela, porque Iris da pasitos con sus piernas tan cortas.

—No te pongas zalamero —Candela es la primera en hablar.

—¿Se puede saber dónde coño estabas? —interviene Iris.

—Relajad las rajas. —Alzo la palma de la mano para indicar que se tranquilicen—. Que os traigo un sorpresón melenudo.

Entonces, Rober hace acto de presencia en el garaje, sonriendo de oreja a oreja, y suelta:

—Bueno, ¿qué? ¿Se ensaya o no se ensaya?

34. Axel

Entro en el piso de Gerard cuando me canso de correr casi una hora, con Dani colándose por mis oídos a través de los auriculares inalámbricos.

La lista de reproducción de Spotify que más estoy escuchando últimamente es la de Lapislázuli; tengo la voz de Dani y la música ruidosa de su grupo metidas en la cabeza las veinticuatro horas del día.

Y he cometido un sacrilegio: no me he puesto ninguna canción de Taylor Swift desde que hui de la casa de mi padre. Le he fallado a la reina del pop; no merezco ser un *swiftie*. Espero que, cuando asista a su concierto en España el año que viene, me perdone por haberla intercambiado por Lapislázuli y el rey del rock, si logro ser uno de los agraciados en conseguir las entradas.

Bebo agua apoyado en la encimera de la cocina, con la música roquera destrozándome los tímpanos, y me meto en Instagram para cotillear las *stories* de Dani; en una aparece haciéndose una foto, frente al espejo de su habitación, enseñando su atuendo para tocar esta noche.

Quiero reaccionar con un fuego, como siempre que publica alguna foto suya, pero no me parece lo más adecuado en estos momentos.

Se me está haciendo bastante complicado estar alejado de él, y eso que no ha pasado ni una semana desde que me fui.

Sigo mirando embobado su foto cuando unas manos me arrebatan el móvil con brusquedad. Alzo la vista y me encuentro a Gerard delante de mí con expresión autoritaria.

—¿Qué quieres? —le pregunto al quitarme los auriculares.

—Dúchate, que parece que te ha vomitado un jabalí encima, y vístete con algo decente, que te voy a llevar a un sitio para que se te quite ese careto de entierro que tienes.

Suelto un bufido.

—No me apetece salir.

—Haz lo que te digo y punto —me ordena, concentrado en la pantalla de mi móvil y deslizando los dedos por ella.

—¿Puedo saber a dónde vamos a ir?

—No, es secreto.

—¿Y qué estás haciendo con mi móvil? ¿A quién le estás escribiendo? —Intento quitárselo, pero él se lo esconde detrás de la espalda y me dedica una sonrisa de fingida inocencia—. Dámelo.

—Queda requisado hasta que te duches y te arregles. —Y se esfuma de la cocina.

No tengo otra opción más que la de obedecerlo, a pesar de que no me apetezca salir.

En cuanto estoy listo, las hermanas de Gerard salen de su habitación con sus mochilas y se vienen al salón, porque las vamos a llevar con Divina.

—Ya estamos preparadas —anuncia una de ellas—. ¿A dónde vais a ir?

—Van a cenar en un sitio romántico porque se han hecho novios —se mofa la otra—. Ya decía yo que Axel se había venido a vivir aquí por algo en concreto.

Me río con sarcasmo ante las ocurrencias de estas adolescentes.

—Muy graciosas. Gerard es como mi hermano; eso es imposible.

—Pues menos mal —interviene mi amigo—. Llegas a decir que soy como tu hermanastro y salgo pitando, traumatizado.

Le atizo una colleja y las otras se desternillan de la risa.

Mientras nos dirigimos hacia ese lugar misterioso tras dejar a las chicas con la abuela de Candela y Rober, recibo una notificación de Instagram: Dani ha reaccionado a mi mensaje con un corazón.

¿Qué mensaje? Yo no le he enviado nada.

Me meto en nuestro chat y descubro que, hace una hora, le he respondido a su *storie* con «¿me puedo sentar en tu cara, guapetón?» y un montón de fueguitos.

—Te mato —le digo al culpable, que está conduciendo mi coche.

—No sé de qué me hablas.

Después de aparcar en el primer hueco libre que ve y de apearnos del vehículo, lo persigo por la acera y le pregunto por enésima vez a dónde demonios me lleva; él solo me responde «no seas impaciente, que ahora lo sabrás».

Y tiene razón, porque, en cuanto nos detenemos frente al lugar, lo sé.

Me ha traído al local donde Lapislázuli toca esta noche.

—Vale, ya lo pillo. —Ladeo la cabeza hacia mi amigo—. Es una encerrona.

—¿Qué encerrona ni qué bicho muerto? —Se hace el tonto, como siempre—. Te he traído aquí para que me acompañaras a ver tocar a Candy, que hace años que no la veo.

—Ha ido a tu casa esta mañana a llevarte cinco táperes gigantescos de croquetas de su abuela.

—Solo unas horas sin verla son como cientos de años para mí.

—Ya —le respondo sospechando de él.

Gerard entrelaza su brazo con el mío y le permito que me guíe hacia el interior de este infierno repleto de melenudos. Nos dirigimos hacia la barra y él le pide a la camarera dos cervezas sin alcohol.

—¿Cómo que sin alcohol? —le espeto cuando la chica desaparece para buscar nuestras bebidas—. Voy a necesitar todo el alcohol que hay en este sitio para soportar lo que me espera.

Necesito permanecer ebrio para ver a Dani actuar después de cinco interminables días que me han parecido años. Sin una gota de alcohol en el organismo, voy a acabar llorando y queriendo subirme

al escenario para espachurrarlo con mis bíceps mientras le suplico que me perdone.

Borracho también lo haría, la verdad, pero para defenderme diría que no estaba en posesión de mis facultades mentales.

—Nada de emborracharse —me contesta Gerard—. Debes conservar tus cinco sentidos. Ya me lo agradecerás dentro de sesenta años, cuando estemos sentados en un banco echándoles de comer a las palomas, arrugados y pellejudos, y esperando a que tus nietos salgan del colegio mientras tu Dani está de gira por el mundo con Lapislázuli.

Lo contemplo sin una pizca de emoción, porque la historieta que se ha montado en la cabeza no me produce ni risa.

—Baja un poco tu intensidad.

Con mi aburrida cerveza sin alcohol ya en la mano, cada integrante de Lapislázuli ocupa su lugar en el escenario y me sorprendo cuando Rober, acompañado de su bajo, se pone delante del micrófono, con Dani a su lado; los dos, sonrientes. El público tampoco se esperaba su aparición y, cuando lo ven, le muestran su entusiasmo a gritos. Luego, el melenudo les pide disculpas por no haber podido tocar los dos fines de semana anteriores, porque «estaba con la gripe»; Dani le pasa un brazo por los hombros y le da un beso en la cabeza con cariño.

Se han reconciliado. Se veía venir.

Le doy un sorbo a mi cerveza, imaginándome que tiene altas dosis de alcohol.

Durante la actuación de la banda, permanezco parado en la barra junto a Gerard, a regañadientes. Tengo muchísimas ganas de irme de aquí y él me lo está impidiendo con su brazo agarrado al mío.

Aunque la culpa de que no me marche es también mía, porque mis pies no se dignan a despegarse del suelo ni mis ojos de Dani, que no me ha mirado ni una vez desde que ha aparecido. A las demás personas del público sí que las ha mirado y les ha sonreído, pero yo me he vuelto invisible. O de verdad no se ha dado cuenta de

mi presencia o me ha visto con disimulo, sin que yo me haya enterado, y está fingiendo que no existo.

Cuando el grupo termina de tocar, Candela se escapa un instante y regresa con la guitarra acústica de Dani, que se la entrega a su dueño, y él le da la eléctrica para que se la lleve. A continuación, Rober y las chicas abandonan el escenario y lo dejan frente al micro, con la única compañía de su instrumento.

Entonces, carraspea.

—Hola a todos —comienza a hablar con voz nerviosa, paseando sus dos tréboles por el público, y yo me pongo recto para escucharlo con atención, preguntándome qué pretende hacer sin los demás—. Como acabáis de ver, mi banda me ha dejado solo ante el peligro. No os pienso perdonar en la vida, chicos. —Los apunta con su dedo índice; ellos se encaminan hacia donde nos encontramos Gerard y yo —. O quizá sí; depende de cómo salga esta ida de olla.

Los tres, haciéndose hueco entre la gente, llegan hasta nosotros y nos saludan. Rober me suelta un «¿qué pasa?», dándome un par de palmadas en el hombro, como si fuéramos colegas; Candela comienza a grabar a Dani con su móvil, intentando aguantarse la risa; e Iris se sube encima de la barra, con la ayuda de Gerard, para contemplar mejor el espectáculo.

Dani sigue parloteando, concentrado en sus fans:

—Lo que voy a cantar ahora no tiene nada que ver con lo que estáis acostumbrados a escuchar ni con el estilo de música de mi banda, porque el que está subido aquí arriba soy yo, Daniel, y no Lapislázuli. —Hace una pausa para calmarse, porque le tiembla la voz y el cuerpo entero, y exhala un suspiro—. Perdón, es que estoy muy nervioso. —Se ríe y recibe ánimos de parte del público, que lo empuja a que continúe—. Le voy dedicar esta canción a un chico muy especial para mí, al que he querido con locura toda la vida y al que siempre he considerado parte de mi familia, aunque no compartamos sangre. Confío en que, después de hacer el ridículo, nos demos una segunda oportunidad y reescribamos nuestra bonita

historia de amor. —Esboza una enorme sonrisa—. No os riais mucho de mí, por favor.

Giro la cabeza hacia Rober, que está sentado en el taburete de la barra, a mi lado, mirando a Dani y sonriendo.

No es muy difícil adivinar que el destinatario de esa canción es él, porque está claro que se siguen queriendo.

Me deshago del agarre de Gerard de un tirón, que seguía sujetándome con fuerza, y suelto mi copa vacía en la barra con la intención de largarme de aquí. Pero en cuanto los primeros acordes se escapan de los dedos de Dani y viajan hacia mis oídos, mi vista se desvía de manera automática hacia él y lo descubro mirándome tras haber estado toda la noche fingiendo no verme.

Reconocería esa melodía en cualquier lugar y a kilómetros de aquí, sobre todo si es Dani el que pone su voz, pese a que jamás lo haya escuchado cantar *Love Story*, mi canción favorita de Taylor Swift.

Y me la está dedicando a mí. Ahora. Delante de su público.

A medida que avanza la actuación, Dani mantiene el contacto visual conmigo sin apartarlo ni un segundo; yo no puedo evitar emocionarme con la letra, aunque la haya escuchado miles de veces, y se me hace muy difícil contener las lágrimas al descubrir que me está concediendo una segunda oportunidad con esta demostración de amor.

—Axel de la Rosa Ferrer —pronuncia mi nombre completo con decisión en cuanto la actuación llega a su fin, y señala con su dedo índice el lugar donde me encuentro; cada cabeza del público se gira hacia mí para enterarse de quién es el otro protagonista de la noche —, te quiero más que al último yogur de galleta del mundo.

Me enjugo las lágrimas que se han escapado de mis ojos, sonriendo de felicidad, y Gerard me tiende un pañuelo de papel con el que me sueno los mocos.

—Necesito subir —les digo a mis amigos.

—Ven conmigo, corazón. —Candela, tras entregarle a su hermano el móvil para que continúe grabando, entrelaza su brazo con el mío y

me guía hacia Dani.

La gente se hace a un lado para que podamos pasar y los demás lapislázulis, junto a Gerard, deciden seguirnos para no perderse nada.

—¡¿Y a mí quién me baja de aquí?! —exclama Iris, aún subida a la barra, y un camarero es el que se encarga de ayudarla.

Cuando nos detenemos frente a unos escalones que me llevarán directo al escenario, Candela me suelta el brazo y me dice «ve con tu hombre». Sin pensarlo, subo los peldaños de dos en dos, corro hacia Dani, lo sujeto del rostro y nos fundimos en un beso apasionado. El público estalla en aplausos, gritos y silbidos, y yo espero que sean de euforia y no de odio por haberme metido en medio de la relación de dos integrantes de su banda favorita.

Me despego de sus labios en contra de mi voluntad y le enseño mi mano suspendida en el aire.

—¿Me perdonas? —le pregunto, pidiéndole disculpas por la cagada que cometí en el pasado.

Dani me muestra su preciosa sonrisa y entrelaza sus dedos con los míos.

—Te lo perdono todo —recibo su perdón, por fin, después de tantos años, y a mí se me escapa otra lágrima. Dani alza el dedo índice de su mano libre, para agregar, en tono de advertencia—: Pero no olvido, que lo sepas. Nos hemos tirado diez años separados por una grandísima estupidez, que no han sido diez meses ni diez días.

—Ya… Es que en la cabeza del Axel de dieciséis años sonaba fenomenal esa tontería para poner distancia entre los dos. A esa edad no sabíamos lo que hacíamos.

—El Axel de dieciséis años muy listo no era. —Guarda silencio y aprieta los labios para evitar reírse—. Ni el de ahora, ya que estamos.

Finjo seriedad.

—Retira eso o te comes el micrófono.

Él aproxima su boca a mi oído para susurrarme:

—¿Te refieres al que tienes entre las piernas?

Por suerte, el micro (con el que ha cantado antes, no el mío) se encuentra a una distancia prudente para no captar nuestras palabras y que nos escuche todo el mundo.

—Nos están mirando —le recuerdo, también en voz bajita, y él ladea la cabeza hacia sus fans—. Ya va siendo hora de que te despidas de tu público.

Dani vuelve a hacerse con el micro para agradecerle a la gente haber presenciado y aguantado esta escena tan cursi sin huir espantados. Abandonamos el escenario y lo acompaño para dejar la guitarra en la sala de descanso, pero esto es solo una excusa para besarnos con más intimidad y no con tantos pares de ojos pendientes de nosotros. También me devuelve su anillo negro, ese que he llevado durante diez años en el dedo corazón y que lo dejé hace unos días en su habitación para que se aclarara.

—Vamos a poner unas normas en esta relación —me dice en el sofá, tumbado debajo de mí y mirándome fijamente—. Queda prohibido desaparecer diez años, diez días o diez minutos.

—Vale. —Sonrío, embobado—. Y nada de tener una relación abierta; no quiero compartirte con nadie.

Dani se descojona en mi propia cara.

—Guau, qué posesivo ha sonado eso. Pero acepto.

Ambos consideramos que con esas dos reglas tenemos suficiente y, muy a nuestro pesar, salimos de la sala para reunirnos con los demás en el local. Por el camino, un par de admiradores me lo roban, porque quieren charlar con él, y Gerard, Candela e Iris me interceptan en la barra cuando estoy pidiendo otra cerveza sin alcohol.

Hoy paso de emborrachar a las neuronas, que ya las tengo trastocadas con el subidón de adrenalina y oxitocina.

—Toma, semental. —Mi amigo me tiende las llaves de mi coche —. Para que le des una vuelta a tu churri.

—Os hemos dejado unos regalitos en la guantera por si os entra el calentón de camino a casa y no os podéis aguantar —me informa

Candela, divertida, y me da un abrazo—. Felicidades.

Pensaba que esta chica me iba a clavar la navaja de Hello Kitty en alguna zona importante de mi cuerpo porque he provocado la ruptura entre su hermano y Dani.

—Yo estoy bebiendo a vuestra salud y brindando por vuestra historia de amor empalagosa. —Iris levanta su copa—. Porque siempre seré la fiel espectadora y nunca la protagonista.

—Gracias, chicos.

¿Y por dónde anda el lapislázuli que falta? Quizá le haya sentado mal el espectáculo que hemos montado.

—¿Me podéis dejar a solas con este, que quiero decirle cuatro cosas?

Ah, aquí está.

Rober acaba de aparecer de la nada y me está mirando como si quisiera cometer un asesinato.

Mi asesinato, para ser exactos.

Los demás le hacen caso y me abandonan con el melenudo tras desearme suerte. Yo me yergo, con la cabeza bien alta, para que sepa que no me impone su aspecto de malote con los tatuajes, el *piercing* en la nariz, los ojos pintados de negro y la cara de mala leche. Él saca pecho y se pone de puntillas para intentar alcanzarme, aunque dudo que lo haga porque le saco como quince centímetros.

—Me gusta tu pelo —le digo siendo amable, y le cojo un mechón —. ¿Qué truco usas para tenerlo así?

—Solo champú. —Mantiene su mirada hostil clavada en la mía—. ¿Cómo te atreves a robarme a mi Dan?

Suelto su cabello y enarco una ceja.

—¿Cómo que «tu Dan»? Las personas no se roban y no son objetos. —Esbozo una sonrisa cargada de chulería—. Además, mi Dani me ha elegido a mí.

Entonces, Rober estalla en carcajadas.

—Estaba de coña, Ken. En realidad, me alegro mucho por vosotros. —Me da un par de palmadas en el brazo.

—¿Gracias? —le respondo, inseguro—. Te haré un descuento cada vez que vengas a mi clínica por los daños causados.

—No pasa nada. Habrá sido el karma por haber follado con tu exnovia mientras estaba contigo. —Se encoge de hombros, en expresión desenfadada; acto seguido, me dedica una mirada amenazante—. Pero eso sí: como le vuelvas a romper el corazón a Dan, te las verás conmigo.

El responsable de esta «pelea» se detiene a nuestro lado.

—¿Qué hacéis? ¿Os vais a batir en un duelo de machos alfa por mí? Qué romántico. —Rodea a Rober con un brazo y le da un beso cariñoso en el pelo.

Parece que ellos también han arreglado lo suyo y ahora vuelven a ser amigos. Me alegra que no hayamos provocado la separación de Lapislázuli y que Rober se haya tomado la noticia tan bien.

—Tu novio, que me estaba contando que me va a curar las contracturas gratis —le responde el melenudo, y Dani me mira con curiosidad.

—Te he dicho que te iba a hacer un descuento —lo corrijo.

—Claro, un descuento del cien por cien, si no, no se considera descuento.

—Ya está, no os peleéis. —Dani corta nuestra absurda discusión —. Vamos con los demás.

Durante una pequeña parte de la noche, bailamos con nuestros amigos y disfrutamos de la música roquera del local (sí, yo también; al final me ha acabado gustando ese estilo). Dani y yo, insoportablemente acaramelados, no paramos de besarnos ni de abrazarnos para celebrar que ya era hora de que nos diésemos una segunda oportunidad.

Hasta que se me ocurre una grandísima idea que tiene que ver con nuestra fantasía sexual, así que se la propongo, contándosela al oído a gritos para que me escuche por encima de la música. Su mirada se dilata y me sonríe con picardía; sé que se ha puesto cachondo al imaginarse la escena.

Nos marchamos del local tras despedirnos de los demás y, dirigiéndonos hacia mi coche, se nos escapa una carcajada por el globo con forma de corazón que hay enganchado en un limpiaparabrisas. Nos ocurre lo mismo cuando abrimos la guantera y nos encontramos una caja de preservativos, un bote de lubricante de chocolate y una caja de bombones; las tres cosas, decoradas con un lacito rojo.

—Los mato —comenta Dani en el asiento del copiloto, riéndose, y se zampa un bombón; a mí me mete uno en la boca.

—Nos conocen demasiado y sabían que nos iban a hacer falta.

Cuando llegamos a nuestro destino, Dani observa nuestro alrededor como si fuéramos dos atracadores que van a entrar a robar a un negocio; yo espero no haber despertado a los vecinos al echar la persiana metálica de mi clínica hacia arriba. En lo que tardo en volver a cerrar, el monigote aprovecha para desnudarse en la sala de espera y lanzar por los aires cada prenda de ropa que se quita, excepto los calzoncillos, que son lo único que se deja; su camiseta se queda colgada en el ficus y una de sus Converse golpea la pantalla del ordenador del mostrador de la recepción.

—Yo no he sido, te lo juro.

—Sabes que las cámaras te están grabado, ¿verdad?

Las risas que me voy a echar cuando revise las grabaciones…

—¿Qué? —Alza la mirada y encuentra una cámara de vigilancia en una esquina del techo, que le sonríe y la saluda con la mano—. Buenas noches. Vamos a follar para celebrar nuestra reconciliación.

—Siéntate ahí —le ordeno señalando las sillas de la recepción con la cabeza—. Voy a cambiarme para atenderte mejor.

De nuevo, se le dilatan las pupilas, como si fuera un gato a punto de cazar un ratón, y me obedece. Yo entro en la consulta, donde atiendo a mis pacientes con mucha profesionalidad y vocación, y me cambio la ropa que me he puesto esta noche por mi uniforme, que no entiendo por qué le pone tanto.

—Daniel Domènech —lo llamo cuando aparezco disfrazado en la sala de espera—. Es su turno.

Lo primero que hace es recorrerme con su mirada de arriba abajo, esbozando una sonrisa traviesa. Al levantarse de la silla, lo único que llama mi atención es la Torre Eiffel que hay escondida en sus calzoncillos.

—Voy, doctor de la Rosa Empotrador.

Una vez dentro, mi «paciente» acapara la camilla, se recuesta de lado, en una pose sensual, apoyando la cabeza en una mano mientras que la otra la posa en su cadera, y me dedica una mirada seductora. Carraspeo y me esfuerzo en mantener una actitud profesional, sin reírme, pese a que cierta zona de mi cuerpo se está despertando por ver a Dani de esa manera.

—Bien, Daniel —empiezo la actuación, frente a él—. ¿Por qué has venido a verme hoy?

—Porque se me ha inflamado esto de aquí —me responde llevándose la mano que tenía en su cadera al bulto de su entrepierna; después, se da una palmada en el trasero y prosigue—: Y también necesito un masaje de los tuyos en la próstata. Es de vida o muerte. Sálvame, doctor de la Rosa.

Una sonrisa se dibuja en mi rostro ante su interpretación, que se le da de lujo y se merece un Oscar, y él se incorpora, sentándose en la camilla.

—No te preocupes, que estás en buenas manos. —Me acerco a él y le quito los calzoncillos para evaluar mejor esa hinchazón—. ¿Cuándo empezaron las molestias?

—En la adolescencia, sobre todo cuando te tenía cerca —dice sin apartar su mirada de la mía, y poco a poco sus labios se curvan hacia arriba para formar una sonrisa.

Le separo las piernas para acomodarme entre ellas, de pie. Con una mano, le coloco un mechón detrás de la oreja mientras apoyo la otra en su muslo para ascender con lentitud por su piel hasta que se encuentra con su erección. Lo sujeto de la nuca para unir nuestros labios a la vez que lo masturbo; Dani me acaricia por debajo de la camiseta del uniforme y despega nuestras bocas durante un instante para quitármela y tirarla al suelo.

—Estaba deseando volver a hacer esto. —Pasea sus palmas por mis pectorales y me pellizca los pezones con los dedos; yo me restriego contra la cara interna de su muslo y continúo dándole placer con mi mano. Con los ojos cerrados y la voz ronca, agrega—: Cuando apareciste en mi habitación el día que nos reencontramos, con aquella toalla diminuta rodeando tu cintura, solo quería acercarme a ti para quitártela.

Sonrío, juguetón.

—Algo noté cuando no parabas de follarme con esa mirada lujuriosa.

Dani intenta actuar como si se hubiera ofendido, pero no le sale; en su lugar, se le escapa un gemido junto con una risita.

—Tú querías arrancarme la ropa a bocados; no lo ocultes.

—Primero necesitaba abrazarte. —Mis manos ascienden por su estrecha cintura—. Después, quería hacerte esto. —Lo sujeto del rostro y lo beso de manera pausada, explorando cada centímetro de su boca y aumentando la tensión entre ambos. Luego, le susurro al oído—: Por último, estaba deseando desnudarte y darte duro sobre tu cama hasta que me perdonases.

De su garganta se escapa un «mamma mia» jadeante y me baja los pantalones, que se enredan en mis pies, dejando mi erección en total libertad. No llevo calzoncillos porque me los he quitado cuando me he cambiado de ropa.

Dani cubre nuestras pollas con una mano para acariciarlas de arriba abajo, y aprisiona el colgante entre sus dientes, sonriéndome con maldad.

—Te he dicho mil veces que no hagas eso, que lo vas a romper —musito con mi frente pegada a la suya, y capturo el trébol con mis dientes.

—Joder, eso acaba de ponerme un montón.

Dejo que el colgante se caiga y se quede colgando de su pecho, y cojo a Dani de la nuca otra vez para besarlo con vehemencia en lo que él se encarga de masturbarnos. Después, me concentro en algo que lo va a poner más cachondo: darle pequeños mordiscos y besos

por el cuello. Para torturarlo aún más, me arrodillo ante él y mi cabeza queda a la altura de su polla; le reparto besos por su tatuaje de la pelvis y se lo lamo para que tenga mi firma, porque me encanta que se lo haya hecho en una zona tan íntima, reservada solo para mí.

—¿Cuándo te lo hizo Gerard? —Alzo la mirada hacia él.

—A los dieciocho, igual a ti. No veas lo que me dolió ahí abajo.

Rodeo su miembro con la mano y la punta con mi boca para deslizarlas por su extensión, a medida que mi lengua juega con el glande. Intercambiamos miradas intensas y sonrisas de complicidad; él permanece con los labios entreabiertos, deleitándome con sus gemidos, mientras enreda sus dedos en mi pelo y mueve su pelvis para controlar el ritmo.

—Como sigas así, me voy a correr antes de tiempo —me dice con la respiración entrecortada—. Joder, menuda boca tienes.

Detengo lo que estoy haciendo y, sin dejar de sonreír, me pongo en pie.

—De eso nada. Te vas a correr conmigo dentro de ti, Daniel Domènech —le ordeno con mi vista clavada en la suya, y le meto dos dedos en la boca húmeda, que me los chupa con erotismo.

—Empótreme contra esta camilla, doctor de la Rosa —me pide, provocándome con su mirada penetrante.

—Date la vuelta.

Dani se baja de un salto para acatar mis órdenes y se queda de pie, con su cuerpo apoyado en la camilla y dejando su trasero a mi entera disposición. Comienzo dibujándole un reguero de besos por la espalda, restregándome contra su culo, y me vuelvo a poner de rodillas. Le separo las nalgas y le lamo la entrada como si fuera lo más delicioso del mundo, algo que me moría de ganas por volver a hacer. Realizo movimientos circulares con mi lengua y le introduzco los dedos, usando mi saliva como lubricante para prepararlo para mí.

—Hostia, bendita sea tu lengua —masculla Dani, cortocircuitando.

Continúo jugando con su abertura sin parar de estrujarle el trasero con las manos, y escucho los sonidos guturales que emite

por la excitación que le estoy provocando. Cuando mi cuerpo no puede más porque mi polla me está rogando zambullirse en él, me incorporo para cubrírmela con el condón y echarnos el lubricante de chocolate a ambos. Antes de invadirlo, lo torturo, restregándome entre sus nalgas.

—Por favor, Axel… Acaba con este sufrimiento de una vez; te lo suplico.

Sonrío y me hundo poco a poco en él, agarrándolo de las caderas y sintiendo su calidez. A Dani se le escapa un taco; yo me desplazo dentro de él con calma y pego mi pecho a su espalda para eliminar el espacio entre los dos y asirlo del pelo. Estira ligeramente su cuello hacia un lado, dándome vía libre para que se lo bese y se lo mordisquee, mientras mi aliento se choca contra su piel. Por cada movimiento suave y profundo que le regalo, él me responde con un gemido de placer, mi sonido favorito por excelencia.

—Galletito —pronuncio, en un susurro y en su oreja, el apelativo cariñoso con el que lo llamaba hace años.

Dani se ríe, estremeciéndose.

—Te pienso estrangular como me vuelvas a llamar así.

Cambiamos de posición, y ahora soy yo el que se sienta sobre la camilla, inclinada en la zona de la espalda. Él se acomoda sobre mi polla para tomar el control, permitiéndome disfrutar de las impresionantes vistas de su mirada hechizante y de su sonrisa encantadora, con mis manos posadas en su culo y las suyas, en mi cintura.

Daniel Domènech es arte y debería ser la primera maravilla del mundo.

—Eres peor que una puta droga —me dice con la voz agitada, el muy romántico.

—Y tú eres lo mejorcito que me ha pasado en la vida.

Aprisiona mi rostro entre sus palmas para besarme, cabalgándome con más intensidad; una de mis manos se desvía hacia su polla para masturbarlo, adaptándome a su ritmo. La camilla

tiembla debajo de nosotros y rezo para que soporte el ajetreo y no se parta en dos.

Dani no aguanta más y se derrama sobre nosotros; sus jadeos se chocan contra los míos y le vuelvo a agarrar las nalgas con fuerza para ayudarlo a que los movimientos sean más profundos. Cuando me mira con esos ojazos matadores y me dedica su irresistible sonrisa, no necesito nada más para que mi polla bombee en su interior, y le repito una y otra vez lo mucho que lo quiero.

—¿Sabes que te tiembla el labio cuando te corres? —me dice al terminar de vaciarme, sin abandonar su sonrisa y acariciándome la cara.

—Y tú te pones bizco.

—¿En serio? —Enarca las cejas.

—Es broma.

Me atiza un guantazo flojo en la mejilla, me llama «gilipollas» y roza sus labios con los míos para besarme con cariño.

—¿Cómo es posible que, después de mil años, te siga queriendo tanto? —murmura contra mi boca.

—Y lo que te queda.

Nos abrazamos con fuerza; él, con la cabeza recostada en el hueco de mi cuello mientras yo deposito besos en su hombro y me embriago con su aroma. Nos quedamos así un rato, en silencio porque ya nos lo hemos dicho todo, oyendo cada uno la respiración del otro y recuperándonos ante tantas emociones abrumadoras.

Cuando llega la hora de que nos vayamos, pese a que tengamos que romper este momento, le permitimos descansar a la pobre camilla y nos vestimos.

—¿Te tengo que pagar esta vez por tus servicios? —me pregunta Dani con diversión en mi coche, de camino a casa.

—Ya me has pagado con tu cuerpo. —Ladeo la cabeza hacia él y le guiño un ojo, sonriéndole.

—Axel de la Rosa Ferrer, tu fisio empotrador de confianza —suelta con tono de anuncio de la tele—. Lo mismo te cura las contracturas que los calentones con sus manazas enormes, sus

brazopollas, su boquita juguetona y su imponente minga de tamaño considerable.

Me descojono de la risa.

—Soy un profesional del cuerpo humano, que para eso he estudiado.

—Lo podrías añadir a tu biografía de Instagram —me aconseja—. Con eso y los vídeos donde aparezco yo, los clientes irán a tu clínica en manada.

—Es una buena estrategia de marketing, desde luego.

En cuanto aparco y atravesamos la puerta de la casa de nuestros padres con sigilo, a oscuras y hablando a susurros para no despertarlos a más de las cuatro de la mañana, Dani ilumina el recibidor con la linterna de su móvil para no encender la luz, pero también para que no pisemos la cola de alguna gata. Señorita Rottenmeier viene a recibirme y se restriega por mis tobillos, feliz de que esté de vuelta. La cojo en brazos y le reparto besos por su cara peluda; en cambio, Taylor contempla la escena, sentada en mitad de las escaleras sin acercarse, como si se hubiera enfadado conmigo por haberla dejado aquí, sin mí, durante solo una semana.

Me aproximo a ella, con la otra gata en brazos y Dani persiguiéndome, pero se da media vuelta y huye de mí, subiendo las escaleras.

Dani se echa a reír.

—Se ha cabreado contigo por abandonarla.

¡Pero si la he dejado en buenas manos! No me la llevé al piso enano de Gerard porque mi ausencia iba a ser provisional y la iba a volver loca con tantos cambios. Además, en esta casa está Dani, que la tiene enamorada desde que lo vio, y sabía que la iba a cuidar.

—Yo flipo con ese testículo depilado —suelto, decepcionado.

Nos detenemos en las puertas de nuestras habitaciones y Dani me permite, por primera vez, quedarme a dormir en la suya. Las veces que hemos pasado la noche juntos en esta casa han sido en mi cuarto; me tenía superprohibido acostarme en su cama.

Tras ponernos cómodos (le he tenido que recordar que se quitara las lentillas porque se le había olvidado por la marabunta de sentimientos de esta noche), me acurruco detrás de él y lo rodeo con los brazos, haciendo la posición de la cucharita, con las gatas a los pies de la cama, aunque Taylor permanece en la esquina más alejada de mí.

—Buenas noches, Galletito —le susurro.

—Tú sigue llamándome así y olvídate de una tercera oportunidad.

—Vale, vale. —Deposito un beso en su hombro, riéndome.

Más me vale no arriesgarme, que bastante me ha costado que me diese la segunda.

35. Daniel

—¿Qué les vamos a decir a nuestros padres cuando te vean aquí? —le pregunto a Axel cuando se viene a mi habitación tras salir de la ducha; yo me paseo de un lado a otro meciendo a Taylor como si fuera un bebé—. «Oye, mamá, me he tirado al hijo de tu prometido, he roto con Rober por él y ahora somos novios, así todo queda en familia. Es una idea excelente, ¿verdad?».

Mi madre ya sabe que he roto con Rober; se lo conté ayer por la mañana cuando me dijo que hacía muchos días que no lo veía por casa. Me preguntó por lo que nos había pasado y yo le respondí que no me apetecía hablar sobre ese tema, que ya se enteraría otro día.

Axel se echa reír, enfundándose una de mis camisetas.

—Todavía no estoy listo para que lo sepan. Están muy estresados con la preparación de la boda y no sé qué reacción esperarme. Son capaces de sufrir un ataque al corazón.

Detengo mis pasos y lo miro, con la ceja alzada.

—O sea, que vamos a llevar lo nuestro en secreto delante de nuestros papis hasta que se casen, ¿no? Qué morbo.

No sé si seré capaz de guardar este secreto tantos días ni de aguantarme las ganas de gritar a los cuatro vientos que Axel de la Rosa ha regresado a mi vida y ha reconquistado mi corazón. Qué romántico.

—Conociéndote, dudo que no se enteren hoy mismo, porque vas a empezar a hablar más de la cuenta por los nervios, como te ha pasado siempre, y voy a tener que aparecer yo para salvarte el culo.

Frunzo los labios en total desacuerdo con él, aunque tenga razón.

—Yo disimulo muy bien —replico—, no como tú, que te rascas la punta de la nariz cuando mientes.

Axel, con los brazos en jarras, se queja, diciéndome que ahora no le va a poder picar ni la nariz, me llama «monigote» y me atiza un puñetazo en el hombro antes de desaparecer de mi cuarto. Yo suelto al pollo crudo en la cama y voy tras él, escaleras abajo, con sed de venganza.

—¡Ven aquí ahora mismo, cara de carpeta, a ver si te atreves a repetir eso!

Axel llega a la planta baja, se asoma a la cocina con disimulo y se da la vuelta hacia mí, con el dedo índice posado sobre sus labios para indicarme que me calle.

—Están ahí dentro —me susurra cuando me planto frente a él, con ganas de devolverle el puñetazo—. Tenemos que seguir fingiendo la pelea para que no sospechen.

—¿Cómo que fingiendo? Yo pensaba que estábamos peleándonos de verdad.

—Nosotros nunca nos hemos peleado de verdad.

—Hace diez años y medio —le recuerdo, y agarro uno de sus brazopollas para vengarme mediante un fuerte pellizco—. Y fue por tu culpa.

Él soporta el dolor como un machote, presionando los labios; yo sigo apretando su trozo de carne entre mis dedos, aunque advierto un amago de sonrisa en su cara.

—¿Hasta cuándo me vas a guardar ese rencor?

—Ya te dije anoche que te perdono, pero no olvido. —Dejo de pellizcarle, porque no me está sirviendo de nada y me están doliendo los dedos. Le masajeo la zona de la piel que se le ha coloreado de rojo por el pellizco y le doy una palmadita antes de soltarlo—. Vamos a darles los buenos días a los suegros.

Hostia, ahora que lo pienso, mi madre, como es la madrastra de Axel, se ha convertido en mi *suegrastra*, y Casimiro en el *suegrastro*

de Axel. Qué estampa más bonita hemos creado de la noche a la mañana.

Entro en la cocina, con mi novio detrás de mí, y saludamos a nuestros progenitores, que están desayunando con un puñado de papeles esparcidos por la mesa y la *tablet*; imagino que organizando asuntos para la boda. En cuanto se dan cuenta de la presencia de mi novio-hermanastro, sus expresiones de concentración cambian a una de sorpresa.

—Axel —interviene Casimiro con tono alegre, y yo saco dos tazas del armario—. ¿Cuándo has vuelto?

—Anoche, con Dani.

Me sirvo café en mi taza con dibujos de notas musicales sin quitarles los ojos de encima.

—¿Has dormido aquí? —Casi continúa con el interrogatorio y Axel asiente con la cabeza—. Porque, cuando me he despertado, estaba la puerta de tu cuarto abierta y no te he visto.

—Ya… Es que he salido temprano para darme un paseo por el barrio. —El tonto se rasca la punta de la nariz y yo le doy un sorbo a mi café para mantenerme ocupado y no reírme.

—¿Y por qué te has puesto una camiseta de Daniel?

Axel baja la vista hacia mi prenda.

—Las mías me las he olvidado en casa de Gerard, y las que tengo aquí están sucias —se inventa, de nuevo, rascándose la nariz.

Mi madre tuerce el morro y se le escapa un «ummm», mirando a su hijastro, como si no se lo creyera.

¿Qué le pasa a esta mujer con Axel? Le ha cogido una manía que no lo puede ni ver.

—¿Vas a volver a vivir aquí? —inquiere Casimiro.

—Si a Júlia le parece bien… —Axel mira a mi madre con su cara de niño bueno—. No te preocupes, que seguiré con mi interminable búsqueda de piso mientras tanto.

—Claro, no pasa nada. —Mi madre hace un ademán con la mano, quitándole importancia, y se levanta de la silla para darle un abrazo a su *yernastro*—. Siento mucho haberte tratado así el otro día. Los

nervios de la boda, que me están pasando factura. No recuerdo haber estado así con la primera.

Yo continúo de pie, apoyado en la encimera, dándole sorbitos a mi taza y analizando esta entrañable escena familiar sin que nadie me moleste. Si mantengo la boca ocupada, no la cagaré.

Mi madre se vuelve a sentar en su sitio y Axel se acerca a mí para llenar de café la taza que le he cogido, pero yo me alejo de él y me siento a la mesa para controlar mis manos y que no viajen solas hacia alguna parte de su cuerpo, porque no me fío de mis impulsos.

—Daniel —me llama mi madre, y me enseña unos papeles donde aparecen dibujadas las mesas con los nombres de los invitados—. ¿Rober va a asistir a la boda? Lo digo para quitarlo de nuestra mesa si vuestra ruptura es definitiva.

A Axel le llama la atención este tema porque sus ojos se desvían con rapidez hacia mí. A Casimiro le sorprende que Rober y yo hayamos roto, y el muy cotilla se interesa por el motivo.

«Porque le he puesto los cuernos, emocionalmente hablando, con tu querido hijo», le respondo en mi mente, e intercambio una mirada con el culpable, que sabe a la perfección lo que estoy pensando.

—Cosas que pasan en las parejas —le contesto a mi suegro, dando paso a mi monólogo—: Unas duran hasta la vejez, otras se separan porque se les acaba el amor, unas pocas se divorcian cuando llevan un día de casados, en otras hay cuernos, carnales o emocionales… —Dejo escapar un suspiro melancólico—. Pero la vida continúa. Seguiré con mi música roquera, que es mi único amor verdadero.

Axel finge una tos, ofendido con mis palabras.

—Vale, entonces tacho a Rober de la lista de invitados —comenta mi madre.

—¡No! —exclamo, y los prometidos dan un respingo—. Rober vendrá a la boda, pero lo sentáis en la mesa de Iris y Candela. Que hayamos roto no significa que dejemos de ser amigos ni compis de banda. Sigue formando parte de mi familia elegida.

—Qué bonita te ha quedado esa última frase —me dice el majo de mi suegro, que dejará de comportarse así conmigo cuando se entere de lo que hay entre su hijo y yo.

Axel se aproxima a nosotros con su taza para echar un vistazo al organizador de mesas; yo me hago con un churro para darle un buen mordisco.

—¿Me vais a poner al lado al tío Facundo? —se queja posando el dedo en el dibujo de la mesa principal, en la que yo estaría sentado entre mi madre y la silla vacía que era para Rober, y mira a su padre —. Joder, papá, que es muy pesado y un cuñado de manual.

—¿Y dónde quieres sentarte? Tienes que estar pegado a mí, que eres mi hijo.

Ya sé qué está planeando Axel. Se nota que es el más empollón de esta mesa.

Para que no se me note la ilusión al proponer que se siente a mi lado, porque sería raro, me centro en mordisquear el churro.

—Yo me voy a sentar con Daniel; me da igual lo que me digáis — responde Axel, indignadísimo—. Prefiero tener al lado al monigote de mi hermanastro que al tío Facundo.

Escucho a mi madre volver a soltar un «ummm» con recelo. Yo le atizo un guantazo en la tripa a mi novio por llamarme otra vez «monigote» y él me regala una colleja.

—No nos fiamos de sentaros el uno al lado del otro, ¿verdad, Prometida?

—Ajá —le contesta ella con la vista clavada en la *tablet.*

—Además, ahora somos hermanos, y los hermanos deben sentarse juntos —intervengo—. Como las parejas, que también tienen que sentarse juntas. Que no digo que Axel y yo seamos pareja, eh. Menudo ascazo, con lo que nos odiamos. Solo somos hermanastros y punto.

—Exactamente —añade Axel, que me propina otra colleja porque he hablado más de la cuenta, y me roba lo que me queda de churro.

Al terminamos el desayuno, dejamos a nuestros padres con la organización de la boda; sin embargo, antes de que abandonemos la

cocina, mi madre nos interrumpe:

—¿No tenéis nada importante que contarnos?

Los dos nos damos la vuelta a la vez, como si estuviéramos conectados, y la miramos con extrañeza. Casimiro también gira la cabeza hacia ella con la misma expresión que nosotros.

—¿Qué tienen que contarnos?

—Eso digo yo. —Mi vista está fija en mi madre—. Aparte del regreso del tonto del bote, no hay otra noticia importante que debáis saber. No hemos hecho nada ilegal, ni nos han detenido, ni hemos atascado los baños del instituto con papel higiénico, ni hemos incendiado una papelera y, por supuesto, ninguno de los dos se echó novio ni novia ayer por la noche; seguimos siendo unos solteros de oro. Bueno, en realidad, el soltero de oro soy yo, porque Axel es un soltero del montón y siento lástima por su futura pareja, porque lo tendrá que soportar todos los días.

Mi novio me pellizca una nalga con disimulo; yo aguanto la molestia con estoicismo y fingiendo tal sonrisa que parece que me he insertado un alambre imaginario en los labios.

—Lo de que los dos estáis solteros no es lo que he visto yo en un vídeo que ha publicado Àngels en su estado de WhatsApp con una ristra de corazones —manifiesta mi madre sin quitarnos el ojo de encima, con sus manos apoyadas y entrelazadas debajo de la barbilla y una seriedad que jamás le he visto; parece una auténtica policía—. ¿Nos lo podéis explicar?

—¿Qué vídeo? —le pregunta Casimiro—. ¿Y qué tiene que ver mi exmujer en todo esto?

—No sabemos de qué nos hablas —soltamos Axel y yo al unísono y con la espalda tiesa; yo, sin borrar mi sonrisa de Chucky y él, con su típico gesto delator de la nariz.

Me siento identificado con Casi; no sé a qué vídeo se refiere mi madre ni qué pinta Àngels en este tema, aunque pondría la mano en el fuego en que tiene algo que ver con que Axel y yo hayamos vuelto.

—Ajá, no sabéis de qué os estoy hablando… —Mi madre sostiene la *tablet*, desliza los dedos por la pantalla y la arrastra por la mesa hacia nosotros—. Dadle al *play,* amantes de Teruel.

Axel es el encargado de coger el dispositivo y Casimiro se levanta de la silla para acercarse a nosotros. En cuanto comienza el vídeo y aparezco yo hablando en el escenario, hecho un manojo de nervios, se me escapa un «hostias» y Axel lo pausa. Su padre le recrimina haberlo detenido y yo le pido que lo vuelva a reproducir.

Mi novio suspira, pero nos hace caso y, durante los minutos que dura la canción, permanece callado. Mi madre nos contempla dando golpecitos con el bolígrafo en la mesa; Casimiro comenta «qué bonito» todo el rato y yo me quedo fascinado con mi actuación, porque es perfecta. No es por echarme flores, pero lo hice de maravilla; se notaba a leguas lo emocionado que estaba y el sentimiento con el que cantaba la letra. Además de lo guapo y sexi que estaba, claro.

Todavía no entiendo por qué Rober es el favorito de la banda y yo, el segundón.

Y la guinda del pastel viene cuando en la pantalla se aprecia cómo, tras terminar la canción, Axel se sube al escenario y me pega un pedazo de morreo con el que me acordé de todas las tablas de multiplicar, pero al revés.

—Un momento… ¿Puedes rebobinar, hijo? —le pide Casimiro apuntando con su dedo la pantalla, con sus ojos a punto de hacer *puenting*—. Creo que no he visto bien. —Agarra sus gafas de ver de la mesa y se las coloca.

Axel obedece y yo tengo ganas de esconderme debajo de la mesa… O de montarme en una nave espacial para alejarme cuanto pueda de mi suegro-padrastro.

Casimiro se adueña de la *tablet* para que no se le escape ningún detalle del vídeo y, cuando lo rebobina como unas diez veces, le pide a Axel que sujete el dispositivo porque le está dando un amarillo; entonces, se vuelve a sentar, aunque con torpeza y a cámara lenta,

y se abanica con un puñado de papeles mientras intenta respirar hondo.

—Mirad lo que habéis conseguido —nos regaña mi madre, que se hace con otro taco de folios y abanica a su prometido—. Me vais a dejar sin futuro marido por vuestras tonterías.

En lo que Casimiro hace todo lo posible para no dejar a Axel huérfano de padre y a mi madre, viuda antes de tiempo, le pregunto a mi novio (buah, qué rara se me hace esa etiqueta) de dónde ha salido ese vídeo.

—Candela fue la que te grabó anoche y me lo pasó —me cuenta con una sonrisa de memo dibujada en su cara—. Yo se lo he enviado hace un rato a mi madre, y ella ha querido compartirlo con el mundo. Me ha mandado un audio llorando de la emoción y me ha dicho que se alegra mucho de que volvamos a estar juntos.

Qué maja siempre ha sido mi suegra.

—Oh… —Me contagia su sonrisa de memo y saco mi móvil de mi bolsillo—. Necesito mandarle un audio para decirle que yo también me alegro de que vuelva a ser mi suegra.

—Seguid en vuestro mundo de Yupi —nos interrumpe mi madre sin parar de abanicar a Casi, airada.

Los dos ladeamos la cabeza hacia esa escena tan divertida en la que la piel del pobre Casimiro se ha convertido en la de la familia Cullen.

—Papá, ¿te encuentras bien? —quiere saber su hijito, preocupado —. ¿Necesitas que pida una ambulancia?

Pero mi suegro ignora esa pregunta para hacernos una a nosotros, entrenando su bíceps derecho con su abanico de papeles:

—¿Qué es eso de que volvéis a estar juntos y que mi exmujer vuelve a ser la suegra de Daniel? ¿Me he perdido algo?

Ninguno le responde, solo mi madre:

—Hay muchas cosas que estos dos nos han estado ocultando durante años, Prometido. Tener hijos para esto… —Niega con la cabeza, decepcionada.

Casimiro se abanica con más ímpetu y despega el culo de la silla de golpe, con la vena de su frente saludándonos.

—Necesito tomar el aire… O mejor una caja entera de tranquilizantes. —Antes de esfumarse de la cocina, se detiene frente a nosotros para decirnos—: Está bien que liméis asperezas, pero esto ya es otro nivel.

Mi madre se marcha detrás de él tras informarnos de que nos quiere en el salón dentro de diez minutos para hablar seriamente.

Axel y yo, al quedarnos solos, soltamos el aire que nos habíamos estado aguantando.

—La que has liado, tío —me dice echándome las culpas.

—La que has liado tú, pasándole a tu madre el vídeo —contraataco, y le propino un puñetazo en el hombro—. ¿A quién se le ocurre, sabiendo que los padres lo comparten todo en sus estados de WhatsApp?

Axel continúa con su terquedad y vuelve a culparme a mí, esta vez por haberme declarado en público; yo me ofendo porque lo hice con toda mi buena intención para arreglar lo nuestro.

Y porque me dio la gana demostrarle al mundo cuánto lo quiero.

—Pues espero que lo hayas disfrutado, porque no pienso comportarme más veces como un cursi popero cantando canciones ñoñas de amor de esa Taylor Swift, que yo soy un roquero sacado del infierno.

Axel sonríe y me dice que estoy muy guapo cuando me cabreo. Me envuelve entre sus brazos para que se me pase el enfado por haberse metido con la demostración de amor más grande de la historia, y yo apoyo la barbilla en su hombro.

—Nos van a echar de casa y a desheredar; lo presiento.

—En nuestra defensa podemos decir que nuestro amor tiene más años de antigüedad que el suyo —me responde.

—Tendremos que alquilar el zulo con la ventana llena de moho y la cucaracha mutante en el baño. No podremos ducharnos jamás, ni mear ni cagar tranquilos.

Cuando pasan esos diez minutos que nos ha dicho mi madre, hacemos nuestra aparición estelar en el salón; nuestros padres nos esperan, dando vueltas de brazos cruzados. Axel y yo tomamos asiento en uno de los sofás, cada uno en un extremo y con la espalda bien recta, supertensos; él, con las manos posadas en sus rodillas y yo, toqueteando el colgante.

—¿Y bien? —inquiere mi madre, que se acomoda en el otro sofá con Casimiro—. Ya podéis explicarnos todo desde el principio, que el otro día, cuando regresé de la farmacia, os oí discutir en el jardín y me enteré de *ciertas cosas.*

—¿Qué día? —le pregunta su prometido—. ¿Y qué *ciertas cosas*?

Eso digo yo. ¿Qué día? ¿Cuando Axel me contó la verdad? ¿Y qué *ciertas cosas* escuchó? Si estábamos solos en el jardín, a excepción de las gatas, que jugaban con un insecto.

Axel abre la boca para hablar, decidido, pero yo lo interrumpo:

—Mamá, ¿cómo te atreves a escuchar conversaciones privadas? ¡Eso está fatal! Cuando estés parloteando con tus amigas, yo también te haré lo mismo, a ver qué te parece.

Mi madre se masajea las sienes y Casimiro me dedica una mirada que provoca que me cague de miedo.

Entiendo a este hombre. No es fácil procesar que he mancillado a su perfecto hijo. Pensará que le voy a romper el corazón cuando él fue el que me lo destrozó.

—¿Quieres dejar de tomarnos por tontos y contarnos lo que ocurre? —me espeta mi suegro levantándose de repente; yo permanezco tranquilo, porque sé que la tensión del momento lo ha puesto así.

—Eh, papá, no te permito que le hables así a Dani —me defiende Axel, que se arrastra por el sofá para pegarse a mí y colocar una mano en mi muslo, en actitud de apoyo.

Mi madre también se pone en pie y sale en mi defensa:

—Eso, eso. ¿Tú quién te has creído que eres para dirigirte a mi hijo con esas malas formas? —le suelta a Casi—. A ver si voy a tener que cancelar la boda, pero esta vez de verdad.

—Aquí nadie va a cancelar nada —intervengo paseando la vista por cada uno—. Axel y yo vamos a contaros todo. —Entrelazo mi mano con la suya para que vean que voy en serio y mi madre obliga a Casimiro a volver a sentarse—. Estuvimos juntos hace años, pero no salió bien la cosa y anoche nos dimos una segunda oportunidad.

—¿Y se puede saber cuándo empezó todo? —pregunta Casimiro, que vuelve a coger el taco de folios para abanicarse, a pesar de que el aire acondicionado se encuentre encendido porque ya estamos a mediados de junio y el calor se nota en el ambiente.

—Unos meses antes de que nos marcháramos a Inglaterra; en enero de ese mismo año, justamente —le responde Axel—. Mamá lo ha sabido desde siempre y te lo puede confirmar.

Mi madre chasquea los dedos.

—Claro, ahora todo cobra sentido —comenta cuando se le ilumina la bombilla al hacer memoria—. Y qué mala amiga es Àngels por no haberme contado el cotilleo nunca. —Su mirada se desvía hacia mí —. Y tú eres un mal hijo, y eso que te lo he preguntado un montón de veces cuando ese de ahí te hizo daño aquel día de Navidad. —Señala con la cabeza a Axel con rencor—. Viniste a casa llorando y te volviste loco echando detergente en la lavadora para lavar las sábanas tras haberos acostado. Nunca me dijiste el nombre de ese chico. ¿Acaso no confiabas en tu propia madre?

—¡Pero no cuentes mis mierdas! —exclamo gesticulando con las manos—. Ese momento tenía que quedarse entre tú y yo.

Por el rabillo del ojo, me percato de que Axel gira la cabeza en mi dirección porque desconocía ese pequeño detalle.

—Me está volviendo a dar un amarillo por enterarme de un detalle que preferiría no haber escuchado —interviene Casimiro sin dejar de darse aire, y nos mira a ambos—. Pero, obviando lo de que os habéis acostado… ¿Soy el único que no se ha enterado nunca de nada? No lo comprendo. Siempre os habéis llevado fatal, incluso ahora. Todo el santo día peleándoos… Las canas que tengo son por vuestra culpa.

Por lo menos no se lo están tomando tan mal… Por ahora. Hasta se les han suavizado sus expresiones de cabreo.

—A ver, papá, siempre ha habido señales bastante evidentes —le responde Axel en tono burlón—. Lo que pasa es que, o eres muy despistado, o no las has querido ver nunca. Pero estaban delante de tus narices.

Casimiro exhala un suspiro y coge un pañuelo de papel de la mesita de centro para secarse el sudor de la frente, porque está sufriendo de verdad con esta noticia.

—¿Y cómo estáis tan seguros de que lo vuestro va en serio y no es un simple calentón por haberos reencontrado después de tantos años? —quiere saber mi madre—. Porque, como algún día os peleéis, no quiero ni imaginar lo mal que acabará esta familia.

Axel me estruja la mano y sé que le ha dolido lo de «un simple calentón», igual que a mí.

—Lo mismo podemos decir de vosotros —le responde él.

—Júlia y yo ya tenemos una edad como para andar con tonterías —Casimiro toma la palabra y recibo otro apretón de mano cuando escucho el término «tonterías»—. Vosotros, aunque ya seáis adultos, seguid siendo jóvenes.

—Pero lo nuestro empezó mucho antes que lo vuestro —declaro —. Nacimos el mismo día; nuestra historia es muy especial.

Los dos progenitores se ríen como si tuvieran delante a dos chiquillos fingiendo ser adultos y que no saben nada de la vida.

Axel vuelve a hablar:

—No sé ni por qué estamos manteniendo esta conversación tan absurda cuando todos somos lo suficientemente adultos para saber lo que hacemos.

Yo tampoco lo sé. Àngels está encantada de volvernos a ver juntos y mi padre aún no lo sabe, pero es fan de nosotros como pareja. ¡Incluso Rober, MI EX, se portó de maravilla conmigo cuando me sinceré con él!

Mi madre suspira, abandona el sofá y nos mira a ambos con dureza.

—Pero ¿qué os creéis que es esto? *¿Los Serrano?*

—Hombre, espero que no —suelto—, porque menudo final de mierda tuvo esa serie. Como ocurra eso en esta familia, me mato.

—Opino lo mismo —me dice Axel, que añade como algo importantísimo—: Y Adrián Rodríguez era mi *crush*. Salió en *Física o Química* también.

Giro la cabeza hacia él.

—A mí, de *Física o Química* me gustaba Maxi Iglesias. Menudo dios griego.

—Ya ves. Tenemos que volver a ver esas series juntos.

Mi madre da una fuerte palmada que nos corta el rollo.

—Chicos, centraos, por favor. —Sus ojos intimidantes se posan en Axel—. Escúchame, galán de la Rosa júnior, como le vuelvas a romper el corazón a mi hijo, te van a faltar piernas para correr y vas a lamentar haber nacido, que lo sepas. Soy farmacéutica y te puedo dar para merendar un batido con diferentes pastillas.

—Te aseguro que no le volveré a romper el corazón —le contesta mi novio.

Casimiro, de nuevo, se levanta del sofá para discutir con mi madre (todo, sin parar de abanicarse ni sudar); yo me lo estoy pasando pipa presenciando este drama.

—Que sea la última vez que amenazas a mi hijo, Júlia. A ver si el rompecorazones esta vez será el tuyo, que encima se quiere dedicar a la música y ya sabemos cómo es el mundo de la farándula, con orgías y drogas por doquier.

Mi madre abre mucho la boca, atónita.

—Perdona, pero mi Daniel no se ha drogado nunca; es un partidazo de novio y un chico muy romántico, que lo demostró anoche delante de un montón de personas.

Axel y yo intercambiamos una mirada, y él me indica con la suya que lo mejor será que nos larguemos del salón para que nuestros padres terminen de procesar lo nuestro, sobre todo el pobre Casi, que va a sufrir un golpe de calor y su vena de la frente va a palmarla.

Qué mañana más intensa. Parecemos Romeo y Julieto.

—Por cierto, tengo las grabaciones de anoche —me dice al volver a entrar en mi habitación, y esboza una sonrisa de canalla—. ¿Quieres que las veamos juntos?

—¿Las de la sala de espera? —Frunzo el entrecejo, porque no sé qué tiene de interesante verme a mí golpeando la pantalla del ordenador de la recepción con mi zapatilla de deporte.

Axel niega con la cabeza, pícaro.

—Las de la consulta.

—¿Qué dices? ¿Había cámaras ahí?

Al verme conmocionado, su sonrisa se desvanece.

—Con el calentón, me olvidé de desconectarlas. —Se rasca la nuca, como arrepentido—. Lo siento. Si no te parece buena idea, borro el vídeo, que ni siquiera lo he vis...

Deposito el dedo índice sobre sus labios para impedir que siga hablando y le sonrío con complicidad.

—Necesito verlo ahora mismo. ¿Quieres que haga palomitas?

36. Axel

—Prometo molestarte, ponerte de los nervios y serte fiel cada día —le digo a Dani, y le coloco la alianza matrimonial en el dedo anular.

—Amén, hermano. Yo también te prometo eso —me responde él con una sonrisa gigantesca, y me pone el otro anillo—. Yo nos declaro maridos al cuadrado. Podemos besarnos y todo ese rollo.

Sin embargo, antes de que juntemos nuestros labios, Júlia, estresada perdida, nos interrumpe:

—¡¿Queréis dejar de jugar con mis anillos de boda?! ¡Al final los vais a perder y nadie se podrá casar hoy! ¿A qué edad dejaréis de ser adolescentes?

Damos un respingo ante tal regañina.

Hemos bajado al salón hace unos minutos para ver lo que se cocía y no hemos podido desaprovechar la ocasión para probarnos las alianzas y hacer el idiota. Júlia está hecha un flan, rodeada de sus amigas y de mi madre, que la ayudan a ponerse el vestido de novia. Mi padre se encuentra arriba, terminando de arreglarse, y tiene totalmente prohibido asomarse por estos lares para que no le dé mala suerte ver a su futura mujer antes de tiempo.

Dani y yo estamos listos desde hace un buen rato. Bueno, él ha tardado más que yo, porque no paraba de pelearse con su pelo; ha estado a punto de coger unas tijeras y cortárselo, pero yo las he acabado escondiendo en un lugar seguro para que no cometiera una estupidez. Además, su cabello ha quedado perfecto, con las ondulaciones revueltas yendo a su bola, y ambos estamos muy

elegantes con nuestros trajes. El suyo es negro, con una pajarita, también negra, y camisa blanca; yo voy de azul marino, con corbata del mismo color.

—Tienen que hacer las trastadas que no han hecho durante estos años —se mete mi madre en la conversación, nuestra mayor fan, que ladea la cabeza hacia nosotros y nos guiña un ojo.

—Tú, mejor no hables, que te has tenido muy calladito que esos dos habían sido novios —le espeta Júlia, creo que de broma—. Con lo amigas que somos.

Mi madre se encoge de hombros con jovialidad y le responde que ella no es la típica progenitora que les cuenta los secretos más íntimos de su hijo a los demás, por muy amigas que sean. Yo le agradezco en el alma que haya sido así siempre.

—Perdón, Júlia, ya nos quitamos los anillos —me disculpo con mi madrastra.

Han pasado dos semanas desde que se enteró de lo nuestro, pero todavía me la tengo que ganar como suegra porque sigue sin hacerle gracia que le hayamos ocultado algo tan importante; mi padre, el pobre, tampoco lo supera. La convivencia con ellos ha sido incómoda a la par que extraña, aunque poco a poco se han acostumbrado a encontrarnos abrazados en el sofá, viendo una peli; a pillarnos besándonos en las zonas comunes; a vernos interactuar como pareja y a seguir presenciando nuestras ridículas discusiones, como toda la vida, porque es algo que llevamos en la sangre. Júlia, cada vez que nos necesitaba o nos quería echar la bronca por algo que habíamos hecho, decía «los tontolitos, venid aquí» y mi padre, cuando nos veía juntos, simplemente negaba con la cabeza mientras repetía «esta limadura de asperezas no la voy a asimilar nunca».

Dani se desprende del anillo con tanta mala suerte que se le escapa de las manos, que las tiene hechas de mantequilla, y se le cae al suelo. La alianza rueda por las baldosas hasta esconderse debajo del sofá, como si tuviera uso de razón y quisiera fastidiarnos; las gatas la persiguen para intentar cazarla, pero no lo consiguen.

—Mierda —suelta mi novio en voz alta, e intercambia una mirada de pavor conmigo. A continuación, susurra—: Piensa algo, que eres el más listo, don Empollón.

Por suerte, ninguna de las mujeres que ocupan el salón se da cuenta del pequeño problema porque están concentradas en los preparativos y en ayudar a Júlia.

—Vale, tú lo buscas debajo del sofá y yo entretengo a tu madre.

Dani estrecha su mano con la mía para decirme que está de acuerdo con mi plan, y luego camino hacia Júlia para hacerle la pelota.

Como está de espaldas a su hijo, no verá lo que va a hacer.

—Júlia, estás guapísima. A mi padre lo vas a volver loco cuando te vea con ese vestido tan espectacular —le suelto, y a ella se le enternece el rostro, aunque yo no tenga el don de la palabrería con el que ha nacido el chico que está metiendo su brazo debajo del sofá y sacando un montón de objetos de dudosa procedencia que han escondido las gatas. Entonces, prosigo—: Me alegro de que te vayas a convertir en mi madrastra y de que seas mi suegra. Las madrastras y las suegras siempre han gozado de mala fama, porque se supone que son crueles, pero, conociéndote a ti, que eres un amor, el significado de esas dos etiquetas cambia al completo.

Mi madre y sus amigas me miran con ternura, y alguna que otra comenta la lástima que le da que yo no esté soltero para presentarme a sus hijas.

Júlia esboza una sonrisa falsa.

—Sé que mi hijo y tú estáis ocultándome algo, pero no voy a preguntaros qué es porque quiero estar tranquila.

—i¿Qué dices, mamá?! —exclama Dani, que por fin ha encontrado la alianza y se ha puesto en pie—. Se nota que no nos conoces.

Mi madrastra se gira hacia él.

—Os conozco demasiado a los dos. —Y, apuntándolo con el dedo índice, añade—: Más os vale comportaros si no queréis que después de la boda asistamos a vuestro entierro.

El terror acapara el rostro de Dani.

—A pesar de que pronto cumpla veintisiete años, que es la edad maldita de las estrellas del rock, no puedo morirme todavía porque mi carrera musical está a punto de despegar.

—¿Qué carrera musical? —me burlo de él—. Me parece que tienes el ego del tamaño del Everest.

Dani entrecierra los ojos.

—No es lo único que tengo del tamaño del Everest.

—¡Daniel! —lo regaña Júlia, y sus amigas sueltan risitas.

—Ha empezado él. —Me señala con el dedo.

—Has empezado tú con tu fama invisible, monigote —contraataco.

Consigo cabrearlo y echa a correr hacia mí para que le repita lo que le he dicho, pero yo soy más rápido y huyo del salón. Él me persigue por el recibidor hasta que logra capturarme, porque le he permitido que me acorrale en una esquina para que me dé mi merecido: un pellizco en el brazo y un tirón de corbata para acercarme a él y besarme.

En la ceremonia (que se oficia en la iglesia que casi incendiamos en nuestra primera comunión), hacemos un esfuerzo en comportarnos como personas civilizadas, porque es un momento emotivo y somos los padrinos, aunque Dani, de vez en cuando, me lanza unas miraditas que son consideradas pecado en este sitio y con las que traumatiza a cada una de las estatuas de santos; yo, para no seguirle el rollo y mucho menos reírme, recito en mi mente la lista de los más de seiscientos músculos del cuerpo humano.

Cuando salimos de la casa del Señor para saludar a la gente, me fijo en que una persona, que hace tiempo que no vemos, camina hacia nosotros.

—Dani, Dani, Dani —llamo la atención de mi novio, dándole con el codo un millón de veces seguidas para que se prepare, porque nos vamos a cagar en los calzoncillos.

—¿Qué pasa? —Ladea la cabeza hacia mí para seguir con su mirada el camino de la mía—. ¡Hostias! ¿Viene hacia aquí? —Se

esconde detrás de mí—. Que no me vea, por favor.

Mientras esa señora se acerca con la compañía de una bolsa de Risketos, permanezco con la espalda recta y me esfuerzo en esbozar una sonrisa tan grande con la que le muestro mi dentadura.

—¿Qué pinta aquí? ¿Sigue siendo la directora? ¿Cuántos años tiene ya? —me susurra Dani a mi espalda—. No ha cambiado nada.

—Si cuando nosotros íbamos al insti tenía como cien, ahora tendrá ciento diez. Tengo la sensación de que viene a regañarnos.

Antonia se detiene ante mí con su sonrisa siniestra de torturadora de alumnos inocentes.

—Axel de la Rosa Ferrer —pronuncia mi nombre completo, y yo aguanto la respiración con miedo pero sin dejar de sonreír. Estira ligeramente el cuello para ver al monigote—. Y Daniel Domènech Bonet.

Se acuerda de nuestros nombres y de nuestros dos apellidos.

El aludido, al oír su nombre con ese tonito de sargento, sale de su escondrijo con una sonrisa tan falsa como la mía.

—¡Antonia, qué alegría verla después de mil años! —exclama fingiendo ser un chico educado—. Parece que el tiempo no ha pasado para usted.

—Está estupendísima —me uno a la ración de cumplidos.

Antonia nos contempla con suspicacia, con su ceja canosa alzada y masticando una patata.

Está igual que siempre, pero con más arrugas: con sus gafas de media luna para descubrir si estamos mintiendo, su expresión de directora cruel y despiadada que disfruta castigando a los demás, su larga melena blanca recogida en un moño en lo alto de la cabeza para estirarle las ideas y cortarle el riego en el cerebro… Y sus queridos Risketos.

—Vosotros habéis cambiado bastante, pero seguro que seguís siendo unos quebraderos de cabeza —nos dice con afecto, primero escrutando con su mirada a uno y luego al otro—. Espero que me digáis que volvéis a estar juntos, porque lo vuestro era, digamos…

—Hace una mueca con los labios pintados de rojo, pensando en la palabra adecuada—. Particular.

Entre los dos, le relatamos que nos reencontramos hace cinco meses gracias a la relación de nuestros padres, que volvemos a ser pareja, que Dani tiene una banda de rock y que yo soy fisio (y la invito a pasarse por mi clínica). Ella nos cuenta que continúa como directora torturadora en el instituto (parece que no piensa jubilarse nunca) y que ha sido invitada a la boda por las molestias que le hemos ocasionado durante nuestra adolescencia. Cuando se da la vuelta para irse tras decirnos que se alegra de vernos, Dani y yo soltamos el aire que hemos estado conteniendo.

—Ya les vale a nuestros padres —le digo—. Esto se avisa.

—Ya ves, que yo no puedo con estos sustos.

En el restaurante donde se celebra el convite, tengo mi sitio guardado al lado de Dani, y el muy satánico comenta que es una pena que nada lleve marisco, porque le apetecía comprobar si se me ha quitado por arte de magia la alergia por haberme zampado tantas veces su langostino gigante. Júlia, que lo ha oído, le pide en un susurro que no cuente ciertas intimidades delante de los demás familiares, y mi padre se abanica con una servilleta y le da un trago al vino.

Una vez que terminamos de comer, nos acercamos a la tarta para verla, pese a que nuestros progenitores nos hayan pedido de manera expresa que ni se nos ocurra mirarla, ni siquiera de reojo. De hecho, en cuanto el sexto sentido que tienen ambos detecta que estamos merodeando por aquí, dejan de parlotear con los invitados y se encaminan hacia nosotros, superserios.

—Vienen nuestros padres hacia aquí. —Le doy un codazo a Dani —. Las caras, Juan —imito a Paloma Cuesta, de *Aquí no hay quien viva.*

—¿Tan pronto han pedido el divorcio?

—No, vienen a regañarnos porque estamos cerca de la tarta.

Júlia y mi padre se detienen delante de nosotros, con una expresión que no deberían tener en el día de su boda, ni siquiera

para echarnos la bronca por algo que no hemos hecho.

—¡Solo estábamos mirándola! —se defiende Dani.

—¿Qué? —Su madre frunce el ceño.

Dani y yo nos miramos por el rabillo del ojo, y él es el que se atreve a preguntarles por lo que les ha pasado para llevar esos caretos. Mi padre, tan imperturbable que parece el Casimiro de hace años, le responde que nos tienen que contar algo muy importante que cambiará nuestra familia.

—¿Vais a tener un hijo? —es lo primero que se me ocurre, cagado de miedo.

—¿Qué dices? —interviene Dani mirándome, y señala a Júlia con una mano—. Si mi madre ya tiene una edad y los ovarios resecos, a no ser que hayan decidido adoptar a un microbio llorica.

—Oye, un respeto, que soy tu madre —lo regaña la aludida con claras evidencias de haberse ofendido, y no me extraña, porque Dani es la sutilidad y la elegancia hecha persona—. Pero no… Esto no tiene nada que ver con daros un hermano.

Entonces, si es imposible que tengan un hijo biológico y no están pensando en adoptar, ¿qué quieren contarnos? Porque yo ya me he asustado.

Mi padre anima a Júlia a soltarnos la bomba, porque a ella se le da mejor la retórica, y nosotros la miramos, expectantes y ansiosos.

—Ya sabéis que Marido y yo no estamos muy de acuerdo en que seáis pareja —empieza en tono robótico y sin hacer ningún gesto—. No es que no queramos que estéis juntos… Es que no debéis.

—Así es. —Mi padre asiente con la cabeza.

¿Todavía siguen con ese tema? Pensaba que ya lo habían superado tras vernos comernos la boca.

—¿Porque ahora somos hermanastros de manera oficial o qué? —inquiere Dani—. Vaya estupidez.

No creo que sean tan antiguos como para tener ese pensamiento.

—No, dejad terminar a vuestra madre y madrastra —nos pide mi padre.

Júlia toma aire, exhala con brusquedad y continúa:

—Antes de que nacierais, tuve una aventura con un hombre muy apuesto. —Su mirada seria viaja de uno a otro—. Fuimos irresponsables y no usamos protección, así que me quedé embarazada de él y, nueve meses después, nació el fruto de esa aventura: nuestro hijo Daniel.

Cuando pronuncia el nombre de «ese fruto», mira a mi novio con cariño; mi padre también, y a mi cerebro, que se ha quedado en *shock,* como yo, le cuesta procesar esta historia.

—Espero que estés hablando de papá —le responde Dani, pero Júlia niega con la cabeza y se tapa la boca con la mano.

—No, estoy hablando de Casimiro. Queríamos contároslo cuanto antes, pero se nos ha ido de las manos.

Dani y yo intercambiamos una mirada de pavor.

¿Qué Casimiro? ¿Mi padre? Están tomándonos el pelo. Hay demasiados Casimiros en el mundo; es imposible que sea el hombre que me ha criado y que, encima, le haya sido infiel a mi madre con lo que se han querido.

—No podéis estar juntos porque por vuestras venas corre la misma sangre —prosigue Júlia, y volvemos a dirigir nuestra vista hacia ella y mi padre; la primera se cubre la cara con la palma con dramatismo y el segundo asiente con la cabeza, con los ojos cerrados, mientras se abanica con la mano—. Lo sentimos mucho.

Mi padre deja de darse aire, mira a Dani y extiende los brazos para decirle, esbozando una sonrisa:

—Dame un abrazo, hijo mío.

Dani retrocede un par de pasos, alejándose de él, aturdido. Me interpongo entre ellos, protegiendo a mi novio de estos dos, porque yo sigo sin tragármelo.

—Estáis de coña —les espeto—. No podéis estar hablando en serio, y menos en el día de vuestra boda.

Dani se agarra con fuerza a mi brazo; con la otra mano se toca el lado derecho del pecho.

—Axel, ayúdame, que me está dando un telele de los que te mandan directamente al infierno.

—Ahí no está el corazón —le indico.

—Ah. —Y pone su palma en el lado izquierdo.

Nuestros padres se comunican con sus miradas y estallan en carcajadas. Durante los siguientes minutos, se cachondean de nosotros porque nos hemos tragado esa broma de mal gusto y se descojonan de las caras que hemos puesto.

—Sois crueles —les digo—. No podéis jugar con nuestros sentimientos de esa manera.

—Hemos querido vengarnos por habernos ocultado vuestra historia durante toda la vida —nos espeta mi padre, y yo todavía estoy impresionado por sus buenas dotes de actor—. Tomad de vuestra propia medicina.

Júlia no para de reírse.

—A ver que me entere… —interviene Dani, ya más calmado, y señala a su padrastro con el dedo índice—. Entonces, ¿no comparto genes con este señor y, por lo tanto, puedo seguir intimando con su hijo?

Le doy un codazo disimulado a mi novio porque mi padre se ha traumatizado al oír «seguir intimando».

—Pues claro que no compartís nada —responde Júlia mirando a su hijo, divertida—. Si eres clavadito a Arnau cuando era joven, con esos ojazos verdes y esos pelos de loco.

—Menos mal. —Dani exhala un suspiro, aliviado—. Casi estiro la pata.

—Casi la estiramos —lo corrijo.

Mi padre comenta que acepta nuestra relación, pero que le va a costar asimilarla, y que, con la cantidad de personas que hay en el mundo, he tenido que elegir precisamente al hijo de su nueva esposa, al que más de una vez le ha cambiado los pañales cuando era un bebé; Júlia se une a él y dice que ella también me los ha cambiado a mí y que se le hace raro tenerme como yerno, pero que

se alegra por nosotros y que espera que la próxima boda sea la nuestra.

—Eso sí que no lo voy a consentir. —Mi padre niega con la cabeza con tanto ímpetu que temo que se le descoloque—. De ninguna manera.

Dani y yo nos echamos a reír y Júlia tira a su marido del brazo para llevárselo a bailar y que deje de ser tan gruñón. Nosotros nos acercamos a la mesa casi vacía de nuestros amigos, que la está ocupando solo Iris, con la compañía de su copa y una botella de vino. Los demás se han perdido por el restaurante; Rober está ligando con el hijo de un conocido de mi padre; Candela y Gerard se han ido fuera a dar un paseo; y Divina ha hecho muy buenas migas con Antonia, porque están bailando juntas.

Le doy un codazo a Dani y me acerco a su oído para susurrarle:

—Te tengo que contar una cosa.

Él centra su vista en mí; Iris está frente a nosotros, dándole sorbos a su bebida y encestando bolitas de papel de servilleta en una copa llena de agua.

—¿Qué cosa? No me vayas a hacer una encerrona. Primero Antonia, luego nuestros padres y ahora tú. ¿Acaso me vas a decir que mi padre tuvo un lío con tu madre hace años? Porque, si es así, me mato.

Me echo a reír.

—Es una buena noticia, no te asustes.

Espero que se lo tome como una buena noticia, porque yo llevo días ilusionado.

—Eso de que vaya a ser una buena noticia… Depende —me contesta sospechando hasta de su sombra—. Pero desembucha.

Y le relato que mi madre me ha contado que una de sus amigas ha puesto su piso en alquiler y está buscando inquilinos responsables y de confianza que se lo cuiden, porque los últimos se lo han destrozado y no pagaban.

—Le deseo mucha suerte con esa búsqueda —es lo único que me dice mi novio, y escucho a Iris ahogar una risita porque ha pillado mi

plan a la primera, estando borracha—. Aunque no sé por qué me cuentas esto si me es indiferente.

Enarco una ceja.

Se tiene que estar haciendo el tonto. No es posible que no haya captado la propuesta que pienso hacerle.

Dani se une a Iris en la competición de colar trozos de servilleta en la copa.

—Está situado en La Barceloneta y cuesta mil trescientos euros al mes. —Lo miro para no perderme ninguna de sus reacciones—. Quinta planta con ascensor, luminoso, dos habitaciones, un baño, terraza, garaje, acepta animales… Lo malo es que está sin amueblar.

—Buah, me parece carísimo para los sueldos tan bajos que hay en este país. —Encesta otra bolita sin mirarme—. El tema de los alquileres en esta ciudad es una estafa. Con razón no pagaban los anteriores inquilinos.

—¿Y sabes lo que ha hecho mi madre? —continúo. Ahora sí, Dani me presta atención y sus ojos se tropiezan con los míos—. Ha empezado a regatear y ha conseguido que su amiga se lo baje a novecientos euros.

Frunce el ceño, desconcertado.

—¿Tu madre va a volver a mudarse a España?

A Iris se le escapa una carcajada atronadora y yo respiro hondo, porque esto voy a tener que explicárselo a Dani con peras y manzanas.

—No, cariño, mi madre va a seguir viviendo en Inglaterra —le respondo con dulzura, como si estuviera dirigiéndome a un niño de cinco años—. ¿No te acuerdas de que estoy buscando piso desde febrero?

La confusión de su rostro se transforma en decepción.

—Ah, vale… Has encontrado casa y te mudas.

Nuestra fiel espectadora suelta «madre mía, el atontamiento que lleva encima este tío no es normal» y se vuelve a llenar la copa de vino; yo me quiero dar cabezazos contra la mesa.

—¡Que nos mudamos, monigote! —exclamo siendo todo lo directo que puedo, y Dani da un respingo—. ¡El piso es para que lo alquilemos nosotros! ¡Tú y yo!

Su reacción es estirar el brazo hacia la botella de vino de Iris, para robársela y beber del morro.

—¡Oye, eso es mío! —protesta ella.

—Lo han pagado mi madre y Casimiro, así que es mío —le espeta, y le da otro sorbo para mantener la boca ocupada y no responderme.

—Dani —lo llamo. Como no surte efecto porque sigue hincando el codo, vuelvo a insistir, pero añadiendo el autoritarismo en mi voz—: Daniel.

Iris se levanta de la silla, porque se ha dado cuenta de que sobra en este momento tan serio, y nos deja a solas en la mesa tras decirme que si Dani no quiere venirse conmigo, que lo hace ella, que está deseando independizarse.

—¡Que te lo has creído! —le grita el aludido conforme Iris se aleja de nosotros.

—¿Y bien? —inquiero—. Si no te apetece, lo alquilo yo solo, pero no te pienso invitar.

—No es que no me apetezca; es que me aterroriza la idea de vivir contigo entre las mismas cuatro paredes. Nada bueno saldrá de ahí.

—Llevamos cinco meses viviendo juntos.

—Sí, pero con nuestros padres, que no es lo mismo. —Forma otra bola con una servilleta y la intenta lanzar a la copa, pero se cae en la mesa—. Mudarnos juntos, solos tú y yo, es algo demasiado formal. —Secuestra la botella otra vez y le da un par de tragos—. Además de que no saldríamos de la cama para nada. —Hace una mueca con los labios, pensando en lo siguiente que quiere decir—: O sí, pero para hacerlo en el sofá, en la bañera, en la encimera de la cocina, sobre la mesa, en tu clínica…

Me río y le arrebato el vino para que se centre.

—No le veo ningún problema a eso.

—Ni yo. —Me dedica una sonrisa resplandeciente—. Todavía lo tengo que procesar, que me has pillado de improviso y voy a estar muy ajetreado este verano tocando en festivales y ciudades. No puedo pensar en otra cosa, y mucho menos soportar otra mudanza. Pero dile a esa mujer que no le alquile ese piso a nadie, por si acaso, y a tu madre, que siga regateando, que novecientos euros también es muy caro.

Vale, eso significa que le hace la misma ilusión que a mí lo de tener nuestro espacio, sin padres merodeando cerca.

—¿Eso es un sí?

Necesito estar seguro de su decisión y oírlo de su propia boca.

La sonrisa de Dani se hace aún más grande.

—Eso es un «a lo mejor me vas a tener que aguantar, aunque arrase con todos los yogures de galleta de la nevera».

Epílogo



Daniel

Son las once de la mañana y me quedan exactamente once minutos para felicitar a Axel y darle su regalo.

Es nuestro primer cumpleaños juntos después de nuestra larga separación y es obligatorio celebrarlo.

¿Lo malo? Que acabo de salir del metro y me falta un camino interminable para llegar hasta la casa de mi madre y Casimiro. Hubiera venido con los lapislázulis en la furgo que hemos alquilado para desplazarnos por las ciudades en las que estamos tocando, pero, para mi mala suerte, hay demasiado tráfico para ser un domingo de verano por la mañana y no me iba a dar tiempo, así que no me ha quedado más remedio que coger el transporte público, que es más rápido. Encima, con el calorazo que hace a estas horas, estoy sudando más que un pollo en un asador y tengo la sensación de que huelo peor que el interior de una alcantarilla.

Miro la hora en el móvil mientras avanzo a paso ligero, arrastrando la pequeña maleta, y corro una maratón cuando descubro que solo faltan cinco minutos. Como me dé una insolación o me tropiece y me quede en el sitio, Iris me va a descuartizar por

no tener cuidado, aunque técnicamente no cumpla la edad maldita hasta pasadas las diez de la noche.

En cuanto me planto delante de la casa, con la lengua fuera y esforzándome por respirar, la puerta se abre de pronto y me encuentro con nuestros padres a punto de irse a la playa, porque Casimiro lleva una sombrilla a cuestas y una neverita portátil, y mi madre, un cesto; los dos, con un atuendo playero: ropa veraniega, gafas de sol y un sombrero sobre la cabeza.

Qué bien viven los recién casados. Se han tirado dos semanas de luna de miel en Grecia y ahora van a tostarse al sol. De mayor quiero ser como ellos.

—Uy, Daniel, no sabíamos que ibas a venir hoy —me dice mi madre al verme, que me abraza y me da un beso en la mejilla—. Felicidades, cariño. Un añito más.

Mi suegro-padrastro, de lo más majo, también me felicita y me da un golpe amistoso en el hombro con su puño.

—Gracias. ¿Está Axel en casa?

—Se ha ido con un amante —bromea Casimiro, y yo lo miro con cara de acelga, porque no me ha hecho ninguna gracia.

—¡Marido! —lo regaña mi madre propinándole un manotazo en el brazo.

Él levanta las manos en son de paz, me pide perdón y me pregunta si queremos ir a la playa con ellos para pasar nuestro cumpleaños en familia, pero yo, como es evidente, le respondo que no y mi madre comenta «querrán pasar este día juntos y solos».

—¿Haciendo qué? —interviene Casimiro mirándome con la ceja alzada, y mi madre le vuelve a regalar un manotazo, riéndose.

—Limar asperezas —le respondo, apropiándome de su frase estrella y dedicándole una sonrisa de inocencia.

Él me contempla con los ojos entrecerrados, con desconfianza, y mi madre lo agarra del brazo para llevárselo al coche. Me despido de ellos, porque estoy perdiendo segundos, y entro en casa. Echo un vistazo a la planta baja y, al no ver a Axel, subo las escaleras de dos en dos hasta su habitación, pero está vacía y con su cama hecha.

Más le vale no haberse ido con ese amante que ha mencionado Casimiro.

Me acerco a la puerta de mi cuarto, que se halla cerrada, y adivino que el memo estará roncando en mi cama. Golpeo la madera con la palma varias veces y con fuerza, y abro de sopetón.

Ahí está, tumbado de lado sobre mi colchón, ocupándolo con sus casi dos metros de músculo, con una gata a cada lado, en calzoncillos y el ventilador refrescándole la cara.

Qué bien vive este tío también, que ni siquiera se ha despertado con mis golpes.

Se va a enterar.

Aprisiono la punta de su nariz entre mi pulgar e índice, tapándole los dos orificios e impidiéndole respirar; Axel se queja, haciendo unos ruidos extraños, y abre los ojos cuando se percata de que no le llega el oxígeno a los pulmones. Entonces, aparto los dedos para que pueda seguir viviendo, porque tampoco me apetece cargarme al mendrugo de mi vida, y me echo a reír.

Axel respira y se incorpora, restregándose los ojos con las manos para verme mejor.

—Feliz cumple, cara de carpeta.

—Tengo ganas de matarte, pero también quiero abrazarte —es lo único que me responde, y se le escapa un bostezo—. ¿No estabas por ahí con Lapislázuli y venías mañana?

Quito a Señorita Rottenmeier de su lado, aunque me gane un mal de ojo, para sentarme yo.

—Te he mentido para darte una sorpresa cursi.

—Bueno, «cursi» sería si me hubieras traído el desayuno a la cama o unos mariachis, no intentar asesinarme. —Me rodea con sus brazopollas y yo lo abrazo con los míos, que ni se parecen a los suyos—. Pero gracias; me ha encantado tu sorpresa.

Nos damos un beso largo y profundo, a pesar de que yo esté sudado y a él le apeste le boca a aliento mañanero.

—Pues te va a encantar la segunda sorpresa, incluso más que la primera —le digo al separarme de él, y me saco el sobre blanco del

bolsillo de mis pantalones cortos para tendérselo, sonriendo—. Anda, toma, pedazo de llorica.

Axel frunce el ceño y coge su regalo. Cuando lo abre, intrigado, y saca lo que hay dentro, suelta un chillido de auténtico fan alocado; yo no puedo evitar sentir celos hacia el motivo por el que se ha puesto así.

—¿Cómo las has conseguido? —quiere saber enseñándome las dos entradas para el concierto de su amor platónico, en Madrid, el año que viene, con una gran sonrisa estampada en el careto.

Yo me encojo de hombros, haciéndome el interesante.

—Uno, que tiene sus artimañas secretas.

Cuando salieron a la venta hace unos días, Axel no pudo ser uno de los afortunados en comprarlas, porque se agotaron en unas horas. Estuvo pegado al ordenador todo el día para nada y me llamó para contarme, sumido en una profunda tristeza y lloriqueando, que no iba a poder ver a Taylor Swift nunca. Yo estaba preparándome para tocar en un festival mientras escuchaba su drama y lo intenté animar, diciéndole que no era para tanto y que tenía un novio músico que podía hacerle conciertos privados, pero se ofendió tantísimo que me insultó como si fuera un crío y me colgó. Yo, por supuesto, no iba a dejarlo en ese estado depresivo e hice todo lo posible, e incluso lo imposible, para conseguir esas entradas.

—Espero que no hayas tenido que vender tu cuerpo —me dice mirándome con recelo, y yo me río.

—Esa era una de las opciones, pero no. Mi cuerpo solo se lo vendo a mi fisio de confi.

Axel me vuelve a abrazar y a besar, y me agradece mil veces haberle comprado las entradas, porque aún no se cree que vaya a ir al concierto de esa rubia. Después, nos duchamos, vamos a desayunar a una cafetería, regresamos a la casa de nuestros padres y solo somos capaces de salir de la cama para comernos los canelones que me prepara.

Y, a las 22:22 de la noche, me da mi regalo, que lo he estado esperándolo el día entero (lo llego a saber hace veintisiete años y

vengo al mundo a las nueve de la mañana). Es una caja alargada, envuelta en papel plateado con dibujos de notas musicales.

—¿Qué es? —inquiero, ilusionado.

Axel me observa con atención. Nos hemos vuelto a meter en mi cama tras cenar lo que ha sobrado del mediodía y un yogur de galleta cada uno, de postre, para soplar las velas.

—Ábrelo.

Rompo el papel de regalo a lo bestia, abro la caja de cartón y me encuentro una funda, que tiene toda la pinta de pertenecer a una guitarra eléctrica.

Y eso es lo que descubro cuando también la abro: una Telecaster de color azul lapislázuli.

—Hostias… —Me tapo la boca con la mano, impresionado, porque esto no me lo esperaba.

—Para que te acompañe en tus conciertos. Les he tenido que pedir ayuda a Iris, Rober y Candela, porque yo no tengo ni idea de música, y mucho menos de elegir instrumentos de buena calidad.

Me he quedado sin palabras.

—Es preciosa —logro decir, con el semblante repleto de felicidad —. Muchísimas gracias.

Lo que he pasado de «odiar» a volver a querer a este tío en cuestión de meses es algo digno de estudio.

Me abalanzo sobre él para comerle la boca (y lo que no es la boca), y nos tiramos la noche entera encerrados en mi cuarto, haciendo de todo, hablando de tonterías y estrenando la nueva guitarra (Axel me toca algo parecido a una canción y yo me tapo los oídos para que no se me rompan). También le pregunto por nuestro futuro nuevo hogar, pero el mamón hace voto de silencio y solo me dice que, en septiembre, lo veré con mis propios ojos.



Axel

Estaba deseando que llegara septiembre.

Hoy, Dani y yo nos vamos a mudar, por fin, a nuestro nuevo hogar, así que estamos metiendo en cajas las últimas pertenencias que nos quedan en la casa de nuestros padres. Como estaban deseando perder de vista a sus hijos para tener intimidad y adoptar un perro (mi padre, para montarse un gimnasio en mi habitación para ponerse fuerte y tener «aspecto juvenil» e impresionar a su mujer), nos han ayudado a comprar los muebles, junto a mi madre y Arnau.

Pese a que Dani haya estado el verano entero tocando en varias ciudades, pueblos y festivales con Lapislázuli, y casi ni nos hayamos visto, le he ido informando sobre los avances de nuestro nuevo hogar por videollamada, pero sin enviarle fotos, ya que he sido el encargado de adecentarlo durante el mes de agosto, que me pillé vacaciones expresamente para eso. Aunque el monigote pusiera cara de auténtico pavor cuando se lo propuse en la boda, sé que está igual de ilusionado que yo. Ya he colocado su cepillo de dientes al lado del mío y sus productos para el pelo en las estanterías del baño; he llenado un par de cajones de la mesita de noche con sus calcetines y calzoncillos; he metido la mayor parte de su ropa en el armario (la de invierno, que no se la llevó para su gira veraniega) y he llenado nuestra nevera con yogures de galleta.

Hasta hemos discutido por el color para pintar las paredes; para el salón sugirió el negro de funeral y, para la habitación, el rojo que se utiliza en los prostíbulos, pero no se lo he permitido porque no me gustan y son tonos muy agresivos. Al final, hemos elegido el azul para toda la casa y Gerard me ha echado una mano pintándola.

Lo único que nos falta es llevar a Señorita Rottenmeier y a Taylor, unas cuantas cajas y mi tele.

—Joder, esta escena ya la he vivido. Estoy hasta los huevos de tantas mudanzas —se queja Dani mientras me ayuda a bajar mi tele

por las escaleras—. No entiendo por qué nos tenemos que mudar tan pronto cuando ni siquiera he procesado que vuelves a ser mi novio.

—Porque añoro mi independencia, sin padres de por medio, y necesito tener libertad para comerle la polla a mi novio en el sofá de nuestra casa o empotrármelo en cualquier rincón sin que tengamos que escondernos en la habitación ni aguantarnos los gemidos como si fuéramos adolescentes.

—Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, que se me va a resbalar la tele como siga escuchando marranadas —se pone a rezar sin atreverse a mirarme—. Amén.

Colocamos la tele en el asiento trasero del coche y volvemos a subir a mi cuarto. Ya no hay nada mío aquí, solo dos cajas que me quedan por bajar, y estaré independizado por segunda vez en mi vida de forma oficial.

Cuando Dani mete a Taylor en un transportín, me saco del bolsillo de los vaqueros su copia de la llave de nuestra casa, con un llavero de una guitarra eléctrica y otro de un trébol de cuatro hojas.

—Toma, monigote. —Lo agarro del brazo y dejo caer la llave sobre su palma abierta—. La he hecho esta mañana.

—Todavía no me lo creo. —Sonríe, nervioso—. Capturo a Señorita Rottenmeier y nos vamos.

Traslado las dos últimas cajas y a Taylor a mi coche, y espero a Dani en el recibidor en lo que me despido de mi padre y de Júlia.

—Vendremos a visitaros siempre que queráis.

—Claro, hijo, pero avisad antes por si nos pilláis en pleno acto pasional —interviene mi padre intentando ser gracioso—. Por cierto, me tienes que dar tu rutina de ejercicios para estar igual de musculoso que tú, para parecerme a esos actores turcos que tienen enamorada a mi esposa y que se desmaye con mi tableta de chocolate cuando le esté haciendo el amor.

—Oh, por Dios, Marido. —Júlia se ríe, sonrojada, y le da un manotazo en el brazo—. Si ya provocas que me desmaye.

Socorro, que Dani baje ya. No quiero seguir presenciando esta conversación y necesito borrar los últimos cinco segundos de mi mente.

Carraspeo para cortarles el rollo y que se den cuenta de que sigo presente y no me he evaporado.

—¡Dani, vámonos ya, que se nos hace tarde! —exclamo con la vista alzada hacia la planta de arriba.

Gracias a mi patrona Taylor Swift, mi novio aparece al instante y baja corriendo las escaleras, sosteniendo el transportín con Señorita Rottenmeier en su interior.

A Júlia se le escapa un gritito de emoción en cuanto ve a su criatura a punto de irse de casa.

—No me puedo creer lo que mis ojos están viendo. ¡Mi hijo por fin se independiza! —Se enjuga una lágrima invisible y se aproxima a mí para rodearme con sus brazos—. Muchísimas gracias por llevártelo, Axel. Te estaré eternamente agradecida.

—Ya era hora, chaval. —Mi padre le palmea el hombro, orgulloso, pero Dani se mantiene serio. Cuando Júlia se separa de mí, contemplo la reacción de cada uno, aguantándome las ganas de reír —. Aunque sigo sin asimilar que ahora, además de como hijastro, también te tengo que aguantar como yerno.

—Papá, hazme el favor de respetar a mi novio —defiendo a Dani, y le quito el transportín para ayudarlo a que no cargue tantas cosas.

Ambos progenitores, al oírme, se dan codazos el uno al otro mientras sueltan risitas y comentan «su novio», como si estuvieran en la edad del pavo.

—Que yo sepa, aún no me he ido de esta casa —Dani toma la palabra y señala la puerta con la cabeza—. Cuando salga por ahí, entonces podréis tirar fuegos artificiales.

Júlia libera su móvil de sus vaqueros y se concentra en él, sin abandonar su sonrisa.

—¿Queréis ver a vuestro hermanito? —Nos enseña la pantalla, donde aparece un cachorro blanco y negro sacando la lengua—. Es un cruce de Stanford. Nos lo dan dentro de un par de días.

—Se llama Pocholo Domènech de la Rosa —nos cuenta mi padre, entusiasmado—. Le vamos a preparar la habitación de Daniel, con su camita y sus juguetes, y se portará mejor que vosotros.

Dani y yo intercambiamos una breve mirada, y luego ladeamos la cabeza hacia nuestros padres.

—Es precioso —comento—. Será un perro muy feliz.

—No jodas —interviene Dani, rencoroso—. Seguro que lo tratáis mejor que a nosotros y ni siquiera lo regañareis cuando destroce la casa y se coma vuestras plantas.

Júlia le responde que «nuestro hermanito» es un animal inocente que no sabe lo que hace, y mi padre, que no nos pongamos celosos y que nos quieren a todos por igual, aunque los dos hacen especial hincapié en que quieren más a Pocholo. Nos despedimos de ellos y Dani me sujeta del brazo, obligándome a huir de esa casa.

—¿Qué te apetece cenar en nuestra primera noche en casa? —le pregunto durante el trayecto.

—Tus canelones —me responde sin dudar.

Como no tenemos los ingredientes necesarios para prepararlos, nos detenemos frente a un supermercado; él aguarda en el coche con las gatas mientras yo compro lo que nos hace falta. Una vez que regreso, me lo encuentro fuera del vehículo, rodeado de varios admiradores suyos y haciéndose fotos con ellos. En lo que coloco las bolsas en el maletero, escucho que les pregunta quién es su favorito de la banda y algunos fans le responden «Rober, pero tú eres nuestro segundo favorito».

—No entiendo qué tiene Rober que os gusta más que yo, que soy el cantante y tengo una voz maravillosa —replica él con el ego herido. Acto seguido, se despide de todos y se viene conmigo al coche.

—Oh, Dios mío, no me puedo creer que el roquero Daniel Domènech sea mi novio —le digo en tono burlón, imitando al Dani adolescente en nuestros primeros meses de relación—. Tus fans me tendrán envidia.

Él se echa a reír y me golpea con su puño en el brazo.

—¿Quién es tu favorito de Lapislázuli? —me pregunta de sopetón —. No me defraudes, que duermes en el sofá en nuestra primera noche.

—Rober, por su pelazo.

Dani respira hondo, sujetando el cinturón con tanta fuerza que lo va a destrozar.

—Ya hablaremos tú y yo muy seriamente cuando lleguemos a casa —me responde con la vista clavada en la carretera.

En cuanto aparco en el garaje de nuestro edificio, dejamos en el coche la tele, la compra y las cajas (bajaremos más tarde a cogerlas y espero que nadie me rompa las ventanillas para robarnos), porque mi prioridad ahora mismo es enseñarle a Dani el piso. Subimos de inmediato a nuestra planta y le pido que se quede en el rellano en lo que suelto a Señorita Rottenmeier y a Taylor en el salón para que curioseen el sitio donde vivirán.

—Pasa, cariño, que te voy a enseñar nuestro nuevo hogar —le digo a mi novio cuando regreso a la entrada, y le hago un ademán con la mano, sonriendo, para que entre.

—Qué nervios. —Dani se frota las manos, también sonriendo—. Nuestro nuevo hogar.

Cuando se adentra en el recibidor, lo primero que le enseño es el típico mueble de cristal para dejar las llaves, con un marco que contiene una foto nuestra de adolescentes (se carcajea con esto); después, le muestro el pasillo con unas cuantas plantas decorativas de plástico, aunque colgaremos algunos cuadros en las paredes. Nuestras siguientes paradas son el baño y la cocina; por la cara de Dani, sé que se está imaginando infinitos escenarios posibles de los dos juntos en la ducha, lavándonos los dientes mientras nos damos empujones o preparamos la comida. A continuación, toca el turno de la habitación de invitados, equipada con lo básico; la pequeña terraza; y el salón, con el mueble de la tele vacío, la mesita de centro, el gigante árbol-rascador para las gatas, y estas últimas acomodadas en el nuevo sofá recién arañado.

—Y, ahora, lo más importante —le digo al detenernos delante de la puerta cerrada de la única zona que nos falta; los dos, sin abandonar nuestras sonrisas bobaliconas—. Nuestro…

—Picadero —me interrumpe el monigote el momento romántico.

—Iba a decir «dormitorio», porque toda la casa la usaríamos de picadero.

—También es verdad. —Se encoge de hombros, dándome la razón.

Coloco la mano en el picaporte, abro despacio para generar expectación y le permito a Dani entrar primero. Se planta en mitad del cuarto, con los brazos en jarras, y echa un vistazo a lo que le rodea, haciendo una mueca con los labios, en expresión pensativa.

—Hubiera quedado mejor con las paredes pintadas de rojo burdel, pero el azul no está mal.

Me he esforzado bastante este verano en que nuestra habitación quedara perfecta, más que cualquier otra estancia del apartamento. La cama extragrande se encuentra en medio, con el Pikachu y mi sagrado cojín sobre ella, además de una mesita de noche a cada lado; un pedazo de armario blanco con nuestra ropa metida y ordenada; una estantería con los libros, pelis y discos de cada uno; las cortinas blancas para que entre claridad; sus discos de vinilo y sus pósteres roqueros colgados en la pared; sus tres guitarras descansando en una esquina; mi póster de mi cantante favorita pegado detrás de la puerta; las dos hojas de nuestra especie de contrato que firmamos hace años, cuando empezamos a salir, clavado en un corcho (la suya está un poco arrugada), que ambos hemos conservado a lo largo de los años… ¿Y solo se le ocurre mencionar el color de la pared?

—¿Eso es lo que vas a opinar? —le pregunto—. Di algo más, por lo menos.

—Está bien. —Centra su mirada en mí—. Te voy a dar otra oportunidad, así que piénsatelo muy bien si no quieres que me vuelva a la casa de nuestros padres o revenda esto. ¿Quién es tu integrante favorito de Lapislázuli?

Dirijo la vista hacia su mano derecha suspendida en el aire y me fijo en el sobre que me está enseñando, donde permanecen guardadas las dos entradas para el concierto de Taylor Swift.

—Con las entradas no se juega. —Intento quitárselas, pero él se las esconde detrás de la espalda—. Dámelas.

Dani niega con la cabeza, sonriendo con diversión.

—No hasta que me digas quién es tu favorito.

—¿De verdad tengo que aclararlo? El primer puesto lo ocupa Rober, después hay un empate entre Iris y Candela, y, por último, estás tú.

¿Estamos teniendo nuestra primera «discusión» en esta casa? Me encanta.

—¿He dicho que las voy a revender? —Se muerde el labio inferior —. Las voy a regalar, aunque me hayan costado un pastón.

Le pongo ojitos y apoyo mis manos en su cintura.

—Sabes perfectamente que siempre serás mi favorito en todo y que eres el único al que miro cuando Lapislázuli está sobre el escenario.

—¿Quién te gusta más? ¿La rubia popera o yo, un roquero sexi?

Se me escapa una carcajada.

—Tampoco te pases, Daniel Domènech.

—Contesta, Axel de la Rosa —me ordena, y su semblante se torna serio.

—El roquero sexi, por supuesto —le respondo manteniendo mi mirada en él, que sabe que no miento porque no me estoy rascando la nariz.

—Vale. —Las comisuras de su boca vuelven a elevarse—. Ahora, ya sabes lo que tienes que hacer si quieres recuperar las entradas.

Acerco mi rostro al suyo y nos fundimos en un beso lento y apasionado, y aprovecho esta distracción para robarle las entradas, que continúan tras su espalda.

—Una última pregunta antes de que te las dé —susurra contra mis labios—. ¿Cuánto me quieres?

Me separo de él y le dedico una sonrisa maliciosa.

—No hace falta que te responda a eso. —Agito el sobre en el aire —. Ya las tengo.

Dani me contempla, atónito, y yo huyo, desternillándome de la risa y recorriendo el piso entero; él no duda en perseguirme, esquivando a las gatas. Al final, me atrapa cuando vuelvo a entrar en nuestra habitación y me empuja hacia la cama para aprisionarme entre su cuerpo y el colchón.

—Vale, me rindo. —No paro de reírme debajo de él.

—Te quiero... —empieza, mirándome a los ojos y sonriendo poco a poco.

—Más que al último yogur de galleta del mundo —termino la frase, compartiendo besos y risas con él.

Este piso, que ya se ha convertido en nuestro hogar; las gatas; su música; él y yo, cada uno siendo el lugar seguro del otro desde siempre, sintiéndonos plenos… Jamás pensé que este sueño se haría realidad ni que reescribiríamos nuestra historia.

FIN

ACERCA DE LA AUTORA

Gema Martín Muñoz es una escritora granadina a la que le apasiona el mundo de las letras. Comenzó su carrera literaria administrando un blog en el que compartía las reseñas de los libros que leía. No fue hasta 2016 cuando se atrevió a crear sus propias historias y publicarlas en Wattpad, donde su primera novela, *Entre las nubes y las estrellas*, alcanzó el millón de lecturas, dando lugar a una fiel comunidad de lectores. En 2018 decidió dar el salto a la autopublicación en Amazon.

Escribe novelas románticas *new adult* que contienen representación LGBT y grandes dosis de humor, aunque también le gusta añadir un poco de drama. Además de la escritura, le encanta leer, ver series, los gatos (siempre encontrarás alguno en sus historias), interactuar con sus lectores y la música, con la que se inspira para darles forma a sus escritos.

La puedes encontrar en:

- Instagram: @gema_martin_munoz
- Wattpad: @Gema_Martin_Munoz
- Threads: @gema_martin_munoz
- TikTok: @gema_martin_munoz

OTRAS OBRAS

- Trilogía «Between»:
    1. *Entre las nubes y las estrellas*
    2. *Entre el hielo y el fuego*
    3. *Entre el corazón y la razón*

- Bilogía «Diamantes» (relacionada con la trilogía «Between»):
    1. *Somos dos diamantes en el universo*
    2. *Somos dos diamantes formando constelaciones*
    3. *Somos dos diamantes en Halloween* (relato)

- *Tú y yo, perfectamente imperfectos* (independiente, pero relacionado con la bilogía «Diamantes» y trilogía «Between»).

- Serie «Lo que nos unió»:
    1. *El yin, el yang y el maldito virus que nos unió*
    2. *El caos, la armonía y la maldita tela de araña que nos unió*

- Serie «Oxímoron»:
    1. *Atrapados en la magia del amor*

- Serie «Lapislázuli»
    1. *Ojalá reescribamos nuestra historia*